

Una aproximación analítica al feminismo del género



Universitat Autònoma de Barcelona

Ana C. León Mejía

Departamento de Sociología

Universidad de Barcelona

Tesis depositada para el título de doctor en

Sociología,

bajo la dirección de José A. Noguera
y la co-dirección de Eduardo Moyano

Barcelona, Septiembre, 2010

Abstract

The main focus of this thesis is to examine gender feminism from both a theoretical and an empirical perspective. For this aim, several works on the standard gender feminism model, that have been already published or are under review, are presented in English and in Spanish. Firstly, I analyse two main arguments that underline most feminist theories: a) we live in a sex/gender system so-called patriarchy, and b) the origin of that system, as well as the origin of sex differences is social. The first argument has been critiqued by quite a few scholars who dissent from the gender view, that is dominant in contemporaneous feminism. The second argument has to face mounting evidence supporting the non-social origin of some main differences between men and women. As a result, a new branch of feminism claims that some phenomena traditionally addressed by environmental theories should be rather studied from an evolutionary point of view. The darwinian feminist proposal is introduced in this thesis. In addition, I present three empirical works that studied sex differences in moral and social preferences in an experimental manner. In particular, it is shown that sex *per se* does not always predict moral and social preferences of either sexes when other more powerful experimental variables affect the salience of sex differences. Therefore, most experimental research on gender differences is too focused on the gender approach. This fact may lead to biased results, that do not take into account interactional effects. In conclusion, gender feminism deals with some main deficiencies both on the theoretical and empirical level that compromises its claims and conclusions.

A mis padres y a mi hermano Carlos.

Agradecimientos

Antes de comenzar con la parte más sentimental de esta tesis quiero agradecer al Ministerio de Educación la concesión de una beca FPU, y la magnífica oportunidad de pasar parte de este tiempo en otros países y centros de investigación. El Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA-CSIC), donde se adscribió mi beca, así como la Universidad Complutense de Madrid y la Autónoma de Barcelona son las instituciones en las que he realizado mi doctorado en España. Tampoco puedo dejar sin agradecer a mis directores Eduardo Moyano y José Noguera, por depositar su confianza, así como al Centro de Investigaciones Sociológicas, que ha avalado económicamente la etapa final que sigue a la finalización de la tesis y la incertidumbre postdoctoral que se abre tras ella.

Un amigo mío me dijo que los agradecimientos, aparte de los meramente formales, deben ser cortos o bien muy largos. Me había decantado por la primera opción aunque al final me han quedado más largos de lo planeado. La razón por la que no quería explayarme mucho es que si realmente me pongo a agradecer a todas aquellas personas que han contribuido a que acabase mi tesis sin desquiciarme, más de lo que ya estoy, creo que no terminaría nunca, pues mi historia pre-doctoral ha sido un poco más accidentada de lo habitual. Ya en el tribunal de mi tesina los evaluadores parecían estar más interesados en la peculiar trayectoria y movilidad que se reflejaba en mi cv, que en el feminismo disidente, que les había gustado por el atrevimiento del tema. Estos saltos no fueron voluntarios sino más bien debidos al azar y a ciertos avatares que voy a saltarme para ganar en brevedad. Tan solo quisiera decir que una cantidad infinita de amigas y compañeros hicieron posible lo casi imposible. A ellos va mi primer agradecimiento con mayúsculas. Creo que cuando lean estas líneas se reconocerán,

y espero que disculpen que no haya escrito sus nombres. En especial, quiero agradecer a quien me sugirió “que construyese un puente” que me llevara a mejores orillas en un momento en el que la mía se estaba hundiendo. Estas metafóricas palabras me sirvieron de inspiración.

También estoy sumamente agradecida a todos los compañeros “de la planta de arriba”, y de otras partes menos nobles de la nave iésica, que en un momento delicado me apoyaron personal e institucionalmente para que mi estancia continuara. Entre ellos, mi amiga Vera y mi pareja en aquel momento, tienen especial culpa de que me quedara cuando me tentaba irme. Sin duda debo agradecer la decisión tomada por la dirección del centro, en especial, por Eduardo Moyano, quien asumió la dirección de esta tesis para que mi investigación siguiera su desarrollo.

Continuo de nuevo con José Noguera, quien me brindó la oportunidad de unirme a su formidable equipo, y formar parte de este grupo analítico que ha emprendido una cruzada contra la sociología de mala calidad. También debo nombrar a Luis M. Miller por su apoyo, consejos y charlas que tuvieron lugar hasta casi el final.

Agradezco a la Universidad de Exeter, en especial a Nigel Pleasants, su hospitalidad. Ello hizo que prolongara lo que en principio debía ser una estancia corta de investigación en casi dos años. Esta larga estancia de investigación se ha transformado en un cambio de residencia y rumbo en el que todavía estoy inmersa. En este, otra vez por azar, accidente tienen la culpa mis preocupaciones ontológicas (que han quedado al margen en esta tesis) ocasionadas por John Searle, y que quise saciar en Exeter con Mattia Gallotti, a quien conocí por mi admiración a Francesco Guala. A Mattia le debo, entre otras cosas, una de las referencias fundamentales para la motivación de esta tesis, fruto de una de tantas conversaciones en “la mansión”.

También quisiera nombrar a mi pequeña familia exeteriana, que ha sido mi único vínculo con la realidad externa en el último año, en especial, a Sonya y Alison. Ellas han sido fuente de calor y aliento. A Sonya le agradezco su inmenso apoyo, amistad e incalculable ayuda.

Para el final he dejado mis gracias enormes e infinitas a mis padres, sin ellos por muchísimas razones nunca hubiese acabado este trabajo.

Índice

Lista de Figuras	ix
Lista de Tablas	xi
1 Introducción	1
2 Disidencia en el Feminismo	5
2.1 Una breve nota sobre el feminismo disidente	5
2.2 Introducción	8
2.3 El pensamiento de la disidencia	8
2.4 Aspectos que suscitaron la disidencia	11
2.5 Nobles Mentiras	13
2.6 La transformación Curricular	15
2.7 Date rape. Una nueva visión de la violación y de otras formas de agresión sexual	20
2.8 La voz de Camile Paglia	28
2.9 Disidencia en Europa	33
2.10 Conclusiones	36
3 Feminismo equitativo y feminismo del género	37
3.1 Una breve introducción a la evolución del feminismo	37
3.1.1 Orígenes del feminismo liberal	37
3.1.2 Fragmentación del pensamiento feminista	40
3.2 La paradoja feminista	41
3.3 Feminismo del género	45
3.4 El feminismo equitativo	47

ÍNDICE

4	Evaluación del modelo estándar del feminismo del género	49
4.1	Postulados principales del feminismo del género	49
4.2	Por qué lo llaman género	52
4.2.1	La navaja de Occam	54
4.3	A vueltas con el sexo	57
4.3.1	El rol de las hormonas prenatales en procesos de masculinización atípicos	60
4.4	Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual	63
4.4.1	Explicaciones ambientalistas versus biomaterialistas	69
4.4.2	Mecanismos implicados en pautas de comportamiento social: el rol de la TF	73
4.4.3	Sobre sexo y el origen no social del género	76
4.5	Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico	78
4.5.1	El rol del sexo en la evolución	81
4.5.2	Origen evolutivo del patriarcado	89
4.6	Quien teme al feminismo darwinista	92
5	Introducción a los trabajos experimentales	99
6	Gilligan a examen	103
6.1	Introducción al artículo	103
6.2	Introduction	112
6.3	Carol Gilligan's account on the existence of two ethics	114
6.3.1	Gilligan and her critics	116
6.4	Empathy: from psychoanalysis to neuropsychology	118
6.5	Experimental Design and Method	120
6.5.1	Participants	120
6.5.2	Aims	121
6.5.3	Instruments	121
6.5.4	Moral dilemmas	121
6.5.5	Solutions to the moral dilemmas	121
6.5.6	Empathy quotient test	123
6.5.7	Procedure	123
6.6	Results	124

6.6.1	Effect of the age and sex of participants on their moral preferences	124
6.6.2	Empathy and moral preferences	125
6.6.3	Predicting moral preferences	127
6.7	Discussion	130
7	When does context matter?	
	An experimental study of gender differences in bargaining	135
7.1	Introducción al artículo	135
7.2	Introduction	141
7.3	Experimental manipulation and predictions	143
7.4	Settings and Procedures	146
7.5	Results	148
7.5.1	Behavior in the YNG: Are women more generous?	148
7.5.2	Behavior in the UG: Do genders bargain differently?	151
7.5.3	How important are gender differences?	154
7.6	Conclusion	155
8	El Rol de las creencias en contextos estratégicos	159
8.1	Introducción al artículo	159
8.2	Motivación	160
8.3	Procedimiento y diseño experimental	162
8.3.1	Características generales del experimento	162
8.3.2	Características sociodemográficas	163
8.3.3	La información de género	164
8.3.4	Estructura de los juegos	164
8.3.5	Obtención de creencias	165
8.3.6	Procedimiento de obtención de creencias de jugadores 1	167
8.4	Resultados	168
8.4.1	El juego del Ultimátum	168
8.4.2	Creencias de género en los proposer	168
8.4.3	Creencias de los jugadores 2 en el UG	174
8.4.4	Síntesis de resultados para el UG	174
8.4.5	El juego del Yes-or-No	176
8.4.6	Creencias de los jugadores 1 en el YNG	177

ÍNDICE

8.4.7	Creencias de los jugadores 2 en el YNG	177
8.4.8	Síntesis de los principales resultados del YNG	179
8.5	Conclusiones	180
9	Nota final sobre los trabajos experimentales	183
10	Reflexión personal	187
11	Summary and Conclusion	195
	Referencias bibliográficas	199

Lista de Figuras

6.1	Age Differences in moral preferences	126
6.2	Empathy and moral preferences	128
7.1	Offer by gender and information condition in the YNG	149
7.2	Responders' beliefs by gender and information condition in the YNG . .	150
7.3	Offer by gender and information condition in the UG	152
7.4	MAO by gender and information condition in the UG	153
8.1	Mediana de la PSA por género y tratamiento	169
8.2	Mediana de la PSA y NOA por tratamiento y tipo de propuesta	171
8.3	Mediana de la PSA Y NOA por género y tipo de propuesta	173
8.4	Mediana de la PSR Y NOR por género y tratamiento	175
8.5	Mediana de la PSA y NOR por género y tratamiento	178
8.6	Mediana de la PSR y NOR por género y tratamiento	179

LISTA DE FIGURAS

Lista de Tablas

6.1	Moral solutions provided	123
6.2	Responses chosen in Dilemma 1 (Heinz is male)	124
6.3	Responses chosen in Dilemma 2 (Heinz is female)	125
6.4	Means and SDs of Total Empathy Quotient Score	127
6.5	Multinomial logit regression model of moral preferences	129
7.1	Experimental design	148
7.2	Linear regression estimates of effects of gender and treatment variables .	155

GLOSSARY

1

Introducción

A principio de los años noventa se puso de manifiesto la existencia de una fractura interna dentro del feminismo. Las llamadas feministas disidentes y los simpatizantes con estas autoras han lanzado varias acusaciones contra el feminismo: victimismo, ginecentrismo, intolerancia, manipulación ideológica, etc. En resumen, el *mainstream* feminista ha sido acusado de liderar un programa de cambio social bajo una ideología, la “del género”, que quizás no favorezca a hombres y mujeres por distintas razones. En primer lugar, porque presentan a ambos sexos bajo diferentes realidades y a través de un maniqueísmo sospechoso (de ser erróneo): la mujer como un ser en peligro -que sufre el asedio de la violencia masculina- y el hombre como un agresor en potencia que domina al sexo femenino. En segundo lugar, porque esta visión dicotómica hace aflorar sentimientos negativos en todas aquellas mujeres que se sienten indignadas por esta situación, y sentimientos de culpa en los hombres que se solidarizan con el malestar femenino. Y el resultado es un separatismo o la creación de dos bloques diferenciados entre sí: víctimas y opresores.

Esta disidencia en el seno del feminismo surge, principalmente, en reacción a un enfoque que analiza cualquier relación entre hombres y mujeres a través de los conceptos de género y de estructuras de poder y dominación. Este constituye el punto de partida de mi tesis, la emergencia de esta fractura que examinamos en el capítulo dos. Tras ahondar en esta disidencia, los interrogantes nos conducen hacia ese “algo” equívoco del discurso feminista que ha despertado las dudas de una audiencia crítica.

En concreto, vamos a examinar las principales tesis sobre las que descansa el feminismo del género para analizar la consistencia o veracidad de las mismas. En aras

1. INTRODUCCIÓN

de situar este tema, en el capítulo tres haremos un breve recorrido por el origen del feminismo hasta llegar al surgimiento de la dicotomía *feminismo del género* versus *feminismo equitativo*. Este último encuadra las discriminaciones por razones de sexo dentro de los derechos fundamentales de hombres y mujeres, y se centra en hechos tangibles, dejando al margen relaciones simbólicas de dominación o estructuras de poder latentes. Es también partidario de aplicar medidas legales en la lucha contra la discriminación de las mujeres sin reivindicar un programa de acción específico de género. En contraposición, el feminismo del género persigue un programa de cambio social concreto (el fin de la sociedad patriarcal) y parte de los siguientes postulados: a) que vivimos en sistema de sexo/género, donde los hombres ejercen una dominación sobre las mujeres y, b) que es la sociedad la que construye y mantiene dicho sistema.

La tesis de la construcción social del sistema de sexo/género constituye la base de lo que hemos denominado en esta tesis como el modelo estándar del feminismo del género, y que se encuadra, a su vez, dentro del llamado modelo estándar de las ciencias sociales (Barkow et al., 1992) o SSSM (*Standard Social Science Model*). Este modelo presupone que no existe algo así como la naturaleza humana, y que en el caso de que sí existiera, sería maleable. Por tanto, somos lo que somos debido a la acción de factores sociales que intervienen en el proceso de socialización.

El SSSM es el prisma dominante en disciplinas como la sociología o la antropología, mientras que los críticos de este modelo provienen principalmente de la psicología evolutiva. Esta última disciplina, que gira en torno al estudio de la mente humana desde un punto de vista evolutivo, sostiene que la naturaleza humana no es enteramente plástica y moldeable, puesto que nacemos con ciertas predisposiciones y tendencias de origen biológico.

Del mismo modo que el SSSM ha sido criticado por su exceso de construccionismo social, el feminismo del género se enfrenta al mismo destino. Según la mayoría de propuestas feministas, las diferencias de sexo que han dado origen al sistema de sexo/género tienen un origen social, ya que no existe ningún rasgo biológico que determine la identidad de género. Sin embargo, otros enfoques como el llamado *feminismo darwinista*, sostienen que el feminismo del género comete una grave equivocación al negar la parte biológica y la historia evolutiva que subyace a las diferencias de sexo. En el capítulo cuatro revisamos este debate o pugna entre feminismo del género y psicología evolutiva, al que el surgimiento de las feministas darwinistas ha dado un nuevo rumbo.

Por ultimo, en esta tesis doctoral incluimos tres trabajos empíricos donde se analizan diferencias de sexo en contextos experimentales. Una introducción conjunta a estos trabajos puede consultarse en el capítulo cinco. Estos tres trabajos experimentales constituyen los capítulos seis, siete y ocho, en donde, además de presentar los resultados obtenidos, ponemos de relieve un aspecto metodológico que dificulta el estudio de diferencias de sexo o género. Se trata de la capacidad predictiva de la variable sexo cuando ésta interacciona con otras variables experimentales que predicen mejor nuestro objeto de estudio. Además, éstas últimas pueden hacer que las diferencias de sexo emerjan en mayor o menor grado. Este debate recientemente abierto por Jane Sell (2009), y que otros investigadores también han señalado, cuestionan aquellas investigaciones que han enfocado el estudio de las diferencias de sexo sin tener en cuenta este aspecto.

En definitiva, el feminismo del género se enfrenta a varios problemas en distintos niveles. En el plano teórico un exceso de determinismo cultural y de ideologización afecta a los pilares centrales sobre los que se levanta el resto del edificio teórico, que ve afectada su consistencia. En el plano experimental, las predicciones que se extraen de las teorías originadas dentro de este modelo deben analizarse desde una perspectiva que tenga en cuenta la sensibilidad de la variable sexo a factores relacionados con el diseño experimental, y a las variables que pueden afectar la notabilidad de las diferencias entre hombres y mujeres.

1. INTRODUCCIÓN

2

Disidencia en el Feminismo

2.1 Una breve nota sobre el feminismo disidente

En este capítulo vamos a introducir el feminismo disidente. Para ello presentamos un artículo que ha sido publicado en la *Revista Internacional de Sociología* en el 2009. No nos consta la existencia de investigaciones previas sobre este tema de modo que se trata de uno de los primeros trabajos académicos que abordan este problema. Por cuestiones de espacio en este artículo solo profundizamos en las principales autoras, como Camille Paglia y Christina Hoff-Somers, que dieron lugar a esta disidencia en EEUU¹.

Algunos de los autores que también se unieron a esta línea, y que presentaremos brevemente en esta nota, son Waren Fell, Cathy Young, Daphe Patai, Katie Roiphe, Wendy McElroy, Donna Laframboise, Karen Lerhman, Wendy Kaminer, Rita Simon o Neil Gilbert. Todos coinciden en señalar el giro de género y el ginecentrismo que se ha apoderado del feminismo. También la intransigencia de una propuesta que rara vez se cuestiona a sí misma.

Las observaciones realizadas por Daphne Patai se centran principalmente en la obsesión feminista por el odio masculino hacia las mujeres, así como en los conceptos de atención sexual no deseada y hostilidad sexual propiciados por el feminismo del género en EEUU. De ello habla en su libro *Heterofobia* (Patai, 1998). Esta autora también ha arremetido duramente en múltiples artículos y libros contra el postmodernismo, y

¹Algunos aspectos relacionados con este tema, el de la disidencia dentro del feminismo, han sido tratados con mayor profundidad en un trabajo previo (León, 2006). Una lista más extensa de los trabajos de las autoras que citamos en esta nota introductora puede consultarse en el citado documento, aunque este no contiene algunas referencias más recientes que sí citamos aquí.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

la llamada *standpoint theory*² (Patai, 2008) y contra la imposición de agendas políticas en programas educativos (Patai, 2000, 2008; Patai and Koertge, 2003). En concreto, denuncia que para los estudios de género o de mujer *lo educativo es político*, lo cual ha afectado el clima de libertad de expresión en las universidades.

Young, Kaminer, Simon y Lehrman están más preocupadas por el giro paternalista del feminismo, que asume la existencia de sexismo en todos los conflictos que afectan a las mujeres, incluidos aquellos de naturaleza privada, para los cuales se reclaman medidas de acción positiva.

Por ello, Wendy Kaminer distingue entre *feminismo equitativo* y *feminismo proteccionista*; y señala que las medidas que exige este último entran en conflicto con los derechos de los hombres (Kaminer, 1990). Esta autora ha criticado severamente la línea censora y abolicionista en cuestiones de pornografía que lideran Andrea Dworkin y Catherine MacKinnon (Kaminer, 1990), así como el feminismo de la diferencia de Gilligan -quien se ha especializado últimamente en la crisis de autostima que parecen sufrir las jóvenes adolescentes estadounidenses debido a la dominación masculina.

Karen Lehrman también rechaza el exceso de proteccionismo a la hora de abordar los conflictos que atañen a las mujeres y que, según ella, conduce a posiciones infantiles en lugar de fomentar actitudes de responsabilidad (Lehrman, 1993, 1997; Lehrman, 1997). Este proteccionismo junto con la irritación de quienes se sienten atrapadas en una sociedad patriarcal hace que, según Lehrman, las feministas perciban opresión en lugar de oportunidades allá donde miren.

Rita Simon se ha apresurado a negar que las mujeres sean víctimas (de un régimen patriarcal), sino seres competentes y responsables. Por ello, también duda que las mujeres necesiten protecciones especiales (Simon, 1995).

Por su parte, Cathy Young se declara una feminista “*pro-fairness*” pero no “*pro-women*” puesto que rechaza que lo personal sea político, huye de la obsesión por las diferencias de género y cuestiona, al igual que Patai, algunos conceptos relacionados con el acoso o otros delitos sexuales que operan en EEUU (Young, 1998a,b, 1999).

²Esta teoría, defendida principalmente por Sandra Harding en el contexto de la filosofía feminista de la ciencia, rechaza las nociones tradicionales de epistemología y de filosofía de la ciencia. Al no haber verdades esenciales, todo depende de dónde se parta y de quién mire, por ello, afirma que las mujeres (u otros grupos discriminados) han de implicarse en cuestiones epistemológicas para sustituir las actuales propuestas masculinas.

2.1 Una breve nota sobre el feminismo disidente

Donna Laframboise (1996) se ha centrado en la visión de la sexualidad, la pornografía y los conceptos de agresión sexual que maneja el feminismo actual, al igual que otros autores como Neil Gilbert (1991; 1992) y Katie Roiphe (1994b), cuyas aportaciones al debate sobre las *date rape* revisamos en este artículo.

Wendy McElroy defiende un feminismo individualista (frente al feminismo del género) y ‘*sex-positive*’, es decir, tolerante en cuestiones sexuales, como el consumo pornográfico, que deben recaer en la elección de los individuos sin que haya ningún tipo de regulación censora (McElroy, 1995, 1998). También ha criticado las actuales políticas sobre acoso sexual o prostitución inspiradas por lo que ella define como *ideología del género* (McElroy, 2001, 2002).

Un caso muy curioso es el de Warren Farrell, quien comenzó su andadura en los sesenta en una importante asociación feminista (*The National Organization for Women*) y cuya militancia en la misma le llevó un par de décadas más tarde a alejarse del *women’s movement* para acercarse al *men’s movement*. Ha publicado varias obras en las que se desmarca de los dogmas oficiales del feminismo del género (Farrel, 1986; Farrell, 2001). En su obra más reciente critica la estrechez de miras de los estudios de género donde rara vez se incluye la voz masculina, y cuando sí ocurre, es a través de una perspectiva cimentada en el odio y el resentimiento (Farrell et al., 2008).

Además de revisar el fenómeno de la disidencia estadounidense, en este artículo también nos planteamos la posibilidad de que este fenómeno se pudiera expandir al continente europeo, pues autores como los franceses Elisabeth Badinter y Lian Lipovetsky se han echo eco de la obra de Sommers y han tratado de aplicar el mismo tipo de observaciones en el contexto francés. Otras autoras como Empar Pineda o Edurne Uriarte han criticado la línea defendida por el Instituto de la mujer y las feministas del género en nuestro país.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

2.2 Introducción

El feminismo norteamericano se debate con un nuevo adversario en su lucha contra la sociedad patriarcal. Se trata del trabajo de un grupo de feministas académicas norteamericanas, que acusan al movimiento por la liberación de las mujeres de falsear la realidad, y de haberse convertido en la práctica en un movimiento de victimización. Señalan también, que gran parte de la investigación feminista carece de rigor científico y está imbuida, y demasiado contaminada, por la ideología feminista. Afirman que estas deficiencias de calidad se trasladan a los estudios de mujer de las universidades, cuyos contenidos son limitados por la censura de la corrección política feminista que opera en ellos (Patai, 2003). Culpan al feminismo de haber creado un estado de alerta y crispación con la extensión de la definición de los conceptos de acoso y agresión sexual más allá del sentido común (Hoff-Sommers, 1994; Paglia, 1992; Patai, 2000, 2003).

Esta situación tan extrema comienza a ser achacada a la denominada “ideología del género”. Las feministas de la disidencia han roto un silencio contenido con críticas que arremeten contra conceptos transversales del feminismo: la sociedad patriarcal, la dominación masculina, la violencia de género, etc. No tienen miedo de encararse con muchas de las teóricas más ilustradas y conocidas del panorama feminista no sólo nacional sino también mundial: Naomi Wolf, Susan Faludi, Gloria Steinem, Catherine MacKinnon, Andrea Dworkin, Marilyn French, Shulamith Firestone, y una larga lista de mujeres que son de obligada referencia en cualquier curso feminista o de estudios de género. Están preocupadas, sobre todo, por la pérdida de legitimidad de un movimiento que se encuentra sumido en una grave crisis de percepción por parte de la población femenina, que no se considera feminista ni quiere identificarse con las feministas, aunque sí haya interiorizado los valores del feminismo y disfrute de los logros conseguidos por este movimiento (Aronson, 2003).

2.3 El pensamiento de la disidencia

La calificación de este fenómeno como disidencia aparece cada vez con más frecuencia en artículos, libros, blogs de Internet y páginas web que recogen las críticas hacia el movimiento feminista. Disidencia es también el término que se ha adoptado en esta investigación. El acto de disidir implica “la separación de la común doctrina, creencia o conducta”, así como un “grave desacuerdo de opiniones” (RAE, 2006), que es justo

lo que ocurre con las feministas críticas con el feminismo, que no por ello se sienten fuera del movimiento, sino que han dejado de comulgar con la corriente establecida o *mainstream*.

Dos autoras americanas fueron las primeras en abrazar la disidencia en la década de los noventa: Camille Paglia, con *Sexual Personae, Art and Decadence from Nefertiti to Emily Dickinson* (1990) y Christina Hoff Sommers, con *Who Stole Feminism? How Women Have Betrayed Women* (1994). Ambas autoras comenzaron a criticar el determinismo social del feminismo, en especial, en los temas relativos a la violencia y la identidad sexual. Estas dos autoras se desmarcan así, de una concepción *roussonian* del ser humano, benigno por naturaleza y corrupto por las fuerzas sociales, que domina en el feminismo. También se alejan de la visión feminista de uno de los aspectos fundamentales de movilización para este movimiento: la violencia de los hombres hacia las mujeres. En especial, en lo referido a la violación y a la denominada violencia de género.

Para el feminismo los determinantes sociales que configuran los roles de género son los responsables de que el hombre, por su socialización en el patriarcado, ejerza una violencia de género contra la mujer. Por tanto, si su naturaleza —en principio igual a la de la mujer— no fuera corrompida por los valores dominantes masculinos, no cometería tales actos. Pero desde un punto de vista analítico estas explicaciones no se sostienen sobre una argumentación consistente. Más bien el feminismo cae, en este sentido, en un tipo de explicación circular similar a la explicación funcional contestada metodológicamente por autores como Stinchcombe (1970) y Elster (1982). Una explicación funcional es aquella en la cual las consecuencias de algún comportamiento o de algún ordenamiento social son elementos esenciales de las causas de ese comportamiento (Stinchcombe, 1970, pg 97). Así, el feminismo emplea las consecuencias derivadas del comportamiento de determinados hombres (discriminación y opresión contra la mujer, violencia de género, etc.) como causas del propio fenómeno que pretende explicar. Como ha señalado Elster (1982, pg 61), la explicación funcional puede ser sostenida en Biología, debido a que en esta ciencia es posible identificar un mecanismo de carácter general que posibilita la retroalimentación del sistema funcional en cuestión: la teoría general de la evolución. Sin embargo, dicho mecanismo general no existe en las ciencias sociales.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

Para estas dos autoras, por lo tanto, no es la sociedad (patriarcal)³ la fuente de violencia, ni el género de los hombres el único factor, puesto que no contamos con una explicación causal satisfactoria que demuestre dicha relación. Tampoco opinan —como algunas líderes del movimiento feminista— que vivamos en una época especialmente hostil donde la mujer sea víctima de una guerra no declarada (Faludi, 1991), sino que defienden que la sociedad, a través de la educación y la inculcación de valores, trata de combatir ésta y otras formas de violencia. Y además sostienen que la línea histórica de desarrollo de las sociedades ha conducido a condenar éticamente la agresiones contra las mujeres o contra cualquier individuo, y no a perpetuar o agravar la discriminación y la violencia, es decir, que nos encontramos en la actualidad en un estadio más avanzado en este aspecto. Ambas autoras examinan detenidamente éste y otros fenómenos, y sus dos obras —emblemáticas en esta denominada disidencia— son las responsables de la brecha ideológica. Christina Hoff-Sommers parte de un punto de vista más empírico, analizando la metodología empleada a la hora de elaborar cuestionarios destinados a medir la violencia contra las mujeres, y comparando las cifras sobre violencia de género arrojadas por diversas fuentes. Camille Paglia se adentra en este tema desde una posición más teórica, que analiza la naturaleza de los conflictos de género plasmados en el arte y la literatura occidental. Tanto Paglia como Sommers rechazan la actitud victimista del feminismo, que presenta a la mujer como un ser vulnerable —siempre en peligro y sometido a la dominación masculina— y al hombre como un ser violento, un agresor en potencia que mantiene oprimida a la mujer en todos los aspectos de las esferas pública y privada.

Además de estas dos pensadoras, son varias las autoras que podrían denominarse disidentes o así han sido catalogadas por diferentes analistas⁴. Dentro del feminismo

³El patriarcado aparece en los escritos feministas como ese mecanismo causal que explica todas las desigualdades de género. Sin embargo, la ausencia de una definición analítica de este concepto hace que se haya convertido en la causa y consecuencia de todo comportamiento discriminatorio.

⁴Varias mujeres y hombres han desatado la furia del feminismo establecido con sus obras incendiarias: Cathy Young (1999), Daphne Patai (1998), Katie Roiphe (1994b), Waren Farrell (1986; 2001), Donna Laframboise (1996), Karen Lehrman (1997), Wendy Kaminer (1990), Chesler (2006) o Rita Simon (1995), entre otras. Otras feministas que han despertado el interés público proceden de la derecha americana. Defienden los valores tradicionales americanos y religiosos, por lo que no las hemos considerado dentro de esta disidencia, pues aunque la posición ideológica de una determinada autora no es un elemento que haya que tener en cuenta, las autoras que aquí analizamos deben haber pertenecido en un momento inicial al movimiento feminista de la segunda ola (de carácter progresista), o bien encuadrarse dentro de este movimiento aunque no comulguen con los presupuestos teóricos desarrollados

2.4 Aspectos que suscitaron la disidencia

hay intelectuales con una brillante personalidad, cuyas tesis originales se desvían del feminismo convencional. Pero la disidencia, entraña algo más que una mera controversia o una habilidad para abordar temas candentes y comprometidos que sean capaces de suscitar polémica. Para que consideremos disidente el pensamiento de una determinada autora feminista, éste debe alejarse lo suficiente de algún dogma oficial incuestionable por el feminismo. Por ejemplo, dudar de la existencia de una dominación masculina, desechar la convicción de que vivimos en una sociedad patriarcal o defender que el género no es una categoría únicamente social. Alguno de los puntos comunes de las feministas disidentes son el rechazo de la politización de lo personal, la victimización de las mujeres como sexo oprimido y el proteccionismo paternalista de algunas políticas estatales exigidas por el feminismo del género; se denuncia asimismo la presencia de una ideología anti-masculina o ginecentrista dentro del feminismo, así como el impacto de ésta en la agenda y las políticas públicas. Reivindican un feminismo liberal y equitativo no obsesionado con las diferencias de género y las diferencias de poder. Si bien es cierto que no pretendemos recoger en este trabajo todas las obras u autoras disidentes (pues sin duda nos extralimitaríamos en espacio y contenidos) sí queremos, al menos, presentar las obras que suscitaron esta disidencia (de acuerdo al criterio que hemos introducido) y que tuvieron un papel más relevante en el surgimiento de esta fractura.

2.4 Aspectos que suscitaron la disidencia

Christina Hoff Sommers, en su libro *Who Stole Feminism?*, no sólo se limita a una reflexión personal sobre el giro que el movimiento feminista ha dado en las últimas décadas, sino que argumenta con fuentes recabadas en su investigación contra aquellos puntos que critica de la “ideología del género”, documentando caso por caso todos aquellos aspectos que denuncia.

La centralidad del género en el feminismo se enlaza con una concepción de las relaciones socialmente construidas entre hombres y mujeres marcadas por la dominación masculina. Las mujeres deben, pues, liberarse de la potestad de los hombres y batallar por otra concepción de la realidad, ya que son *women on the verge*⁵ (mujeres con plena

principalmente en los setenta (como ocurre con Sommers) para ser catalogadas como disidentes.

⁵Aunque su traducción literal es “estar al límite” o “al borde de un ataque” Sommers define esta expresión como “el permanente estado de las mujeres que sienten que han logrado adquirir una conciencia de la realidad de su situación en una sociedad dominada por los hombres” (Hoff-Sommers,

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

consciencia de su opresión) sumidas en un *backlash*⁶ (en un contraataque) contra lo femenino. El feminismo del género no sitúa el debate en términos de justicia y de lucha por una sociedad igualitaria —critican las feministas disidentes— sino que se levanta sobre la enemistad hacia el género masculino y la búsqueda de los intereses femeninos.

Para Christina Hoff Sommers, el feminismo actual se ha desvinculado de sus raíces humanistas y liberales, así como de sus metas iniciales: la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres y la defensa de los derechos que deben disfrutar por igual ambos sexos. Distingue entre *equity feminism* (feminismo equitativo) y *gender feminism* (feminismo del género) o dicho de otra manera entre *old feminism* y *new feminism* (entre el viejo feminismo y el actual). El feminismo equitativo desea para las mujeres lo mismo que para cualquier persona: un tratamiento justo sin discriminaciones (Hoff-Sommers, 1994, pg 22) pero sin privilegios. Sin embargo, el nuevo feminismo del género, que gira en torno a este concepto, tiene como finalidad acabar con un supuesto sistema vigente de dominación masculina o también llamado heteropatriarcado, “un complejo proceso en el cual las personalidades bisexuales infantiles son transformados en masculinas y femeninas, unas destinadas a disponer y otras a obedecer” (Hoff-Sommers, 1994, pg 22). Por tanto, la lucha contra esto último requiere, para el feminismo del género, de medidas y protecciones especiales para las mujeres. Mantienen, entre otros aspectos, que el punto de vista de las mujeres (intrínsecamente diferente al de los hombres) que ha sido largamente desestimado ha de encontrar ahora su propia vía de expresión, y para ello, es necesario disponer de recursos económicos que permitan, entre otras cosas, realizar investigaciones con enfoque de género (*gender studies*), levantar espacios propios como los centros de estudios de la mujer, así como dotar a la universidad de una oferta académica propia (cursos de especialización, master, doctorados, seminarios, etc.). Sin embargo, lo que podría ser contemplado como un fenómeno positivo ha desembocado para Sommers en situaciones denunciabales.

1994, pg 46).

⁶Este es también el título de uno de los libros más famosos de Susan Faludi (1991). Este contraataque se ha producido tras los logros conseguidos por el feminismo y consiste en la acusación de radicalismo, anti-masculinidad o falta de rigor, que según ellas son emitidas desde el sector conservador y antifeminista. Este presupuesto es peligroso, pues toda crítica es considerada de esta manera como parte del *backlash*. Ambas expresiones *women on the verge* y *backlash* aparecen con frecuencia en el discurso feminista o son utilizadas como licencias retóricas en artículos de prensa, ensayos, etc.

La primera de ellas consiste en la manipulación de datos, estadísticas, cifras y estudios, que tienen como fin mediatizar la violencia que sufren las mujeres, para recabar una mayor atención pública y justificar su cruzada contra el patriarcado. En su libro se analizan críticamente algunos de los estudios sobre violación y sobre violencia doméstica más conocidos. La segunda de ellas, *the curriculum transformation*, resulta no menos preocupante, sobre todo para la comunidad académica, ya que se trata de reformar los planes de estudio universitarios y el contenido de las materias enseñadas en el sistema educativo⁷. Veamos algunos de los fenómenos que analiza esta autora.

2.5 Nobles Mentiras

Uno de los capítulos del libro de Christina Hoff Sommers, titulado *Noble Lies*, denuncia la utilización de estadísticas por parte del feminismo a la hora de hablar de algunos de los problemas que afectan a las mujeres. La manipulación de las cifras sobre trastornos alimenticios, violencia doméstica, violación o el problema de las diferencias salariales, son mentiras nobles para el feminismo del género. Ya en el prefacio de su libro, Sommers nos presenta tres ejemplos que captaron su atención. En *Revolution from Within*, de Gloria Steinem, conocida feminista americana, se afirmaba que 150.000 mujeres morían de anorexia cada año. Este dato, que a primera vista resultaba cuando menos desconcertante, se remitía al conocido libro de Naomy Wolf *The Beauty Myth*, donde se califica esta mortalidad de holocausto o femicidio. La fuente de esta estadística era un informe sobre la anorexia de la directora del departamento de *Women's Studies* de la Universidad de Cornell, quien a su vez afirmó basarse en los datos recogidos por la Asociación Americana para la Anorexia y la Bulimia. Sin embargo, el presidente de esta asociación desmintió la cifra aclarando que ésta no se refería a mortandad, sino a casos de padecimiento de la enfermedad. El número real de muertes era de 70. Esta cifra, por sí misma lamentable, había sido elevada sin que nadie dudara de la veracidad del hecho, con el añadido de que siguió siendo citada aun después de su desmentido (en el libro de Sommers, quien además le hizo constar su descubrimiento a Wolf). Y

⁷Hemos dejado de lado otros aspectos analizados por Sommers por la estructura misma de este artículo así como la otra obra más conocida de esta autora, *The War against Boys* (2002), que trata sobre las dificultades que afectan a los chicos en el actual sistema educativo y que ha sido recientemente traducida al castellano.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

debemos decir que en las versiones en castellano, posteriores a la publicación del libro de Sommers, la cifra incorrecta se ha seguido manteniendo (Steinem, 1995; Wolf, 1991).

Encontramos otro hecho similar en la afirmación aparecida en un boletín de la *National Women's Studies Association* acerca de que la violencia doméstica producía por sí sola más defectos de nacimiento que otras causas combinadas. Cuando Sommers quiso hacerse con este estudio, se encontró con que no existía, a la par que los periodistas más prestigiosos de la prensa nacional seguían haciéndose eco de la noticia. Tras indagar en el origen de este dato halló que la versión original se refería a cómo se prestaba más atención médica a un problema que a otro. Sin embargo, lo más interesante de este fenómeno —aparte de la tergiversación producida— era comprobar la falta de cuestionamiento de estos datos proporcionados por mujeres y asociaciones feministas. Otro bulo desmontado por la autora se hizo eco de una noticia aparecida en prensa y televisión, en la que se alarmaba a la población informando de que el día de la *Super Bowl* el índice de maltrato se elevaba en un 40%⁸. Tan sólo un periodista del *Washington Post*, Ken Ringle, cuestionó este dato hallando rápidamente que no existía ninguna base real para tal afirmación (Hoff-Sommers, 1994). En su investigación Sommers se encontró con este fenómeno en los estudios sobre violencia de género. En primer lugar, comparó cifras sobre victimización, dándose cuenta de cómo una misma fuente proporciona estadísticas de víctimas por millón y por segundo, que resultan incompatibles entre sí (Hoff-Sommers, 1994, pg 192-194). Y más adelante enfocó su atención en la metodología empleada a la hora de medir los niveles de violencia doméstica.

Gelles y Strauss, de la Universidad de Rhode Island y New Hampshire, fueron pioneros en medir la violencia del género en EE.UU y sus fuentes eran recogidas por el gobierno, la policía y el FBI. Pero estos científicos sociales se ganaron la enemistad de las feministas, a finales de los setenta, al no reconocer al patriarcado como la causa del maltrato. Estos investigadores se encontraron con que también había hombres

⁸En este sentido, las feministas del género no son muy originales. En el campo de la publicidad y el marketing norteamericano es bien conocido que la final de la *Super Bowl* se convierte en el mejor reclamo para llamar la atención de los consumidores. Este evento anual trasciende lo meramente deportivo para convertirse en uno de los rituales más importantes en los que participa la sociedad norteamericana contemporánea. “Según el vicepresidente de marketing de *Walt Disney*, la *Super Bowl* realmente es la convocatoria de los hombres, mujeres y niños americanos, que se reúnen para participar en un ritual anual” (Chwe, 2001, pg 11).

maltratados (aunque resaltaban que las mujeres eran mucho más proclives a ser heridas y necesitar asistencia) y, además, en los niveles de violencia dentro de las familias norteamericanas, (maltrato infantil o a personas mayores) las mujeres estaban tan involucradas como los hombres. Incluso se halló que a menudo la principal fuente de violencia de la familia provenía de algún hermano. Además, distinguían entre violencia menor y mayor (que requería asistencia media). Según sus datos, la mayoría de las familias americanas sólo incurría en violencia menor y menos de 1% en tipos de violencia más graves. Estos datos son muy distintos de los ofrecidos por las feministas del género, que tampoco se hicieron eco de otros descubrimientos, como el de que había habido un descenso en el número de mujeres maltratadas de 1975 a 1985.

Otros estudios sobre el maltrato y la violencia que no han recibido la atención que merecen, por alejarse de la visión feminista, son aquellos que señalan que se producen tasas de maltrato en las parejas del mismo sexo similares a las producidas en las heterosexuales. En EEUU se produjeron entre un 25% y un 33% de abusos en parejas de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales, un porcentaje similar al de las parejas heterosexuales (Lehmann, 2002; NCAVP, 1998). Por tanto, parece que el maltrato está muy relacionado con trastornos dentro de las relaciones de intimidad o *intimate partner violence*⁹ que no tienen en el género su único componente (Bethea et al., 1999; Coleman, 1994; Paik et al., 2000).

2.6 La transformación Curricular

Para aproximarnos al concepto de *curriculum transformation* o transformación de los contenidos educativos y los planes de estudio mediante la inclusión de la perspectiva de género, vamos a remitirnos a la información procedente del *National Center for Curriculum Transformation Resources on Women*:

Desde finales de 1970 profesores e investigadores feministas han estado examinando el currículum tradicional en la educación superior en lo relativo a los prejuicios raciales y de género. Al mismo tiempo que las nuevas enseñanzas sobre estudios de la mujer se volvían cada vez más abundantes y accesibles, el profesorado ha sido

⁹Este término (IPV) ha comenzado a imponerse, al menos en el ámbito de la investigación, sobre otras expresiones como violencia de género o violencia machista.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

asistido en revisiones y discusiones a través de proyectos de desarrollo universitario, comúnmente denominados como *curriculum transformation projects*. El objetivo de estos proyectos es alentar al profesorado a valerse de los nuevos estudios sobre la mujer en sus cursos tradicionales para lograr un currículo más equilibrado.

El esfuerzo necesario por eliminar los estereotipos de género, los sexismos lingüísticos y otorgar más visibilidad a las mujeres en todos los campos, se deforma hasta puntos que despiertan la alarma en muchos docentes. Convencidas de hallarse en la vanguardia de una batalla de dimensiones históricas, pretenden reescribir la historia y cambiar el canon occidental. Las feministas del género claman que la Historia ha sido hasta ahora *His Storie* (la historia de ellos) y que, por tanto, nos ha llegado deformada por la dominación masculina en la política, la ciencia y el arte (Hoff-Sommers, 1994, pg 58). Se proponen pues, elaborar *Her Storie* (la historia desde el punto de vista de las mujeres). Para Sommers la historia no puede ni debe reinventarse, no le corresponde convertirse en un arma ideológica. Es necesario rescatar aquellos aspectos que hayan quedado relegados a un segundo plano de manera injusta o bien recuperar a las mujeres que no hayan recibido la atención que merecen. Pero hay un hecho evidente y lamentable que es imposible ignorar: y es que las mujeres no han tenido la misma oportunidad de hacer historia y participar en los campos políticos y militares, que han promovido el cambio social, en la medida en que sí pudieron hacerlo los hombres. Sommers habla de la estrategia feminista *filler feminism*, consistente en ocupar espacios en los libros de textos con hechos feministas acordes con las enseñanzas que se desean impartir (p. 60), “acentuando la importancia de personajes femeninos y hechos menos importantes que reducen la cobertura a personajes y hechos sí relevantes del panorama histórico americano” (Lerner et al., 1995, pg 55-68); de manera que los estudiantes conocen mejor a Harriet Tubman (una afroamericana que luchó contra la esclavitud) que a George Washington, Lincoln o Churchill, y tienen más conocimientos sobre el papel que las mujeres desempeñaron trabajando en las fábricas durante la Segunda Guerra Mundial, que sobre la Gran Depresión americana¹⁰.

En el campo de las artes, donde la ausencia histórica de la mujer es una lamentable realidad, las feministas del género afirman que las obras de arte realizadas por mujeres pasaron desapercibidas porque los estándares siempre fueron fijados a favor de los

¹⁰Resultados obtenidos en la Primera Evaluación Nacional del Progreso educativo (Ravitch et al., 1987) citado en Lerner y Nagai (1995, pg 55).

hombres (Hoff-Sommers, 1994, pg 63). Por tanto, habría que revisar esos criterios de excelencia para que las mujeres llegasen a una posición de igualdad. Pero la realidad nos devuelve al hecho de que pocas mujeres en la Antigüedad, la época Medieval, el Renacimiento o la Modernidad, pudieron dedicarse al arte como lo hicieron los hombres. No se trata de los criterios del canon artístico, sino de la ausencia de la inmensa mayoría de las mujeres en cualquier esfera que no fuese la doméstica en el transcurso de los siglos. Tal y como afirma Camille Paglia, “el feminismo no ha encontrado ni una gran pintora o escultora que añadir al canon, ha reanimado la reputación de muchas mujeres menores que no necesitaban ser redescubiertas” (Paglia, 2001, pg 195). Si ha promovido, por el contrario, la crítica y retirada de cuadros e imágenes cuyos desnudos femeninos ejemplifiquen la mirada masculina bajo la que fueron creados y para la que fueron creados porque el arte es en definitiva un fruto más del patriarcado. Y además, crean un ambiente sexual hostil que puede ser denunciado aunque se trate de la mismísima Maja Desnuda de Goya (pg 270 Hoff-Sommers, 1994; Paglia, 2001, pg 110). Este cuadro fue retirado a petición de la profesora Nancy Stumhofer de la Universidad de Pennsylvania, que expresaba de la siguiente manera el sentimiento que le inspiraba esta obra de arte: “me sentí como si estuviera tumbada allí, desnuda, expuesta y vulnerable. Después de que pasara mi bochorno me sentí indignada pensando que ninguno de mis colegas ni de mis estudiantes masculinos se encontrarían alguna vez en esa situación” (Hoff-Sommers, 1994)¹¹.

Otro aspecto que Sommers analiza del feminismo es la propia epistemología sobre la que se sostiene su producción teórica. Como ya se ha dicho, gira en torno a los conceptos transversales de género, patriarcado y dominación masculina, que aparecen continuamente en el discurso feminista, frecuentemente de manera ideológica o retórica en lugar de analítica. Así pues, todo lo masculino es sospechoso y todo lo neutro es sospechosamente masculino, incluido el conocimiento¹². En este sentido, Sommers recoge algunas de las valoraciones feministas sobre el conocimiento y la cultura:

¹¹Este incidente despertó la atención de muchos intelectuales norteamericanos ya que ejemplifica el concepto de acoso que se maneja en EEUU (que incluye la presencia de imágenes degradantes o pornográficas en un centro de trabajo), la moralidad sexual que se ha impuesto desde el *mainstream* feminista y su capacidad de actuación, así como las controversias surgidas en la comunidad universitaria acerca de la libertad de expresión en contraposición a las políticas de control y regulación.

¹²Recordemos la crítica al feminismo como explicación funcional realizada anteriormente.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

- La idea de genialidad es sospechosa de elitismo y masculinidad, y en el mundo de la enseñanza literaria, por desgracia, sólo se contemplan a unos pocos genios. Para la americana Peggy McIntosh¹³, favorable a desechar las jerarquías de excelencia masculina, Leo Tolstoi no tendría por qué recibir mayor atención que una novelista del siglo XX como Margaret Atwood o Alice Walker (Hoff-Sommers, 1994, pg 65), puesto que su genialidad reside en haber logrado una distancia con respecto al resto de autores, siendo éste un criterio masculino, jerárquico e inaceptable. En lo que no ahonda es en explicar por qué determinados autores consiguen alejarse de lo ordinario, independientemente de que éste sea un criterio correcto o no para medir la excelencia.
- La feminista Elisabeth Fee afirma que “el conocimiento fue originado como un acto de agresión: la naturaleza pasiva debía ser interrogada, desvestida, penetrada y forzada por el hombre para revelar sus secretos” (Hoff-Sommers, 1994, pg 66). En esta línea se encuentran otras conocidas feministas americanas como Mary Ellman, Catherine MacKinnon y Sandra Harding. Para MacKinnon (1983), los hombres se apropian de la naturaleza, como los violadores de la mujer, y para ellos el acto de conocer se asocia al de fornicar. Harding (1986) llama a los Principios de mecánica de Newton, “El manual de violación de Newton” (Harding, 1986, pg 100)¹⁴.

Además, las feministas del género defienden que la condición de opresión que afecta a las mujeres las convierte en mejores conocedoras que los hombres; su manera de sentir más profunda les lleva a percibir y entender de mejor manera la realidad. Es decir, tienen una ventaja epistémica con respecto a los hombres (Harding, 1986)¹⁵. Reflexiones de este tipo, acerca de la superioridad femenina en ciertos aspectos, son las responsables de que el feminismo comience a ser tachado de ginecentrista.

La pedagogía feminista es otro de los aspectos que se analizan en el libro *Who stole feminism*, al estar íntimamente relacionado con el sistema educativo americano. Las clases feministas son calificadas por sus profesoras como espacios de una nueva conciencia revolucionaria de liberación personal, donde pueden darse rienda suelta, a través de sesiones de auto-psicoanálisis, talleres de narrativa y *performances*, a los sentimientos de rabia, miedo, erotismo o frustración que el patriarcado reprime (Hoff-Sommers, 1994, 88). La pedagogía feminista del género niega los ideales de verdad

¹³ Directora asociada del Centro Wellesley para la Mujer, fundadora y codirectora del Centro Nacional SEED. (*Seeking Educational Equity and Diversity*), comprometido con los currículum inclusivos.

¹⁴No tiene desperdicio la lectura del capítulo V, *¿La historia y la filosofía de la ciencia deben recibir una clasificación X?*, donde no sólo habla de Newton, sino de las metáforas de violación y tortura en Bacon o Copérnico. Cabe mencionar que éste es un libro de obligada mención en cualquier curso de doctorado o máster de género.

¹⁵Éste es un claro ejemplo de ginecentrismo y de circularidad en una explicación.

objetiva y enseñanza desinteresada. Toda enseñanza es una forma de adoctrinamiento al servicio de la clase política dominante (masculina) y los planes de estudios universitarios no son sino *men's studies* (Hoff-Sommers, 1994, pg 96), diseñados para mantener y reforzar el sistema patriarcal. El feminismo del género concibe la enseñanza como un instrumento político más al servicio del patriarcado y, por tanto, es legítimo hacer lo mismo desde la postura feminista. Sommers en este sentido recoge una explicación de lo que según el filósofo Roger Scruton diferencia el adoctrinamiento de la educación (Hoff-Sommers, 1994, pg 96):

- En una clase educativa los alumnos deben aprender métodos analíticos y herramientas críticas para aproximarse a la realidad. Asimismo, es deseable el desarrollo de actitudes de cuestionamiento y pensamiento independiente.
- En un curso de adoctrinamiento, las críticas son presentadas de antemano y las conclusiones asumidas con anterioridad o *foregone conclusion*. Las discrepancias y el escepticismo con respecto a estas conclusiones extraídas de antemano en curso de adoctrinamiento son interpretadas como fruto de la ignorancia, o en peor instancia, de la perfidia y el acoso.

El adoctrinamiento feminista se da, pues, dentro de un sistema cerrado e inmune a las críticas, gobernado por códigos invisibles de expresión, opiniones y comportamientos aceptables (Paglia, 2001, pg 177). En algunos casos extremos las críticas de los alumnos hacia las lecciones son interpretadas por los profesores como comportamientos hostiles y conflictivos, que han llegado a denominarse como *antifeminism harassment* o acoso hacia el feminismo (Hoff-Sommers, 1994, pg 113-116). Esta acusación es trasladada también al profesorado que discrepa de los contenidos y la metodología feminista empleada en las aulas. Así, surgen otras expresiones como *antifeminism intellectual harassment* (acoso intelectual antifeminista), que alude a la creación de un ambiente hostil en la academia por parte de varios grupos (Patai, 2003); o también, *sexismo sistémico* (Patai, 2000) que es el sexismo institucionalizado en la enseñanza y en otras esferas públicas. Otros autores simplemente defienden que existe antifeminismo en la Universidad (Clark et al., 1996). En reacción a esta situación surgieron dos sitios web que levantaron la polémica (Patai, 2003) entre los partidarios de la vigilancia de la expresión (*speech codes*) y los firmes defensores de la libertad de expresión (*free speech*). Estos fueron: NoIndoctrination.org y Campus Watch. El primero de ellos fue fundado por padres de alumnos preocupados por “el poder de la agenda sociopolítica

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

para cambiar la orientación y el contenido de los cursos universitario”. Para comprender esta situación debemos recoger la definición del acoso antifeminista que ha propuesto el comité sobre el estatus de la mujer, de la Asociación de Lengua Moderna:¹⁶

- Desestimación de escritoras, ensayistas y periodistas feministas.
- Desprecio del trabajo feminista como limitado, parcial y falto de rigor.
- Humor malicioso en contra de las feministas.

La peligrosidad de esta definición radica en que cualquier crítica podría ser entendida como un acto de perfidia o malevolencia contra el feminismo en sí, amén de formar parte del *backlash*, como así ha ocurrido con las críticas emitidas por las feministas disidentes. Los puntos de vista contrarios a la visión establecida desde el feminismo del género, que han surgido en las últimas dos décadas, son sistemáticamente descalificados como antifeministas, y sus representantes son acusados de conservadurismo y alineados despectivamente con la “nueva derecha”¹⁷ (Duffy, 1992; Ebert, 1995; Gelb, 2006; Page, 2006). Surge así, el temor a ser políticamente incorrecto e incluso el riesgo de ser víctima de boicots¹⁸.

2.7 Date rape. Una nueva visión de la violación y de otras formas de agresión sexual

Las *date rape*, o violación en las citas (cuando dos personas quedan para salir juntos), es un fenómeno surgido en la sociedad americana y denunciado por las jóvenes feministas de los campus universitarios. Es allí donde, afirman, sucede un tipo de violación que presenta una peculiaridad especial. La violación es una agresión sexual en la que se fuerza con violencia a una persona para tener relaciones sexuales en contra de su

¹⁶Citado en Sommers (Hoff-Sommers, 1994, pg 116). The Modern Language Association (MLA) cuenta con dos comités, uno sobre literatura negra y otro sobre el estatus de la mujer, que investiga la situación de la mujer dentro de la profesión, así como el estudio y enseñanza de la literatura femenina: <http://www.mla.org/resources/committees/commprofessional/commwomen>

¹⁷En el caso de Paglia, que se define a sí misma como una lesbiana, defensora a ultranza del aborto, la pornografía, la sodomía o la legalización de la prostitución, resulta llamativo que se la califique como “derechista” y reaccionaria.

¹⁸Ejemplos de rechazos, amenazas y repudio del feminismo del género hacia las voces críticas pueden verse relatados en los libros de Sommers (1994) y Paglia (Paglia, 2001). Kurtz (2001) narra otro ataque experimentado por Sommers en una Conferencia a la que fue invitada.

2.7 Date rape. Una nueva visión de la violación y de otras formas de agresión sexual

voluntad. Sin embargo, las violaciones en las citas engloban en su definición encuentros sexuales entre conocidos, producidos bajo la mediación de drogas, como el alcohol o los “porros” o bajo una coacción verbal: la insistencia del chico a la chica para tener una relación sexual. Si una mañana alguna chica se levanta con una fuerte resaca y con un chico al lado con el que no deseaba acostarse, pero con el que accedió fruto de su borrachera, ha sido víctima de una violación. Si ha tenido una relación sexual no satisfactoria y de la que no estaba segura de querer tener, pero a la que cedió por voluntad propia motivada por la insistencia del chico, también es violación.

Esta realidad difícilmente comprensible fuera de EEUU ha desatado la alarma en todos los sectores sociales norteamericanos y ha fomentado la histeria en las adolescentes que dejan por primera vez sus casas para comenzar su andadura universitaria. En Norteamérica se han levantado enormes centros de asistencia en los campus y se han creado comités de buenas conductas sexuales. El nivel de ansiedad se ha disparado entre muchas jóvenes, hasta el punto de organizar marchas y encuentros anuales en los campus bajo el lema *Take Back the Night*¹⁹ (recupera la noche). Las víctimas son “supervivientes” y sus compañeras co-supervivientes que también sufren y necesitan asistencia. Son violadas potenciales y sus compañeros masculinos, potenciales violadores (Hoff-Sommers, 1994, pg 218). Camille Paglia tacha este fenómeno de “superampliación alucinatoria de la violación para cubrir todos los encuentros sexuales desagradables o incómodos” (Paglia, 2001, pg 75). Roiphe califica la violación como *catch-all* (un cajón de sastre) donde cabe todo lo desapacible y molesto acerca de las relaciones entre los sexos (1994b, pg 80). Katie Roiphe quien vivió la crisis en su propio campus, en Princeton, escribió como consecuencia de ello *The Morning After: Sex, Fear, and Feminism on Campus*, donde critica el punto de vista de las feministas del género que había provocado un estado de histeria entre las universitarias. A partir de su propia investigación comprobó que la intuición que le llevó a la misma era cierta: no había indicios para afirmar la existencia de una escalada de violaciones en los campus

¹⁹El origen de estas marchas tuvo lugar en Inglaterra en 1977 y en EEUU en 1978 y su objetivo era la protesta por la inseguridad que sufren las mujeres en las calles durante la noche, momento en el que se producen la mayoría de agresiones sexuales. El fenómeno de las *date rape*, que recuperó estas marchas para denunciar este tipo de asalto sexual que ocurre en los campus, surgió como tal a principios de los noventa coincidiendo con la aparición de las primeras denuncias contra la ideología del género, y en la actualidad sigue ocupando un lugar central en la agenda norteamericana. Las marchas *Take back the Night* se han institucionalizado y son un evento frecuente en la vida de los campus americanos.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

universitarios. Entre 1982 y 1993 habían sido denunciadas a la policía dos violaciones en Princeton y descubrió que los chicos eran víctimas en mayor frecuencia que las mujeres de ataques violentos (Roiphe, 1994a, pg 47).

Una de las estadísticas más famosa y citada es aquella que afirma que una de cada cuatro mujeres experimentará en su vida una violación o algún tipo de agresión sexual. Esta cifra proviene de un estudio de la investigadora feminista Mary Koss, realizado de este contexto. Sommers refiere cómo Koss, quien había comenzado en los ochenta a desarrollar la Encuesta de Experiencias Sexuales (SES), publicó un artículo afirmando que la violación era el extremo de un *continuum* del comportamiento masculino normal en nuestra cultura²⁰. Su objetivo era identificar incidentes escondidos de violación no denunciados a la policía, así como trabajar de manera estandarizada con un instrumento que permitiese identificar diferentes tipos de victimización sexual (Fisher and Cullen, 2000). De modo que una versión revisada de la SES (Koss et al., 1987; Koss and Gidycz, 1985)²¹ fue utilizada en un estudio nacional sobre mujeres universitarias. El resultado fue que un 53% de las universitarias había sufrido algún tipo de victimización sexual (desde la edad de 14 años) y un 11,9% había experimentado alguna forma de coerción sexual. Más grave aún resultaba la cifra de un 15.4% de mujeres que habían sido violadas y un 12.1% que habían experimentado un intento de violación. Es decir, según estos dos datos un 27.5% de las mujeres de la muestra había experimentado una victimización siguiendo la definición de violación del Estado de Ohio.

Lo curioso de este estudio era que el 73% las mujeres clasificadas como víctimas no se reconocían como tales, el 49% alegaron que fue falta de comunicación, un 14% lo catalogó como un delito o falta pero no de violación y un 11% no se sentían víctimas en absoluto. Además, un 42% de las víctimas tuvieron sexo con los supuestos atacantes en encuentros posteriores. Koss comparó sus resultados con los de la Encuesta Nacional del Delito, la NCVS (National Crime Victimization Survey), que se basaba en una definición más restrictiva de lo que constituía una violación. El resultado fue que la tasa de victimización seguía siendo de 10 a 15 veces mayor que la tasa basada en la NCVS (Fisher and Cullen, 2000). Para Koss esto solamente revelaba la ineficiencia mostrada hasta el momento en la medición de la agresión sexual. Sin embargo, para otros autores estos

²⁰Ver Koss y Oros (1982), citado en Fisher y Cullen (2000).

²¹Este estudio, encargado por Ms. Magazine, pasó a conocerse popularmente como Ms. Report (1988).

2.7 Date rape. Una nueva visión de la violación y de otras formas de agresión sexual

datos resultaban poco creíbles²², sobre todo la formulación de las preguntas destinadas a medir la violencia sexual, en concreto, la número ocho de la encuesta que catalogaba la siguiente situación como violación:

¿Ha mantenido usted relaciones sexuales sin desearlo debido a que un hombre la invitó a consumir alcohol o drogas?

La pregunta número uno de la encuesta medía el intento de asalto sexual de esta manera:

¿Alguna vez has consentido actividades sexuales cuando no querías porque estabas abrumada por los continuos argumentos y presiones de un hombre?

Lo que se deduce de estas preguntas, según sus detractores, es que la mujer aparece como un ser vulnerable y sin capacidad de razonamiento, frente a un hombre que actúa con plena consciencia para llevar a cabo su acción:

La idea es que una mujer está demasiado borracha como para saber qué está haciendo mientras que el hombre puede mantenerse sobrio y lúcido. Si asumimos que las mujeres no son desvalidas ni tampoco ingenuas ellas deben mantenerse en la responsabilidad de su elección de haber bebido o consumido drogas (Roiphe, 1994a).

Esto conduce a una perversa dicotomía de los sexos, “al mismo tiempo que todos los hombres son retratados como peligrosos depredadores la gran mayoría de las investigaciones sobre violencia sexual citadas convergen en una visión de la mujer como ser desvalido” (Gilbert, 1995, pg 30). Es indiscutible que si alguien administra drogas sin consentimiento a una persona para anular su conciencia y abusar de ella, este acto constituye una violación. Pero si alguien ofrece unas copas y seduce bajo los efectos del alcohol, ¿puede considerarse también una violación? Sin duda, las dos situaciones son muy distintas, pero el problema del ítem formulado por Koss era precisamente que su ambigüedad podía recoger situaciones de ambos tipos. Pero, ante todo, ¿por qué no se tenía en cuenta la opinión de las chicas clasificadas como agredidas y que no afirmaban haberlo sido? Según Koss y otras feministas, porque su falta de conciencia de género les impedía reconocerse a sí mismas como víctimas (Roiphe, 1994b, pg 109-110). Dos

²²Las críticas partieron de Neil Gilbert (1991; 1992; 1995), Katie Roiphe (1994b) y del informe Toledo (1993).

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

periodistas del *Blade* (Periódico de Toledo, en Ohio) realizaron otro informe, el llamado *Toledo Report* (1993), a partir de las dudas suscitadas por los datos arrojados por el de Koss. Eliminaron la pregunta sobre la ingesta de drogas y alcohol y no incluyeron a las mujeres que no se veían a sí mismas como víctimas de violación. El resultado fue que la estadística pasaba de 1 de cada 4, a 1 de cada 22 o 23. Pero los estudiantes siguen barajando en sus mentes estadísticas desproporcionadas:

Lo que es increíble es que los estudiantes sigan creyendo actualmente que el 50% de las mujeres son violadas. Esta es la crisis real: que hay un número no insignificante de jóvenes mujeres con esa alarmante creencia. (Roiphe, 1994b, pg 58).

Lo más lamentable son las consecuencias políticas que se derivan de todo esto (Gilbert, 1991, 1995; Hoff-Sommers, 1994). Mientras que grandes partidas económicas se destinan al levantamiento de centros de asistencia en campus universitarios, otras áreas más deprimidas con una tasa real muy alta de violación²³ carecen de medios económicos para atender a sus víctimas. La afirmación de Andrea Parrot, de Cornell University²⁴, de que “cualquier chica que sea psicológica o físicamente presionada para un contacto sexual en cualquier ocasión es tan víctima de violación como la que es atacada en las calles”, es en todo caso una opinión que puede suscitar rechazo o no, pero las tasas reales de incidencia deberían ser las que determinasen, en última instancia, los recursos que hay que emplear para dar cobertura a este problema.

El fenómeno de las violaciones en los campus universitarios ha de ser estudiado desde dos ópticas. Por un lado, las concepciones sobre violencia y agresión sexual que subyacen en los acercamientos feministas a esta cuestión. El principal presupuesto teórico del feminismo es que la violación es un efecto más de la cultura patriarcal, de la dominación masculina que engendra violencia contra la mujer. Una de las afirmaciones más repetidas por las feministas es que la violación no es un acto criminal y violento en sí mismo, con una motivación meramente sexual, sino un ejercicio de poder de los hombres sobre el cuerpo de la mujer motivado por el odio sexista hacia ellas²⁵. Con lo cual, la

²³ El informe Toledo también calculó que la tasa de violación en los campus era treinta veces más baja que en otras áreas más deprimidas de Toledo, Ohio, para la población de chicas de edades comprendidas entre 18 y 22 años.

²⁴ Citado en Sommers (1994, pg 220) Andrea Parrot pertenece a la *Cornell University Coalition Advocating Rape Education*.

²⁵ De nuevo un argumento circular, que no explica por ejemplo, las violaciones de hombres. Éstas se producen con bastante frecuencia dentro de las cárceles americanas.

2.7 Date rape. Una nueva visión de la violación y de otras formas de agresión sexual

motivación de los jóvenes universitarios que subyace en las *date rape* sería atentar, en sus citas, contra la dignidad sexual de las jóvenes del campus, y no tanto dejarse llevar por un impulso exclusivamente sexual. De la misma manera, los problemas producidos en estos encuentros no tendrían nada que ver con problemas relacionados con la falta de comunicación y entendimiento entre jóvenes, ni con la educación sexual recibida, sino con una cuestión mucho más perversa derivada del carácter funcional del patriarcado. Ya en la visión de Simone de Beauvoir sobre la iniciación al sexo en las mujeres podemos encontrar el origen de esta perspectiva, pues esta autora es clave para entender la epistemología feminista actual y su libro, *El Segundo Sexo*, sigue siendo un libro de obligada referencia para el feminismo:

La mujer es penetrada y fecundada a través de la intervención del varón; esta intervención siempre es una especie de violación (de Beauvoir, 2005, pg 480).

No es raro que la primera experiencia de la joven sea una verdadera violación y que el hombre se muestre odiosamente brutal (...). En cualquier caso, hasta con el hombre más deferente y cortés, la primera penetración siempre es una violación (de Beauvoir, 2005, pg 492).

Por otra parte, y dejando aparte la teoría feminista, si atendemos a las cifras de violaciones en los campus registradas oficialmente vemos que éstas se sitúan en torno a 1,5 víctimas por año, lo que nos impide hablar de una plaga de *date rape* (Roiphe, 1994b). Profundizando un poco más en este tema resulta interesante analizar el hecho de que las feministas “anti-date rape” defiendan que los encuentros sexuales deben ser regulados como un contrato²⁶, mediante un acuerdo explícito en el que todo esté pactado: besar, tocar, acariciar, desvestir, y dichos actos sean precedidos de preguntas y respuestas explícitas al respecto, de manera que cualquier “no” sea siempre “no”. Pero los “no” de las mujeres (y hombres) en un contexto sexual no siempre tienen la misma explicitud, intensidad o significado (Muehlenhard and Peterson, 2005; Muehlenhard and Hollabaugh, 1988), de la misma manera que la mayor parte de la gente no pide permiso a la hora de besar o tocar, pues todo ello forma parte del lenguaje no verbal de los encuentros sexuales. Esta afirmación es sin duda polémica, pero lo cierto es que dentro de un escenario sexual (en una cita) y entre dos personas que se atraen, el “no”

²⁶Un ejemplo radical sobre los pactos sexuales puede encontrarse en el código Antioch, que se ha hecho famoso por la rigidez de las reglas recomendadas a los universitarios de esta facultad de Ohio.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

forma parte de un juego donde se pone a prueba el deseo del otro; y en el peor de los casos, viene de un conflicto entre “querer” y “no querer” —que puede resolverse dentro de la situación erótica— y que es producto de inhibiciones o temores sexuales o incluso de estereotipos asociados a los roles esperados en ambos sexos. En ocasiones un “no” inicial puede transformarse en “sí” ante la excitación del otro y viceversa, un “sí” inicial puede acabar en un fracaso. Sin embargo, apenas se habla de la “ambivalencia sexual” (Muehlenhard and Peterson, 2005) que opera en muchos encuentros sexuales entre hombres y mujeres (sobre todo jóvenes), y de los estudios que miden este tipo de comportamientos y actitudes, aun cuando la literatura al respecto es bastante amplia.

Conceptos como *token resistance to sex* (resistencia simbólica al sexo) que tienen lugar cuando se indica que no se quiere sexo y en realidad se tiene intenciones de tener un encuentro sexual, y los problemas relacionados con la falta de comunicación o entendimiento fueron desarrollados a la par que surgieron los estudios sobre victimización sexual en la línea aquí descrita que emprendiera Koss. Uno de los estudios más significativos realizado sobre población universitaria llegó a la conclusión de que un 39% de chicas había dicho que “no” a un encuentro sexual cuando quería decir “sí” (Muehlenhard and Hollabaugh, 1988), resultado que midieron preguntando a las entrevistadas si alguna vez habían vivido la siguiente situación:

Te encontraste con un chico que deseaba tener un encuentro sexual contigo y tú querías también, pero por alguna razón indicaste que no querías, aunque tuvieras realmente la intención de hacerlo y estuvieras lista para un encuentro sexual. En otras palabras indicaste “no” cuando querías decir “sí” (p.874).

También los hombres incurrían en esta actitud en una proporción incluso mayor que la de las mujeres²⁷. Además, se midieron las contradicciones que los individuos identificaban entre el hecho de querer entablar una relación sexual pero no estar dispuesto a llevarla a la práctica, y entre no querer sexo pero estar dispuesto a tener una relación sexual. Es decir, en unos casos se daba un conflicto entre el deseo sexual y las consecuencias no deseadas del mismo (embarazo, riesgo de enfermedad, creación de un vínculo). En otros se deseaban las consecuencias (promoción de intimidad, satisfacción de las necesidades del otro, reducción de tensión en la pareja) pero no el encuentro

²⁷Un 43% de hombres frente a un 25% de mujeres según el estudio de O’Sullivan y Allgeier (1994) y un 47% frente a un 38%, en el de Sprecheter *et al.* (1994), citado en Krahe, Scheinberger-Olwig (2000); Kolpin (2000) y (Husak, 1992).

2.7 Date rape. Una nueva visión de la violación y de otras formas de agresión sexual

sexual. En ambas situaciones el género de los entrevistados sí resultaba ser un factor significativo, pues el sexo unido a la culpa o al miedo a dañar la imagen personal era más frecuente en las mujeres, y el sexo como instrumento para ensalzar la imagen personal aparecía con más frecuencia en los hombres (Muehlenhard and Peterson, 2005).

Entonces, ¿cómo hacer para interpretar esta clase de señales que forman parte de los comportamientos de cortejo en cada contexto concreto? Teorizar aquello con lo que nos encontramos cotidianamente puede resultar mucho más difícil de lo esperado si se quiere hacer de manera honesta y rigurosa. En este sentido, otro concepto muy útil para analizar las relaciones interpersonales sin caer en explicaciones vacías es el de *pluralistic ignorance* (ignorancia plural) acuñado por Floyd Allport en los años treinta (Lambert et al., 2003) y que se define como el fenómeno que ocurre dentro de un grupo cuando cada miembro cree que sus actitudes, juicios o creencias privadas chocan con la norma del grupo. De esta manera la gente actúa o se comporta en conformidad con la norma y en contradicción con su actitud privada, experimentando además, que son los únicos en afrontar este conflicto, cuando en realidad puede que el resto de los individuos se encuentre en la misma situación. Este mecanismo opera en muchos de los encuentros sexuales denominados *hooking up* (liarse o enrollarse) mediante la presión experimentada de querer comportarse como creen que hacen los demás, afectando a un 42% de mujeres y un 46% de hombres (Lambert et al., 2003). Es decir, todo el mundo piensa que el resto de la gente tiene líos y que es lo que se espera de ellos en un contexto de flirteo. Además, la incomodidad de ajustar su comportamiento a la norma percibida es experimentado por ambos sexos, solamente que los hombres creen en mayor medida que las mujeres, que el resto de los individuos de su mismo sexo no sienten esta disconformidad.

La polémica sobre los encuentros sexuales desatada por el feminismo va más allá cuando se afirma que en concreto los “sí” de las chicas jóvenes quieren decir “no” (desestimando el caso contrario o que los chicos incurran en el mismo hecho) porque ha habido una coerción verbal, “una coerción sexual no violenta”: “el consentimiento de una mujer a una actividad sexual no deseada a causa de la utilización por parte del hombre de argumentos que no incluyen las amenazas físicas” (Roiphe, 1994b, pg 67). Koss (2003) también lo denomina como coerción psicológica. Para Camilla Paglia éste es un concepto absurdo (Paglia, 2001, pg 90), y a las estudiantes universitarias se les

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

repite una y otra vez este discurso, en lugar de aleccionarlas en la responsabilidad de sus actos, porque esto último es políticamente incorrecto:

Una chica que se deja caer borracha en una fiesta de la fraternidad está loca. Una chica que sube las escaleras a solas con un hermano de la fiesta de la fraternidad es idiota. Las feministas llaman a esto culpabilizar a la víctima. Yo lo llamo sentido común. (Paglia, 1990, pg 51).

Frente a este concepto de coerción que presupone la asimetría de poder entre el hombre y la mujer (y la intervención, pues, del patriarcado), los anteriores estudios citados desarrollan el concepto de “conformidad” (compliance) definido como la aceptación de mantener relaciones sexuales que realmente no se desean (Krahe et al., 2000) (Kolpin, 2000) fruto de la complejidad psicológica de los individuos, como señalan estos autores. La discrepancia entre los investigadores estriba en definir si los conceptos de conformidad y resistencia simbólica están relacionados o no con la victimización sexual, es decir, si estos dos comportamientos aumentan la probabilidad de sufrir una agresión sexual. Lo cual, en todo caso, es diferente de la visión de los mismos como constituyentes de una agresión sexual por sí solos.

De todos modos, el debate de las violaciones en los campus no debe trasladarse fuera de este contexto. Pertenecen a una dimensión de la sociedad americana con unas peculiaridades que se han detallado y que de momento no ha surgido en Europa. Pero lo que no puede hacerse es transformar una estadística que predice que una de cada 4 chicas universitarias americanas sufrirá violación o intento de la misma (según la concepción aquí analizada) en otra bien diferente, que afirme que 1 de cada 4 mujeres sufrirán algún tipo de violencia sexual en su vida. Una parte del público americano asiente cuando la disidente más provocadora y que más furia desata en el feminismo emplea toda su acidez para afirmar que “cuando el feminismo no sabe distinguir el hermano borracho de la fraternidad de un maníaco homicida, tiene un problema” (Paglia, 2001, pg 88). Y el resto de la audiencia reacciona con virulencia contra cualquier posicionamiento teórico que critique o cuestione el discurso feminista.

2.8 La voz de Camile Paglia

La primera obra de Camille Paglia, *Sexual Personae: Art and Decadence from Nefertiti to Emily Dickinson* fue publicada en 1990, tras nueve años de rechazo y negativas de

siete editoriales y cinco editores, hasta su aceptación finalmente en Yale University Press²⁸. Paglia genera controversia con su peculiar pensamiento y visión acerca del movimiento feminista y el movimiento de gays y lesbianas, junto con su denominada filosofía sexual pagana acerca de la verdadera naturaleza de las relaciones entre los dos sexos plasmada en el arte. Su posicionamiento libertario ante los problemas aquí analizados, como el de las *date rape* o el acoso sexual, ha desembocado en la admiración de muchos lectores pero también en el rechazo de los sectores más conservadores o más políticamente correctos, entre ellos, el feminismo.

Camille Paglia sostiene que la sociedad es construida como defensa contra la naturaleza y que la sexualidad y el erotismo surgen de esta compleja intersección entre naturaleza y cultura. El sexo es definido en *Sexual Personae* como una fuerza demoníaca que gobierna nuestro inconsciente, mientras que el amor es un instrumento occidental para defendernos del aspecto incontrolable de éste. Este hecho se relaciona, para Paglia, con la existencia de dos esferas distintas entre sí: la emocional o sexual y la esfera social. En la primera de ellas, la mujer es más poderosa que el hombre pues gobierna las emociones y la sexualidad —lo que ha quedado reflejado en el arte— mientras que en la segunda, es el hombre quien ha tenido históricamente más protagonismo; sin embargo, el feminismo las solapa continuamente al considerar que la mujer es víctima de opresión en los dos planos.

La conquista necesaria de la esfera social ha desembocado, según esta autora, en un exceso de regulación de lo personal y de lo sexual en nombre de la defensa de la mujer. Para la autora de *Sexual Personae*, los setenta echaron por tierra una serie de convicciones morales y celebraron una vuelta a la naturaleza y a los sentidos. Pero el riesgo que ello implicaba era asumido²⁹. En la actualidad, sin embargo, predomina un estilo paternalista en el que gays y mujeres piden protecciones especiales. Ello implica volver al ideal de mujer que necesita protección y tutela, contra el cual lucharon tanto las feministas de la primera ola.

²⁸En una comunicación personal con la editorial Valdemar pudimos saber que la editorial Alfaguara tuvo un contrato para editar en España las dos primeras obras de Paglia pero caducó al no publicarlas en el plazo acordado, pues “quizás Paglia resultó finalmente más políticamente incorrecta de lo que el grupo editorial podía permitirse”. Los motivos por los que esta editorial (premio a la mejor labor editorial 2001) decidió publicar a esta autora fueron la valoración de Camille como “una voz polémica y de gran relevancia mediática en los ochenta” dentro del feminismo y de los derechos civiles.

²⁹Para Paglia, cualquier encuentro sexual con un extraño o desconocido, ya sea entre heterosexuales o entre homosexuales, tiene un componente de riesgo que lo hace a la vez más excitante.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

Una de las tesis que se extraen de su teoría pagana es que si no hay una comprensión correcta de la sexualidad humana no es posible realizar ningún análisis sensato de las cuestiones sexuales, y de los problemas asociados a las mismas, como la violencia. Ocurre que el feminismo —dice Paglia— niega el componente natural o animal de nuestra sexualidad, defendiendo una construcción social de la misma y liberando al sexo de algunas de sus fuerzas más primitivas. Este sexo “depurado y cortés” acaba con la comprensión en toda su dimensión del erotismo. La consecución de una igualdad jurídica no implica resolver la dualidad de los sexos, ni tampoco la confrontación entre los mismos, que emana de un plano más psicológico y emocional; “la igualdad política de las mujeres, totalmente necesaria y deseable, no va a remediar la separación radical entre los sexos que empieza y acaba en el cuerpo. Los sexos siempre se verán sacudidos por violentos accesos de atracción y repulsión” (Paglia, 2001, pg 53). Este enfrentamiento está pervertido, según Paglia, por la idea feminista de dominación sexual masculina, con la que muestra su desacuerdo, pues “la ideología victimista, una caricatura de la historia social, impide que la mujer reconozca su dominación en el reino más profundo e importante” (Paglia, 2001, pg 85).

La autora de *Sexual Personae* afirma que esta idea de dominación se ha asentado en Norteamérica, tras los setenta, sobre un determinismo social defendido por tres grupos: las feministas que quieren borrar cualquier referencia a la naturaleza, los profesores de literatura sin conocimientos científicos y absortos por el constructivismo francés y el activismo gay (Paglia, 2001, pg 70). Camille Paglia defiende que el verdadero agente dominador no es el patriarcado, sino la Naturaleza, con su tiranía procreadora que instrumentaliza a hombres y mujeres para perpetuar la especie, “el patriarcado al que rutinariamente se le culpa de todo, produjo la píldora de control de la natalidad que ha hecho más para liberar a la mujer que el propio feminismo” (Paglia, 2001, pg 95).

En cuanto a la violencia y el origen de ésta, afirma que “todos los caminos de Rousseau conducen a Sade” (Paglia, 1990, pg 42), el gran olvidado de los filósofos morales. Y sostiene que la agresividad es algo propio del hombre, “la violación es un modo de agresión natural que sólo puede controlarse mediante el contrato social” (p. 56). El feminismo se equivoca al afirmar que la violación no es un delito sexual, sino un delito de poder, aunque “el sexo es poder y todo poder es inherentemente agresivo” (p. 56). Por tanto, no es la sociedad la que produce el delito, sino la que protege contra él. Y además, no debe confundirse lo descriptivo (que el hombre tenga impulsos

violentos o que la violación sea un modo de agresión presente en nuestra naturaleza) con lo normativo (que por ello haya que liberar al hombre de culpa o de la responsabilidad que conlleva violar el pacto social). La crítica feminista del “biologicismo” de ciertos planteamientos asentados en fundamentos biológicos y evolutivos —como los que utiliza en ocasiones Paglia— proviene a menudo de esta confusión, que lleva incluso a rechazar el mismo concepto de diferenciación sexual.

Camille Paglia ha abanderado numerosas definiciones de su peculiar feminismo: un feminismo libertario, sin dependencias, sin protecciones, que expone en su ensayo *No Rules in the Arena*, y que reclama un nuevo paradigma de responsabilidad personal (antipaternalista). En este escenario, Paglia defiende a ultranza muchos de los aspectos contra los que lucha el feminismo, como la regulación de la prostitución, la no censura en materia sexual, y sobre todo el rechazo de las actuales visiones sobre la violación, el acoso y la pedofilia³⁰. Camille Paglia quiere salvar al feminismo de las propias feministas, en una nueva concepción del feminismo como “movimiento internacional progresista, a favor del porno y antidogmático” (Paglia, 2001, pg 306). Esta mención del porno no es gratuita, ya que otro de los debates más controvertidos que tienen lugar fuera y dentro del feminismo es el de la conveniencia o no de la censura de todo aquello considerado como pornográfico, en el que Paglia se ha posicionado con fervor. Mas aún, para gran parte del sector feminista estadounidense, la pornografía está detrás de las violaciones de mujeres, y por tanto, sería necesario eliminarla de la sociedad. La polémica, como puede imaginarse, está en el conflicto planteado anteriormente en el caso de la educación, entre libertad de expresión y censura o regulación.

Continuando con la personalidad de Paglia, ella se autodefine como “una feminista que quiere reformar radicalmente el feminismo actual para devolverlo al sentido común” (Paglia, 1992, pg 56); y que quiere recoger aquellos planteamientos que han sido excluidos de este movimiento:

El feminismo contemporáneo no comprende hasta qué punto ha silenciado a las mujeres y hombres disidentes. No lo comprende. Y así está completamente aislado en su torre de marfil y se siente impresionado cuando sale al mundo exterior y dice: ¿Qué, qué? ¿Qué no estás de acuerdo con nosotras? Entonces tienes que ser una reacción contra nosotras” (Paglia, 2001, pg 359).

³⁰En Estados Unidos se considera delito de pederastia, cualquier relación sexual consentida entre un mayor de 18 años y un menor de esta edad, por ejemplo, una relación entre alguien de 17 y 18 años sería de esta manera ilegal.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

Camille Paglia habla de un feminismo pagano, estableciendo un paralelismo entre lo que religiosamente se denomina como corriente oficial u ortodoxa (que en este caso sería el feminismo establecido) y la línea subalterna y clandestina que ella abandera. También lo denomina *Revamp feminism*, estableciendo un juego de palabras con la significación de vamp³¹; un feminismo asentado en “la personalidad pagana de la vampira, la prostituta y la vagabunda, espíritus eróticos y hambrientos que se mueven con libertad” (pg 28). La mujer debe salir del paternalismo al que se ha visto sometida desde el código burgués del decoro y la amabilidad, ha de abandonar su estilo clasista comedido, suave, de mujer dulce y complaciente, en pos de la figura arcaica y nocturna de mujer combativa y sensual. Su teoría feminista demanda que “todas las feministas pro sexo, pro arte y pro belleza salgan del armario” y abracen un nuevo concepto: El Neosexismo o Nuevo sexismo:

Feminismo progresista que abraza y celebra todas las descripciones históricas de la mujer incluyendo las más escandalosamente pornográficas. Quiere mitología sin sentimentalismo y acepta todos los arquetipos, desde la madre a la bruja y la puta, sin censura. Admite y da la bienvenida al testimonio de los hombres. El nuevo sexismo pone la sensualidad en el centro de nuestra sensibilidad ante la vida y el arte (pg 196).

Por último, podemos concluir con la siguiente reflexión crítica de Camille Paglia, que sintetiza su pensamiento sobre la situación del feminismo en la actualidad, y que deja entrever el error en el que ha incurrido este movimiento en la construcción de su discurso:

Yo soy feminista pero estoy liberando al feminismo actual de estas falsas feministas que lo tienen ahora mismo atrapado en su garra mortal, que son antiporno y todo eso [...] porque, saben, el principal problema del feminismo durante los veinte últimos años ha sido que es incapaz de apreciar el arte ¿vale? No hay estética en el feminismo. Lo único que hay es un programa social (pg 357).

Esta ausencia del arte y la estética es dañina para Paglia, ya que el arte es para ella –entre otras cosas– el canal que permite a la humanidad representar y dar salida a los

³¹La acepción más común es la de vampiresa o seductora sexual. Pero hay una segunda que proviene de la raíz francesa *avant*: lo que va en el frente o delante, la pieza de cuero del empeine de una bota que los zapateros solían reparar cuando éste se hacía viejo y que daría lugar al verbo *revamp*: renovar o salvar algo con maña. Además en el mundo del jazz, *vamp* significa improvisar, adornar e incrementar la diversión (Paglia, 2001, pg 28-29)

conflictos que afloran en los límites difusos de la moral, al estar más allá de la dicotomía que ésta establece (entre lo bueno y lo malo). Una distinción maniquea que impregna, simplifica y dificulta, en el caso del feminismo, el entendimiento de las relaciones entre los dos sexos.

2.9 Disidencia en Europa

Hasta ahora hemos introducido el feminismo disidente de Norteamérica (sus principales fundadoras), pero ¿podemos afirmar que sucede algo parecido en Europa? Es cierto que en nuestro continente comienzan a escucharse intelectuales que lanzan opiniones similares a las disidentes norteamericanas o que se han hecho eco de estas autoras, como sucede en Francia con Elisabeth Badinter o con Empar Pineda en España³². Pero lo cierto es que este fenómeno no ha adquirido la misma dimensión que en EEUU (quizás porque no es un actor social y político con tanto peso en la esfera pública).

En *Por Mal Camino*, Badinter (2004) realiza un ejercicio de análisis de los estudios franceses sobre violencia de género muy parecido al que realiza Christina Hoff Sommers en su libro. De hecho, la autora francesa cita a esta autora en innumerables ocasiones y su libro es un intento de llevar a la práctica el mismo tipo de observación realizado por la autora americana para el caso francés. Gilles Lipovetsky, quien ha despertado muchas críticas por su modelo de “la tercera mujer”, también arremete contra el victimismo feminista (1999, pg 61-89) siguiendo a Sommers y Roiphe, en una obra más ecléctica que la de Badinter —que toma como único tema los excesos del feminismo contemporáneo— pero recapitulando muchos de los ejemplos norteamericanos de Sommers que posteriormente recogiera la filósofa francesa.

En España tanto los esfuerzos por alcanzar la paridad en el terreno político, como las recientes leyes contra la violencia de género y la reforma del Código Civil en materia

³²Este artículo fue escrito con anterioridad a la aparición de la obra de Ederne Uriarte, *Contra el feminismo* (2008), que está en la línea de las autoras disidentes. Sin duda, en España contamos con autoras que se alejan del mainstream feminista, tales como Raquel Osborne (por su posición en el debate sobre la prostitución, la pornografía y la censura) o Beatriz Preciado (por su visión del postfeminismo o del concepto de identidad sexual), entre otras. Sin embargo, creemos que no entran dentro de la categoría de feminismo disidente, definido como una crítica profunda al giro y a la actitud predominante en el feminismo, a la corrección política, así como un cuestionamiento de las tesis básicas feministas: que vivimos en un sistema de sexo/ género patriarcal originado socialmente y bajo unas estructuras de poder que mantienen tal sistema.

2. DISIDENCIA EN EL FEMINISMO

de separación y divorcio, han suscitado polémica. Así, algunas mujeres que se definen como “las otras feministas”, cuya portavoz es Empar Pineda (2006), se han levantado para clamar por “otro feminismo”³³ que no comulga ni con la visión feminista centrada en el género, ni con las consecuencias políticas que han generado sus demandas en la agenda pública; “hay un enfoque feminista que apoya determinados aspectos de la Ley Contra la Violencia de Género de los que nos sentimos absolutamente ajenas, entre ellos la idea del impulso masculino de dominio como único factor desencadenante de la violencia contra las mujeres” (Pineda, 2006).

Al igual que las feministas críticas americanas, Empar Pineda manifiesta su preocupación por un movimiento que acrecienta las tensiones y enemistades entre los sexos. También coincide en identificar en el feminismo institucional un giro conservador, que persigue y niega la prostitución, sin diferenciar entre las prostitutas que son obligadas a ejercer esta actividad y las que la ejercen por voluntad propia:

Finalmente, contemplamos con preocupación las posiciones del Instituto de la Mujer sobre la prostitución, a la que considera una actividad indigna y degradante. Estas ideas, en línea con el feminismo puritano de reforma moral de fines del XIX, brindan una excusa para mantener las pésimas condiciones en las que las prostitutas ejercen su trabajo. Las opiniones que venimos criticando nos parecen poco matizadas y excesivamente simplificadoras. Tienden a presentar a los hombres y a las mujeres como dos naturalezas blindadas y opuestas: las mujeres, víctimas, los hombres, dominadores.

En cambio, aboga por un feminismo igualitario, que deje de lamentarse por los daños sufridos en el pasado y se centre en el momento presente, en aquellos puntos donde las acciones positivas se destinen a acabar con cualquier situación discriminatoria o diferencial:

Desde nuestro punto de vista, el objetivo del feminismo debe ser acabar con las conductas opresoras y discriminatorias; debe ser conseguir la igualdad entre los seres humanos, no aniquilar a quienes discriminan u oprimen. Nosotras no deseamos un feminismo revanchista y vengativo, deseamos simplemente relaciones en igualdad, respetuosas, saludables, felices, en la medida en que ello sea posible, relaciones de calidad entre mujeres y hombres.

Si esto no ocurre así, entonces el feminismo andará *Por Mal Camino*. En esta obra Elizabeth Badinter llega a unas conclusiones muy parecidas a las que llega Sommers:

³³Empar Pineda. “Un feminismo que también existe”. (El País, 18-03-2006).

la utilización de estadísticas —para presentar al hombre como un ser violento y a la mujer como una víctima— al servicio de una ideología: el feminismo (Badinter, 2004, pg 45). También critica el maniqueísmo que subyace en la visión feminista, en la que se presenta a los hombres como malos y a las mujeres como buenas. Todo ello conduce, además, al separatismo y al nacionalismo feminista, que ensalza las cualidades de las mujeres diferentes a las de los hombres, así como a una idealización de lo femenino (pg. 64-69)³⁴.

Arremete además, contra el concepto feminista de dominación masculina, de naturaleza universal y ahistórica:

El eslogan implícito o explícito de “cambiar al hombre”, más que el de “luchar contra los abusos de ciertos hombres”, revela una utopía totalitaria [...]. Este concepto globalizador, que constriñe a hombres y mujeres en dos campos opuestos, cierra la puerta a toda esperanza de comprender su influencia recíproca y de medir su común pertenencia a la humanidad.

De la reflexión de la filósofa francesa podría extraerse la conclusión de que este discurso de la dominación, como entidad permanente, es el que permite al feminismo dotarse de vigencia y legitimar sus posiciones combativas a través de conceptos tan difusos como el mismo patriarcado. ¿Qué sucedería si la violencia, como plantean estas voces disidentes, no se debiera ni a la dominación ni al género? Al menos exclusivamente. Con total seguridad, el feminismo vería reducido su campo de actuación como movimiento social, al verse reducidos los intereses colectivos (la violencia no interesaría sólo a las mujeres sino a otros grupos afectados) y dejaría de experimentar una negatividad como grupo que es la que favorece la organización en torno a la lucha colectiva³⁵. Si se ha alcanzado una igualdad jurídica (que pocos se atreverían a poner en duda) y se pone en cuestión la existencia de la dominación masculina, el feminismo tendría que reflexionar y reformular gran parte de sus reivindicaciones.

³⁴Badinter, que se proclama así misma feminista de la igualdad, y que fue discípula de Simone de Beauvoir, ha sido ya criticada por esta obra y tachada de antifeminista. En España, “las otras feministas” y su manifiesto también han recibido comentarios similares.

³⁵Es un hecho demostrado en el campo de la acción colectiva que la construcción de un enemigo, sea éste real o imaginario, contribuye a la coordinación de las expectativas y las acciones del propio grupo, facilitando de este modo su actuación colectiva. Por otra parte, los estudios que han medido los problemas de identificación de las mujeres con el feminismo, apuntan a que esto se debe en gran parte a que las mujeres no tienen una conciencia de género, ya que no comparten intereses colectivos ni experimentan descontento por falta de poder ni toman parte de acciones colectivas (Aronson, 2003; Gurin, 1985)

2.10 Conclusiones

El movimiento feminista se enfrenta a una fractura interna. Más aún, podríamos hablar con mayor acierto de un actor institucional más que de un movimiento social, aunque esta afirmación daría para una reflexión más amplia. Pero en definitiva, frente a las dificultades para movilizar a la sociedad y la complejidad de las cuestiones abordadas, la estrategia del feminismo —desvelada por las críticas aquí analizadas— ha sido con frecuencia la utilización partidaria y subjetiva de la realidad, bajo un prisma incuestionable: que vivimos bajo un sistema de sexo/género que nos oprime. Europa puede mirar hacia el caso americano para evitar incurrir en las mismas actitudes, y equivocaciones que aquí hemos presentado; y porque históricamente se ha nutrido de su producción científica y teórica. En nuestro país las académicas españolas siempre han tomado como referencia a las autoras americanas de la corriente principal y han tomado nota de los conceptos elaborados desde este lugar. Asimismo se han hecho eco de los libros con mayor impacto en EEUU. Esta realidad, choca con la falta de repercusión de las voces críticas o disidentes en nuestro país que, sin embargo, sí han logrado una fuerte audiencia en la sociedad americana y en otros países anglosajones. Por tanto, el feminismo corre el serio riesgo de ser absorbido por una sola de sus ramas, la más cultural y radical de todas ellas. Si esto ocurre así, sabremos “quién ha robado el feminismo”.

3

Feminismo equitativo y feminismo del género

3.1 Una breve introducción a la evolución del feminismo

Hasta el momento hemos analizado el rechazo que el denominado feminismo del género ha ocasionado en muchos académicos y en una parte de la opinión pública. En este capítulo queremos profundizar en la dicotomía *feminismo del género* versus *feminismo equitativo*, que comienza a ser cada vez más utilizada para señalar dos modos distintos de enfocar las relaciones entre ambos sexos. Antes de ello, realizaremos un breve recorrido por la historia del movimiento de liberación de las mujeres, desde la ola precursora, pasando por las primeras sufragistas, hasta llegar a las dos olas feministas de los años setenta y noventa, que han dado lugar a esta dicotomía.

3.1.1 Orígenes del feminismo liberal

Margaret Walters ha señalado que las primeras feministas surgieron en el seno de la religión, pues a menudo las familias facilitaban la marcha a los conventos de aquellas hijas que no mostraban grandes aptitudes para el matrimonio. Estos lugares de clausura fueron prisión para muchas pero también refugios donde otras mujeres encontraron un espacio para la lectura, la reflexión y el ejercicio de actividades intelectuales (Walters, 2005). Este es el caso de escritoras como Hildegard de Bingen en el siglo doce (también

3. FEMINISMO EQUITATIVO Y FEMINISMO DEL GÉNERO

conocida por sus dotes musicales) o la madre del quaquerismo¹ Margaret Fell en el siglo diecisiete.

La secularización de esta tendencia de ciertas mujeres a alejarse de sus papeles domésticos se produjo con lentitud, ya que una cosa es que se permitiera a las mujeres que se comportaran de modo no femenino por inspiración divina, y otra muy diferente, que lo hicieran por voluntad propia. Cristina de Pizzan, con su obra *La ciudad de las damas* (1404), es una de las primeras mujeres que se ganó la vida con la pluma. *El Heptameron* de Margarita de Navarra (1599), *La igualdad de los hombres y las mujeres* de Marie de Gournay (1622) o *Sobre la capacidad de la mente femenina para el aprendizaje* de Anne Marie (1640) son obras claves de este período anterior al surgimiento del feminismo. Escritoras como Lady Mary Wroth o Mary Cavendish también destacaron a lo largo del siglo diecisiete por sus dotes intelectuales. Mary Astell es considerada como una de las primeras feministas que escribe sobre y para las mujeres. En *Una seria propuesta para las damas* (1664) y *Pensamientos sobre la educación* anima a las mujeres a que piensen por sí mismas, desarrollen sus potenciales e inviertan en su educación.

Sin embargo, y al margen de estas excepcionales figuras femeninas, los pilares del feminismo surgen de la Ilustración y de la lucha política por la igualdad de derechos y libertades que incitó la Revolución Francesa. No obstante, el feminismo tardó en configurarse como un movimiento social de liberación con demandas específicas. Para ello fue necesario que las mujeres tomaran conciencia de la falta de repercusión en sus vidas de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* (1789), y de los logros conseguidos tras las revoluciones liberales. Varias obras denunciaron esta situación de olvido y discriminación de la mujer como, por ejemplo, *Sobre la Igualdad de los Sexos* de Poulain de la Barre (1673), *Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana* de Olympe de Gouges (1791), *Vindicación de los Derechos de la Mujer*, de Mary Wollstonecraft (1772) o *Cartas sobre la educación* de Catherine Macaulay (1790), por citar solo algunas de las más clásicas e influyentes.

Algunos hombres también apoyaron la causa femenina. Hemos mencionado al pionero Poulain de la Barre, pero no podemos olvidar a figuras como John Stuart Mill y

¹El quaquerismo es un movimiento religioso disidente surgido a mediados del diecisiete que trata de retomar el cristianismo primitivo, y que defiende que todos los seres humanos tienen algo divino dentro de sí mismos, y no necesitan de intermediarios oficiales en la relación espiritual establecida con Dios.

3.1 Una breve introducción a la evolución del feminismo

su obra *La subyugación de las mujeres* (1869) o William Thomson y su *Llamamiento a que una mitad de la raza humana, las mujeres, se oponga a las pretensiones de la otra mitad, los hombres, de restringirlas en lo político y, por lo tanto, en lo civil y en una esclavitud doméstica* (1825).

Dado el carácter humanista y progresista de la ola precursora del feminismo no es de extrañar que, por ejemplo, las mujeres estadounidenses jugaran un papel importante en la guerra de la independencia, formando parte activa de los grupos anti-esclavistas de ideología liberal. En este contexto emergen las primeras feministas norteamericanas como Elisabeth Cady y Lucrecia Mott. Ambas se reunieron para analizar la condición de la mujer americana, y de este encuentro surgió uno de los textos más emblemáticos del feminismo liberal: *la declaración de Sentimientos de Seneca Falls* (1848), inspirada, a su vez, en la *declaración de Independencia Americana* de 1776. Angelina y Sarah Grimke también destacaron en este período, por ejemplo, Angeline publicó en 1863 *Cartas sobre la Igualdad de los sexos*, poco después de la reunión en Seneca Falls.

A finales del siglo diecinueve el movimiento feminista persigue un objetivo político bien definido: conseguir para las mujeres la igualdad, la libertad y los derechos civiles de los que disfrutaban los hombres. Este giro socio-político es el responsable del surgimiento de la primera ola del feminismo, que persigue ante todo un objetivo político muy concreto: el derecho al voto. La lista de mujeres es innumerable tanto en Inglaterra como en EEUU y otros países europeos. Por ejemplo, podemos destacar a Barbara Leigh Smith, Elisha Powell Hurlbu, Elizabeth Blackwell, Emily Davies, Josephine Butler, Elisabeth Garret, Lydia Becker, Emmeline Pankhurst, Fanny Wright, Mathilde Franziska von Tabovillet, Frderika Bremer, Paulina Wright, Jeanne Deroin, Jenny d'Herricourt, Anne Knight, Harriet Martineau, Luise Otto, Ernestine Rose, Harriet Taylor, y un largo etc (ver más sobre estas figuras en LeGates (1996; 2001), Scheneir (1992) y Walters (2005).

El objetivo a largo plazo de esta primera ola no solo se limita al sufragio. También se persigue el acceso y la calidad de la educación para las mujeres o la enmienda de aquellas leyes que sumían a las mujeres casadas en una situación de amparo y dependencia absoluta respecto a su cónyuge. Una vez ganada la batalla civil por la igualdad de sexos, la atención comienza a dirigirse hacia aquellas necesidades específicas de las mujeres en cuestiones como la maternidad, la tutela de los hijos, la contracepción, la prostitución o el aborto.

3. FEMINISMO EQUITATIVO Y FEMINISMO DEL GÉNERO

3.1.2 Fragmentación del pensamiento feminista

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, las mujeres que habían ocupados los puestos de trabajo que quedaron libres por la marcha de los hombres a la guerra se encontraron con una vuelta forzosa al hogar. Es en este contexto cuando se produce un punto de inflexión dentro del feminismo propiciado por dos obras clásicas: *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir (1949) y la *Mística de la Femenidad* de Betty Friedan (1963)². Ambas obras tienen en común el análisis crítico de la construcción social de la femineidad, y la denuncia de las estructuras sociales que recluyen a la mujer en la esfera de lo privado, donde se espera que cumpla con unos roles determinados que se derivan de su condición de mujer.

La construcción social de los géneros y la sociedad patriarcal son conceptos fundamentales en la producción teórica de los años sesenta y setenta, la llamada *segunda ola del feminismo*. Algunas de las obras claves de este período son *Política Sexual* de Kate Millet (1970), donde el patriarcado es definido como una institución política, es decir, formada por estructuras sociales de poder, y *Dialectica Sexual* de Shulamith Firestone (1970) en la que se urge a una revolución feminista que acabe con la división de sexos. Por último, obras como *El Eunuco femenino* de Germaine Greer (1970) o *La condición de la mujer* de Juliet Mitchell (1971) también ahondan en la relación entre patriarcado, capitalismo, origen social de los géneros, poder y dominio sexual. Estas dos reflexiones, al igual que otros ensayos de la época, abrieron una línea de análisis del sistema de sexo/género a través de lo que Carole Pateman denominaría más tarde como “contrato sexual”. Es decir, la existencia de dos sexos habría dado lugar a una construcción de la diferencia sexual como diferencia política, en la que, además, los hombres tienen un acceso al cuerpo y a la sexualidad femenina que traspasa el ámbito de lo privado (Pateman, 1988).

Tras este período comienza una escisión entre las feministas orientadas a la acción política (encuadradas en su mayoría dentro del feminismo de la igualdad) y las llamadas

²Sin duda, estos dos libros constituyen sendas piezas clave de la historia del feminismo. Betty Friedan al analizar “el problema sin nombre” que sufren las mujeres americanas cuando tienen que abandonar sus puestos de trabajo y aparcarse sus estudios universitarios para recluírse en la esfera doméstica. Simone de Beauvoir al analizar la mujer como el no-sujeto, el objeto intrascendente opuesto al hombre. Quizás esta última obra es la que mayor impacto ha tenido en todo el siglo XX, por ser pionera en el análisis de la construcción social de los géneros, por ejemplo, al afirmar que “no se nace mujer, sino que se llega a serlo” (de Beauvoir, 2005, pg 371).

feministas de corte más radical y anti-sistema. Mientras que las primeras centran su actuación en el campo político y en la conquista de lo público, las feministas radicales o culturales comienzan su expansión por el ámbito académico, creando departamentos de estudios de la mujer o de género.

Durante la década de los noventa la gran cantidad de corrientes surgidas de esta rama académica convierten al feminismo en un movimiento difícil de homogeneizar en torno a una línea única de pensamiento. Ya no se trata de dos grandes ramas estructuradas en torno a distintas esferas (política o académica) y que hasta ahora se había plasmado en la dualidad “feminismo de la igualdad” y “feminismo cultural”³. Este período, que ha comenzado a nombrarse como la tercera ola del feminismo (Aronson, 2003; Drake, 1997; Findlen, 1995; Heywood and Drake, 1997), se caracteriza por la diversidad de enfoques y escuelas. Las voces minoritarias de las feministas hispanas, negras, islámicas, lesbianas, marcadas por la era tecnológica o por la cultura popular, son las que hacen circular diferentes expresiones del feminismo como el feminismo negro, ecofeminismo, ciberfeminismo, feminismos postcoloniales, feminismo pro-sexo o feminismo pop, entre otros⁴. Por otra parte, surge un fenómeno muy particular: las mujeres que han asumido las proclamas del feminismo y se han beneficiado de sus logros no se identifican con el movimiento y rechazan la etiqueta de “feminista” (Aronson, 2003).

3.2 La paradoja feminista

Con esta paradoja nos referimos a que un alto porcentaje de mujeres no se definen a sí mismas como feministas (Rapp, 1991; Stacey, 1990) o ponen pegos a esta definición, aclarando que no están del todo de acuerdo con este movimiento (Aronson, 2003). Muchas mujeres afirman no ser feministas, pero sí abrazan sus ideales (Burn et al.,

³Dentro de este último se encontrarían el feminismo radical asentado en EEUU y el pensamiento de la diferencia continental europeo. Aunque la dicotomía más común es la de feminismo de la igualdad y feminismo de la diferencia, creemos que lo más correcto es la oposición propuesta entre el feminismo de la igualdad, que ha perseguido históricamente la consecución de los mismos derechos y libertades para hombres y mujeres (situación que se disfruta en la actualidad en el mundo desarrollado) y el feminismo radical, que no cree haber conseguido una libertad para las mujeres, en cuanto que seguimos viviendo en una sociedad patriarcal, donde la dominación masculina es transversal. El feminismo de la diferencia pone el énfasis en la idea de que, dentro de la persecución de la igualdad jurídica, debemos de rescatar y dar primacía a las cualidades intrínsecamente femeninas, en lugar de asimilar el modelo masculino.

⁴Más información sobre la diversidad de propuestas feministas existentes pueden encontrarse en León-Mejía (2006).

3. FEMINISMO EQUITATIVO Y FEMINISMO DEL GÉNERO

2000; Henderson-King and Stewar, 1994). Una posible explicación a la falta de identificación de las mujeres con el feminismo puede ser la connotación negativa de la palabra ‘feminista’. A ello hay que sumarle que otras muchas mujeres afirman no ser víctimas de discriminación alguna (Sigel, 1996).

Algunas feministas como Walters (1997) afirman que este hecho —que las mujeres huyan de la etiqueta feminista—⁵ obedece a los ataques que el feminismo ha recibido. Tal y como ella relata, muchas mujeres jóvenes piensan que el feminismo es algo rancio y desactualizado, dominado por extremistas (Walters, 2005, pg 4). Sin embargo, las feministas disidentes no creen que el feminismo haya sido víctima de difamación, sino que, en realidad, no recoge las demandas y las opiniones de las mujeres y, por ello, éstas no se identifican con el movimiento. Es decir, se trataría de una falta de empatía con el feminismo estándar o de género. Examinemos en más de detalle esta cuestión.

Desde mediados de los ochenta una serie de estudios realizados en Norteamérica observaron que sólo entre un 30% y un 40% de las mujeres se definían a sí mismas como feministas, mientras que un 80% creía que los esfuerzos para mejorar la situación de las mujeres en la sociedad aún eran necesarios (Aronson, 2003; Ferree and Hess, 1995). Para explicar esta aparente contradicción se llevaron a cabo diversas investigaciones con el fin de medir los factores que intervienen en la identificación de las mujeres con el feminismo. Uno de estos factores es la concienciación de género, que se relaciona a su vez con la concienciación de grupo (Miller et al., 1981). La identificación de grupo implica la percepción individual de pertenecer a un estrato social determinado, así como la experimentación de cierto estado psicológico como respuesta a ello (Ibid), lo cual da lugar a una concienciación política e ideológica. En este sentido, Gurin (1985) distingue cuatro componentes que dan lugar a la concienciación de género:

- Identificación: reconocer intereses compartidos por las mujeres.
- Descontento: reconocer la falta de poder de la mujer.
- Legitimidad: ver las disparidades de género como ilegítimas.
- Orientación colectiva: creer y participar en acciones colectivas.

⁵Resulta curioso que Walters (2005) en su introducción a los orígenes del feminismo señala, que esta palabra (tomada del francés por los ingleses) siempre tuvo mala prensa y fue rechazada por mujeres como Virginia Wolf.

Los estudios realizados sobre las jóvenes generaciones que se han beneficiado de los logros conseguidos por la segunda ola del feminismo definen a estas mujeres como individualistas y apolíticas (Aronson, 2003), por ello, la tercera ola del feminismo ha sido catalogada como la menos activista de las tres (Aronson, 2003; Heywood and Drake, 1997). Las jóvenes dicen no experimentar discriminación alguna, pero catalogan como ilegítima cualquier desigualdad. Por tanto, de las cuatro dimensiones de conciencia de género presentadas anteriormente, tan sólo la referida a la legitimidad cobra algún sentido para ellas (Aronson, 2003; Gurin, 1985). Otros autores como Stacey afirman que las mujeres jóvenes han incorporado de una manera semiconsciente los principios feministas, dando por sentado logros muy recientes (Stacey, 1990, pg 262).

En uno de los estudios más completos sobre este tema Aronson (2003) propone una clasificación de los distintos grados de identificación de las mujeres con el feminismo. Así, distingue entre aquellas mujeres que se definen a sí mismas como feministas, aquellas que limitan su adhesión (*I'm feminist but...*), aquellas que no se consideran feministas pero defienden algunos aspectos del feminismo (*I'm not feminist but...*), aquellas que no se consideran feministas, y aquellas quienes no se consideran ni feministas ni no feministas.

Según su estudio, en el 14,3% de las mujeres que se consideran feministas prima una visión del feminismo como ideología de la equidad, y defienden la igualdad de oportunidades, el derecho al aborto, una educación en igualdad, así como el concepto de justicia social, que persigue problemas como el acoso o la agresión sexual. Las que se definen como feministas pero con ciertas salvedades, constituyen un 9,5% y han adquirido actitudes dentro de sus familias que concuerdan con la idea de igualdad preconizada por el feminismo. Se consideran feministas pero quieren distanciarse de ciertas asociaciones negativas con el feminismo como “la radicalidad”, “el tener que afirmarse continuamente” o “alejarse de los hombres”. Entre quienes no se consideran feministas pero comparten muchos de sus principios, existe la idea de que el feminismo ha ido demasiado lejos en su activismo y se ha vuelto separatista. Este grupo lo forman un 19% de las entrevistadas. El grupo mayoritario, un 31%, es denominado como *Fence-Sitter* cuya traducción al castellano podría ser “nadar entre dos aguas”: entre ser y no ser feminista. Este grupo de mujeres apoyan las cuestiones feministas y una definición ambigua de feminismo, pero ni se identifican con él ni dejan de identificarse. El segundo grupo mayoritario, un 26,2% nunca reflexiona sobre feminismo, no tienen

3. FEMINISMO EQUITATIVO Y FEMINISMO DEL GÉNERO

una idea formada al respecto, no han experimentado en ellas mismas la discriminación o piensan que es un movimiento irrelevante. La conclusión es que más de la mitad de las jóvenes entrevistadas mantenían una posición muy ambigua ante el feminismo⁶.

En resumen, parte de la opinión pública norteamericana acusa a las feministas de la segunda ola de dogmáticas y radicales. Rechazan su programa de cambio social y les echan en cara el abandono de los ideales de las feministas de la primera ola: libertad e Igualdad. No en balde, en 1999 un editorial del *Times* lanzaba la siguiente pregunta: *Is Feminsm dead?* y en el 2006 la misma cuestión vuelve a replantearse por varias autoras feministas (Badinter, 2004; Bellafante, 1998; Chesler, 2006). Pero, ¿Hay motivos para preocuparse por la muerte del feminismo?

En mayo de 2006 la *CBS News* publicó los resultados de una encuesta titulada: *Women, Work, Family and Feminsm*, en la que se señala que el 65% de las mujeres cree que el movimiento de las mujeres ha mejorado su vida pero sólo un 27% de ellas se consideran feministas. La encuesta del año anterior se había realizado incluyendo una definición de feminista como “alguien que cree en la igualdad social, política y económica entre los sexos”. En este estudio, un 65% de las mujeres sí se identificaron a sí mismas como feministas⁷. Lo cual quiere decir que la definición de feminismo proporcionada en el 2006 no es la que manejan realmente las mujeres, pues cuando se les pregunta a secas si son feministas los porcentajes se invierten. Es decir, el hecho de que en la encuesta del 2006 el 68% de las mujeres no se considere feminista, aunque un 65% de ellas sí creyera que el feminismo ha mejorado sus vidas, nos lleva a la conclusión de que la mayoría de las mujeres no cree que el feminismo pueda reportarles algo positivo si bien reconocen su labor en el pasado. Esto podría deberse dos hechos: bien a la percepción de que ya no hay más objetivos que cumplir o bien a que ya no hay confianza en el feminismo actual.

Sara Boxer (Boxer, 1997) interpreta los datos de la CBS en un artículo publicado en el *New York Times* como una disonancia entre la imagen benigna del movimiento de

⁶Para indagar más sobre este tema en relación a factores como la clase, raza o experiencia vital de las mujeres participantes en el estudio ver Aronson (2003) o consultar el documento de trabajo León-Mejía (2006) donde desarrollo este tema con más profundidad.

⁷No cabe duda que esta diferencia en los datos tiene que ver con un fenómeno típico de las investigaciones mediante encuestas en las que la valoración de un movimiento social, un partido político o un líder se ve afectada por la información que se tiene del mismo. Así, por ejemplo, en los estudios de valoración de líderes y opciones políticas se suelen utilizar ambos tipos de cuestiones (preguntas de conocimiento espontáneo y preguntas de conocimiento sugerido) para contrastar los resultados obtenidos.

liberación y la imagen actual del feminismo, que implica algo más que la mera defensa de la igualdad de sexos con lo que las mujeres parecen no estar del todo de acuerdo. Steve Piker cree que este algo más es el enfoque de género. Es decir, mientras que puede que las mujeres de la encuesta simpaticen con el feminismo equitativo, al que asocian con el movimiento feminista, no lo hacen con el feminismo actual del género (Pinker, 2002, pg 499). Veamos por qué.

3.3 Feminismo del género

Christina Hoff Sommers fue la primera en acuñar la etiqueta de feminismo del género en su emblemática obra *Who stole feminism? How women have betrayed other women* (Hoff-Sommers, 1994). Desde entonces son muchos los académicos que se han hecho eco de esta etiqueta y de la distinción entre el feminismo del género y el feminismo equitativo⁸ (Badinter, 2004; Lipovetsky, 1999; Pinker, 2002; Vandermassen, 2005). El psicólogo evolutivo Steve Pinker es uno de estos autores. En su ensayo sobre la naturaleza humana y las teorías de la *tabula rasa* (Pinker, 2002) dedica uno de los capítulos al controvertido tema del género. Tal y como Pinker sostiene, el feminismo equitativo de corte liberal no se implica en el debate sobre las diferencias psicológicas y biológicas entre los sexos. Sin embargo, el feminismo del género sí realiza varias afirmaciones que lo comprometen con una determinada manera de entender la naturaleza humana (una pizarra en blanco en el momento del nacer). En primer lugar, asume una construcción social de la identidad de sexo, afirmando que las diferencias entre hombres y mujeres no tienen nada que ver con la biología sino con los procesos de socialización. En segundo lugar, mantiene que la interacción humana no ha de entenderse desde las motivaciones o preferencias individuales sino de la interacción entre grupos (hombres y mujeres), de los que emanan relaciones de poder.

Sommers ha sintetizado de manera muy sencilla de qué manera el feminismo del género relaciona el concepto de género con la situación desfavorable que viven las mu-

⁸Algunos autores han optado por traducir recientemente *equity feminism* por feminismo de la igualdad (por ejemplo, en la traducción del libro de Pinker). Sin embargo creo que el término *equity* al que Sommers y Pinker hacen referencia, se refiere a la equidad, que no implica intercambiabilidad entre los sexos o igualdad, sino igual valor. Por ello, en esta investigación he optado por traducir esta expresión como feminismo equitativo, que se diferencia del feminismo de la igualdad o *equality feminism*.

3. FEMINISMO EQUITATIVO Y FEMINISMO DEL GÉNERO

jeros. Se trata del *heteropatriarcado*: “un complejo proceso en el cual las personalidades bisexuales infantiles son transformados en masculinas y femeninas, unas destinadas a disponer y otras a obedecer” (Hoff-Sommers, 1994, pg 22)⁹. Cualquier subproducto social es sospechoso de masculinidad, dominación y de ser una consecuencia más del patriarcado.

Además, la mujer no solamente se enfrenta a diferencias salariales, de autoridad o de estatus social (al no tener la misma participación o peso en la política), sino que en el plano personal y afectivo también es víctima de violencia física y simbólica. Para algunas de las principales autoras feministas, como Catherine MacKinnon, el sexo es el componente central de la dominación, pues a través del deseo y la objetivación del cuerpo femenino los hombres ejercen su poder sobre las mujeres. En este sentido, la división entre los sexos opera como “función de la dominación sexual”. De modo que, una aproximación teórica hacia la sexualidad se contempla como feminista, solo si “considera la sexualidad como un constructo social del poder masculino” (Mackinnon, 1999, pg 316). Esta idea es tan vieja como la obra de Simone de Beauvoir, *El Segundo sexo*, donde la primera experiencia sexual de una mujer con un varón que implique penetración es bautizada como una violación, aunque se trate de un acto realizado con el más cortés de los varones (de Beauvoir, 2005)¹⁰.

Para el feminismo del género, cualquier desequilibrio entre hombres y mujeres es siempre analizado desde la óptica de las relaciones de poder, y constituye una prueba más sobre la existencia de una dominación masculina. De ahí que algunos autores también hablen del feminismo del género como *ideología de la discriminación* (Uriarte, 2008). También podemos añadir que la idea presente en el feminismo del género de que hombres y mujeres son productos de la socialización se relaciona directamente con la idea del “idiota cultural” presente en la denominada “hermenéutica de la sospecha” (Good, 2001) o “escuela del resentimiento” (Bloom, 1995), y que se inspiran en una peculiar lectura de autores como Freud, Marx, Nietzsche, Lacan, Derrida o Foucault, entre otros. El “link” entre feminismo del género, teorías postmodernistas y construccionismo social resulta, por tanto, bastante evidente.

⁹Vigencia del modelo de sexualidad heterosexual de construcción masculina dentro de la sociedad patriarcal, con todos los aspectos que ello implica: objetivación sexual de la mujer y violencia sexual de género

¹⁰Sobre este aspecto hemos profundizado en el artículo que presentamos en el capítulo dos.

Nathanson y Young (2001) van aun más lejos al señalar que el feminismo del género puede catalogarse como una propuesta anti-intelectual por su rechazo a la ciencia (dominada por los hombres) y por ignorar los descubrimientos de otros campos de conocimiento estrechamente relacionados con la naturaleza humana, como la genética, las neurociencias o la psicología, que contradicen el carácter meramente social de las diferencias entre hombres y mujeres.

La mayoría de las académicas y académicos ajenos a los estudios de género se identifican con un feminismo equitativo. Sin embargo, las voces de las feministas del género es mucho más ruidosa y contestataria (Hoff-Sommers, 1994). Y su punto de vista es el dominante en los estudios de género que ocupan un lugar predominante en la oferta de másteres, títulos propios y programas de doctorado dentro de las ciencias sociales y en humanidades. Las críticas o la desviación con respecto al enfoque de género a menudo son consideradas políticamente incorrectas, por lo que muchos evitan adentrarse en un terreno movedizo¹¹. Por ejemplo, el neurocientífico Baron-Cohen en su libro *La diferencia esencial* (2003), afirma que tardó más de cinco años en escribir este libro debido a que en los años noventa éste era un tema muy sensible (Adam, 2003).

Sin embargo, muchos autores quieren distinguir entre esta determinada propuesta feminista que ensalza los conflictos de género y la vieja tradición liberal del feminismo de la primera ola. De este modo, sería posible disentir con el enfoque de género sin rechazar el conjunto del pensamiento feminista. De ahí surge el término *equity feminism*, que es usado cada vez con más frecuencia por distintos analistas.

3.4 El feminismo equitativo

El feminismo equitativo se distingue del feminismo del género y del feminismo de la igualdad en la siguiente afirmación: ‘igualdad no significa afirmar empíricamente que todos los humanos son intercambiables; es el principio de que los individuos no se han

¹¹Quisiera comentar aquí una anécdota personal que me sucedió en el departamento de psicología de la Universidad de Exeter, donde he realizado una larga estancia de investigación en el departamento de sociología. Mi compañera Sonya Saroyan me introdujo a varios investigadores del departamento de psicología, que trabajan en el campo de la neuropsicología y de la psicología cognitiva, con el fin de que pudiera charlar con ellos acerca de las diferencias de sexo que pudieran haber encontrado en sus investigaciones. La respuesta que más me encontré es que, a pesar de encontrarse con estas diferencias, muchos de ellos decían “no meterse” con el controvertido tema del género. Uno de ellos recalcó que no tenía ganas de lidiar con la corrección política que rodea este tema.

3. FEMINISMO EQUITATIVO Y FEMINISMO DEL GÉNERO

de juzgar ni limitar por las que son propiedades medias de sus grupos” (Pinker, 2002, pg 495). De ello se sigue que ni la igualdad de los sexos es un requisito indispensable para que hombres y mujeres sean valorados y tratados de igual manera, ni las diferencias entre los sexos justifican medidas de discriminación positiva.

Otra diferencia fundamental con respecto al feminismo del género es que el feminismo equitativo no sostiene que las mujeres estén socialmente subordinadas, sino que defiende que las mujeres han progresado notablemente, y que el sistema legal y de gobierno de los países democráticos ha influido (y sigue influyendo) en tal progreso. No hay, por tanto, un enemigo contra el que luchar, ni hace falta implementar un programa de cambio a través del prisma del género. Lo único necesario es seguir vigilando que el sistema funcione y corregir las deficiencias del mismo.

El feminismo equitativo también rechaza el desprecio del feminismo del género hacia la ciencia, el canon artístico y la falta en general de rigor analítico que predomina en la producción teórica del feminismo del género. Por ejemplo, muchas científicas han reaccionado contra esta idea de que las mujeres hagan un trabajo diferente, y mejor que el de sus compañeros masculinos ya que implicaría que hombres y mujeres fueran, al fin y al cabo, seres con diferentes sensibilidades y coeficientes de inteligencia; lo cual, choca con el principio de igualdad por el que batalló el feminismo liberal de las primeras sufragistas (Hoff-Sommers, 1994) y con el pensamiento de la igualdad que suscriben la mayoría de hombres y mujeres.

Por último, muchas de las diferencias entre hombres y mujeres explicadas en términos de discriminación y dominación masculina se deben, según el feminismo equitativo, a meras preferencias individuales. Diferencias biológicas o efectos de socialización quizás expliquen qué hay detrás de las motivaciones de hombres y mujeres, pero estos son, al fin y al cabo, seres libres que actúan sin ser coaccionados. Para el feminismo equitativo, ninguna elite de pensamiento o ninguna ideología debe determinar cuáles deben ser las preferencias de hombres y mujeres (lo personal no es político); por tanto, la intervención política ha de limitarse a la garantía y protección de los derechos civiles. En este sentido, el papel que el feminismo puede desarrollar es el de velar por el buen funcionamiento de las instituciones implicadas en tal objetivo.

4

Evaluación del modelo estándar del feminismo del género

4.1 Postulados principales del feminismo del género

Tal y como hemos dicho en la introducción, la línea investigadora seguida en este trabajo nos lleva del malestar dentro del feminismo a la identificación del feminismo del género como causa de este rechazo. Tras ello, nos planteamos la validez teórica del modelo propuesto por el feminismo del género. Es decir, más allá de que sus planteamientos sean populares, ¿son correctos? En concreto, centramos nuestra atención en sus dos postulados principales:

- a) Vivimos en una sociedad patriarcal dentro de un sistema de sexo-género
- b) Y este orden ha sido originado socialmente.

Otras premisas básicas de este modelo son:

- c) El género es una categoría social, que se distingue del sexo biológico.
- d) Los valores o rasgos masculinos y femeninos que definen el género son asignados socialmente a cada sexo.
- e) Las relaciones de poder entre hombres y mujeres se levantan sobre estos rasgos construidos socialmente, y son las que dan pie a un sistema dual en el que los hombres dominan a las mujeres.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

Frente a estas proposiciones, surgen una serie de interrogantes:

- ¿En qué consiste este sistema de sexo-género en el que vivimos?
- ¿Cómo se construye socialmente este orden?
- ¿Es el género una construcción meramente social distinguible del sexo?
- ¿Qué valores son femeninos y masculinos?
- ¿Cómo o a partir de qué se asignan estos rasgos o valores a cada sexo?
- ¿Cómo surgen las relaciones de poder entre hombres y mujeres sobre las que se levanta la dominación masculina?
- ¿En qué consisten estas relaciones de poder?

El problema al que se enfrenta el feminismo del género (y otras perspectivas feministas) es que a pesar de la ingente producción teórica muchas de estas preguntas no han sido respondidas satisfactoriamente. En concreto, el heteropatriarcado o sistema de género-sexo carece de un referente ontológico preciso. Hay múltiples definiciones o especulaciones acerca de lo que sería este patriarcado y, por tanto, no hay una unanimidad en cuanto a en qué consiste esta estructura social y qué mecanismos origina y mantiene la dominación masculina.¹

El concepto de género es otra dificultad añadida. Definir qué es exactamente género y de qué manera se contrapone al concepto de sexo no es tarea sencilla, y también encontramos diversidad de definiciones y propuestas en cuanto a la formación de la identidad de género, los rasgos sociales que componen el género y los mecanismos por los que se asignan socialmente ciertos rasgos y roles a cada sexo. Tampoco hay unanimidad en cuanto a los mecanismos por los que hombres y mujeres asimilan el género asignado socialmente ni en cuanto a los procesos de conformidad con esta construcción social del género.

¹El patriarcado originariamente aludía a una organización social primitiva en la que la autoridad era ejercida por un varón jefe de cada familia y ésta se extendía a todos los parientes de ese mismo linaje. En el feminismo el término patriarcado se suele emplear para hacer referencia a la dominación del varón sobre la mujer que tiene lugar en todos los ámbitos de la sociedad (Lerner, 1986). Kate Millet (1970) lo describe como la política sexual ejercida por el colectivo de los varones sobre el colectivo de las mujeres. Para analizar el concepto de patriarcado véase también Walby (1989) y Hartmann (1976).

4.1 Postulados principales del feminismo del género

Un repaso a la literatura disponible nos conduce irremediabilmente a estas dos conclusiones. Para confirmar que esta disparidad conceptual es cierta basta con acudir a alguno de los muchos manuales sobre teoría feminista disponibles.

Sin embargo, en esta tesis queremos poner de relieve una crítica muy básica, que afecta tan solo a dos de los enunciados principales del feminismo del género pero que comprometen el resto del edificio teórico que se levanta sobre ellos:

- a) Que muchas de las diferencias de sexo no han sido originadas socialmente, sino que tiene que tienen una raíz evolutiva y un origen biológico.
- b) Que la teoría de la selección sexual explica, en última instancia, el surgimiento de la dominación masculina sin necesidad de conceptos teóricos tales como el patriarcado.

Es decir, si muchas de las diferencias esenciales entre hombres y mujeres no tienen un origen social, tal y como se ha supuesto tradicionalmente, los roles de género quizás sean un mero reflejo o resultado de estas tendencias y predisposiciones innatas (Goldberg, 1973, 1993; Sanderson, 2001). Es decir, habrían surgido con posterioridad a las diferencias de sexo, y no viceversa. Por lo tanto, no haría falta tirar de una estructura social generadora de estos roles de género, que exista con anterioridad a los mismos, para explicar la existencia de estos. Además, evitaríamos lidiar con una entidad teórica que parece tener intencionalidad propia, pues persigue un fin concreto: la dominación masculina; y también nos evitaríamos dar cuenta de cómo esta estructura surge y tiene eficiencia causal sobre hombres y mujeres. En definitiva, mediante una explicación última anclada en el marco teórico de la selección sexual es posible estudiar los fenómenos que le interesan al feminismo de una manera más eficaz y parsimoniosa.

En un artículo reciente, Luxen (2007) aborda este tema y nos muestra por qué la teoría biosocial (*biosocial theory*) propuesta por Eagly y Wood² (2005; 2002) y anteriormente formulada como *social structure theory* por las mismas autoras, a pesar de ser la propuesta más potente que hasta ahora el feminismo ha ofrecido para explicar el origen social de las diferencias de sexo no constituye una alternativa teórica a la que ofrece la psicología evolutiva.

²La teoría biosocial de estas dos autoras difiere de manera radical de otras propuestas de igual nombre como la teoría biosocial de Richard Udry (1995) o de Pierre Van der Bergher (1973) que revisamos más adelante, y en las que la biología juega un rol más determinante que en esta aproximación posterior.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

Sin duda, esta crítica no es nueva, pero creemos que en la actualidad hay cada vez más estudios empíricos que apuntan a esta dirección, y que hacen imposible defender la proclama de que las diferencias entre los sexos son mínimas o inexistentes, y que nada tienen que ver con las relaciones de género que se dan en las sociedades modernas. Además, cada vez más sociólogos y feministas se unen a esta línea de investigación. Algunas de las investigaciones de las que nos hemos hecho eco en esta tesis son recientes, y quizás no son conocidas por el sociólogo medio, y suelen ser ignoradas y desestimadas por el feminismo del género. Sin embargo, una nueva rama del feminismo, el *feminismo darwinista*, parte de la idea de que la teoría evolutiva es la propuesta teórica que mejor explica algunas de las asimetrías entre los sexos (Vandermassen, 2005) y puede ser, por tanto, la metateoría que el feminismo necesita para corregir algunas de sus deficiencias teóricas.

El auge de las ciencias cognitivas y de la neurociencia también ha sido un factor determinante a la hora de replantear el origen de algunas de las diferencias de sexo hasta ahora atribuidas al género. En concreto, diferencias de sexo relacionadas con la sociabilidad parecen estar determinada en gran parte por la biología, pues aparecen a una edad muy temprana (un día de vida) y nos impiden explicar este fenómeno en términos de socialización. Pero vayamos paso a paso.

4.2 Por qué lo llaman género

El concepto de género comenzó a emplearse en el feminismo para llenar un hueco que dejaba el concepto de sexo. Ser hombre y mujer implica algo más que tener una determinada compleción física, unos genitales distintos o una estructura cromosómica diferente (las únicas diferencias biológicas que el feminismo reconoce). Ser hombre o mujer implica ser masculino o femenino. Y la masculinidad y la feminidad llevan asociadas distintas imágenes, comportamientos, o actitudes, que a su vez se asocian a normas, obligaciones, expectativas, privilegios, etc., existentes en una determinada sociedad. Por tanto, hacía falta un concepto que se refiriese a la construcción social de todo aquello que se atribuye a cada sexo. De modo que, género alude a la construcción social de toda aquella diferencia sexual que no sea morfológica, anatómica o genética. John Money, junto con Joan y John Hampson, fueron los primeros autores en proponer el uso de los conceptos de roles de género y de identidad de género para referirse a

las diferencias de comportamiento que no tienen una raíz biológica. De este modo, “el comportamiento y la orientación sexual masculina o femenina no tiene una base innata o instintiva -en otras palabras, “los seres humanos pueden ser educados bajo cualquier género dado” (Money et al., 1955). Veremos más adelante cómo el mismo Money se encontraría en su carrera médica con un caso único que echaría por tierra sus ideas acerca de la plasticidad del género.

Sin embargo, la diferencia cromosómica no solo se encarga de que, por ejemplo, uno de los dos sexos sea más corpulento y tenga mayor masa muscular o de que el otro sexo sea capaz de gestar, dar a luz o amamantar. Hombres y mujeres evolucionaron en una época y un entorno concreto en el que se enfrentaron a distintas presiones como resultado de la selección sexual. Ello también influyó en el desarrollo de ciertos mecanismos cognitivos implicados en aquellas estrategias que ambos sexos desarrollaron ante demandas específicas en un momento crucial de la historia evolutiva. Esa diferencia esencial a la que nos referíamos anteriormente se encuentra en la mente de los hombres y mujeres de la actualidad, puestos que sus cerebros no son distintos del de sus ancestros. Así pues, ni las mujeres son de Venus ni los hombres son de Marte sino que ambos son de África y evolucionaron juntos como especie (Pinker, 2002).

El *quid* de la cuestión está, por tanto, en la mente (además de en los consabidos genes más o menos egoístas). Para hacer justicia al feminismo del género, cuyos orígenes datan de los rebeldes años setenta, las neurociencias estaban en su infancia cuando los conceptos de género, de estructuras de poder o de patriarcado ofrecían respuestas potenciales a por qué las mujeres no ocupaban puestos de poder en la política y aspiraban a otros menesteres más domésticos. Con ello no estamos afirmando que un conocimiento de la mente nos lleve directamente a una explicación de por qué hay menos presidentas de gobierno o por qué las mujeres juegan menos al fútbol y les encanta llevar bolsos dónde a menudo es posible encontrar los objetos más variopintos y diversos; diferencias éstas, dicho sea de paso, que no son esenciales y que no tienen que ver con la estructura cerebral de ambos sexos. En definitiva, ninguno de los dos sexos evolucionó para vivir en la sociedad actual llena de instituciones complejas como los mercados financieros o los tribunales institucionales de justicia (Ridley, 1994). Y del mismo modo, ni hombres ni mujeres fueron dotados de un cerebro diseñado para ejercer de médico, de notario o de funcionario de una administración pública. Por tanto, ambos tienen iguales potenciales para desarrollar cualquier ocupación moderna.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

Sin embargo, algunas de las predisposiciones innatas de hombres y mujeres (junto con procesos de aprendizaje y retroalimentación) sí pueden explicar motivaciones o preferencias individuales³. Éstas por sí solas o bien en interacción con otros procesos complejos, resultantes de la vida en sociedades con un alto grado de organización social, han dado lugar a alguna de las brechas entre los sexos.

En resumen, las teorías de género presuponen una construcción social de lo sexual para dar explicación de asimetrías o diferencias entre ambos sexos en ciertas cuestiones sociales; para ello necesitan explicar de qué manera la existencia de dos sexos (hombre y mujer) está relacionada con la existencia de fenómenos tales como la brecha salarial o la violencia contra las mujeres. De ahí surgen el patriarcado, los mecanismos de socialización en roles de género, las relaciones de poder simbólicas, etc. Por el contrario, un enfoque evolutivo establece que las diferencias de sexo estarían detrás (o explicarían las causas últimas) de las diferencias sociales relacionadas con el fenómeno en cuestión.

En todo caso, y al margen de que las diferencias de sexo tengan o no poder explicativo a la hora de dar cuenta de fenómenos sociales más complejos (aspecto que también revisamos en los estudios experimentales que hemos realizado), la psicología evolutiva lo que sí postula es un origen evolutivo y no social de las diferencias de sexo. Exploremos esta cuestión con más detenimiento.

4.2.1 La navaja de Occam

Tal y como hemos dicho anteriormente, la teoría biosocial es una de las alternativas teóricas a la psicología evolutiva que ha calado con mayor fuerza en la comunidad académica. Por tanto, su propuesta sirve al feminismo del género para defender sus dos postulados principales y algunas premisas que se derivan de ellos. Su mensaje es intuitivo y acorde con el sentido común y la idea, ya extendida, de que los roles sexuales son originados socialmente (son roles de género) y por tanto, no son inalterables sino flexibles y susceptibles de cambio. Además de contar con este halo de auto-evidencia, parece una teoría sencilla, con pocas presupuestos, lo cual lleva la marca de una buena teoría científica. Por último parece querer reconciliar lo biológico con lo social y nuestro

³Dijimos en el capítulo anterior que el feminismo equitativo enfatiza el papel de las preferencias y decisiones individuales, mientras que el enfoque de género enfatiza preferencias y dinámicas de grupo. En este sentido la psicología evolutiva también enfatiza lo individual (en el plano explicativo), un enfoque que es más acorde con el individualismo metodológico.

pasado evolutivo con nuestro tiempo actual; de este modo, pretende explicar algunos de los universales en el comportamiento de hombres y mujeres, que han sido validados en investigaciones trans-culturales. Para ello, incorpora la distinción entre causas últimas o distales y causas próximas (Mayr, 1961) que muchos teóricos sociales ignoran a pesar de ser de gran utilidad⁴.

Sin embargo, esta propuesta no es tan novedosa y la reconciliación entre lo biológico, lo social, la teoría de la evolución y la teoría social o de roles sociales, se limita a afirmar que la evolución causó diferencias físicas (como el tamaño y la fuerza) que originaron distintos roles, que a su vez explican las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres (incluidas aquellas de tipo cognitivo y las relacionadas con el funcionamiento del sistema nervioso).

Lo que la teoría biosocial propone es que muchas de las causas próximas de las diferencias de sexo emergen de un conjunto de causas últimas, determinadas por la posición que ocupan hombres y mujeres en la estructura social, que ha sido definida, a su vez, por los atributos físicos y los comportamientos asociados a estos que son típicos de cada sexo, y por otros factores contextuales. (Wood and Eagly, 2002, pg 702). No admite, por otra parte, que presiones relacionadas con la selección sexual que originaron un dimorfismo físico expliquen atributos psicológicos (Ibid), como la empatía o las preferencias por un tipo u otro de pareja o la agresividad, por citar algunos ejemplos.

Tal y como señala Luxen, no hay ninguna razón por la que la evolución influyera en los cuerpos de hombres y mujeres y decidiera pararse en sus mentes, cuando el cerebro es, en realidad, el principal instrumento para pensar, obrar y hacer frente a los problemas adaptativos del medio. Si la teoría biosocial reconoce el origen evolutivo del dimorfismo físico, ¿por qué no reconocer también un dimorfismo a nivel psíquico y mental? Matt Ridley ha captado esta paradoja de la siguiente manera:

Hombres y mujeres tienen cuerpos distintos. Estas diferencias son un resultado directo de la evolución. El cuerpo de las mujeres ha evolucionado para atender a las demandas de dar a luz, cuidar de los hijos, y recoger alimentos vegetales. El cuerpo de los hombres ha evolucionado para crecer en una jerarquía masculina,

⁴Nos referimos a la distinción entre causas inmediatas, que explican un determinado comportamiento en función de los mecanismos o factores que hacen emerger tal comportamiento, y causas últimas, que explican por qué ciertos rasgos o respuestas ante determinados estímulos han sido favorecidos por la selección natural.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

competir por el acceso a las hembras y proveer de caza a su familia. Hombres y mujeres tienen mentes distintas. Estas diferencias son un resultado directo de la evolución. El cerebro de las mujeres ha evolucionado para atender a las demandas de dar a luz, cuidar de los hijos, y recoger alimentos vegetales. El cerebro de los hombres ha evolucionado para crecer en una jerarquía masculina, competir por el acceso a las hembras y proveer de caza a su familia (Ridley, 1994, pg 239).

Tal y como subraya, la primera afirmación es banal y la segunda es inflamatoria (Ridley, 1994, pg 240), “la proposición de que hombres y mujeres tienen mentes que evolucionaron de diferente manera es una anatema para cualquier científico social políticamente correcto”. Más adelante profundizaremos en el por qué de este rechazo. De momento, sigamos con los problemas a los que se enfrenta la teoría biosocial. Negar un origen evolutivo de las diferencias de sexo que no sean morfológicas debe ir acompañado de una explicación (que hasta ahora no ha sido proporcionada) en cuanto a por qué la evolución ha sido capaz de diseñar comportamientos típicos de sexo en todas las especies, incluidas las más cercanas, con la excepción de la humana. La propuesta biosocial de Eagly y Wood también se enfrenta con la dificultad de explicar por qué la teoría evolutiva es errónea cuando los comportamientos de sexo observables en dichas especies concuerdan con las predicciones derivadas de sus postulados.

Pero de momento quedémonos en la especie humana. La teoría biosocial tiene otro gran problema: el papel de las hormonas en el comportamiento humano. Las hormonas prenatales no solo son las responsables de la diferenciación sexual, que tiene lugar durante el desarrollo embrionario, sino que además juegan un papel vital en la anatomía cerebral. Las estructuras neurales se relacionan, a su vez, con mecanismos cognitivos, muchos de los cuales están implicados en patrones de conducta social en los que podemos encontrar diferencias de sexo. Si bien la sospecha de que las hormonas sexuales pudieran estar involucradas en las diferencias de sexo no surgió hasta bien entrados los sesenta, la investigación científica ha confirmado en la actualidad que, en efecto, las hormonas juegan un papel determinante en diferencias de cognición y comportamiento. Tales diferencias son independientes de factores sociales, y aunque las hormonas responden ante estímulos procedentes del contexto, los efectos organizacionales en la anatomía cerebral son de carácter permanente y no son susceptibles de modificación significativa.

Por tanto, concluimos que una teoría evolutiva sobre el origen de las diferencias de sexo es preferible a la explicación biosocial de Eagly y Wood (2002) y otras similares,

ya que es más parsimoniosa y es capaz de explicar los mismo hechos que la propuesta biosocial sin echar mano de conceptos adicionales. Además puede explicar otros hechos que la teoría biosocial no puede con el mismo aparato conceptual, lo cual examinaremos en los próximos apartados. De manera que quizás “no hay una mano invisible cultural bajo la forma de roles de sexo que empuje a hombres y mujeres en diferentes direcciones en base solo a sus diferencias físicas” (Luxen, 2007, pg 391), sino un pasado evolutivo que ha dejado su impronta.

4.3 A vueltas con el sexo

El experimento imaginario perfecto para someter a prueba la tesis de que ser hombre o mujer es algo que se adquiere y, separar, por tanto, la biología de la socialización sería el siguiente: “tomar a un bebé varón, someterle a una operación de cambio de sexo y hacer que sus padres le educaran como una niña y lo mismo hicieran las demás personas. Si el género se construye socialmente el niño debería tener la mente de una niña normal; si depende de las hormonas prenatales, debería sentirse como un niño atrapado en el cuerpo de una niña” (Pinker, 2002, pg 508).

Lamentablemente este experimento sucedió en la realidad en los años setenta debido a un penoso accidente. Bruce Reimer perdió su pene a los ocho meses de edad en una intervención quirúrgica, y fue re-asignado al sexo femenino y educado como una niña por sus padres (siguiendo el consejo de John Money que defendía la neutralidad psicosexual de los individuos al nacer). Sin embargo, y desde una edad bien temprana, Brenda (nombre con el que fue rebautizada) rechazaba su identidad femenina y muchos aspectos relacionados con la feminidad, a pesar del esfuerzo de sus padres, maestros, terapeutas y psicólogos porque se comportara como una chica. Desde una edad muy temprana prefería los juegos y la ropa de chico, imitaba comportamientos típicamente masculinos y se empeñaba en orinar de pie. Después de una niñez difícil, Brenda empezó a mostrar signos severos de depresión y pensamientos suicidas, por lo que su padre, siguiendo la recomendación de la única psiquiatra que se atrevió a dar la vuelta a este catastrófico “experimento natural” le contó lo sucedido⁵. Brenda decidió someterse

⁵En la biografía de David Reimer (Colapinto, 2001) puede observarse como la fama y el prestigio de John Money disuadió a todos aquellos psicólogos y psiquiatras que atendieron a David (una vez que este rechazó continuar su terapia en la unidad del hospital Johns Hopkins que Money dirigía) de contradecir sus órdenes. Es, sin duda, uno de los ejemplos más abrumadores de hasta dónde puede

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

a una nueva operación de re-asignación sexual, volvió a su originaria condición de varón adoptando el nombre de David y se casó con una mujer. David Reimer se quitó la vida a la edad de 38 años.

Muchos han visto en este caso, conocido como el de John/Joan (nombres ficticios usados en la literatura médica), la prueba definitiva de que la identidad de “género” no se adquiere ni es plástica sino que tiene una raíz biológica. Es decir, el sexo de los individuos determina algo más que sus caracteres físicos. Sin embargo, solo hay dos casos bien documentados de trauma genital con resultado de pérdida de pene y re-asignación al género femenino. Uno, es el que acabamos de narrar, y es el mejor documentado de ambos. En el segundo caso, la re-asignación sexual nunca fue reinvertida, pero este sujeto también disfrutaba durante su niñez con juegos y juguetes masculinos, y se decantó por una profesión también masculina. Aunque tuvo experiencias sexuales con hombres y mujeres, se sentía principalmente atraído por mujeres.

Los críticos del caso de John/Joan afirman que ocho meses es mucho tiempo, y que John fue socializado como varón durante ese período. Posibles traumas ocasionados por el seguimiento médico, junto con el sufrimiento de sus padres y la influencia de su hermano gemelo (también varón) podrían estar detrás del rechazo de John a la identidad femenina. Una lectura de la biografía de David no sugiere lo mismo. En cualquier caso, resulta comprometedor sostener que los ocho primeros meses son más determinantes que todos los años posteriores, es decir, que los mecanismos de socialización fallen durante un período considerable de la vida de un sujeto y funcionen eficazmente cuando este es un bebé que pasa gran parte de su tiempo dormido o aprendiendo cosas elementales de su medio (andar, reconocer objetos, caras, etc.). David Reimer narra que fue entre los 9 y los 11 años cuando llegó a la conclusión definitiva de que no era una chica, pese a que sus padres, los médicos, y maestros esperaban que se sintiera y comportara como tal (algo que él relata como una auténtica tortura fruto de la disonancia cognitiva que le ocasionaba):

llegar la arrogancia de unos y la sumisión de otros hacia el poder académico. En concreto, resulta especialmente terrible saber que John Money fue informado de los resultados del primer experimento que demostró el rol de las hormonas prenatales en la diferenciación sexual a nivel de comportamiento pocos meses antes de que los padres de David le escribieran contándole lo sucedido a su hijo. Es decir, decidió realizar este experimento para corroborar sus tesis a sabiendas de que esta hipótesis no había sido demostrada y que había evidencia que apuntaba en la dirección contraria. Además, citó este caso en sus libros y artículos, afirmando que el resultado había sido satisfactorio cuando, en realidad, los problemas afloraron desde el principio.

Había pequeñas cosas desde el principio. Empecé a ver qué diferente era y sentía de como supuestamente tenía que ser. Pero no sabía lo que significaba. Pensé que era un freak o algo. Me miraba y me decía a mi mismo que no me gustaba el tipo de ropa, y los juguetes que siempre me daban. Me gustaba salir con los chicos, trepar a los árboles, y cosas como esas, y a las chicas no les gusta nada de eso. Me miré al espejo y vi como mis hombros eran muy anchos, y no había nada de femenino en mi. Soy delgado pero aparte de eso, nada. Pero así es como me di cuenta (de que era un chico) aunque no lo quería admitir. Supongo que no quería abrir la caja de Pandora (Diamond, 1997, pg 300).

Que estos pensamientos fuesen fruto de experiencias tempranas que ocurrieron antes de que se completara la intervención quirúrgica de re-asignación contradice los sentimientos del propio David expresados en su relato biográfico. Tampoco concuerda con la impresión de los maestros y psicólogos que desde bien temprano notaron que algo fallaba sistemáticamente en la identidad de David. Además, implicaría que pistas sutiles, y traumas inconscientes son más poderosos que las experiencias conscientes del sujeto. Es decir, los mecanismos de socialización no serían una fuerza muy potente (pues no pueden alterar estas memorias tempranas). Pero sigamos indagando al respecto.

Además de estos dos casos de ablación de pene relatados, hay otros casos médicos que nos hacen cuestionar el origen meramente social de la identidad de género. Una de estas condiciones se denomina *extrofia cloacal*, que ocurre cuando la vejiga y la uretra no se ha formado adecuadamente. En el caso de los bebés masculinos, el desarrollo del pene también puede verse afectado. Durante mucho tiempo se recomendó que los niños afectados por esta seria malformación fueran re-asignados al género femenino. Williams Reiner realizó un seguimiento longitudinal de varios pacientes que habían sido reasignados al sexo femenino como consecuencia de esta malformación (Reiner, 1996). Con anterioridad a este estudio, Reiner se había encontrado en su consulta con un caso que le haría dudar seriamente de los protocolos de re-asignación sexual sugeridos e implementados por John Money. Se trata del caso Hmanog, una chica aparentemente normal que a la edad de 9 años manifestaba tener conciencia de ser chico y no chica, y que llegó a la consulta de Reiner a los catorce años, afirmando que su sexo no era el femenino y que, por tanto, deseaba una reasignación sexual, amenazando incluso con cometer suicidio si no era operada (Colapinto, 2001). Un test genético desveló que, efectivamente, era un varón XY y no una chica (Reiner, 1996).

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

Por otra parte, Reiner siguió de cerca la evolución de catorce pacientes que debido a la extrofia cloacal habían sido asignados al sexo femenino. De los 16 pacientes, 14 fueron re-asignados al sexo femenino y dos permanecieron en su sexo original. De los 14 pacientes reasignados, 5 permanecieron en el sexo femenino. Otro paciente se negó a discutir este tema tras reaccionar negativamente una vez que fue informado de lo sucedido, y ocho se decantaron por su primigenia condición masculina. Dentro de este último grupo, cuatro de ellos declararon que eran chicos espontáneamente a los 7, 9 y 12 años, en contra de la negación de sus padres. Otros cuatro declararon su identidad masculina una vez que los padres les contaron lo ocurrido a las edades de 5, 7 y 18 años. Los catorce sujetos presentan intereses y comportamientos no femeninos. Solo cuatro de los 14 sujetos jamás expresaron deseo alguno de ser chico, y ninguno de los 16 pacientes mostraron dificultades a la hora de identificarse con el sexo masculino, aunque sí al contrario (Reiner and Gearhart, 2004). Uno de los hechos que verdaderamente cautivó la atención de este psiquiatra es que muchos de estos chicos no expresaban su deseo de ser chicos ni la mera creencia o sospecha de que eran chicos y no chicas, sino que *sabían* en su fuero interno que eran chicos, a pesar de lo que sus progenitores y médicos les decían, como en el caso de David. El conocimiento de qué podría estar detrás de todo esto tardaría aun en llegar. El estudio en profundidad de raras condiciones médicas, como la hiperplasia suprarrenal congénita, contribuiría notablemente a resolver algunos de estos desconcertantes casos de intersexualidad.

En definitiva, hasta ahora hemos examinado casos donde un trauma o malformación física ha dado lugar a una re-asignación sexual. En estos individuos las hormonas prenatales habían desarrollado su labor normal, es decir, habrían masculinizado al individuo cuyo sexo genético (determinado por los cromosomas) era masculino. Pero, ¿qué sucede, y qué podemos aprender del rol de las hormonas cuando este proceso se desvía de la pauta estándar en una fase temprana del proceso de diferenciación sexual?

4.3.1 El rol de las hormonas prenatales en procesos de masculinización atípicos

El estudio de la hiperplasia suprarrenal congénita o (HSC) ha relevado una robusta relación entre andrógenos y comportamiento masculino. La HSC engloba un conjunto de desórdenes de origen hereditario relacionados con una deficiente síntesis de las hormonas esteroides. En más de un 95% de los casos tiene que ver con un efecto en el

gen CYP21 que codifica la enzima 21-hidroxilase (Nimkarn and New, 2002). Como resultado, no se segregan niveles suficientes de cortisol y aldosterona y se produce andrógenos en exceso. Esta anormal producción de hormonas comienza durante el desarrollo embrionario que tiene lugar en el útero y continúa tras el nacimiento si no es tratado médicamente.

El estudio de chicas con HSC es revelador para el entendimiento del papel que juegan las hormonas gonadales en diferencias sexuales, puesto que se trata de individuos de sexo femenino (XX) sobreexposados a la influencia de andrógenos. La literatura sobre este tema es bastante amplia, y data de finales de los años sesenta (Ehrhardt et al., 1968). Sin embargo, es en los últimos quince años cuando se ha incrementado notablemente el interés por esta enfermedad en relación a comportamientos y preferencias típicos de cada sexo. Los estudios realizados en este período son consistentes entre sí, y son también consistentes con lo encontrado por previas investigaciones realizadas en otras especies animales, en concreto, en primates no humanos⁶: que las hembras expuestas prenatalmente a andrógenos siguen una pauta de comportamiento típicamente masculina.

Las chicas afectadas por la HSC tienen un par cromosómico normal XX pero además de signos físicos de virilización (voz grave, exceso de vello, genitales masculinizados, etc.), muestran preferencias de juego masculinas, estilos de juego masculinos o *tomboyism* (Berenbaum and Hines, 1992; Berenbaum and Snyder, 1995) y preferencias por profesiones masculinizadas (Berenbaum, 1999; Servin et al., 2003). Además, muestran también menos interés por la maternidad (Berenbaum, 1999; Dittmann et al., 1990) y un mayor nivel de agresividad que sus hermanas o primas (Berenbaum and Resnic, 1997)⁷.

⁶En 1958 tres investigadores hicieron un descubrimiento histórico sobre el rol organizacional que los andrógenos prenatales desempeñan en una fase temprana del desarrollo fetal. La investigación se había dirigido hasta ese momento en el rol de las hormonas postnatales sin mucho éxito. Este equipo decidió observar qué ocurría cuando se administraba andrógenos a cobayas en estado de gestación. Cuando éstas eran expuestas a los andrógenos durante el período crítico de desarrollo (de la sexta a la octava semana) las cobayas de sexo femenino nacían con genitales masculinizados, mostraban mayor actividad física que sus hermanas no afectadas e intentaban montar a sus hermanas, tal y como hacen los machos, es decir, presentaban un comportamiento masculinizado (Phoenix, 2009). Resultados similares han sido replicados en primates no humanos (Wallen and Hasset, 2009).

⁷Para una revisión véase Hall et al., (2004).

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

También se ha encontrado que chicas con HSC puntúan más en distintas pruebas de habilidad espacial, y menos en pruebas de expresión verbal, en comparación a sus hermanas, primas, madres y otras niñas sin HSC (Hampson and Rovet, 1998; Nass and Bake, 191; Puts et al., 2008; Resnick et al., 1986).

Por último, se ha estudiado la relación entre severidad de la enfermedad (niveles de exposición a los andrógenos) y grado de masculinidad en comportamiento; los resultados apuntan a que existe una relación proporcional entre ambos, es decir, a mayor severidad de HSC, mayor masculinidad (Nordenstrom et al., 2002; Servin et al., 2003). Y esta masculinización de comportamiento está más relacionada con el efecto de las hormonas prenatales que con el efecto de hormonas postnatales (Berenbaum et al., 2000; Hall et al., 2004). Por último, la masculinización física y de comportamiento originada por la HSC está fuertemente relacionada con el genotipo y no con el fenotipo (Hall et al., 2004).

Con esto no se pretende afirmar que las chicas con HSC tengan una personalidad masculina, ya que según Berenbaum la mayoría de ellas tiene una identidad de género femenina. Lo que estas investigaciones constatan es que los seres humanos no son psicosexualmente neutros al nacer, y que la diferenciación sexual es un fenómeno complejo que interviene en algo más que en la anatomía de hombres y mujeres. También demuestran una relación entre andrógenos y masculinidad en ciertas pautas o conductas, aunque no en todas.

Algunos críticos dudan de las conclusiones a las que han llegado estas investigaciones sobre HSC. Estos afirman que, si bien las hormonas pueden jugar un papel en los comportamientos de género, la influencia del medio es más relevante. En concreto, sugieren que los padres de niñas con HSC han propiciado estos comportamientos de tipo masculino. También se ha argumentado que el padecimiento de una enfermedad crónica ha podido influir en el desarrollo de pautas masculinas. Ambas hipótesis han resultado ser falsadas.

En el estudio por Hall y sus colaboradores (2004) se incluyó en el grupo de control una muestra de chicas que padecían *diabetes mellitus* (otra enfermedad crónica). Las chicas con HSC eran las únicas que mostraban pautas masculinas de comportamiento, y en el mismo estudio, se encontró que éstas estaban relacionadas con el genotipo. Ninguno de los estudios mencionados anteriormente han encontrado diferencias debidas a las demandas de los padres, a pesar de que muchos de ellos controlaron o midieron

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

directamente este posible hecho (Hall et al., 2004). El único resultado sobre la influencia de los padres en niñas con HSC encontrado va en la dirección contraria: las niñas jugaban menos con los juguetes masculinos cuando los padres estaban presentes y más cuando se les dejaba a solas, aunque no es un resultado significativo desde el punto de vista estadístico (Nordenstrom et al., 2002).

Además de la HSC hay otros síndromes como la insensibilidad a los andrógenos, (IA) la hipospadia, la disgenesia gonadal o la deficiencia de 5-alfa-reductasa. Por ejemplo, y sin entrar en detalles complejos, la IA y la deficiencia de 5-Alfa impide que los andrógenos desarrollen su labor normal en el proceso la masculinización de hombres con un par cromosómico totalmente normal (XY). En estos casos los sujetos afectados por este síndrome tienen una apariencia femenina, y a menudo son asignados al sexo femenino al nacer y re-asignados a su sexo original en la pubertad cuando presentan amenorrea. Además, de los rasgos físicos no varoniles presentan pautas de conducta típicamente femeninas (Hines et al., 2003). Lo más curioso es que estos individuos no expuestos a la influencia de los andrógenos y que fueron asignados ‘erroneamente’ al sexo femenino se sienten a gusto con su identidad femenina y no la rechazan, como en el caso de John o de los sujetos con extrofia cloacal que sí fueron expuestos a niveles normales de andrógenos.

Hasta ahora hemos examinado casos donde la acción de los andrógenos en el desarrollo temprano del sujeto se han desviado de la pauta estándar, pero ¿cual es la acción de las hormonas prenatales en el desarrollo de ambos sexos cuando ésta ocurre con normalidad? Más importante aun ¿qué relación guardan estas hormonas prenatales con aquellas diferencias sexuales no anatómicas que suelen ser explicadas en términos de socialización?

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

Cuando hablamos del sexo de un individuo normalmente pensamos en términos de su sexo cromosómico: si este individuo es de sexo femenino suponemos que tiene un par cromosómico XX, y si es masculino un par XY. Este sexo cromosómico o genético se decide en el momento de la fecundación en función de si el espermatozoide fecundador es portador de un gen X o Y. El sexo genético origina, a su vez, el sexo gonadal, es decir, si serán los ovarios o los testículos los que se desarrollen.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

El sexo fenotípico (los rasgos externos físicos y genitales) se origina tras un complejo proceso. En una fase temprana de la diferenciación sexual tiene lugar la organogénesis gonadal, o formación de las gónadas determinada por el sexo genético del embrión. Más adelante tiene lugar la diferenciación gonadal, en donde se forman los ovarios o los testículos. En concreto, durante la sexta semana del embarazo, el cromosoma Y es el responsable de que el feto comience a desarrollar los testículos y sea capaz de sintetizar testosterona alrededor de la octava semana. Los niveles de segregación de testosterona son altos durante la décima y la vigésima semana. En el caso del sexo femenino, la diferenciación de los ovarios comienza en la séptima semana con la producción de pequeñas cantidades de estrógeno, a la vez que es expuesto también a pequeñas cantidades de andrógenos.

En resumen, la secreción hormonal de las gónadas determinará el sexo fenotípico, de manera que si las hormonas masculinas y los receptores adecuados están presentes se desarrollará el fenotipo masculino; por el contrario, se desarrollará el fenotipo femenino. Por tanto, para que el fenotipo masculino se desarrolle han de completarse satisfactoriamente varias etapas y debe existir un adecuado ambiente hormonal, por lo que pueden ocurrir interrupciones en varios momentos cruciales de este proceso (Baron-Cohen et al., 2004).

Por otra parte, el denominado sexo neuronal resulta principalmente de la acción de las hormonas prenatales. Las hormonas sexuales actúan de dos modos: mediante un efecto organizacional y otro activacional (Ibid.). Los efectos organizacionales son permanentes y ocurren en un momento temprano del desarrollo, mientras que los efectos activacionales ocurren más tarde, y se superponen a los organizacionales. Por ejemplo, algunos rasgos se organizan prenatalmente pero no se desarrollan por completo hasta que las adecuadas cantidades de hormonas se produzcan en la pubertad.

Este sexo neuronal está relacionado con aspectos cognitivos y de comportamiento en los que se han encontrado pautas típicas de cada sexo. La literatura es bastante amplia al respecto (para un análisis extenso ver Kimura (1999), Hines (2005), Ellis et al. (2008) y Becker et al. (2008), entre otros). En general, estos estudios concuerdan en que la asimetría funcional está relacionada con la ventaja masculina en habilidades espaciales y con la ventaja femenina en habilidades sociales y comunicativas (Kimura1999)⁸.

⁸A menudo solemos referirnos de manera global a capacidades espaciales y verbales sin especificar muy bien qué se entienden por tales. Algunas de las tareas espaciales que comprenden los test que

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

En concreto, los hombres puntúan más en pruebas de localización y rotación espacial (Kimura, 2000; Linn and Petersen, 1985; Voyer et al., 1985), en la representación bidimensional de objetos tridimensionales y a la hora de completar patrones visuales cuando solo se presentan una o varias partes del objeto (Kimura, 1999). Estas diferencias en capacidades espaciales, en especial en la rotación espacial, se han observado en bebés de cinco meses y niños de cuatro años (Levine et al., 1999; Moore and Johnson, 2008). Tales diferencias aumentan con el tiempo (en torno a los 8 y diez años), según se incrementa la producción de andrógenos en el sexo masculino, y finalmente ambos sexos realizan peor este tipo de tareas en su madurez cuando el nivel de andrógenos desciende (Gaulin and Hoffman, 1988; Voyer et al., 1985); estos datos corroboran en su conjunto una relación robusta entre la fluctuación de andrógenos y el rendimiento en tareas espaciales (Shute et al., 1983).

En el caso de las mujeres, éstas tienen mejores destrezas motoras, velocidad perceptiva y memoria visual (Kimura, 1999). Los hombres destacan en pensamiento abstracto matemático y las mujeres en cálculo aritmético y computación (Kimura, 1999). Las mujeres tienen mejor memoria verbal, mejor procesamiento fonológico y más fluencia verbal (Kimura, 1999). La ventaja femenina en capacidades lingüísticas es más intensa durante los primeros años de vida: las niñas comienza a hablar antes, con mayor fluidez y articulación y aprenden a leer y a escribir con mayor facilidad; a partir de la adolescencia estas diferencias entre sexos tienden a disminuir. Los hombres también aventajan a las mujeres en navegación y parecen orientarse a través de pistas espaciales, mientras que las mujeres se guían por la localización de pistas y objetos, y destacan, por tanto, en la memorización y localización de objetos (Bell and Saucer, 2004; Gouchie and Kimura, 1991; Levine et al., 1999; M. et al., 1998; Silverman et al., 2007; Silverman and Eals, 1992; Sykes-Tottenham et al., 2003). La misma pauta de orientación se ha encontrado en otras especies animales (Gaulin and FitzGerald, 1986; Gaulin, 1995; Jozet-Alves et al., 2008; Sherry et al., 1993).

El hecho de que las mujeres sobresalgan en aptitudes que requieren el uso de estrategias lingüísticas, mientras que los hombres destacan en uso de estrategias espaciales suele explicarse en términos de lateralidad cerebral. En este sentido, mediante

se emplean en este tipo de investigaciones son: percepción espacial, rotación mental y visualización espacial. Tareas verbales comprenderían pruebas tales como: deletreo, comprensión oral, analogía verbal, tamaño del vocabulario, fluencia verbal, etc.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

imágenes funcionales de resonancia magnética se ha observado que los hombres muestran actividad lateralizada izquierda en pruebas fonológicas y mayor bilateralidad en tareas viso-espaciales (Clements et al., 2006). La pauta inversa se ha encontrado en las mujeres, donde hay una mayor bilateralidad en pruebas fonológicas y mayor lateralidad derecha en las pruebas viso-espaciales (Ibid). Es decir, en aquellas pruebas en las que cada sexo destaca se encontró una mayor conexión y actividad en ambos hemisferios, mientras que en las tareas que menos destacan tan solo uno de los hemisferios (el especializado en procesar este tipo de estímulos) mostraba actividad (Ibid).

Por otra parte, existe un amplio acuerdo en cuanto a que el cerebro masculino está más lateralizado que el femenino (Frith and Vargha-Khadem, 2001; Kimura, 1983), es decir, ambos hemisferios están especializados, de modo que el lenguaje depende en mayor medida del hemisferio izquierdo y el reconocimiento espacial del derecho. Sin embargo, el cerebro femenino es más simétrico, y algunas de las funciones cognitivas que en el cerebro masculino están localizadas en el hemisferio derecho están más repartidas en ambos hemisferios. Además, sus hemisferios están conectados por una mayor cantidad de neuronas y su hemisferio derecho es más plástico. Por ello, las mujeres sufren en menor medida alteraciones del lenguaje como la afasia o la dislexia y no pierden la capacidad de hablar cuando se lesionan el hemisferio izquierdo (Frith and Vargha-Khadem, 2001).

Sin embargo, hay cierta discrepancia en cuanto a las implicaciones de estas diferencias en lateralidad. Por ejemplo, en el caso del lenguaje se ha apuntado que las diferencias de sexo que implican lateralidad dependen del tipo concreto de tarea a realizar, y no emergen en todas las pruebas que se han investigado. A una conclusión similar llega un meta-análisis sobre diferencias de sexo en habilidades espaciales (Voyer et al., 1985). Por tanto, hay que ser cauteloso a la hora de mencionar que un determinado estudio ha encontrado o no ha encontrado diferencias espaciales o de lenguaje. En concreto, las diferencias de sexo encontradas en capacidades matemáticas varían en función del test empleado y, por tanto, de los ejercicios que use cada instrumento. Por ejemplo, algunas investigadoras feministas defienden que las diferencias de sexo en tales habilidades son nulas o inexistentes ya que se han reducido en los últimos años cuando, en realidad, lo que ha ocurrido es que se han eliminado ciertas pruebas de estos tests (Vandermassen, 2005).

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

Tal y como hemos dicho, las diferencias de sexo en asimetría cerebral se deben a la acción de las hormonas prenatales. Algunas de las estructuras que han resultado ser distintas en hombres y mujeres son el hipotálamo, la comisura anterior, el cuerpo caloso y la amígdala (Cahill, 2006). El hipocampo es una estructura vital para el aprendizaje y la memoria. También se relaciona con la identidad y la orientación sexual (Dorner, 1988; Swaab and Hoffman, 1988). Una vez controlado por tamaño total del cerebro, el hipocampo es más grande en las mujeres que en los hombres, y aparte de otras diferencias estructurales, se sabe que los sistemas de neurotransmisores relacionados con el hipocampo difieren en ambos sexos, incluyendo el sistema adrenérgico, serotoninérgico, colinérgico, y otros (Cahill, 2006; Goldstein et al., 2001). El núcleo del área preóptica es mayor y tiene mayor densidad en los hombres que en las mujeres (Swaab and Hoffman, 1988).

La amígdala es una estructura del lóbulo temporal fundamental en el procesamiento y almacenamiento de respuestas emocionales, y en comportamientos sexuales. Ésta presenta un marcado dimorfismo sexual (Hamann, 2005). En primer lugar, se observa una diferencia en el tamaño de esta estructura, pues la amígdala es mayor en los hombres que en las mujeres. Además, existen diferencias de sexo en cuanto a la relación estructural de la amígdala con el resto del cerebro, que determinan diferencias, no solo funcionales, sino de respuesta ante determinados estímulos (Cahill, 2006; Hamann, 2005), por ejemplo, estímulos visuales y de naturaleza sexual (Hamann, 2005; Symons, 1979).

El hipotálamo y la amígdala no son las únicas estructuras en presentar un dimorfismo sexual. Por ejemplo, el núcleo del lecho de la estría terminal, que interviene en las respuestas ante el estrés, la ansiedad y comportamiento sexual es mayor y contiene más neuronas en los hombres que en las mujeres (Chung et al., 2002; van Leeuwen et al., 1985). También se han encontrado diferencias sexuales en el patrón de presentación del surco temporal superior izquierdo, que interviene en la integración de estímulos visuales y sonoros (Balk et al., 2010; Liebenthal et al., 2010); lo mismo ocurre en el plano temporal, una región del lóbulo temporal que es importante para la comprensión del lenguaje. El tamaño de la corteza prefrontal y de los lóbulos parietal y temporal también varían por sexo. En concreto, la corteza orbital prefrontal madura antes en los hombres que en las mujeres, lo que se relaciona con diferencias de sexo en tareas dependientes de este área (Overman, 2004). Además, la corteza prefrontal depende en

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

gran medida de la acción de hormonas sexuales, y en concreto, se ha encontrado que las hormonas sexuales femeninas protegen esta zona de posibles daños, lo que explica la menor incidencia de trastornos como la esquizofrenia (que afecta esta zona) en el sexo femenino (Goldstein et al., 2002; Seeman, 1996).

Las mujeres tienen más tejidos en la masa intermedia o adhesión intertalámica que conecta las dos mitades del tálamo (Allenand and Gorski, 1992). Se sospecha que la ausencia o menor tamaño de esta masa guarda una relación con algunas patologías clínicas (Cimen et al., 2007). También se han encontrado diferencias de sexo en formaciones comisurales que conectan un hemisferio con el lado opuesto, por ejemplo, en el cuerpo calloso, en la comisura blanca anterior y en el septum lucidum. En concreto, la comisura blanca anterior relacionada con la identidad y la orientación sexual es mayor en las mujeres que en los hombres (Allenand and Gorski, 1992). En cuanto al cuerpo calloso, existe mayor controversia, pues mientras que parece que los hombres tienen un cuerpo calloso más grande en relación al tamaño cerebral, la región posterior del cuerpo calloso es más grande en las mujeres (Allen et al., 1991; Bishop and Wahlsten, 1997).

Goldstein et al (2001) han recogido en su estudio aquellas partes que presentan un mayor volumen en hombres y mujeres de acuerdo con la literatura disponible. En resumen, algunas de las estructuras que presentan un mayor tamaño en las mujeres en comparación con los hombres son aquellas relacionadas con el lenguaje, como el área de Broca y la corteza temporal superior. Además de un mayor volumen del hipotálamo, que ya hemos visto, las mujeres también tienen los núcleos caudado y talámico de mayor tamaño, así como la corteza prefrontal dorsolateral, el lóbulo parietal inferior y el giro cingulado anterior de mayor volumen. Por el contrario, los hombres presentan un mayor volumen en las regiones límbicas y paralímbicas, y en el giro paracingulado, además de las nombradas anteriormente.

Otras diferencias de sexo se encuentran en relación al sistema nervioso central y a la organización dentrítica y sináptica (Cahill, 2006). Por ejemplo, las mujeres tienen más densidad celular o mayor número de neuronas por unidad de volumen en el plano temporal (Wilson et al., 2002). Los hombres parecen tener más fluido cerebroespinal, y más neuronas en la corteza, aunque los resultados son aun inconclusos (Goldstein et al., 2001). También se observa dimorfismo sexual en los niveles y distribución de neurotransmisores (incluyendo la serotonina, GABA, acetilcolina, vasopresina, opiáceos

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

y aminoácidos) y en los receptores de los mismos (Cahill, 2006). Por ejemplo, los receptores dopaminérgicos son mayores en las mujeres, lo que explica una mayor incidencia de patologías ligadas al sistema dopaminérgico en el sexo femenino (Ibid). Además, se han descrito diferencias funcionales sexuales relacionadas con la actividad de las neuronas, por ejemplo, en el núcleo supraóptico las neuronas secretoras de vasopresina son más activas en los hombres que en las mujeres (Ishunina and Swaab, 1999).

Por último, el tamaño global del cerebro, una vez controlado por tamaño corporal, es mayor en los hombres que en las mujeres (Goldstein et al., 2001; Good, 2001; Peters et al., 1998; Rabinowicz et al., 2002; Witelson et al., 1995) aunque los hombres tienen más volumen de materia blanca (Goldstein et al., 2001) y las mujeres de materia gris (Gur et al., 1999), fundamental ésta última en el procesamiento de información e inteligencia. Es decir, el mayor tamaño del cerebro masculino no tiene por qué implicar mayor inteligencia, aunque es cierto que usando determinados tests los hombres obtienen una media de cuatro puntos más. Sin embargo, esta ventaja masculina se explica por la resolución de ejercicios relacionados con las habilidades espaciales. Cómo puede imaginarse, la relación entre tamaño y niveles de inteligencia es complejo. Sin embargo, la mayoría de neuropsicólogos afirman que no existen diferencias de sexo en inteligencia. Además, los test destinados a medir inteligencia analizan tareas específicas aisladas, mientras que los problemas de la vida real requieren del uso conjunto de distintas habilidades, incluidas aquellas relacionadas con las emociones sociales en las que destacan las mujeres.

En definitiva, el dimorfismo a nivel neuronal está lejos de ser algo poco relevante, y la idea en que la variabilidad entre individuos del mismo sexo es mucho mayor que la existente entre miembros de distinto sexo es errónea. Tal y como Larry Cahill señala, el sexo sí importa en las neurociencias (2006), y el hecho de que estas diferencias estén relacionadas con distintas patologías es una razón más que suficiente para que las diferencias de sexo en la organización y la estructura cerebral sean de gran importancia.

4.4.1 Explicaciones ambientalistas versus biomaterialistas

La explicación ambientalista de las diferencias de sexo —que sitúa en los factores socio-culturales el origen único y mantenimiento de estas diferencias— es el prisma dominante en las ciencias sociales y, en concreto, en el feminismo del género. En las secciones anteriores hemos explicado que las hormonas pre y postnatales desempeñan una función

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

relevante en la organización hemisférica, que tiene un efecto permanente. Por tanto, los factores sociales pueden influir en las diferencias de sexo pero no las causan, y hasta qué punto o en qué aspectos la cultura pueden subvertir a la naturaleza es un aspecto delicado en el que no existe consenso. Sin embargo, el experimento más famoso diseñado para subvertir los roles de género (y la familia burguesa en general) fracasó estrepitosamente. Se trata de los Kibbutzs israelíes (Sanderson, 2001, ver pg 203), en los que se pretendió acabar con la división sexual del trabajo y el cuidado maternal femenino. Dos generaciones bastaron para dar la vuelta a este curioso caso de ingeniería social.

En favor de la hipótesis biomaterialista de las diferencias de sexo —que tiene en cuenta el rol que la biología juega en el origen y manifestación de las diferencias de sexo— está la existencia de fenómenos que no pueden ser explicados socialmente. Nos referimos a la relación de estas diferencias con las hormonas fluctuantes. Es decir, si estas diferencias fueran causadas por la educación o la socialización de género no deberían ser sensibles a los niveles hormonales, que fluctúan dependiendo del momento del día, la estación del año o el ciclo menstrual. Por ejemplo, los cambios diurnos de testosterona alteran las capacidades espaciales de los hombres. Los niveles descienden cuando se aproxima el anochecer, y es en este momento cuando los hombres obtienen mejores resultados. También realizan mejor este tipo de tareas en aquellas estaciones del año en las que se produce el nivel de testosterona deseable para un mejor desempeño de estas funciones: en primavera, cuando los niveles son más bajos (Kimura, 2000)⁹. Del mismo modo, las mujeres realizan mejor tareas espaciales en los momentos de su ciclo menstrual en los que se segregan más andrógenos (Silverman and Phillip, 1983), y realizan mejor las tareas lingüísticas cuando los niveles de estrógenos son más alto (Hampson, 1990; Kimura, 2000). Si las diferencias en socialización causaran las aptitudes espaciales del sexo masculino o las habilidades comunicativas del sexo femenino éstas no tendrían por qué verse afectadas por sustancias químicas dependientes de nuestra constitución biológica.

⁹La relación entre testosterona y los resultados en habilidades espaciales es distinta en ambos sexos, pues las mujeres obtienen mejores resultados cuando sus niveles de testosterona son altos, y los hombres cuando tienen un nivel bajo. Este se debe a que existe un ratio óptimo por encima del cual se obtienen peores resultados; en resumen, los hombres se acercarían a este ratio al descender sus niveles y en las mujeres ocurriría al contrario.

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

El estudio de transexuales revela resultados muy similares a los señalados anteriormente. Aquellos individuos de sexo femenino que en su curso de reasignación sexual al sexo masculino inician terapia hormonal (administración de andrógenos) ven incrementadas sus capacidades espaciales, niveles de agresividad y de deseo sexual, todas ellas características masculinas gobernadas por la testosterona. Algunos de estos efectos masculinizantes, como el aumento de apetito sexual, también ocurren en mujeres que debido al síndrome de deficiencia de andrógenos requieren de una terapia hormonal. Del mismo modo, los transexuales que demandan una reasignación al sexo femenino y toman estrógenos, ven aumentadas su memoria verbal y experimentan un descenso en su deseo sexual (Luxen, 2007, ver pg 386). La literatura médica es bastante amplia al respecto.

Dejando al margen este aspecto, hay otros hechos que las teorías ambientalistas explican difícilmente, por ejemplo, la relación entre testosterona prenatal, zurdera y masculinidad, así como la mayor incidencia de trastornos relacionados con desórdenes del desarrollo en el sexo masculino. La mayoría de los individuos muestran la pauta estándar dominante de lateralización cerebral: la especialización del hemisferio izquierdo para el lenguaje y la utilización de la mano diestra,¹⁰ y la especialización del hemisferio derecho en el procesamiento de la información no verbal. Sin embargo, niveles elevados de testosterona prenatal se relacionan con la pauta inversa, que da lugar a que un individuo sea zurdo. Ello explica que la incidencia de zurdera sea más alta en los hombres que en las mujeres, y que las mujeres zurdas tiendan a tener una personalidad más masculina (Baron-Cohen et al., 2004). También explicaría la mayor tasa de zurdera en niñas con HSC (Nass et al., 1987).

Anteriormente dijimos que el proceso de masculinización es más sensible, puesto que al desarrollarse en varias fases está expuesto a que ocurra un mayor número de incidencias. De ahí que trastornos como el autismo, el déficit de atención y hiperactividad, comportamiento asocial, agresividad y retrasos en el lenguaje ocurran en mayor medida en el sexo masculino (Bishop, 1990)¹¹. En todos estos casos, se sospecha la conexión de estos trastornos con la testosterona prenatal, en especial, en el caso del

¹⁰El cerebro controla el cuerpo de un modo cruzado.

¹¹Por otra parte, el sexo femenino está más expuesto a trastornos como la depresión, la ansiedad y las enfermedades autoinmunes.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

autismo (Baron-Cohen et al., 2004). Pero si estos ejemplos no resultan ilustrativos a la hora de criticar la perspectiva ambientalista vayamos a un caso más sociológico.

Un ejemplo muy típico de explicación ambientalista o basada en los roles sociales de género es que las niñas juegan con muñecas o cocinillas porque son socializadas desde una edad muy temprana para ser cuidadoras, y para emular el rol maternal de sus madres. Son delicadas, atentas y afectivas porque así lo establecen los roles asociados a la feminidad. Por el contrario, los niños son socializados desde el comienzo para ser dominantes y asertivos, por eso prefieren las pistolas, los soldaditos o los camiones. También dan rienda suelta desde pequeños a sus impulsos de agresividad, impulsividad o temeridad, que dictaminan los roles masculinos.

Las pautas de juego serían, por tanto, la manifestación más temprana de la influencia del sistema de sexo/género en los individuos de cada sexo. Este tema lleva cautivando a psicólogos, sociólogos y antropólogos desde hace varias décadas. Los mecanismos propuestos desde el enfoque ambientalista son la imitación de los roles observados en los padres, la influencia de figuras esenciales como los maestros a la hora de reforzar estos roles, y la exposición a múltiples fuentes como la televisión, la publicidad en diversos medios, la interacción con el entorno ya contaminado por esta división de sexos, etc. Sin embargo, la pregunta de por qué ciertos niños o niñas se desvían de estas pautas típicas de sexo ha captado la atención de muchos investigadores. ¿Son inmunes estos niños a las influencias del medio? Esta pregunta se torna especialmente relevante cuando se trata de analizar diferencias de sexo en pautas de juego y sociabilidad que emergen a una edad muy temprana, en la que resulta difícil apelar a los factores externos ambientales, o en casos como el estudio de niñas con HSC en los que la conexión hormonal es evidente. Esto ha llevado a conducir algunas investigaciones que cuestionan la hipótesis ambientalista del sistema de sexo/género. Nos referimos al estudio de pautas de juego en primates no humanos. Sus resultados aliviarán a más de un padre preocupado por la educación no sexista de sus hijos, que pese a sus esfuerzos por regalar juguetes no estereotipados, observa para su frustración como sus hijos despliegan tendencias sexistas.

Varios grupos de antropólogos decidieron observar que es lo que sucedía cuando primates no humanos de diferentes especies, de ambos sexos y distintas edades eran expuestos a juguetes masculinos, femeninos y neutros. Lo que se observó en investigaciones con monos rhesus y vervet es que las primates no humanas escogían aquellos

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

juguets femeninos o bien neutros, mientras que sus congéneres de sexo masculino se decantaban por juguetes típicamente masculinos (Alexander and Hines, 2002; Hassett et al., 2008; Wallen and Hassett, 2009). Podemos suponer que estos primates también tienen un sistema de género similar al humano, que constriñe a los individuos de cada sexo desde una edad temprana, pero esto parece poco probable. Una aproximación desde la perspectiva de sexo nos permite explicar estos resultados en términos de procesos cognitivos determinados, a su vez, por procesos motores, perceptuales y cognitivos (Williams and Pleil, 2008), en los que hay un dimorfismo sexual. Tal dimorfismo sería el causante de que ciertos objetos cautiven más a un sexo que al otro, dando lugar a diferencias de sexo en pautas y preferencias de juego. Estas investigaciones no contradicen el papel que los factores sociales puedan jugar a la hora de reforzar estas tendencias innatas, sino que cuestionan el origen social y, por tanto, la perspectiva de género desde la cual se suele enfocar este tema.

4.4.2 Mecanismos implicados en pautas de comportamiento social: el rol de la TF

Hemos avanzado que uno de los agentes implicados en diferencias cognitivas y de comportamiento es la testosterona fetal (TF). De modo que los diferentes niveles de testosterona fetal a los que están expuestos en media ambos sexos, así como los niveles de exposición de individuos del mismo sexo, explica tanto las diferencias de sexo como la variabilidad individual existente dentro de cada sexo.

También hemos visto que para disciplinas como la sociología o la antropología los fenómenos sociales son raramente estudiados en relación a factores de tipo biológico. Esto se produce por la posición ambientalista adoptada en el eje naturaleza-cultura, que surge a su vez, de un rechazo a todo lo que pueda ser usado para perpetuar la desigualdad histórica de los sexos. Sin embargo, en nuestra investigación hemos defendido que esta posición es difícilmente defendible si uno examina la literatura disponible. Por tanto, mantener esta postura resulta de un ejercicio ideológico, y no científico. También hemos subrayado que hay que diferenciar entre el quehacer científico y las reflexiones o juicios personales que estos descubrimientos induzcan, así como del uso benigno o malo que de ellos se haga. Es decir, hay que diferenciar entre el ejercicio descriptivo y explicativo característico de la ciencia y los juicios normativos que resulten de lo primero. Por otra parte, este miedo es infundado pues, tal y como señala Steve

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

Pinker, ninguna de las diferencias de sexo se aplica a todos los miembros de cada sexo, y todos los rasgos psicológicos se encuentran en diverso grado en ambos sexos. A veces se trata de grandes diferencias y en otros casos se trata de diferencias pequeñas en término medio pero grandes en los extremos. Hombres y mujeres comparten los mismos genes con excepción de un pequeño puñado de ellos que se encuentran en el cromosoma Y. Sin embargo, estas diferencias no son arbitrarias y muchas de ellas se encuentran en primates no humanos y en otros mamíferos. Pero lo más importante de todo ello es que ambos sexos tienen similares coeficientes de inteligencia, perciben su medio externo de igual manera, son capaces de amar y cuidar de sus hijos, de ejercer distintas ocupaciones modernas, y ambos son capaces de realizar tareas lingüísticas, matemáticas y espaciales, aunque destaquen en media en algunas de ellas. Una vez dicho esto pasemos al objetivo de este apartado: ahondar en el papel de la TF como mecanismo directamente implicado en el origen de las diferencias de sexo de tipo social.

El estudio de preferencias visuales en niños muy pequeños ha arrojado una serie de resultados que van en la misma línea que las investigaciones anteriores sobre pautas de juego en primates no humanos: la orientación masculina hacia los objetos y la orientación femenina hacia las personas. Es conveniente señalar que el contacto visual y la detección de la dirección visual en otros individuos son elementos muy importantes en el proceso de desarrollo psicológico de los individuos, y de ello depende, en gran parte, la interacción social (Baron-Cohen et al., 2004). Percibir la mirada de un individuo es vital a la hora de transmitir información social, decodificar emociones y estados mentales, así como a la hora de orientar la atención a aquellas características relevantes del medio (Baron-Cohen, 1995; Emery, 2000; Macrae et al., 2002). Realizar contacto visual puede ser interpretado de muy diversas maneras; según el contexto puede tratarse de una muestra de hostilidad o bien puede interpretarse como algo positivo, ya sea una prueba de amistad, de atracción romántica o de interés en general (Macrae et al., 2002). Por ello desde un prisma evolutivo tiene sentido que la detección e interpretación de la mirada sea un rasgo de vital importancia en muchas especies animales, incluida la humana. Se ha demostrado la importancia de estimular el contacto visual en bebés (Baron-Cohen, 1995), y la capacidad de establecer contacto visual a los doce meses de edad es considerada como una señal de desarrollo normal (Baron-Cohen et al., 2004). También se sabe que los mecanismos neurales implicados en el contacto visual parecen estar dañados en individuos que sufren algunos trastornos graves del desarrollo como

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

el autismo (Baron-Cohen, 1995). Además, la incapacidad de establecer contacto visual observable en niños que sufren de autismo no se debe a una incapacidad de procesar rostros, puesto que los niños autistas son capaces de discernir el sexo de una persona por sus rasgos faciales, y saben reconocer estados emocionales muy básicos (Baron-Cohen et al., 2004).

Diferencias de sexo en contacto visual han sido encontradas por diversas investigaciones: las mujeres establecen más contacto visual que los hombres y estas diferencias emergen en edades muy tempranas (Baron-Cohen, 1995; Benenson, 1993; Podrouzek and Furrow, 1988). Por otra parte, los hombres tienden a establecer más contacto visual en situaciones en las que existe amenaza por parte de otros individuos (Baron-Cohen, 1995).

Dentro de la serie de estudios realizados por el equipo de Baron-Cohen sobre la testosterona prenatal (medida en líquido amniótico) se encontró que a los doce meses de edad las niñas realizan más contacto visual que los niños, y el nivel de testosterona fetal explica la diferencia entre ambos sexos y la variabilidad dentro de los niños aunque no dentro de las niñas (Lutchmaya et al., 2002). La capacidad predictiva de la TF fue encontrada incluso cuando otras variables sociales de control, como el número de hermanos, la edad y el nivel educativo de los padres se incluían en el modelo de análisis.

Doce meses de la vida de un individuo quizás no escapan a la influencia social y a los roles de género. Por ello se realizó una investigación con recién nacidos a los que se les exponía en la habitación a dos tipos de móviles: uno contenía una cara humana y el otro estaba formado por formas mecánicas que no asemejaban un rostro humano. En dicho estudio se encontró que las recién nacidas prestaban más atención a la cara humana mientras que los recién nacidos preferían las formas mecánicas (Conellan et al., 2000). Sin duda, los resultados de este último estudio no pueden ser interpretados en términos de socialización.

Ambos estudios analizan diferencias de sexo en preferencias visuales, que como hemos señalado, son necesarias para el buen desarrollo psicológico del individuo. Pero, ¿hay también una relación directa entre TF y diferencias de sexo en sociabilidad? Un tercer estudio analizó el rol de la TF en habilidades comunicativas y sociales de niños de cuatro años. Para ello se empleó un instrumento estándar llamado *children's communication checklist* (CCC) que mide cinco dimensiones distintas: discurso, sintaxis,

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

habilidades lingüísticas pragmáticas, calidad de las relaciones sociales e intereses restringidos. Estas dos últimas medidas son usadas en el diagnóstico del autismo, pues este síndrome se caracteriza por un déficit en habilidades sociales y por intereses limitados. Al igual que en los anteriores estudios la TF fue controlada por otras variables biológicas y por las mismas variables sociodemográficas. Las niñas puntuaron más en la dimensión de relaciones sociales y mostraron un mayor número de intereses, y la TF resultó ser una variable predictiva: a menor nivel de TF mejor eran las relaciones sociales de niños y niñas (Knickmeyer et al., 2006). Estos resultados son compatibles con otros estudios anteriores, que usaron instrumentos similares como el cuestionario de habilidades cognitivas sociales (Scourfield et al., 1999; Skuse et al., 1997) o la escala de receptividad social (Constantino and Todd, 2000; Constantino et al., 2000).

En definitiva, estos estudios realizados con infantes y recién nacidos demuestran que la superioridad femenina en habilidades sociales tiene un componente hereditario. Aunque sin duda los factores culturales o los procesos de socialización pueden influir a la hora de desarrollar una mente típicamente masculina fascinada por los sistemas o una mente femenina interesada por las personas, estas distintas orientaciones surgen antes de que los procesos sociales puedan dar forma a esta diferencia.

4.4.3 Sobre sexo y el origen no social del género

Hasta ahora hemos querido poner de relieve una crítica que afectaba a los postulados *c* y *d* del SGFM: *el género es una categoría social, que se distingue del sexo biológico, y los valores o rasgos masculinos y femeninos que definen el género de los individuos son asignados socialmente a cada sexo.*

Tal y como hemos visto, la identidad de género no se origina, en exclusiva, socialmente y los individuos no son psicosexualmente neutros al nacer. Por tanto, no se hacen hombres o mujeres con el tiempo y los mecanismos de socialización, sino que nacen con un dimorfismo sexual a nivel cerebral y con predisposiciones biológicas determinadas por hormonas pre y post natales. Los mecanismos sociales influyen en la manifestación de estas tendencias y dan lugar a complejos procesos de retroalimentación (la biología no es destino, sino origen), pero, en cualquier caso, no las originan.

Más que dos conceptos contrapuestos, ‘sexo’ y ‘género’ guardan una estrecha relación entre sí, en la que género se superpone a sexo. Es decir, la existencia de dos sexos, que difieren en ciertas pautas y conductas, y que presentan atributos distintos, ha

4.4 Algunas nociones básicas sobre diferenciación sexual

dado lugar a que se hable de dos géneros. Pero recordemos que, tal y como dijimos al comienzo, género fue un concepto originado por la necesidad de aludir a diferencias no morfológicas originadas socialmente que el concepto sexo supuestamente no captaba. Si tales fenómenos no son determinados exclusivamente por factores ambientales y ha sido probado que el sexo biológico está relacionado con los mismos, ¿sigue siendo válida esta dicotomía sexo/género? En cualquier caso, el concepto de género —a la luz de lo expuesto hasta el momento— debería ser redefinido o matizado para englobar la dimensión biológica que subyace a las diferencias entre hombres y mujeres.

Al margen de que esta dicotomía sea de poca o mucha utilidad y de que el género tenga un vacío biológico que solventar, lo cierto es que la existencia y uso de estos dos conceptos ha introducido un problema de inconsistencia a la hora de hablar de género o sexo dentro de la literatura científica. El uso de uno u otro suele depender de las preferencias personales de cada investigador, de su campo de estudio o en el peor caso, de las exigencias de las revistas y editoriales preocupadas por emplear el término más estándar o políticamente correcto¹². Esto resulta preocupante y varios autores han señalado la necesidad de llegar a un acuerdo para establecer un uso estandarizado de ambos conceptos (Gentile, 1993; Pryzgodá and Chrisler, 2000; Torgrimson and Minson, 2005).

En resumen, el concepto de género elaborado en los sesenta y que ha inspirado la propuesta teórica del feminismo del género presenta una grave deficiencia: la de sostener que todas las diferencias no físicas entre hombres y mujeres tienen un origen y una naturaleza social. Para cruzar el puente entre la existencia de dos sexos biológicos y la existencia de diferencias sociales entre los mismos se necesita de un mecanismo social capaz de originar tales diferencias. No conocemos con seguridad cuál podría ser tal mecanismo aunque sí se ha propuesto una entidad causal: el patriarcado o sistema de sexo/género. Pero ¿se enfrenta este patriarcado a la misma crítica que el género, es decir, a que su origen no sea del todo social? De ello tratamos en la siguiente parte.

¹²Algunos autores se han quejado de que los editores o evaluadores de algunas revistas les pedían que substituyera la palabra sexo por género incluso en aquellos casos en los que sexo era utilizado para referirse al sexo biológico de los individuos o a características biológicas relacionadas con el mismo (Uldry, 1994; Baron-Cohen.).

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

Tal y como hemos expuesto en esta tesis, la interpretación sociológica estándar de los roles de género es que éstos son construcciones sociales y culturales que se mantienen y transmiten a través de los procesos de socialización. Sin embargo, autores como van den Berghe (1973) y Steven Golberg (1973) sostienen que los niños aprenden a ser agresivos y las niñas a ser cuidadoras porque, de antemano, los niños tienen cierto grado de agresividad y las niñas de orientación cuidadora. Es decir, los roles de socialización surgen de procesos de acomodación social a un substrato biológico básico y previo a estas estructuras sociales (Udry, 2000, pg 454). Afirman que la evidencia empírica y la existencia de universales presentes en casi cualquier sociedad humana apoyan esta tesis (Sanderson, 2001).

Pierre van der Berghe propuso hace más de tres décadas una teoría biomaterialista de los universales de género (van den Berghe, 1973), en la que defiende que tanto hombres como mujeres han heredado de sus antecesores un “biograma”, que explica las diferentes predisposiciones de ambos sexos, surgidas, a su vez, de presiones evolutivas. Steve Goldberg también ha sugerido un enfoque materialista de las diferencias de poder y estatus entre ambos sexos (Goldberg, 1973), que se centra en el rol de las hormonas, en especial, de la hormona masculina testosterona a la hora de explicar el origen del patriarcado.

En la misma línea, Richard Udry ofrece una teoría biosocial del género (Udry, 1994, 2000; Udry et al., 1995), muy diferente de la también teoría biosocial de Eagly y Wood (2005) que expusimos anteriormente. En su propuesta acerca de cómo interacciona lo bio y lo social establece que la biología constriñe los procesos de socialización que determinan las predisposiciones de género de los individuos. Es decir, las estructuras sociales se han originado en torno al género de los individuos porque hombres y mujeres tienen predisposiciones de comportamiento, que difieren entre sí, y que son influenciadas más adelante por factores sociales. Además, estas predisposiciones innatas establecen límites a la influencia que los procesos de socialización en roles de género pueden ejercer en el individuo. Para acompañar esta teoría diseñó un experimento que analiza esta relación entre procesos de socialización de género y constricciones biológicas, teniendo en cuenta el rol de las hormonas prenatales (Udry, 2000). Para este sociólogo, “la identificación

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

de interacciones biosociales constituye un antídoto tanto para el determinismo biológico como para el determinismo ambientalista o cultural” (Udry, 2000, pg 444).

Los datos proporcionados por esta investigación singular avalan el enfoque biomaterialista que hemos defendido en esta tesis. En este estudio se examinó, en primer lugar, el nivel de testosterona prenatal durante el segundo y el tercer trimestre del embarazo de una muestra de mujeres. Más de veinte años más tarde, se contactó con las madres e hijas que cumplían ciertos requisitos necesarios para participar en el experimento¹³. Estas mujeres contestaron un cuestionario especialmente diseñado para este proyecto experimental, así como otros instrumentos estándar. El objetivo de estos tests era identificar comportamientos de género¹⁴ (que constituían la variable dependiente del estudio) y observar la interacción con el nivel de testosterona de la madre, y el nivel de testosterona de la hija. Los resultados mostraron que, en efecto, el nivel de testosterona de las madres tenía un efecto en las hijas tres décadas más tarde, con lo que se confirman los efectos organizacionales de la testosterona prenatal en el cerebro y el sistema nervioso de los individuos. Además, se observó que cuanto mayor era el nivel de testosterona prenatal menor era la influencia de la testosterona de las hijas en sus comportamientos de género.

Por otra parte, en este experimento se puso a prueba la tesis sociológica, comúnmente aceptada, que defiende la influencia temprana de los padres en el proceso de socialización en roles de género. Para ello se administró una lista de distintos comportamientos maternos, unos 26 en total, destinados a fomentar roles de sexo.¹⁵ El objetivo era identificar aquellos comportamientos destinados a promover la femineidad de sus hijas, con el fin de crear una variable denominada como “mother encouraged femininity” y estudiar su relación con la testosterona prenatal. Además, se distinguió entre aquellos

¹³Para ver más detalles del proceso seguido a la hora de seleccionar la muestra participante ver Udry (Udry, 2000, pg 446-448).

¹⁴Es decir, el objetivo era medir el grado en que el comportamiento de una mujer puede ser catalogado como más femenino o masculino teniendo en cuenta aquellos comportamientos en los que ambos sexos suelen diferir. Para ello se utilizó un cuestionario que contemplan varias dimensiones, en las que se identificaron 20 comportamientos de género relativos a la importancia del hogar, intereses femeninos, intereses vocacionales y ocupacionales, estatus laboral y el eje masculinidad/femineidad de la escala de Bem (1981) y otros instrumentos similares.

¹⁵Algunos de estos comportamientos son, por ejemplo, animar a las hijas a que se defiendan con la fuerza física en el caso de una agresión, promover que tomaran clases de ballet, que realizaran trabajos manuales y de reparación de objetos en las casas, que fueran atléticas y tuvieran interés en las matemáticas o fomentar el uso de vestidos, bisutería y otras prendas femeninas, etc.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

comportamientos destinados a reforzar las cualidades naturales de las hijas y aquellos comportamientos destinados a fomentar cualidades femeninas que las hijas no presentaban, y que dieron lugar a la variable “remedial socialization.” Una vez añadidas estas dos variables al modelo se encontró que aquellas mujeres con un nivel de exposición bajo a los andrógenos eran sensibles a los esfuerzos maternos por socializar a las hijas en roles femeninos; del mismo modo, aquellas mujeres que fueron reforzadas en comportamientos para los cuales mostraban una tendencia natural también eran influenciadas por los roles femeninos de género. Sin embargo, las mujeres que fueron expuestas a niveles altos de testosterona, mostraban comportamientos masculinos independientemente de los esfuerzos realizados por sus madres, es decir, no eran sensibles a los procesos de socialización en el género femenino, ni siquiera en aquellos casos en los que las madres quisieron remediar la falta de cualidades femeninas en sus hijas.

Una de las implicaciones de este estudio es que los procesos de masculinización son, en cierto grado, inmunes a los procesos de feminización que se pueden inducir a través de la socialización. Por ello, Udry sostiene que estos datos son de interés para la agenda feminista, puesto que el cambio social que desea el feminismo sería más plausible si se animara a las mujeres a que adopten un rol más masculino, puesto que a la inversa quizás sea más difícil. Aunque este autor no opina si es moralmente bueno reducir las diferencias de sexo, bien mediante la masculinización de las mujeres o bien mediante la feminización de los hombres (o si por el contrario no es deseable ninguna intervención de este tipo), lo cierto es que su modelo ofrece ciertas pistas de cómo poner en marcha una sociedad menos dimórfica.

Tal y como sostiene Udry, la integración de las teorías sociales y biológicas es posible tanto en un nivel micro como macro, lo cual es una idea que cada vez goza de más popularidad entre sociólogos, antropólogos, psicólogos y otros científicos sociales. En el caso concreto de los estudios de género, sería necesario incorporar en ambos niveles, micro y macro, la idea de que el dimorfismo sexual observable en el comportamiento de hombres y mujeres tiene una base biológica. A nivel macro la biología establece ciertos límites al efecto de la socialización de género y, a nivel micro, origina predisposiciones de comportamiento típicas de cada sexo.

Según una postura materialista o bisocial como la aquí presentada, el sistema patriarcal tiene un origen evolutivo, pues las diferencias de sexo se originaron durante el curso de la evolución de la especie humana. Ellas son las que han dado lugar a un tipo

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

de estructuras determinadas, que han sido bautizadas con el nombre de patriarcado. Antes de introducir con mayor profundidad la explicación evolutiva del patriarcado defendido por muchos científicos sociales, y en concreto, por las feministas darwinistas es necesario introducir un concepto clave de la teoría evolutiva que explicaría los impulsos de dominación del sexo masculino: el de selección sexual.

4.5.1 El rol del sexo en la evolución

Nada de nuestra moderna biología es el resultado de la adaptación a la vida moderna actual, cuya edad aproximada es de 10.000 años, contando desde el inicio de la agricultura (Barkow et al., 1992). Sin embargo, nuestro pasado evolutivo sí puede explicar nuestro presente, ya que nuestra mente actual refleja las disposiciones y temores innatos que resultaron más adaptativos durante un período crítico del curso de la evolución. Este período data de unos dos millones y medio de años si tan solo incluimos nuestra época de cazadores-recolectores del Pleistoceno (en la que evolucionamos como especie humana), y de varios millones de años más si uno tiene en cuenta períodos anteriores, donde nuestros antecesores se alimentaban del forraje (Baron-Cohen, 1995).

Esta idea, la de que estemos adaptados a un contexto diferente del que vivimos en la actualidad, puede verse en un ejemplo sencillo pero ilustrativo. Se trata del temor innato a las serpientes: los niños (y los mayores) temen a las serpientes (lo que resultó ser muy útil en un momento determinado) pero no temen a los enchufes eléctricos, que constituyen un verdadero peligro en la actualidad para los curiosos infantes. Aquellos seres humanos que tenían una aversión natural a las serpientes que merodeaban en su medio, sobrevivieron en mayor medida que aquellos que no presentaron una particular adversidad hacia este reptil. Por tanto, vivieron más, tuvieron más parejas y más descendientes que heredaron este temor. El principio de la reproducción diferencial de los genotipos en una población establece que los rasgos que confieren ventajas adaptativas son seleccionados y propagados en las poblaciones futuras.

Darwin fue, como casi todos sabemos, el que formuló la teoría de la selección natural. Tras ello se encontró con un curioso enigma. ¿Por qué la selección natural habría primado aquellos rasgos, como la cola de un pavo real, que a simple vista dificultan el movimiento o la agilidad de estos animales? Darwin se dio cuenta de que estos rasgos llamaban la atención del sexo opuesto, de manera que estos individuos se reproducían con mayor éxito transmitiendo estos rasgos a generaciones futuras porque eran elegidos

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

en mayor medida por las hembras. Por tanto, la selección sexual se refiere a la evolución de las características que dan a los organismos una ventaja reproductiva (Darwin, 1859). También observó que, en la mayoría de las especies, son los machos quienes compiten por llamar la atención de las hembras, y lo hacen de muy diversa manera, ya sea a través de la exhibición de ciertos rasgos, como la cornamenta de los ciervos o la melena de los leones, entonando cantos, danzando o poniendo en peligro su vida en competiciones y peleas con otros machos. De modo que la selección sexual resulta de la competición de los machos por el acceso a las hembras preferidas y de la selección final que las hembras realizan de entre aquellos machos disponibles.

Robert Trivers (1972) fue el primero en completar esta teoría de la selección sexual especificando que el sexo que más invierte en la reproducción se convierte en el sexo selectivo y, por el contrario, el que menos invierte es el sexo que compete para ser escogido. Ello explica que en la mayoría de los casos sean las hembras las que seleccionan y los machos los que compitan, y explica también que en las pocas especies donde el macho invierte reproductivamente más que la hembra (los caballitos de mar, la rana venenosa arborícola, algunas aves limícolas y los monos gelada) son las hembras las que compiten por el acceso al macho. Es decir, es la inversión parental, y no el sexo *per se*, la que guía el proceso de selección sexual (Trivers, 1972).

Nuestros antepasados también se enfrentaron a una competición sexual entre miembros del mismo sexo (competición intra sexual) o entre los dos sexos (competición inter sexual) como resultado de la selección sexual. En la competición inter sexual ambos sexos se enfrentaron a diferentes presiones adaptativas. Los machos pueden tener un número ilimitado de descendientes mientras que este número es limitado para las hembras. Por ello, nuestras antepasadas maximizaron la supervivencia de su descendencia escogiendo aquellos machos, con los genes más deseables, que estuvieran dispuestos a invertir en el cuidado de la prole con recursos y dedicación. De hecho, el sexo femenino es más sensible a las pistas olfatorias que revelan la compatibilidad inmunológica y a otros indicadores de fortaleza, salud y resistencia física como la asimetría fluctuante¹⁶

¹⁶Es decir, el sexo femenino exhibe una marcada preferencia por aquellos miembros del sexo contrario que tienen un sistema inmunológico distinto al propio (nos referimos al complejo principal de histocompatibilidad o MHC), en muchas especies animales incluida la humana. Ello se debe a que uniones entre individuos con distintas resistencias inmunológicas garantiza descendientes con una mayor resistencia a diferentes enfermedades, lo cual incrementa la posibilidad de sobrevivir a la adversidad. El sexo femenino también valora, más que el sexo masculino, aquellos rasgos como la simetría bilateral que

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

(Garver-Apgar et al., 2006; Roberts et al., 2008; Thornhill et al., 2002; Wedekind and Füre, 1997; Wedekind et al., 1995).

Como se puede observar, de lo que resulta adaptativo para uno u otro sexo surge un inminente conflicto de intereses (cantidad versus cualidad). Mientras que las hembras demandan un macho dispuesto a invertir en recursos, los machos pueden maximizar su descendencia tratando de aparearse con el mayor número posibles de parejas. Barbara Smuts ve en este conflicto reproductivo la semilla del patriarcado (Smuts, 1995; Smuts and Smuts, 1993). Es decir, la coerción sexual y el dominio sobre la sexualidad femenina con fines reproductivos pudo ser una estrategia masculina desarrollada para vencer en el conflicto reproductivo señalado anteriormente. No en balde, los machos dominan a las hembras en casi todos los primates no humanos, donde también encontramos diversos fenómenos de coerción sexual, y de resistencia femenina al control sexual de los machos a través de la formación de alianzas femeninas. Hay varias propuestas y especulaciones sobre cómo pudo originarse este sistema patriarcal en la historia evolutiva de la especie humana. De este tema nos ocuparemos más adelante. Antes de ello sigamos con nuestro hilo argumentativo, que nos lleva al rol de la selección sexual en algunas de las diferencias entre hombres y mujeres que siguen siendo observables hoy en día.

En definitiva, y según lo expuesto hasta el momento, las distintas estrategias sexuales que hombres y mujeres desarrollaron durante el curso de la evolución son productos evolutivos. Por tanto, algunos de los comportamientos actuales explicados tradicionalmente a través de las teorías de roles sociales (Buss and Schmitt, 1993). Hay que tener en cuenta que el término estrategia no implica una planificación consciente, sino que alude a disposiciones orientadas hacia la consecución de metas y la resolución de problemas. Por otra parte, estas estrategias de búsqueda y formación de pareja son dependientes del contexto, en concreto, de si se persiguen uniones de corto o largo plazo (Ibid.). Por último, las preferencias de hombres y mujeres a la hora de buscar pareja han de entenderse como mecanismos psicológicos que han evolucionado para resolver los problemas reproductivos relacionados con la supervivencia (Ibid). Estas preferencias no son articuladas conscientemente pero tampoco son innatas e instintivas, ya que dependen del contexto y son accesibles a la conciencia (Ibid).

De la teoría de estrategias sexuales propuesta por la psicología evolutiva se derivan varias hipótesis y predicciones, que han resultado ser avaladas por una ingente cantidad

denotan una respuesta inmunológica potente.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

de investigaciones transculturales sobre diferencias de sexo en conductas sexuales y en los patrones de búsqueda y valoración de parejas. Algunas de las predicciones principales es que los hombres (al ser el sexo que menos invierte) estarán más orientados a uniones de corto plazo, desearán y tendrán un mayor número de uniones y encuentros sexuales a lo largo de su vida y valorarán aquellos rasgos que denoten fertilidad, como la belleza y juventud (Buss, 1989, 1998; Kenrick and Keefe, 1992; Symons, 1979). En el caso de las mujeres, las predicciones girarán en torno a la mayor selectividad de las mujeres a la hora de embarcarse en una unión, tanto a corto como a largo plazo, un menor interés en encuentros fugaces y mayor valoración de la capacidad de proporcionar recursos (Buss, 1989; Ellis, 1992). Por otra parte, ambos sexos buscan rasgos similares a la hora de comprometerse como inteligencia, lealtad, mismos valores y educación, etc. (Buss, 1984; Figueredo et al., 2005; Kenrick and Keefe, 1992).

Mientras que la estrategia femenina parece decantarse por la elección de aquellas parejas dispuestas a invertir en la prole, y en proteger la unión de posibles peligros, la estrategia masculina puede ser tanto la de permanecer junto a su pareja como la de buscar uniones esporádicas. Por tanto, la psicología masculina ha evolucionado para enfrentarse a ambas situaciones, y los distintos mecanismos implicados en uniones de corto o largo plazo son sensibles a los factores procedentes del medio que activan o suprimen dichos mecanismos psicológicos (Kenrick and Keefe, 1992, pg 86).

Por otra parte, debido a que la capacidad reproductiva del sexo femenino decae con el tiempo, mientras que el sexo masculino sigue siendo capaz de engendrar hasta una edad bien avanzada, los hombres, y no las mujeres, han desarrollado una marcada preferencia por compañeras más jóvenes. Sin embargo, una explicación basada en roles de género asumirá que la preferencia masculina universal por mujeres jóvenes es producto de la socialización. Una gran cantidad de la producción feminista se ha centrado en analizar y criticar este hecho, que interpretan desde el afán de dominación masculina. En concreto, se ha señalado que los estereotipos sexuales son los culpables de un doble rasero a la hora de juzgar la edad de hombres y mujeres, en el que los hombres ganan sex-appeal y las mujeres lo pierden.

Pero esta última explicación no puede encajar un hecho curioso que la teoría de la selección sexual sí puede. Nos referimos a que los hombres encuentran más atractivas a las mujeres más jóvenes que ellos, con una excepción: cuando las mujeres están en torno a la mitad de su segunda década y los hombres están por debajo de esta edad (Kenrick

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

et al., 1996). Esta variación con respecto a la edad en las preferencias masculinas cobra sentido dentro del prisma evolutivo, ya que es en esa precisa franja de edad cuando las mujeres alcanzan su pico de fertilidad. Es decir, la distinción entre valor reproductivo y fertilidad explica la influencia de la variable edad en las preferencias de hombres. De este modo, una chica de 17 años tiene un valor reproductivo mayor que una chica de 24 años, puesto que potencialmente puede tener más hijos a lo largo del tiempo. Sin embargo, la primera es menos fértil que la segunda, y por ello, podría resultar menos deseable o atractiva que una chica más madura. Otro hecho bien distinto es que los hombres jóvenes sean capaces de acaparar la atención de las chicas de veintitantos, o tengan que conformarse con el interés de sus compañeras del instituto. Es decir, una cosa es la preferencia y otra la oportunidad. Lo que queremos señalar es que mientras que la teoría biosocial de Eagly y Wood y otras propuestas similares, no son capaces de explicar esta preferencia con el mismo aparato conceptual que explican las preferencias por mujeres jóvenes, la psicología evolutiva sí lo hace (Kenrick and Keefe, 1992; Luxen, 2007). Por tanto, quizás no debemos culpabilizar al patriarcado por la orientación masculina a la juventud y aquellos signos que denoten fertilidad, como los asociados a la belleza. Es decir, quizás esta orientación masculina no obedezca a fines intencionales de dominación de carácter social, sino a fines más primitivos de carácter reproductivo.

Por otra parte, las predicciones derivadas de la psicología evolutiva también dan cuenta de la complejidad y la multitud de factores que interaccionan entre sí en el proceso de búsqueda de parejas, y determinan el resultado final. Además estas estrategias varían con el curso vital. En concreto, se ha señalado el conflicto entre estrategias de unión y de cuidado de la prole. Este “trade-off” se relaciona con otra disyuntiva, la de elegir entre similaridad y valor reproductivo, es decir, los hombres de mediana o avanzada edad experimentarían un conflicto entre preferir aquellas mujeres jóvenes con mayor valor reproductivo o decantarse por aquellas mujeres con las que comparten más valores o experiencias que aseguren un buen funcionamiento de la pareja, y que estén dispuestas a invertir en sus hijos y nietos. De manera que los hombres más jóvenes pueden enfatizar el valor reproductivo mientras que los más mayores pueden valorar la cooperación de su pareja en el cuidado de sus descendientes. Además, la oportunidad o “mutual choice” entra a menudo en conflicto con la preferencia, puesto que las mujeres jóvenes por las que pueden sentirse atraídos los hombres más maduros no siempre

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

mostrarán el mismo interés. Por tanto, las estrategias femeninas son un elemento fundamental en el desenlace final. Es decir, un hombre puede acabar emparejándose con una mujer de edad no muy diferente a la suya por diversas razones que no entran en conflicto con las predicciones de la teoría evolutiva. No obstante, los datos demuestran que los hombres se emparejan sistemáticamente con mujeres más jóvenes, y esta tendencia se incrementa a partir de la treintena. Estudios en diferentes culturas y países avalan este hecho y hacen que estos datos sean muy robustos (Kenrick and Keefe, 1992).

Finalmente, hay otro factor que explica por qué los hombres pueden alejarse de la tendencia a emparejarse con mujeres realmente más jóvenes. Se trata de que en la actualidad existen medios para alterar la apariencia física con los que no contaban nuestras antepasadas. La revolución de la cosmética y la cirugía, así como en el incremento de salud y el bienestar general modifican aquellos rasgos que denotan juventud y belleza. De modo que una mujer de mediana edad puede exhibir aquellas características relacionadas con la fertilidad, que atraen al sexo contrario, acaparando el deseo y la atención de los varones aunque su valor reproductivo real sea pequeño. De hecho, estudios demuestran que los países menos desarrollados, en los que no hay una inversión o disfrute de estos enemigos del paso del tiempo, muestran una pauta de diferencias de edad entre hombres y mujeres más marcada que en los países más desarrollados (Harpending, 1992; Kenrick and Keefe, 1992).

¿Qué hay de las elecciones femeninas? La teoría evolutiva predice que las mujeres han desarrollado una notable preferencia por hombres que tengan estatus, es decir, que puedan ofrecer recursos y protección, algo que resulta de vital importancia en una especie donde los infantes son especialmente frágiles y requieren de constante atención durante un marcado período de tiempo (Buller, 2005; Ellis, 1992). Esta predicción ha sido avalado por estudios que demuestran la atracción femenina por hombres dominantes y capaces de proporcionar recursos (Kenrick et al., 1996; Li and Kenrick, 2006; Regan et al., 2000; Townsend and Levy, 1990). No obstante hay que matizar que esta inclinación es atemperada por la preferencia femenina hacia un macho que no se muestre dominante con ella (Burger and Cosby, 1999; Ellis, 1992; Kenrick et al., 2001; Sadalla et al., 1987). Las teorías de roles de género asumen que la preferencia femenina por el estatus se debe, de nuevo, a la socialización, y la falta de recursos que hace que las mujeres se orienten hacia hombres que puedan aportar al núcleo familiar aquellos medios que las mujeres no son capaces de ofrecer por sí mismas debido a las trabas

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

sociales. Sin embargo, una predicción coherente con esta interpretación sería que a medida que las mujeres ganan en estatus, recursos e independencia económica la valoración de estos rasgos en parejas debería ser menos importante. Sin embargo esto no es así, y las mujeres de clase media alta siguen valorando mucho más que los hombres de su misma condición económica el estatus y los recursos económicos de sus parejas (Kenrick et al., 2001).

En definitiva, feminismo y teoría evolutiva no se alejan entre sí cuando afirman que el sexo masculino despliega comportamientos destinados a la dominación del sexo femenino, y que la dominación sexual juega un papel determinante en el conflicto sexual de intereses. Sin embargo, difieren radicalmente en el origen último, la motivación o causas próximas desencadenantes de tales enfrentamientos, así como en los mecanismos explicativos. Mientras que para las teorías sociológicas el origen de la dominación masculina es social, para la teoría evolutiva tiene un substrato biológico. Además, en el caso de las teorías sociales los mecanismos explicativos se relacionan con los roles de géneros originados por el sistema social de sexo/género, mientras que según el prisma evolutivo la explicación última reside en los mecanismos psicológicos originados evolutivamente.

Sin embargo, en esta tesis queremos señalar que la investigación empírica sobre este tema ha generado una serie de datos robustos y universales que encajan, de una forma más parsimoniosa, en el marco teórico de la psicología evolutiva y de las teorías biomaterialistas inspiradas por este prisma. No menos importante, el paradigma único de la selección sexual explica distintos fenómenos sin necesidad de teorías o conceptos elaborados en exclusiva para dar cuenta de los mismos. Nos evita, por otra parte, responder a la incómoda pregunta de por qué surge el patriarcado y cómo se origina a sí mismo, o de por qué tiene este sistema social un carácter universal y ha tenido la misma configuración en todas las sociedades humanas que conocemos a lo largo de la historia. Bastaría una sola excepción para demostrar que el patriarcado es un sistema arbitrario producto de la cultura. Es decir, al ser dependiente de factores sociales y culturales bien podría seguir distintos patrones: que las mujeres dominaran a los hombres o que bien ambos sexos tuvieran iguales o nulos instintos de dominación. Sin embargo, tal excepción, a día de hoy, no ha sido proporcionada. El mito del matriarcado, al igual que el de las Amazonas, ha resultado ser falso y los pocos casos de sociedades igualitarias o de dominación femenina documentados por antropólogos han resultado ser un fraude

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

cuando una investigación más rigurosa ha intentado confirmar tales ejemplos. En todas las sociedades humanas existe un marcado dimorfismo sexual, los hombres dominan en la esfera política y monopolizan las posiciones de mayor estatus. El grado de dimorfismo y de asimetría de poder varía sensiblemente según determinados factores, como el tipo de organización y explotación de los recursos que domine en una determinada sociedad y la división sexual del trabajo que esta origine, entre otros.

¿Qué relación guarda el conflicto sexual que hemos expuesto, así como el desarrollo evolutivo de distintas preferencias a la hora de buscar una pareja con la dominación masculina? En primer lugar, el comportamiento político es entendido desde la psicología evolutiva como una consecuencia del interés reproductivo. De este modo, la tenencia de recursos y estatus no afectó por igual a ambos sexos, por tanto, desde el prisma evolutivo no resulta sorprendente encontrar diferencias a la hora de analizar el peso del estatus en ambos sexos (Vandermassen, 2008). En resumen, debido a que los hombres pueden engendrar un número ilimitado de descendientes, la posesión de recursos y poder puede servir de gran ayuda a la hora de competir por la atención de posibles parejas, lo que favoreció la predisposición masculina por la dominación. Por otra parte, hemos señalado que el sexo masculino es el sexo competitivo según la teoría de la inversión parental de Trivers, de modo que la posesión de estatus pudo resultar de vital importancia en este proceso. Además, los rasgos que denoten dominancia, y aquellos que predispongan a incurrir en situaciones competitivas y de riesgo también ofrecen una ventaja evolutiva en este escenario. A ello hay que añadir que la estrategia masculina se centra en maximizar el número de descendientes, mientras que la femenina se centra en maximizar el bienestar de su prole. Por tanto, la formación de alianzas en ambos sexos pudo ser distinta y generar distintos comportamientos y preferencias: los hombres formaron alianzas entorno a la consecución de recursos y territorio, dando lugar a alianzas políticas, mientras que las mujeres primaron aquellos lazos personales, y de naturaleza no política, que fuesen de utilidad en el cuidado maternal (Low, 1999). Esta hipótesis sobre la distinta naturaleza de las alianzas a las que tienden uno u otro sexo fue sometida a prueba por Low (1992) en 93 sociedades preindustriales. Los resultados de esta autora encajan en gran medida con esta idea.

Sin duda, un artilugio moderno, la educación en valores democráticos y la lucha civil por construir sociedades más justas e igualitarias está en oposición frontal con lo aquí expuesto y, por tanto, con gran parte de nuestra naturaleza humana. El ejercicio de las

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

capacidades intelectuales con fines humanistas y el desarrollo de valores democráticos son fenómenos relativamente recientes, y si uno examina detenidamente nuestra historia no es difícil observar el grado de primitivismo que nos caracteriza. La cantidad de siglos sacudidos por revueltas y el enorme caudal de vidas que se han cobrado ideas elementales resulta pasmoso. Y todavía en muchos países la posibilidad de contradecir la palabra de algunos profetas, vestir como a una le plazca o vivir en paz en un territorio no ocupado por otro grupo humano, sigue generando muchísimo sufrimiento humano. Si queremos contribuir al progreso social y ganar la batalla a la barbarie más nos valiera tener las claves correctas de por qué somos lo que somos y tendemos a comportarnos de cierta manera y no de otra. Este es el punto de partida del feminismo darwinista: para acabar o modificar el sistema que ha oprimido y sigue oprimiendo a muchas mujeres debemos conocer su origen, así como los mecanismos que dan lugar y mantienen tal sistema. Debemos buscar en la biología aquellas claves de nuestro comportamiento social que las teorías sociológicas no alcanzan a explicar por sí solas al no tener en cuenta esta perspectiva global. Así debería ser nos guste o no el retrato humano que esta perspectiva dibuje.

4.5.2 Origen evolutivo del patriarcado

Según Barbara Smuts, una aproximación evolutiva al origen del patriarcado trasciende los análisis feministas convencionales en cuanto a que explica, no solo cómo los hombres ejercen un dominio sobre las mujeres, sino por qué los hombres (de modo universal) tienen esta sed de poder, estatus y control sobre las mujeres (Smuts, 1995, pg 2). Asimismo, explica cómo el control de la sexualidad femenina se relaciona con la dominación masculina (Ibid.), algo que las teorías feministas no consiguen explicar sin caer en explicaciones funcionales que criticamos en el capítulo dos (ver página 9 de este documento). En concreto, Smuts identifica seis factores que explicarían el denominado sistema de sexo/género del feminismo del género:

- Escasez de alianzas femeninas.
- Elaboración de alianzas masculinas.
- Aumento del control masculino de los recursos.
- Aumento de la formación de jerarquías entre hombres.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

- Estrategias femeninas que refuerzan el control masculino (preferencias por hombres con estatus).
- La evolución del lenguaje y el poder de éste en la elaboración de ideologías.

En resumen, durante la historia evolutiva, la habilidad femenina para vencer en el conflicto de intereses reproductivos que expusimos anteriormente se debilitó al tener menos soporte social. Ello se debió a que siguieron, al igual que otros primates no humanos, un patrón de residencia patrilocal, es decir, abandonaron su comunidad para desplazarse a la de su pareja, en la cual no contaban con alianzas femeninas sólidas. Por el contrario, las alianzas entre hombres se desarrollaron para conseguir el control de recursos (por ejemplo, en la caza) y esto tuvo como consecuencia un aumento del poder de los varones sobre las mujeres. Smuts llega a estas dos primeras conclusiones tras realizar un exhaustivo repaso a la literatura sobre sociedades primates no humanos, así como a otras fuentes antropológicas.

Barbara Smuts también señala que con el advenimiento de la agricultura y la ganadería, que exigen una pauta de residencia sedentaria, los hombres aumentaron su poder sobre los recursos que las mujeres necesitan para la supervivencia, dando lugar aun sistema de división sexual del trabajo que aumentó el control masculino. Es decir, la preexistencia de alianzas políticas motivadas en torno a la caza y el control de los alimentos obtenidos en las cacerías colectivas facilitaron la formación de alianzas políticas. Por otra parte, la dependencia con respecto a estos recursos monopolizados por los varones aumentó la vulnerabilidad de las mujeres. Asimismo, el sedentarismo facilitó el control y seguimiento de las mujeres, que es otra tendencia evolutivamente desarrollada por el sexo masculino para asegurarse de que ningún otro rival pueda fecundar a su pareja. Smuts sugiere incluso una relación directa entre un mayor número de recursos invertidos por el hombre, y mayor afán de control acerca de que es efectivamente su prole (y no la engendrada por otros oportunistas) la que se beneficia de este esfuerzo, por tanto, mayor control sexual sobre la mujer.

Las estrategias que Smuts sugiere para contrarrestar a las que originaron este sistema social, y que se derivan del mismo análisis anterior son las siguientes:

- Formación de alianzas femeninas.
- Independencia económica y protección legal sobre los recursos femeninos.

4.5 Teorías materialistas sobre la interacción entre lo social y lo biológico

- La implicación femenina en el cambio social que reduzca la desigualdad entre varones, responsable de la competición intrasexual masculina, y de la consiguiente valoración del estatus.
- No favorecer o mostrar preferencias por los machos dominantes.

Las tres primeras han sido las dos principales estrategias impulsadas por el movimiento feminista bajo distintas expresiones o lemas que no usan la jerga evolutiva de Smuts pero que comparten el mensaje. Las dos últimas sugerencias no han sido implementadas en la misma medida que las dos anteriores, aunque en los países desarrollados, la popularidad “del macho” también está de capa caída y quizás contribuya a que las mujeres subviertan su predilección por los rasgos que denoten dominancia. Que tengamos ciertas predisposiciones no equivale a que estas determinen nuestras preferencias, pues tal y como le escuché decir a un experto darwinista, también estamos programados como especie a que nos gusten olores corporales que tratamos de camuflar en la actualidad. La vida moderna ha hecho que nos gusten mucho más los aromas de Givenchi o Jean Paul Gaultier, que otros perfumes más orgánicos. Tal y como veremos más adelante la existencia de predisposiciones no es sinónimo de inevitabilidad.

Hasta el momento hemos resumido los factores que pudieron dar lugar al sistema patriarcal, pero no hemos entrado a analizar la ingente cantidad de investigaciones, tanto en primates como en estudios antropológicos, que avalan esta hipótesis, y que Smuts utilizó a la hora de redactar su artículo seminal sobre el origen evolutivo del patriarcado. Para profundizar en estas fuentes puede consultarse los trabajos originales de Smuts (1995; 1993) y de Hrdy (1981; 1999), entre otras autoras. También puede verse la obra de Sanderson, en la que recopila distintas interpretaciones y modelos polimaterialistas sobre el origen de la desigualdad sexual, que tratan de poner a pruebas las predicciones de sus modelos en estudios empíricos (Sanderson, 2001, 205-212). Sin embargo, la propuesta de Smuts es la referencia clásica y que goza de más acuerdo por parte de los investigadores en esta materia. Ésta raras veces se enseña o se discute en los cursos feministas de género, a pesar de que es una alternativa teórica tan válida como la proporcionada por el modelo ambientalista. Sin embargo, la propuesta evolutiva ofrece una ventaja: proporciona una explicación última sobre la dominación masculina de la que carece la teoría feminista. Esto es exactamente lo que el feminismo darwinista señala, y se propone corregir, reconciliando para ello dos paradigmas teóricos que hasta el momento parecían no tener nada que ver en común.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

4.6 Quien teme al feminismo darwinista

Griet Vandermasses ha recogido en *Who is afraid of Charles Darwin? Debating feminism and evolutionary theory* (Vandermassen, 2005) los principales puntos del feminismo darwinista. Tal y como relata Vandermassen en esta extensa y erudita obra, el feminismo darwinista es un programa científico, y no político, que analiza la centralidad del sexo en las estructuras sociales de diversas especies animales, incluida la nuestra. En este sentido, el feminismo darwinista se aleja de las teorías sociológicas de corte expresivo o crítico-transformador afines al feminismo, y se acerca a posiciones más analíticas,¹⁷ que dejan al margen cuestiones ideológicas (Vandermassen, 2008, pg 428). En definitiva, el feminismo darwinista persigue incorporar la literatura científica relativa a las diferencias evolutivas psicosexuales entre hombres y mujeres dentro del pensamiento feminista. Por tanto, se interesa por las causas próximas y últimas del comportamiento de hombres y mujeres (Hannagan, 2008).

Según Patricia Gowaty este programa científico busca respuestas a cuestiones que tradicionalmente no han sido estudiadas por el feminismo como las siguientes:

Nos preguntamos por la causación neuronal (¿cómo las señales sensoriales contribuyen a ‘causar’ el comportamiento), sobre la causación hormonal (¿cómo las señales hormonales ‘causan’ el comportamiento). ¿Cómo los procesos cognitivos ‘causan’ el comportamiento? ¿Cómo los genes causan el comportamiento? ¿Cómo las emociones o los sentimientos causan el comportamiento? Ninguno de estos niveles de estudio, en los que se enfatizan distintos aspectos se contraponen entre sí, de manera que cada uno de estos niveles de causación pueden colaborar simultáneamente a la hora de ‘causar’ la expresión de tal o cual comportamiento (?).

Incorporar el prisma darwinista permite explorar las fuerzas evolutivas y las presiones selectivas que favorecieron la expresión de tal o cual comportamiento. Proporcionar una respuesta a cada uno de los interrogantes anteriores nos ayudaría a entender un cuadro más general. Además, vendría a complementar el esfuerzo realizado por el

¹⁷Las teorías sociológicas, como el feminismo, a menudo suelen concebir la sociología como una disciplina no científica que persigue otros fines como cambiar la sociedad, y reflexionar sobre la existencia de fenómenos sociales. Ello implica según Boudon (2004), la intromisión ideológica de una determinada visión de la realidad social, y la introducción de sesgos en la labor investigadora. Sin embargo el objetivo principal de cualquier teoría con aspiración científica (recordemos que la sociología es una *ciencia* de lo social) es el conocimiento, y no el uso o valoración subjetiva del mismo.

feminismo a la hora de encontrar las causas próximas de la dominación masculina, ya que proporcionaría un marco teórico sólido en el que dar sentido a las teorías sobre la opresión (Gross, 1999). En resumen, el enfoque darwinista persigue una explicación última: ¿por qué existe un determinado comportamiento? ¿Por qué los hombres quieren dominar a las mujeres? ¿De dónde surge esta motivación? ¿Por qué es universal, histórica y característica de la inmensa mayoría de sociedades humanas? Tal y como Barbara Smuts afirma, “la teoría evolutiva no solo considera cómo los hombres ejercen el poder sobre las mujeres, sino que también investiga la respuesta más profunda de por qué los hombres quieren poder sobre las mujeres en primer lugar, que las feministas tienden a pasar por alto” (Smuts, 1995, pg 2).

Una diferencia fundamental entre el feminismo del género y el feminismo darwinista es que este último se desmarca de los modelos estándar de tipo social constructorista o ambientalista que imperan en las ciencias sociales, puesto que bajo el paradigma evolutivo hombres y mujeres nacen con una naturaleza humana, que las teorías de la *tabula rasa* niegan¹⁸. Debido a que ésta no es una visión popular en ciencias sociales, una gran parte de las publicaciones que emergen del feminismo darwinista abordan la cuestión del determinismo y el reduccionismo biológico, con el fin de defender su propuesta de acusaciones injustas. Las (y los) feministas darwinistas afirman que tales etiquetas negativas surgen de la ignorancia o la falta de conocimientos biológicos de aquellos científicos sociales que hacen uso de las mismas.

Tal y como señala Baron-Cohen (2005), aquellos que en la década de los sesenta y setenta exploraban el rol de la biología en relación al sexo (incluso teniendo en cuenta la influencia de la cultura) se enfrentaban a la acusación de esencialismo, amén de perpetuar la opresión y la desigualdad entre los sexos. Este autor es más optimista cuando analiza la situación actual, en la que cree que la balanza se ha posicionado justo en medio del eje naturaleza-cultura, ya que aquellos científicos preocupados por la desigualdad y la opresión pueden, al mismo tiempo, hablar libremente sobre las diferencias biológicas entre el cerebro y la mente de hombres y mujeres (Ibid.). Sin embargo, para Griet Vandermassen resulta claro la existencia de *biofobia* dentro del feminismo y de otras disciplinas sociales, que es injustificable si uno examina atentamente qué significan estas expresiones, y si uno analiza en profundidad si la teoría evolutiva

¹⁸Nos referimos a aquellas doctrinas filosóficas que comparten la idea de que los seres humanos son una pizarra en blanco en el momento de nacer (Pinker, 2002).

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

consiste en el burdo programa que sus detractores a menudo dibujan (Vandermassen, 2005, pg 17).

Antes de analizar este punto con mayor detenimiento, es necesario decir que el darwinismo, como propuesta científica, nada tiene que ver con el darwinismo social y la defensa ideológica de la superioridad del más fuerte, ni con las políticas inspiradas en esta idea. Y ni mucho menos guarda relación alguna con la barbarie que posturas de este tipo han inspirado en la historia humana. Al darwinismo -como teoría científica- tan solo le interesa explicar la evolución de las especies identificando los mecanismos implicados en este complejo proceso. Por tanto, carece en sí mismo de orientación política. Es más, curiosamente muchos de los sociobiólogos y biólogos más conocidos como Pierre van der Baghen, John Haldane, John Maynard Smith o Robert Trivers militaron en la izquierda, fueron miembros del partido comunista e incluso se enfrentaron a la acusación de conspiración comunista (Vandermassen, 2005); otros muchos son socialdemócratas y liberales de centro-izquierda (Ibid.).

Aparte de esta innecesaria necesidad de probar que los valores políticos conservadores no están detrás de las hipótesis evolutivas, el rechazo de argumentos biológicos en favor de los sociológicos sigue siendo evidente en algunos sectores académicos. Para Vandermassen éste surge de la visión de los rasgos biológicos como intrínsecos e irremediables, mientras que los sociales aparecen como extrínsecos y modificables (Vandermassen, 2005). Sin embargo, y utilizando uno de los ejemplos que usa esta autora, el hecho de que uno sea tímido por acontecimientos acontecidos en la infancia no es menos determinista que ser tímido porque nuestros genes nos predispongan a ello. No es menos determinista la explicación de Gilligan sobre por qué las mujeres son relacionales y los hombres individualistas, que el modelo de empatía-sistematización de Baron-Cohen, porque ambas perspectivas hablan de una relación de causa-efecto.

Como señala Griet Vandermassen, el temido determinismo es temido en cuanto se asocia con la idea de inevitabilidad. Pero el determinismo tiene que ver con la causalidad y no con la fatalidad consecuencialista; por ejemplo, tener una cierta predisposición no implica que se vaya a actuar, sin remedio, de cierta manera. Mujeres con un coeficiente muy alto de empatía, con altos niveles de estrógenos y de oxitocina siempre pueden desmarcarse de la trayectoria esperada y, por ejemplo, elegir una vida totalmente aconvencional en la que la maternidad no tenga cabida y se de mayor preferencia a la vida profesional que personal. El libro de nuestras vidas no está escrito

en los genes, aunque siguiendo la metáfora empleada por Ritley estos si contengan las palabras necesarias para componer nuestro relato biográfico (Ridley, 2004).

Por otra parte, la asociación directa entre genes y comportamiento, que no tiene en cuenta el ambiente, y que muchos científicos sociales atribuyen a la psicología evolutiva o sociobiología (y que es la que genera malestar y rechazo), es totalmente errónea. Es decir, tal conexión no es sostenida por ningún biólogo o psicólogo evolutivo serio, ya que el aprendizaje y la transmisión cultural juegan un papel relevante en el comportamiento humano y, por tanto, no es posible explicar el mismo sin entender la co-evolución de genes y cultura. En este sentido, la psicología evolutiva se preocupa tanto de las disposiciones biológicas como del rol del ambiente en la ontogenia del individuo y en la filogenia de las especies. Es decir, dentro de este paradigma resulta claro el rol contingente que el ambiente desempeña en ambos niveles de análisis.

Un ejemplo ilustrativo de la interacción entre cultura y naturaleza nos lo proporciona el lenguaje: nacemos con la capacidad de hablar y aprender un lenguaje, pero qué lengua o lenguas hablamos, qué otros subproductos resultan de esta capacidad lingüística con la que contamos o qué grado de elaboración o complejidad adquirirá el lenguaje de cada individuo dependen de factores sociales. Del mismo modo, individuos con lesiones en el área de Broca o individuos que se desarrollaron en condiciones de aislamiento social total en un período crítico de su desarrollo psicológico¹⁹ serán incapaces de comunicarse mediante el lenguaje, por mucha influencia externa que reciban del medio. Además, las neurociencias ha puesto de manifiesto que las conexiones neuronales se multiplican en cerebros sometidos a estímulos interesantes, mientras que la falta de estímulos ocasiona que el cerebro no se desarrolle de forma satisfactoria. Por tanto, *nature* y *nurture* son necesarios, ya que son dos piezas claves para entender nuestro comportamiento. Veamos lo que dice Wilson, el padre de la denostada sociobiología al respecto:

Todos los biólogos hablan de la interacción entre herencia y ambiente. Nadie, excepto en la jerga de laboratorio, habla de un gen causando cierto tipo de comportamiento. Esto tendría tan poco sentido como la idea contraria de que el comportamiento emerge de la cultura sin la intervención de la actividad cerebral (Wilson, 1998, pg 151).

¹⁹Existe un período crítico para el desarrollo del lenguaje, tras el cual y en ausencia de los estímulos adecuados es difícil adquirir la capacidad de comunicarnos mediante el lenguaje.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

Comparemos esta afirmación con las de otros autores:

La posición sociológica dominante es que los factores sociales y no la biología explican las diferencias de género en comportamiento (Henslin, 2004).

El sexo alude a las características biológicas que distinguen a hombres y mujeres; el género se refiere a las características sociales que la sociedad considera propias para los hombres y mujeres (...). En resumen, heredamos nuestro sexo pero aprendemos nuestro género (Henslin, 2004).

El género está laxamente relacionado con el sexo, y se trata en general de una imposición social que deriva de la división biológica básica (Dupré, 2003).

Las afirmaciones de Dupré y Hines, que son representativas del *mainstream* sociológico, ponen de manifiesto que el rol que se le concede a la biología es muy limitado, sin embargo raras veces se escuchan protestas acerca del determinismo cultural. Tal y como dijimos al principio de este capítulo, los rasgos anatómicos son las únicas características básicas o constricciones biológicas que son tenidas en cuenta por el feminismo. Ello sucede porque todo lo que sea indagar en las diferencias de sexo (y no de género) es interpretado en términos de separatismo de los sexos, esencialismo o reduccionismo. Si uno examina la caricatura de la psicología evolutiva que muchos filósofos prestigiosos como, por ejemplo John Dupré, sustentan no es de extrañar que esta propuesta suscite tal rechazo²⁰.

No obstante, hemos señalado que esta visión del comportamiento como algo inflexible y ajeno al entorno no es sostenida dentro de la psicología evolutiva. Más aun, nuestros genes no solo nos permiten aprender o absorber información de nuestro entorno, sino que también son los responsables de algunas de las capacidades más asombrosas del ser humano, como la de imaginar, inventar, crear tecnología y cambiar nuestro entorno inmediato, tener capacidad de pensamiento crítico, y crear y dismantelar convenciones sociales —aspectos todos ellos que nada tienen que ver con la rigidez mental o de comportamiento.

Para entender el comportamiento humano cualquier fuente de información es válida, dada la complejidad de este objeto de estudio y, por tanto, todo aquel conocimiento que ofrezca pistas debería ser tenido en cuenta, sea intelectualmente atractivo o no a nuestras creencias más personales (Vandermassen, 2008). Tal y como señala Vandermassen

²⁰Nos referimos a la obra *Darwin's Legacy: What evolution means today* (Dupré, 2003) y otros artículos del mismo autor.

4.6 Quien teme al feminismo darwinista

(2004), el principal beneficio que la teoría evolutiva puede otorgar al feminismo es proporcionar una metateoría sobre la naturaleza humana, fundamentada científicamente, que es necesaria y, que como tal, puede ofrecer la credibilidad y el sustento teórico que el feminismo necesita. De otro modo, se perdería un marco unificado que podría arrojar luz sobre los cimientos del patriarcado, algo que el proyecto feminista no debería permitirse.

4. EVALUACIÓN DEL MODELO ESTÁNDAR DEL FEMINISMO DEL GÉNERO

5

Introducción a los trabajos experimentales

En esta parte de la tesis presentamos tres estudios experimentales que analizan diferencias de sexo en preferencias sociales y morales. El primer experimento se realizó en el laboratorio del *Instituto de Economía Max Planck* de Jena, Alemania¹. El segundo de ellos es un experimento de campo que se realizó en varios colegios e institutos de Córdoba y Salamanca.

En las dos investigaciones se analizan las preferencias o elecciones de los participantes ante una situación dada, que ha sido diseñada para analizar qué factores intervienen en la toma de decisiones. Mientras el primero de ellos se centra en el estudio de las preferencias sociales en contextos económicos de negociación, el segundo analiza preferencias morales en dilemas hipotéticos. Ambos tienen en común el hecho de que previas investigaciones sobre el mismo tema han arrojado una amalgama de resultados diversos e inconsistentes acerca de las similitudes o diferencias entre hombres y mujeres.

En el caso de las diferencias de género en preferencias sociales, la única hipótesis consistente con la disparidad de resultados es que las preferencias de las mujeres son más *contextuales*, es decir, cambian o varían en función de los distintos contextos experimentales (Croson and Gneezy, 2009). En el caso de las diferencias de género en preferencias morales, más de tres décadas de investigación sobre diferencias de sexo en

¹Se trata de una investigación experimental liderada por el Dr. Luis M. Miller, en la que mi colaboración fue posibilitada por la concesión de una estancia de investigación en el marco del programa FPU en dicho centro. Mi participación engloba la ayuda en el diseño de investigación, asistencia en la fase de campo y trabajo en la motivación y análisis teórico de los datos obtenidos.

5. INTRODUCCIÓN A LOS TRABAJOS EXPERIMENTALES

razonamiento moral no han cerrado el debate que abriera Carol Gilligan a principios de los años ochenta, cuando anunció que hombres y mujeres se enfrentan a conflictos y dilemas morales de distinta manera. Gilligan, por cierto, fue también la primera en hacer referencia a la dimensión contextual que caracteriza la toma de decisiones de las mujeres. Esta idea de que las mujeres son más dependientes del contexto se ha extendido por la literatura experimental y en ocasiones se emplea de una manera un tanto vaga o imprecisa. Por tanto, constituyen un caso de explicaciones de caja negra (Bunge, 1963), en el sentido de generalidad o falta de especificidad. Es decir, se puede aplicar a un número ilimitado de casos, ya que no nos aclara qué se entiende o qué causa esta sensibilidad al contexto. El propio concepto de contexto es impreciso y no sabemos muy bien a qué hace referencia.

En la investigación que hemos realizado sobre toma de decisiones a la hora de negociar un reparto económico intentamos identificar aquellos mecanismos implicados en las preferencias de hombres y mujeres, que se relacionan con nuestro diseño experimental. Por tanto, perseguimos alejarnos de una explicación genérica. Para ello examinamos qué variables predicen mejor el comportamiento y las creencias de los participantes. En concreto, analizamos el valor predictivo de la variable sexo, de la situación experimental en la que los participantes interaccionan (el juego empleado) y de la información sobre el género de los participantes con los que cada individuo interacciona. Esta última variable nos permite analizar efectos de género en la interacción por parejas (*gender pairing effects*), ya que todos los participantes son aleatoriamente emparejados con otros participantes para enfrentarse por pares a un reparto económico. Estos efectos de género son un indicador de hasta qué punto los estereotipos de género desempeñan un papel relevante en la interacción estratégica. Todo ello se examina en los dos últimos trabajos, aunque el rol de las creencias se examina con más atención en el trabajo que cierra la tesis.

Por otra parte, el primero de los artículos experimentales que presentamos analiza una de las obras claves del feminismo, y de la psicología social desde una perspectiva crítica. Para ello, replicamos uno de los experimentos realizados por esta autora tratando de corregir algunos de los aspectos criticados en su investigación. También partimos de una perspectiva más actual sobre la manera en que la mente aborda problemas morales, que cuestiona el modelo cognitivo-deliberativo que Gilligan y sus predecesores como Kohlberg o Piaget (a los que ella critica), siguieron a la hora de construir sus

modelos de desarrollo psicológico y moral. Finalmente, abordamos la relación entre empatía y ética del cuidado.

5. INTRODUCCIÓN A LOS TRABAJOS EXPERIMENTALES

6

Gilligan a examen

6.1 Introducción al artículo

La obra de Carol Gilligan, *In a different voice: psychological theory and women's development* (1988), ha tenido un impacto enorme en diversos campos, algo que está lejos de cualquier duda. Además, esta obra también fundó las bases del feminismo de la diferencia, una de las corrientes más importantes dentro del feminismo del género. Sin embargo, las críticas no tardaron en seguir a la publicación de este libro, poniendo de manifiesto algunas deficiencias metodológicas y cierta falta de claridad conceptual. En Puka (1994) puede encontrarse una de las revisiones más completas sobre la discusión que Gilligan inspiró, y que dio lugar a una serie de investigaciones, que en algunos casos validaron sus tesis y que en otros muchos las refutaron.

Con este trabajo contribuimos al enorme caudal de investigaciones diseñadas para someter a prueba la tesis de la existencia de dos modos de pensar característicos de cada sexo. Si bien es cierto que una gran parte de estos trabajos se realizaron a finales de los ochenta y durante la década de los noventa, en la actualidad la existencia de la ética del cuidado femenina y de la ética de la justicia masculina continua investigándose experimentalmente. Por otra parte, el debate teórico que ha surgido en el campo de la filosofía moral, la política o la economía en torno a estos dos supuestos modos de entender aspectos morales sigue acaparando la atención de muchos expertos en esta materia.

Muchos autores dudan de la existencia de dos modos éticos distintos entre sí (cuidado versus justicia), y encuentran que otros ejes, como por ejemplo el uso de argumentos de-

6. GILLIGAN A EXAMEN

ontológicos versus instrumentales, tienen un mayor poder explicativo (Nunner-Winkler, 1994). Sin embargo, la evidencia al respecto no es concluyente.

En esta tesis hemos dejado al margen esta última cuestión para centrarnos en otras preguntas relacionadas con diferencias de género/sexo, que hasta el momento permanecen abiertas. Por ejemplo, suponiendo que exista un enfoque del cuidado, como un modo de abordar un problema moral substancialmente distinto a un enfoque basado en principios de justicia, ¿son realmente las mujeres más proclives a identificarse con la ética del cuidado y los hombres más proclives a identificarse con la ética de la justicia? Y por otra parte, ¿es cierta la relación establecida por Gilligan y otros analistas entre empatía y ética del cuidado?

En el artículo que presentamos a continuación, y que está en proceso de evaluación, intentamos dar respuesta a estas preguntas mediante el uso del método experimental. Recordemos que la metodología experimental se basa en la lógica de comparación dentro de un contexto controlado y diseñado por el investigador, y también en la manipulación de las variables que intervienen en el contexto experimental. En este caso, la lógica de comparación se establece entre las preferencias de chicos y chicas cuando se les presenta un dilema moral y distintas soluciones al mismo, de entre las cuales deben elegir una. Las diferencias de sexo son también controladas por la edad y el coeficiente de empatía de los participantes. Por último, introducimos una manipulación experimental que consiste en variar el sexo del protagonista del dilema moral, que en la versión original (la utilizada por Gilligan) es de género masculino. De este modo, podemos observar si las preferencias morales de chicos y chicas difieren en ambos dilemas con independencia del género del protagonista. Es decir, analizamos si son robustas y emergen en ambos dilemas o si por el contrario son sensibles a esta manipulación.

Además, en la revisión del modelo de Carol Gilligan queríamos poner de manifiesto otros aspectos relativos a la investigación original. En primer lugar, pese a que la obra de Gilligan es de obligada referencia y cita en cualquier trabajo que aborde el carácter contextual y relacional de las mujeres, hay dudas más que razonables sobre la naturaleza empírica de esta investigación. Hay que recordar que Gilligan afirmó que su obra proporciona evidencia empírica sobre el distinto proceso de desarrollo moral que hombres y mujeres siguen (Gilligan, 1977, pg 2), y que tiene como resultado la emergencia de dos éticas diferenciadas entre sí. Sin embargo, muchos autores han

criticado el carácter ensayístico y, por tanto, especulativo y no empírico de su obra. De estos aspectos trata la sección “Gilligan y sus críticos” de este artículo.

En resumen, si bien es cierto que Gilligan realizó una investigación, las deficiencias en el diseño, la muestra empleada, la codificación y análisis de sus datos, y la falta de accesibilidad a los mismos¹, comprometen sus resultados.

En nuestro trabajo, intentamos salvar algunas de estas deficiencias para estudiar este fenómeno de una manera sencilla y sistemática. Una diferencia fundamental entre el experimento de Gilligan y el que presentamos a continuación es que el primero analiza razonamiento moral mediante un análisis cualitativo de la respuesta elaborada, mientras que en nuestro trabajo analizamos preferencias. Es decir, ante una batería de seis respuestas sencillas ya elaboradas, los niños y niñas deben decantarse por una de ellas, revelando su preferencia. Dos de las soluciones proporcionadas se basan en argumentos típicos de la ética del cuidado y de la justicia, y son representativas de cada uno de estos dos modos morales². Por tanto, de existir una relación entre sexo y una orientación ética determinada, las niñas mostrarán una preferencia por la ética del cuidado y los niños una preferencia por la ética de la justicia, al margen del resto de soluciones.

Una de las ventajas de este método es que no es posible la introducción de sesgos interpretativos por parte del investigador. Además, la conexión entre narrativa y desarrollo psicológico es complicada y no tiene en cuenta el componente intuitivo que forma parte de muchas decisiones y preferencias morales. Sin embargo, las preferencias morales pueden ser entendidas como resultado de mecanismos psicológicos implicados en aquellos esquemas morales activos en un sujeto, que emergen en una determinada situación, y que se distinguen de un ejercicio deliberativo. Por tanto, el concepto de esquema moral sí engloba la dimensión no consciente de los procesos morales (Rest et al., 2000), que otros conceptos como el de estadio moral (usado por Gilligan, Piaget o Kohlberg) no tienen en cuenta.

¹Christina Hoff-Sommers (2002) ha criticado duramente la obra de Gilligan a la que considera como un caso paradigmático de hacer ciencia sobre lo inexistente. En concreto, critica la falta de acceso a los datos originales de la investigación (Gilligan se escuda a la hora de no permitir el acceso de otros investigadores a su material en la sensibilidad del tema de investigación), y afirma que los estudios empíricos en sí mismos (y no la obra ensayística posterior) nunca fueron evaluados por pares ni publicados, y que no cumplen con los estándares mínimos de una investigación científica.

²Para elaborar estas respuestas revisamos ejemplos reales de respuestas ofrecidas por individuos participantes en las investigaciones de Gilligan y Kohlberg.

6. GILLIGAN A EXAMEN

Otro aspecto de la investigación de Carol Gilligan que no suele ser criticado muy a menudo, y que en esta investigación sí queríamos señalar, es el vínculo existente entre las tesis de Gilligan y el psicoanálisis. Los conceptos pilares de interconexión y separatividad que esta autora desarrolla en su ensayo fueron formulados por Nancy Chodorow en su obra *The reproduction of Mothering* (1978). Según esta psicoanalista feminista, el yo se configura durante la fase pre-edípica, es decir, niños y niñas establecen distintos lazos con la figura materna que moldean su yo y determinan su desarrollo psicológico. En resumen, las niñas, al ser del mismo sexo que la madre, se identifican o se fusionan con la figura materna. Del mismo modo, las madres tienen a experimentar con sus hijas una prolongación de su yo. Como resultado, las niñas son más *relacionales*: tienen a identificarse, y a prestar atención y cuidado a aquellos que les rodean. Son por tanto, más empáticas. Sin embargo, los niños experimentan algo totalmente distinto debido a su condición de sexo contrario a la madre: el distanciamiento y separación con respecto a la figura materna, que los vuelve seres más distantes e individualistas.

En la actualidad, existe un amplio acuerdo en cuanto a que el psicoanálisis no es una disciplina científica. Más bien se trata de una teoría con carácter mitológico que ha sido revestida con cierta apariencia científica (Medawar, 1996). De hecho, muchas de sus ideas han quedado relegadas al olvido a la luz de investigaciones posteriores al surgimiento de la obra de Sigmund Freud y sus seguidores.

Sin embargo, feminismo y psicoanálisis comparten la creencia de que los seres humanos nacen sin identidad de género (no existe algo como ser o hombre o mujer más allá de las diferencias anatómicas) y que ésta es adquirida durante un complejo proceso de socialización y desarrollo psicológico que comienza en la infancia. En el capítulo cuatro de esta tesis hemos defendido que esto no es del todo cierto. En concreto, hemos puesto de relieve que existen diferencias relacionadas con la anatomía y la estructura cerebral, que se deben a procesos hormonales que ocurren durante el desarrollo fetal, y que determinan diferencias, no solo morfológicas, sino cognitivas y de comportamiento. Este aspecto es desarrollado en la sección sobre empatía, psicoanálisis y neuropsicología del artículo que presentamos.

Tal y como hemos dicho previamente en anteriores capítulos, el feminismo del género no acepta el origen biológico de ciertas diferencias entre hombres y mujeres. Por tanto, ha de explicar las mismas en términos de socialización. Por otra parte, mientras que propuestas más cercanas al feminismo de la igualdad intentan relativizar o negar la

existencia de diferencias entre ambos sexos, el feminismo de la diferencia profundiza en aquello que separa a hombres y mujeres, y especula sobre cómo la dominación masculina ha podido influir en tal hecho. Por tanto, para algunos críticos del feminismo del género, propuestas como la de Carol Gilligan ofrece lo peor de una unión entre feminismo del género y ciencia: “unas afirmaciones susceptibles de rechazo sin respaldo científico” (Pinker, 2002, 498). Tal y como Pinker señala, si las mujeres se guiaran por principios de compasión y los hombres lo hicieran por criterios de justicia, las mujeres quedarían inhabilitadas para ejercer, por ejemplo, de juezas o abogadas (Ibid.).

Para el feminismo equitativo hombres y mujeres no son iguales, en el sentido de intercambiabilidad pero sí son equivalentes. Es decir, tienen iguales potencialidades y han de ser valorados de igual manera, sin que los individuos sean juzgados por aquellos rasgos o características que se encuentran en media en su grupo de referencia. Por tanto, la igualdad o diferencia en un rasgo no se asume de antemano como un mecanismo que por sí mismo pueda explicar fenómenos más complejos, como el de la existencia de dos moralidades de género. Establecer tal relación -entre diferencias de sexo y un fenómeno concreto- requiere de investigación y de evidencia empírica que demuestre tal conexión.

En este sentido, en nuestro trabajo queríamos poner de relieve que la evidencia sobre la existencia de dos modos morales típicos de cada sexo no está clara. Pero aun más importante, queríamos llamar la atención sobre una cuestión que afecta a muchas investigaciones sobre diferencias y similitudes entre hombres y mujeres. Se trata de la necesidad de distinguir entre la existencia de posibles diferencias de sexo y la capacidad predictiva que estas diferencias puedan tener a la hora de dar cuenta de un determinado hecho.

Esto aplicado a nuestra investigación quiere decir que aunque existan diferencias de género, por ejemplo en empatía, éstas no tienen por qué tener poder explicativo o predictivo. Pueden existir diferencias de sexo pero la relación con un determinado objeto de investigación puede no revelar una relación causal directa, debido, por ejemplo, a que haya variables más influyentes que minimicen el efecto del sexo. Por ejemplo, en nuestro experimento la edad resultó ser una variable que explica mejor que el sexo las preferencias morales de los sujetos. Por ello, en nuestro trabajo sugerimos que las investigaciones experimentales sobre diferencias de sexo con frecuencia proporcionan una amalgama de resultados aparentemente inconsistentes o contradictorios entre sí porque

6. GILLIGAN A EXAMEN

no tienen en cuenta este aspecto. Están demasiado centradas en el valor predictivo que en sí mismo pueda tener el sexo de los individuos.

Por otra parte, muy a menudo en ciencias sociales y del comportamiento las diferencias encontradas entre hombres y mujeres son explicadas en términos de género ignorando el papel que la biología puede jugar al respecto. Esta cuestión resulta especialmente relevante en el caso de Gilligan y la conexión que ella establece entre ser mujer, tener empatía y orientarse hacia la ética del cuidado. Precisamente, la empatía es una de las capacidades humanas de origen biológico en las que se han encontrado diferencias robustas de sexo que favorecen a las mujeres. Es decir, el sexo femenino tiene (en media) mejores cualidades a la hora de reconocer y atribuir en otros estados cognitivos y emocionales distintos a los experimentados por uno mismo, así como mejores capacidades para responder emocionalmente ante estos estados atribuidos al otro (Auyeung et al., 2009; Baron-Cohen et al., 2005; Eisenberg and Randy, 1983; Hoffman, 1977; Schulte-Rüther et al., 2008).

Las diferencias de sexo en cuanto a empatía han sido estudiadas desde hace varias décadas dentro de la psicología. Sin embargo, el conocimiento de qué mecanismos neurales y qué partes de la mente están implicadas en la habilidad de ponerse en el lugar del otro es más reciente. El neurocientífico Simon Baron-Cohen y su equipo de investigación han explorado ampliamente este fenómeno, desarrollando un modelo de dimorfismo sexual a nivel cerebral, que explica diferencias en empatía y en capacidades sistemáticas entre hombres y mujeres.

De acuerdo con la teoría de empatía-sistematización (E-S) propuesta por Baron-Cohen, el cerebro femenino está programado para la empatía mientras que el cerebro masculino está programado para entender y construir sistemas, de modo que ambos sexos son capaces de empatizar y comprender sistemas aunque sobresalgan en una u otra capacidad. La empatía es definida como la habilidad para identificar en el otro estados emocionales y pensamientos, así como la capacidad de responder emocionalmente a los mismos. Por tanto, tiene una dimensión cognitiva relacionada con la teoría de la mente (ésta sería parte del sistema empático) y otra dimensión emocional. Por el contrario, la capacidad sistémica consiste en el análisis y exploración de sistemas, ya sea el motor de un vehículo, el catálogo de una librería, los horarios de partida de trenes o una partitura musical, en términos de inputs-reglas-outputs. Es decir, se identifica qué partes intervienen en el sistema, cómo se relacionan en términos de pautas y reglas,

y que resultado final emerge de tal sistema. Cada individuo tiene o bien un cerebro típicamente femenino, o masculino y en algunos casos un cerebro equilibrado (que destaca en ambas capacidades). Lo que ocurre es que en media las mujeres suelen tener un cerebro femenino y los hombres un cerebro masculino, lo que no impide que se dé el caso contrario.

Esta teoría ha sido avalada por la investigación empírica, que hemos revisado en el capítulo cuatro, y que muestra que, aunque la cultura o la socialización pueden influir a la hora de desarrollar las habilidades empáticas o sistemáticas, la biología juega un rol determinante a la hora de originar estas dos grandes destrezas. Esta teoría no tiene como objetivo reproducir ni crear estereotipos, sino que es una teoría científica, que explica y nos ayuda a comprender por qué los individuos tienen comportamientos típicos o atípicos de su sexo y qué mecanismos intervienen en ello.

Gilligan bien pudo haber captado un fenómeno genuino: la orientación hacia las personas de las mujeres y la capacidad de pensamiento en términos individuales y abstractos de los hombres. También observó que ambos sexos son capaces de ambas cosas aunque tiendan a uno u otro tipo de orientación. Sin embargo, el origen y la descripción del fenómeno que le llevó a teorizar dos modos de desarrollo psicológico característicos de cada sexo es probable que sea erróneo a la luz de las investigaciones que hemos recogido en esta tesis.

Lo que sí parece estar avalado por una cantidad ingente de investigación es que las mujeres son, en media, más empáticas que los hombres. Y esta mejor habilidad para leer a las personas, y no los complejos de Edipo, hace que la orientación hacia las personas de las mujeres sea un fenómeno objetivo. Por otra parte, la hipótesis de la superioridad femenina en capacidades relacionadas con la empatía explica el origen de la orientación de las mujeres hacia las personas, ya que los individuos tienden a mostrar preferencias por aquello para lo cual que están más dotados, es decir, nos suele gustar más aquello que se nos da mejor. Ridley (1994) relaciona este hecho con el llamado efecto Baldwin (la relevancia evolutiva del aprendizaje), pero este es un tema polémico dentro de la teoría evolutiva que aquí dejamos al margen.

De todos modos, la idea de que hay una cierta correspondencia entre orientación, capacidades y preferencias de los individuos no es descabellada, y explica fenómenos que, de otro modo, necesitan de teorías más elaboradas o de un aparato conceptual más complejo. Además, esta explicación presenta una ventaja a la hora de dar cuenta de

6. GILLIGAN A EXAMEN

por qué algunos individuos muestran comportamientos que se apartan de lo observado en su grupo de referencia sin tener que echar mano de explicaciones secundarias, ya que podemos explicar este hecho en términos de variabilidad individual.

Pongamos un ejemplo sencillo pero común en la literatura o en discusiones feministas. Nos referimos a la menor presencia de mujeres en carreras como la ingeniería o las matemáticas. Como todos los individuos independientemente de su sexo tienen iguales capacidades para destacar en estos campos, la brecha de sexo es explicada por las teorías sociales en términos de socialización: las mujeres son socializadas para preferir otro tipo de ocupaciones, y para no inclinarse por estas materias científicas. Pero, ¿qué ocurre con las mujeres que efectivamente prefieren los números a las personas? ¿Fallan los mecanismos de socialización? ¿Y por qué fallan en estos casos?

Una perspectiva evolutiva en la que la mente de los individuos no es intercambiable podría explicar la presencia de mujeres en esta ocupación de una manera no contradictoria a la idea de que ambos sexos difieren en ciertas destrezas: simplemente estas mujeres se alejan de lo observado en media en el sexo femenino. La existencia de variabilidad individual es un argumento más que suficiente para que un hombre o una mujer nunca deba ser juzgado por los atributos característicos de su sexo. Pero el hecho objetivo es que hombres y mujeres sí difieren, en media, en ciertas tareas, que parecen depender de la acción hormonal. Y los niveles de estas hormonas difieren en ambos sexos, lo que explica tales diferencias.

Por otra parte, y volviendo al ejemplo anterior, no debemos simplificar cuando, por ejemplo, decimos que a las mujeres se les da peor las matemáticas puesto que las habilidades matemáticas emergen como un producto secundario de otra habilidad esencial en la que los hombres aventajan a las mujeres debido a la acción hormonal: las capacidades espaciales que se requieren para la navegación. Niveles óptimos de testosterona se relacionan con estas habilidades en ambos sexos, solo que, en general, son los miembros del sexo masculino quienes poseen este nivel óptimo. Ello no implica que el resto de individuos no pueda realizar tales tareas, sino que simplemente no sobresaldrán en ellas. Lo que tampoco impide que puedan sobresalir en otras tareas, como la localización de pistas y objetos o el cálculo aritmético, donde los tests otorgan una ventaja significativa al sexo femenino.

En resumen, al igual que las explicaciones psicoanalíticas quedaron en desuso, las teorías meramente construccionistas o ambientalistas también han quedado desfasadas

tras el avance de las ciencias cognitivas y de la neuropsicología. Obviar la literatura procedente de estos campos contribuye a presentar un cuadro no muy fidedigno de las diferencias y similitudes entre ambos sexos. El rechazo a un enfoque tildado de psicologismo o determinismo biológico hace un flaco favor a la sociología, pues resulta imposible entender cómo es posible estudiar la acción de los individuos, su interacción en contextos sociales o la atribución de significados a hechos sociales, sin entender el instrumento empleado en todos estos actos que estudia la sociología: la mente humana. No se trata de que la sociología pierda campo de estudio o sea substituida por las ciencias del comportamiento, sino de que la sociología incorpore los avances en el conocimiento de cómo funciona la mente humana que proceden de otras disciplinas y lo use para fines propios.

En este trabajo hemos seguido esta lógica. Tal y como señala Michael Slote (2007) en una de las obras más completas sobre la relación entre empatía, política moral y ética del cuidado, aquellos científicos sociales interesados en este ámbito deberían hacerse eco de la reciente literatura psicológica sobre empatía.

En nuestro caso, y dado que deseamos investigar la relación entre diferencias de sexo en empatía y preferencias morales, hemos utilizado un cuestionario diseñado por Baron-Cohen, que ha demostrado ser un instrumento hábil a la hora medir el coeficiente de empatía de los sujetos. Al ser este cuestionario muy reciente, son muy pocas las investigaciones que lo han empleado en poblaciones normales y, hasta el momento, ésta es la única investigación realizada con niños y adolescentes de las edades representadas en nuestra muestra. Los resultados de esta investigación son expuestos en el artículo que presentamos a continuación.

6.2 Introduction

Carol Gilligan is best known for claiming in her seminal book that men and women speak in ‘different moral voices’ (Gilligan, 1982). This seminal essay has had an enormous impact on many fields of social sciences and humanities, especially feminist theory and psychology. Gilligan was the first to criticize the presence of male bias in the work of Lawrence Kohlberg (1976), as well as in the theories of Freud (1930), Piaget (1932) and Erikson (1968). According to her, all of them misunderstood the concept of psychological development by neglecting to consider the concerns and experiences of women. She baptized the term an “ethic of care”, giving rise to a normative approach which, has inspired a growing body of critical thinking within philosophy, politics and law. For instance, in Nussbaum’s theory of capabilities (2000), care is an essential factor if social justice is to be achieved. Its promising applicability to political and global problems has also been highlighted by some scholars (Held, 2006; Tronto, 1993), who believe an ethic based on care is morally superior to other traditional accounts when deciding which actions are morally permissible or interfere with someone else’s freedom (Slote, 2007).

However, Gilligan’s bold claims about male and female voices are very susceptible to criticism, since empirical evidence regarding sex differences in moral reasoning is not clear. Some studies have found significant sex differences in moral orientation, thus supporting Gilligan’s findings (Gilligan and Attanucci, 1988; Haan, 1978; Hosltein, 1976; Johnston, 1985; Keniston, 1968; Langdale, 1986; Lyons, 1983). However, there are quite a few studies that have not found any support for Gilligan’s thesis (Armon and Dawson, 1997; Ford and Lowery, 1986; Friedman et al., 1987; Nunner-Winkler, 1994; Pratt et al., 1984; Pratt and Royer, 1982; Rest, 1979; Rothbart et al., 1986; Smetana, 1981; Smetana et al., 1991; Snarey et al., 1985; Stack, 1990; Walker, 1984, 1989; Walker et al., 1987; Ward, 1988; Waterman, 1982). So far, and despite numerous attempts to study moral decision-making in both sexes, little evidence favors Gilligan’s model (Jaffee and Hyde, 2000). Furthermore, recent meta-analyses point to a gender similarity hypothesis that holds that males and females are similar on most psychological variables including moral reasoning (Hyde, 2005, 581).

Leaving aside sex differences in the moral domain, it is a truism that research from a variety of fields has reported various phenomena concerning the contextual

and relational dimension of female decision-making. For instance, a large body of experimental work indicates that social preferences of women are more situationally specific (Croson and Gneezy, 2009), that is, female preferences about others are more changeable depending on each experimental setting. According to the experimental economic literature, women also tend to pay more attention to the interpersonal aspect of the partnership within strategic contexts, whereas men are more likely to focus only on the strategic component of the interaction (Buchan et al., 2008). A similar result was found by Maddux and Brewer (2005) in their study of gender differences in relational and collective bases for trust: men trusted individuals based on whether or not they shared group membership; on the contrary, women trusted individuals when they shared relationship connections.

Indeed, the idea of a ‘connected’ self is not new. Twenty years ago, Paula England (1989; 1990) highlighted that women do not fit into a microeconomic model where the ‘self’ is conceptualized as selfish and ‘separate’ from others. She argued that female self is ‘relational’ and cares about the rest of the individuals. Whilst in the former model of human nature and economic behaviour, reasons are isolated from emotions; the latter model proposed by England rejects this dichotomy, and emphasizes the connection to others. Moreover, the relational way in which women tend to construct their ‘self’ has been supported empirically and across cultures (Cross and Madson, 1997; Cross et al., 2002; Gabriel and Gardner, 1999; Kashima et al., 2000, 1995). Therefore, it is reasonable to consider that this aspect of the self might affect moral reasoning. Do men and women speak in different moral voices after all? And, which factors might be implicated, thus, in the existence of those voices?

It has been recently suggested that empathy may play a determinant role in issues concerning moral sensitivity, moral reasoning and moral behavior (Hoffman, 2000). There is mounting evidence showing that women are better at empathizing than men (Auyeung et al., 2009; Baron-Cohen et al., 2005; Eisenberg and Randy, 1983; Hoffman, 1977; Schulte-Rüther et al., 2008). Thus, sex differences in empathy favoring females may explain some of the sex differences related to the phenomena reported by Carol Gilligan. Indeed, Gilligan, building on the work of Nancy Chodorow (1978), referred to ‘empathy’ as a key factor if the relational and interconnectedness dimension of women’s psychology is to be comprehended (Gilligan, 1982). “Helping out”, “being kind” and “not hurting” characterizes an ethic of nurturing and caring, (Gilligan, 1982) but these,

6. GILLIGAN A EXAMEN

too, are empathetic behaviors related to the human ability of putting ourselves in others' shoes.

In this paper, a simple experiment was conducted to shed light on this topic by investigating sex differences in moral preferences, and its relation to empathy. Male and female children and adolescents were presented with six possible moral solutions to the dilemma of Heinz, which both Gilligan and Kohlberg used in their original investigations. This dilemma was also manipulated in order to study the effect of protagonist's gender on the responses chosen by the participants. Finally, in order to assess to what extent empathy is related to moral preferences, all participants were asked to fill out the Empathy Quotient Test (Baron-Cohen and Wheelwright, 2004). It is worth noting that our goal was not to analyze how subjects morally reasoned—responses were already elaborated—, but to test if they display the gender difference in moral orientation as hypothesized by Gilligan.

Age was revealed as a significant variable related to moral preferences. More female than male participants picked the “ethic of care solution” whilst more males than females picked the “ethic of rights solution”. However, both sexes tended to exhibit rights preferences as age increased. The analysis also showed that the gender of the dilemma's protagonist influenced the moral preferences of participants. Finally, females scored significantly higher than males in the EQT. Yet, the empathy quotient *per se* did not predict the solution to Heinz's dilemma, and the salience of sex differences within experimental settings will be questioned later.

The rest of this paper proceeds as follows. Section One introduces Gilligan's main claims about the existence of two moral accounts. A review of the empirical literature on sex differences in moral reasoning, as well as the main criticisms of Gilligan's work is also presented in this section. Empathy regarding caring is explored in the next section, experimental design and methods employed are introduced in section three, and results are shown and discussed in sections four and five, respectively.

6.3 Carol Gilligan's account on the existence of two ethics

Carol Gilligan first realized the presence of male bias in Kohlberg's work when she was collaborating with him as a research assistant at Harvard University. Such biases involved the use of hypothetical dilemmas to elicit moral judgments in order to develop

6.3 Carol Gilligan's account on the existence of two ethics

a moral scale. Gilligan also noticed that the sample used for this purpose was male and, hence, Kohlberg's scale did not reflect the moral development of women. As a result, women scored lower than men when invited to reason about moral issues using this method (Kohlberg and Kramer, 1969). In particular, most women fell into the third stage of Kohlberg's developmental sequence (Hosltain, 1976): a conventional mode characterized by mutual interpersonal expectations, relationships and conformity. In this moral stage, 'goodness' is what pleases or helps others. On the other hand, men reached the conventional fourth stage characterized by the maintenance of the social system according to rules, laws and duties (Ibid).

It is worth noting that, according to Kohlberg's findings, only a minority of adults scored in stages five and six of the post-conventional level. These stages are defined by social utility and universal ethical principles, respectively. Also, in the view of Kohlberg, the three levels of moral development (preconventional, conventional and postconventional), as well as its six stages of moral reasoning are universal and invariant: the same order is always followed in a hierarchical manner.

Gilligan aimed to enlarge his developmental account by claiming that two universal modes of describing the relationship between 'other' and 'self' characteristic of each sex do exist. Consequently only men fit in Kohlberg's approach. According to her, women construct a moral problem in terms of caring and not hurting others, whilst men focus on the rights and rules that are supposed to lead them to the appropriate solution. As a result, morality itself arises from different values and causes distinct ethical accounts to appear:

The morality of rights is predicated on equality and centered on the understanding of fairness, while the ethic of responsibility relies on the concept of equity, the recognition of differences in need. While the ethic of rights is a manifestation of equal respect, balancing the claims of other and self, the ethic of responsibility rests on an understanding that gives rise to compassion and care (Gilligan, 1982, pg 164-54).

According to Gilligan these two moral modes are connected, and neither one is better than the other. Yet, she claimed that men and women are likely to speak in their own languages: using the same words to refer to dissimilar experiences (Gilligan, 1982, pg 173). Thus, the exclusion of the female voice in the field of moral development has

6. GILLIGAN A EXAMEN

obscured our understanding of female psychology, that has been traditionally measured against the male standard. Such an exclusion indicate limitations “in a theory framed by men and validated by research samples disproportionately male” (Gilligan, 1977, pg 490). As a consequence, the stages and sequence of female moral development has been categorized as a deviation from the male pattern and dismissed as irrelevant or immature. In this sense, Gilligan’s work promised to shed great light in this issue by restoring “the missing text of women’s development” (Gilligan, 1980) and revealing the limitations of former psychological and social accounts.

6.3.1 Gilligan and her critics

The work of Carol Gilligan has come under criticism for several reasons. In the first place, any statement of sex or gender differences is likely to be highly controversial. Secondly, Gilligan’s thesis has been the subject of heated debate among scholars as to whether or not her claims have a sound empirical backing. Finally, it has also been pointed out that some major methodological deficiencies in her research could have seriously compromised her findings (Broughton, 1983; Greeno and Maccoby, 1986; Hoff-Sommers, 2002; Luria, 1986). In addition, the adequateness of her sample is questionable³. For instance, Gilligan presented only brief excerpts from the interviews she conducted, precluding us from knowing if the rest of the interview supports her final conclusions. Neither is it possible to evaluate representativeness of those excerpts. Given that she quoted very few of the participants and presented no tabulation of the interviews, the anecdotic character of her research has also been severely critiqued (Hoff-Sommers, 2002).

Also, a question might be raised as to what extent her own empirical data fits her theory. As Broughton has noticed, male and female ways of reasoning appear respectively in some women and men interviewed by Gilligan (Broughton, 1983). This brings the suspicion that Gilligan could have selected those excerpts suiting her thesis, instead of basing her interpretation on a rigorous analysis of the data (Ibid). Finally, it has also been said that Gilligan does not make a clear distinction between theoretical

³For instance, the index of study participants of her essay *In a different voice* is of 32 individuals, a sample that at first glance does not seem to be large enough to be representative of men’s and women’s moral orientations. Much of the main critiques to Gilligan’s sample can be found in Luria (1986) and Hoff-Sommers (2002).

6.3 Carol Gilligan's account on the existence of two ethics

speculation and discussion of the data, literary examples or metaphors, and verifiable facts (Luria, 1986).

Furthermore, a review of the literature does cast a reasonable doubt upon many issues regarding the existence of sex-specific moral approaches. In particular, Walker and his colleagues (Walker, 1984, 1989; Walker et al., 1987) conducted several studies using meta-analysis methods, showing that sex differences among children, adolescents and adults are rare, as the effect size turned out to be small. More interestingly, those gender differences vanished when controlling for education. Another meta-analysis yielded a similar result (Thoma, 1986), highlighting that educational level predicted moral reasoning much better than did gender. Indeed, this result has been supported by other studies (Brabeck, 1983; Snarey et al., 1985; Walker, 1989), and more than twenty years later, further evidence suggests that men and women do not morally differ (Hyde, 2005; Jaffee and Hyde, 2000).

Some scholars, on the other hand, have critiqued that Gilligan makes gender the only relevant category of moral development, ignoring some other important variables such as race and class (Tronto, 1993). In fact, Gilligan's studies are limited to mostly white, middle and upper class women. Therefore, Gilligan's work is ethnically and culturally biased. In particular, moral reasoning and orientation among racial minorities may be affected by specific factors regarding dynamics of discrimination and oppression (Knox et al., 2004). However, it is worth noting that this 'minority effect' does not lead to differences between care and rights orientations that point systematically to the same direction⁴.

Finally, other criticisms are related to Gilligan's interpretation of stages and concepts proposed by her mentor, that might not reflect accurately what Kohlberg proposed in his work. In addition, Gilligan herself also addresses female moral development in terms of universal and invariant stages⁵ with similar characteristics of those of

⁴Whereas a parallelism between African moral thinking and a care perspective has been hypothesized (Collins, 2000; Harding, 1987; Jackson, 1982), some empirical studies have found no differences regarding the use of both justice and care arguments (Stack, 1990), or even found the Afro American to be more prone to embrace a justice moral perspective when responding to moral dilemmas (Gilligan and Attanucci, 1988; Knox et al., 2004). See Tronto (1993) for a full review.

⁵She posits that level 1 is oriented to pragmatism and survival. Then, comes a transition from selfishness to responsibility. At this second level, the 'self' is attached and connected to others. A second transition starts when women reconsider the morality of care and separate the self from the others, in an effort to balance others's and own's necessities. Finally, the third stage is characterized

Kohlberg, although the stages of the moral sequence are less central to her approach than to Kohlberg's.

6.4 Empathy: from psychoanalysis to neuropsychology

The impact of Carol Gilligan's work is beyond any doubt. Over 9400 citations to her work appear in the ISI Web of Knowledge during the past three decades. Certainly, referring to Gilligan's work has become mandatory when approaching certain topics. However, Gilligan's building blocks concepts of "separateness" and "connectedness" have a dubious origin, that might have gone unnoticed for those who enthusiastically refer to her findings: psychoanalysis.

The non falsifiable nature of psychoanalysis is the main source of criticism to this sort of pseudoscience. Also, psychoanalytical theories have ended up unsupported by a great deal of evidence from clinical and neuropsychological research. Although psychoanalysis was already in decline during the nineteen eighties, it was still popular in some academic circles by the time Nancy Chodorow decided to make her feminist contribution to it with *The Reproduction of Mothering* (Chodorow, 1978).

Ever since, feminist theories have found in psychoanalysis an ally in the search for the non biological roots of gender. Individuals are not born as male or female (are born bisexual according to Freud) but become gendered by a complex psycho-sexual development that starts early in childhood⁶. Chodorow, drawing on the work of other psychoanalysts, claims that same sex similarity makes little girls identify themselves with and connect to the maternal figure. By the same token, mothers tend to experience "a sense of oneness and continuity" with their daughters. Girls, as a result, are gifted with empathy and with "a strong bases for experiencing others's needs and feelings as one's own". The preodipal period runs rather differently for male infants. Because they are not of the same gender, mothers experience their sons as opposite and separated individuals. There are some other lurid aspects of the preodipal sexualized relationship that sons are supposed to establish with the maternal figure that does not affect females. Yet, issues related to the process of individuation are more important for females than for male infants:

by an acceptance of the obligation of not to hurt as a universal guide to moral choice.

⁶For instance, according to Chodorow herself, psychoanalysis indicates that "there is nothing inevitable, natural or preestablished in the development of human sexuality" (Chodorow, 1978, P. 113).

6.4 Empathy: from psychoanalysis to neuropsychology

There is a tendency in women toward boundary confusion and a lack of sense of separateness from the world. Most women do develop ego boundaries and a sense of separate self. However, women's ego and object relational issues are concerned with this tendency on one level (of potential conflict, of experience of object relations), even as on another level (in the formation of ego boundaries and the development of a separate identity) the issues are resolved (Chodorow, 1978, P. 110).

This idea inspired much of Gilligan's elucidations. Roughly, separateness resulting from preodipal gender differences makes men adopt an ethic of rights focused on justice. Connectedness, on the contrary, lead women to an ethic of care, that emphasizes individual's relationship to people, and how to best empathize with and care for others.

Putting the psychoanalytical vision of empathy to one side, is there any empirical evidence suggesting that women are better at empathizing than are men? Indeed, research into sex differences in prosocial behavior does show that women are the most empathic sex. The female drive for empathizing does not start however in childhood, during the oedipus period, but earlier during fetal development. Review of the field clearly suggests that sex differences in empathy are biological in part (Knickmeyer et al., 2006; Singer et al., 2006). These findings are consistent with the wealth of traditional research in psychology that point to a female advantage on empathy-related skills (Eisenberg and Randy, 1983; Ellis et al., 2008; Hoffman, 1977). In particular, it has been suggested that this sex difference is testosterone-dependent (Baron-Cohen et al., 2004; Hermans et al., 2006). Foetal testosterone acts on the developing brain, producing sex differences in neural structure and function, that is related to later social cognition and behavior.

A sexual dimorphism in socio-cognitive abilities results in women outperforming men in non verbal communication, facial processing, emotional recognition, social sensitivity, and theory of mind, among others (Chakrabarti and Baron-Cohen, 2006; Hampson et al., 2006; Walker, 2005). For instance, foetal testosterone (fT, hereafter) is inversely correlated to vocabulary size and eye contact at 12 months of age, and quality of social interactions at age four (Baron-Cohen et al., 2004). By contrast, fT is positively correlated to male sex typical play behavior, and sex typical toy preferences have been

6. GILLIGAN A EXAMEN

observed in children as young as 12 months of age⁷. Also, sex differences in looking preferences of neonates has also been found in a interesting experiment: male newborns spent more time looking at a physical mechanical object whilst female newborn showed more interest in a face object (Conellan et al., 2000). All these findings support the idea that sex differences in sociability cannot be merely accounted in terms of social factors. Biology also plays a vital role.

However, the existence of sex differences and the *saliency* of those differences within experimental contexts are distinguishable aspects. Sex differences *per se* do not guarantee that such difference will be a powerful predictor when interacting with other variables in an experimental setting, but this does not mean that sex differences do not exist either. This paper addresses precisely this question. Given that sex differences in empathy exist, are they linked to morality? And more importantly, do men and women differ in their moral preferences to the extent of displaying such tendency when presented with a simple and hypothetical moral dilemma? We try to answer these questions in the next sections.

6.5 Experimental Design and Method

6.5.1 Participants

Participants consisted of 527 students (265 females and 262 males) of ages ten to sixteen. We conducted the experiment at primary and secondary schools in the North and South of Spain. Educative institutions taking part in the study are of different categories: independent schools privately financed with a religious affiliation, independent secular schools and public secular schools. All students' responses were gathered over the courses of 2008-2009 and 2009-2010 academic years.

⁷Strong evidence of androgens's effect on human sexual differentiation comes from studies of play behavior in girls with congenital adrenal hyperplasia (CAH), resulting from their exposure to excessive androgen levels in the uterus (Berenbaum and Hines, 1992). Experiments with vervet and rhesus monkeys (Gerianne and Hines, 2002; Hassett et al., 2008) also suggest that toy preferences are biologically determined: infants of both sexes presented with male and female toys showed the same gender preferences observed in human children, that is, male infants preferred to play with cars and balls whereas female infants preferred dolls and pots as well as neutral toys. These findings challenge the view that toy preferences arise from gendered socialization.

6.5.2 Aims

We have four aims: to test whether or not moral preferences of male and female participants differ depending on their rights versus care orientations, and if so, to test to what extent sex differences in empathy are related to this phenomena; to test whether age also plays a role when preferring distinct solutions; and to test whether the gender of the dilemma's protagonist influences participants moral decision-making.

6.5.3 Instruments

6.5.4 Moral dilemmas

Participants were presented with one of two hypothetical dilemmas in questionnaire format (see Appendix A). Dilemma 1 is based on Heinz's dilemma. In the original version of Heinz dilemma, Heinz is a man that decides to steal a drug in order to save the life of his wife, who is suffering from cancer. In this experiment, participants were informed of Heinz's emotional distress, and of his desperation in the stealing of the drug. They were asked to predict what Heinz was going to do: steal or not steal the drug. This prediction task required a theory of mind capacity⁸ that is related to the empathy system. Therefore, by reading Heinz's mind, we expected to activate subjects's empathy toward the protagonist. Afterwards, they were invited to think about whether or not Heinz should steal the drug. This moral-empathic task consists in deciding what the character must do given the consequences he would suffer in two different scenarios: stealing or not stealing the drug. Dilemma 2 is a manipulated version of Dilemma 1, in which the gender of Heinz has been altered: the protagonist is a woman whose husband is seriously ill.

6.5.5 Solutions to the moral dilemmas

Six different items (three advocating for stealing the drug, and three advocating for not stealing) followed Heinz's story; instruction specified that only one of them should be picked as a solution for Heinz's problem. By presenting participants with this set of

⁸We refer to the ability to attribute mental states such as beliefs, intents, desires, pretending, etc. to oneself and others, and to understand that others have beliefs, desires and intentions that are different from one's own.

6. GILLIGAN A EXAMEN

solutions we expected to activate their moral schemas so that their moral orientation and preferences could be revealed.

The goal of this experiment is not to test Kohlbers's and Gilligan's moral stages. Thus, the solutions do not reflect all the stages and transitions hypothesized by them. However, the neo-kohlbergian moral model of Rest *et al.* (2000), that combines some basic starting points of Kohlberg's account with a cognitive science approach⁹ was followed. According to this model, items were made to be representative of three structures of moral thinking development: personal interest schema, maintaining norm schema and pos-tconventional schema. We also ensured that terms differed in their empathy orientation.

As a result, we have got one item that reflects a personal interest schema, two items that fit with a maintaining norm schema, and two items for a post-conventional schema. The item left is the least morally elaborated as it justifies Heinz's action by letting the protagonist be driven by his her emotional distress, without making any judgment (TABLE 1). One of the two postconventional schema items is characteristic of the ethic of care and responsibilities, as it is oriented to the moral ideal of not hurting; This item is expected to elicit empathic emotions such as kindness and compassion towards Heinz. The other postconventional item is representative of an ethic of justice and rights: it applies to an abstract and universal moral principle that Heinz must follow. This item is thus expected to elicit an attitude of fairness. Both postconventional items were formulated after reviewing real examples of care and justice arguments to Heinz's dilemma provided by Gilligan and Kohlberg.

⁹In particular, their model is based on schema theory. In this view, moral schemas do not directly assess cognitive operations, they are, instead, structures which organize our knowledge and beliefs in order to interpret and process information. Secondly, it incorporates recent research on the field of moral philosophy that has challenged our folk understanding of how the human mind deals with moral problems. From this perspective, individuals do not always consciously apply to explicit moral principles. Quite the contrary, the so-called trolley dilemmas has provided us with some robust evidence suggesting that, an appraisal system generates moral judgments in a non conscious manner based on causal and intentional properties of human action. Following this view, schema structure are themselves unconscious, and activated automatically when their patterns match the pattern of incoming data. See, e.g. Narvaez and Bock (2002) and Rest *et al.* (Rest et al., 2000)

6.5 Experimental Design and Method

Moral solution	Arguments	Moral schema	
Ms1	Not stealing	Heinz will languish in jail	Personal-interest
Ms2	Stealing	Duty toward the spouse	Maintaining-norm: duty
Ms3	Stealing	Saving a life versus Law	Postconventional: ethic of rights
Ms4	Stealing	Heinz's desperation	Emotionally-driven
Ms5	Not stealing	Law Obedience	Maintaining-norm: law
Ms6	Not stealing	Heinz's goodness and suffering	Postconventional: ethic of care

Table 6.1: Moral solutions provided

6.5.6 Empathy quotient test

All participants filled out an adapted version of the Empathy Quotient Test (EQT). This instrument was developed by Baron-Cohen and his collaborators (Baron-Cohen and Wheelwright, 2004) because they believed that a new measure of empathy was needed¹⁰. We introduced little corrections to the writing of some items in order to make them more easily understandable considering the age of the participants. It is worth noting that previous investigations with subjects under ten years old made use of a child version of the questionnaire, that the parents of the children taking part in the research filled out. However, individuals of 10 to 16 years old were able to answer this modified version of the adult questionnaire (see Appendix B). The EQT is comprised of 60 questions, 40 questions measuring empathy and 20 filler items (See Appendix B). Items scored depending whether the respondent recorded an empathetic behavior strongly (2 points), mildly (1 point) or did not at all (0 points)¹¹.

6.5.7 Procedure

Male and female participants were given both the questionnaire and the test, while they remained seated in the same room in which they usually take their lessons. In all sessions, their tutor introduced first the researcher and the investigation, asking for honesty, collaboration and silence while doing it. It was assured that nobody was going

¹⁰Quite a few instruments have attempted to measure empathy. Yet, according to Baron-Cohen many of these may have failed to do so. See a complete discussion in Baron-Cohen and Wheelwright (2002).

¹¹Items are of two categories, that were mixed randomly: half of them were designed by Baron-Cohen's team to produce an 'agree' response, and half of them were designed to produce a 'disagree' response, in order to avoid bias (Baron-Cohen and Wheelwright, 2004).

6. GILLIGAN A EXAMEN

to judge their opinion or correct them, and that anonymity was guaranteed. Finally, we read the instruction aloud. They were asked to raise their hand in case of having any doubt in order for the researcher to attend them privately. All participants were given a token that was shown before the questionnaires were provided. Both version of the dilemma were mixed and given to male and female participants in a random manner.

6.6 Results

6.6.1 Effect of the age and sex of participants on their moral preferences

Participants chose the *rights* and *care* responses followed by the *emotional* response to a much higher degree than the rest of the solutions in both dilemmas. A chi-square analysis revealed sex differences with regard to postconventional care and maintaining norm (duty argument) responses in dilemma 1 (TABLE 3): more female than male participants prefer the care response (Cr, hereafter) and more male than female participants preferred the duty response (Dr, hereafter). These differences are significant from a statistical point of view ($p= 0.003$). By contrast, no significant differences were found in relation to the rights response (Rr, hereafter) although more male than female participants chose this response as a solution for Heinz’s problem in dilemma 1.

Moral schema	Pers Int.	M-n Duty	Postc. Rights	Emot.	M-n Law	Postc. Care
Females (N= 111)						
Freq	5	3	35	25	2	41
Chi2 contrib.	1.5	2.4	0.4	0.1	0.5	4.4
Percent row	4.5%	2.7%	31.5%	22.5%	1.8%	36.9%
Males (N= 122)						
Freq	13	12	47	24	5	21
Chi2 Contrib.	1.4	2.2	0.4	0.1	0.51	4.0
Percent row	10.6%	9.8%	38.5%	19.6%	4.1%	17.2%
Pearson chi2(5)= 17.99902 P= 0.003						

Table 6.2: Responses chosen in Dilemma 1 (Heinz is male)

These results are consistent, in part, with Gilligan’s claims. However, when the sex of Heinz is manipulated (Heinz is female) sex differences vanish (TABLE 4); yet, sex

differences found in dilemma 2 also point to more female than male subjects choosing the Cr and more male than female subjects preferring the Rr.

Moral schema	Pers Int.	M-n Duty	Postc. Rights	Emot.	M-n Law	Postc. Care
Females (N= 146)						
Freq	11	6	40	27	3	59
Chi2 contrib.	0.0	0.2	1.7	0.3	0.1	0.9
Percent	7.3%	4.1%	27.4%	18.5%	2%	40.4%
Males (N= 134)						
Freq	9	8	54	20	2	41
Chi2 contrib	0.0	0.3	1.8	0.3	0.1	1.0
Percent	6.7%	5.9%	40.3%	14.9%	1.5%	30.6%
Pearson chi2(5)= 6.5511 P= 0.256						

Table 6.3: Responses chosen in Dilemma 2 (Heinz is female)

Results concerning the sex manipulation are also in line with that of MacGilli et al. (2003) in that moral preferences seem to be influenced somehow by the sex of the person being judged.

Significant differences regarding age of participants were also found in both dilemmas: as participants age they prefer the rights and the emotional responses instead of the care one, and this is true for both sexes. This result is significant from a statistical point of view in both dilemmas: Pearson $\chi^2(25) = 43.7523$, $p = 0.012$ in dilemma 1; Pearson $\chi^2(25) = 51.9587$, $p = 0.001$ for dilemma 2. However, the transition between care and rights preferences seems to occur at different ages depending on the sex of the participants: thirteen for males, and fourteen for females (GRAPH 1)¹². Thus, age seem to be an important moderator variable in the relationship between sex moral preferences.

6.6.2 Empathy and moral preferences

A t-test was used to examine whether sex differences in empathy quotient existed. We found that females scored significantly higher than males ($t = 4.8590$, $df = 525$, $p = 0.000$). Mean EQ scores are shown in Table 4. Using the cut-off score established by Baron-Cohen, we found that more than twice as many males as females scored equal to

¹²Responses in Figure 1 and Figure 2 are numbered from 1 to 6, and correspond to responses Ms1-Ms6 as shown in Table 1.

6. GILLIGAN A EXAMEN

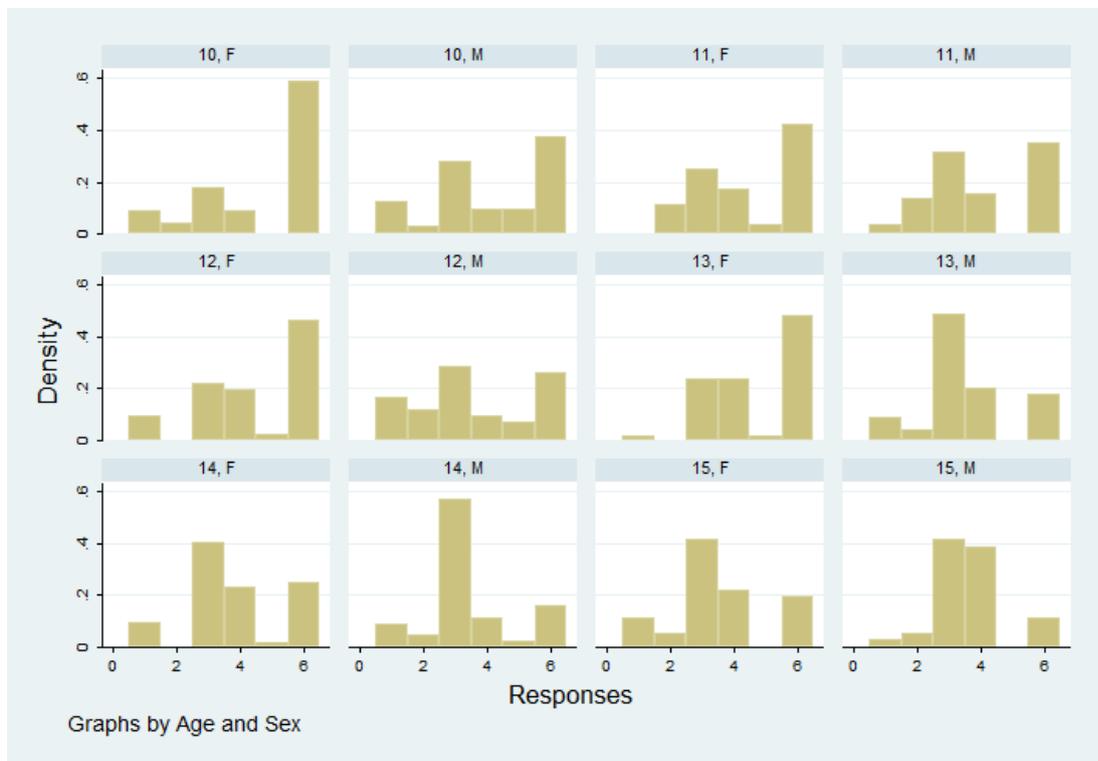


Figure 6.1: Age Differences in moral preferences -

or fewer than 30 points. Twice as many women as men scored equal to or more than 54 points, and almost three times as many females as males scored equal to or more than 64 points.

Group	Total (max= 80)	≤ 32	32-53	≥ 54	≥ 62
Females (n= 265)					
Mean	44.916	5.3%	72.1%	16.2%	3.8%
SD	9.497				
Males (n= 262)					
Mean	40.839	13.7%	71%	8.%	.8%
SD	9.836				

Table 6.4: Means and SDs of Total Empathy Quotient Score

Empathy *per se* seems not to be related to moral preferences (GRAPH 2): significant differences between those participants with low, on average and high EQ were not found in any of the two dilemmas: Pearson $\chi^2(10) = 5.021$, $p = 0.890$ for dilemma 1; Pearson $\chi^2(10) = 13.895$, $df=10$, $p=0.108$ for dilemma 2.

6.6.3 Predicting moral preferences

In order to predict with accuracy the most likely moral preference of subjects, a multinomial regression was conducted. We concentrated on the three moral preferences that were chosen by the majority of participants: care, rights and emotional.

Our dependent variable has four categories: care preferences (n=162), rights preferences (n=176), emotional preferences (n=96) and others preferences (n=93). We use this latter category as the base outcome for comparison. We estimate the impact on the probability of having distinct moral preferences of male and female participants of different ages. Prior inspection of the data set indicated that school's orientation (secular versus religious) and empathy quotient of participants were not relevant factors, and therefore we dropped them from further considerations.

The set of independent variables are sex, age, and dilemma control. *SexFemale* takes value 1 when the participant is female, otherwise 0. *Dilemmacontrol* takes value 1 when the protagonist of dilemma is male, otherwise 0. An interaction effect between being female and solving the Dilemma control is also studied: *Sexdilemma* takes value 1 when the participant is female and the dilemma's protagonist is male, otherwise 0.

6. GILLIGAN A EXAMEN

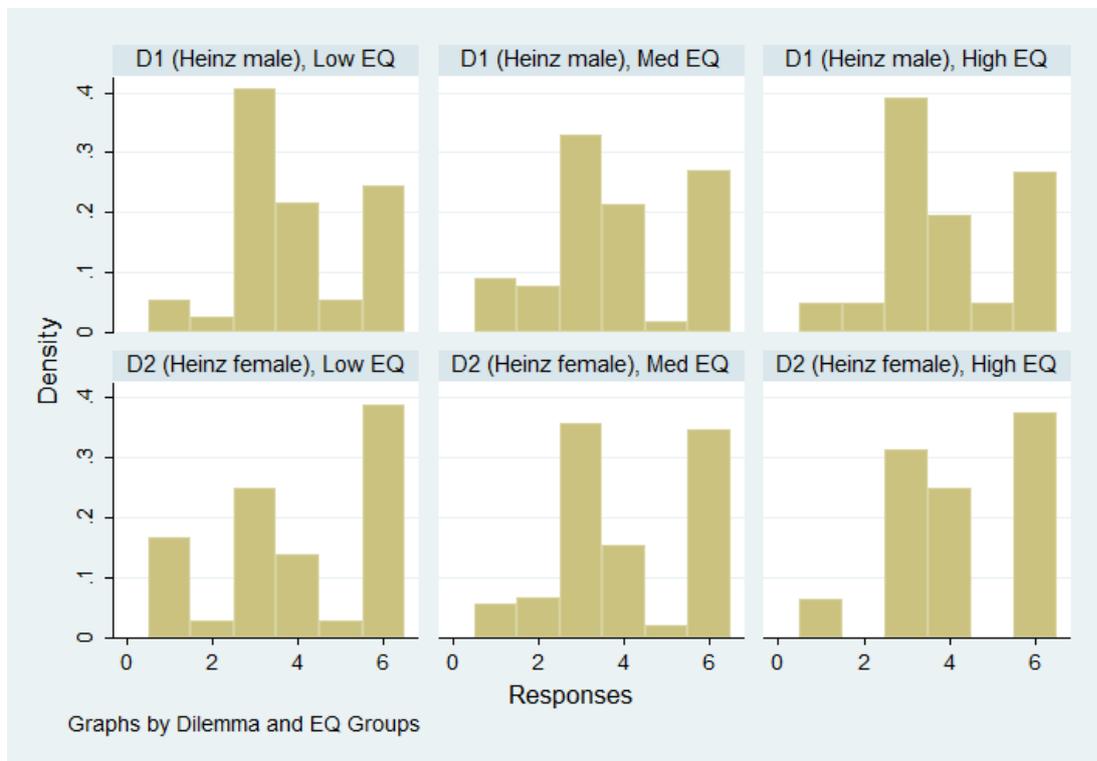


Figure 6.2: Empathy and moral preferences -

As shown in table 5, the interaction between being a woman and solving the control dilemma (Heinz is male) increases the probability of preferring both the rights and care solutions over others. The model confirms that, as individuals age they are more likely to exhibit rights and emotional preferences. The gender of the dilemmas's protagonist turned out to be relevant when preferring a care solution. In this sense, the probability of preferring a care solution over others decreases when Heinz is male. Finally, the analysis shows that the sex of participants *per se* does not predict moral preferences.

Moral Schemas	Coef.	Std. Err.
Postconv. Rights		
<i>Sexdilema</i>	1.018	0.536*
<i>Age</i>	0.239	0.082***
<i>SexFemale</i>	-0.490	0.367
<i>Dilemmacontrol</i>	-0.649	0.345
Emotional-driven		
<i>Sexdilema</i>	0.754	0.603
<i>Age</i>	0.254	0.094***
<i>SexFemale</i>	-0.105	0.423
<i>Dilemmacontrol</i>	-0.331	0.414
Postconv. Care		
<i>Sexdilema</i>	1.344	0.552*
<i>Age</i>	-0.117	0.0856
<i>SexFemale</i>	0.255	0.362
<i>Dilemmacontrol</i>	-1.152	0.386***
log likelihood -678.1259		observations = 527
*** $p < 0.01$ ** $p < 0.05$ * $p < 0.1$		

Table 6.5: Multinomial logit regression model of moral preferences

6.7 Discussion

Much of the discussion about Carol Gilligan's work has centered on whether the evidence regarding the existence of two gendered moral voices is weak or strong. Some other authors have discussed methodological issues that might have affected the empirical nature of her findings. The aim of this paper is to contribute to the care-justice debate by investigating moral preferences in a systematic manner using an experimental method. The relatively large sample size of this study (527 elementary and secondary school children) allowed us to further explore sex differences in one of the moral dilemmas used by Gilligan in her seminal investigation. Of particular interest was to address moral preferences without making use of open-ended questions. As Flanagan and Jackson (1987) noted, the relationship between first person speech and underlying psychology is problematic. Besides, narrative data is often prone to researchers' bias which can compromise objectivity. In order to avoid this methodological problem, six different responses were offered to all participants.

Overall, our results do not fully support Gilligan's conceptual model of sex-specific moral orientations, since robust sex differences were not found across dilemmas. Both sexes were likely to exhibit either care or rights preferences, although female preference tendencie toward care were stronger. This was especially true when the protagonist of the dilemma is male. It is worth recalling here Carol Gilligan's assertion that hypothetical dilemmas are less likely to trigger care responses than real-life moral conflicts. Given this fact, and the fact that changes in fictitious situations seem to lead to changes in care and rights preferences, it can be concluded that the generalizability of her model is very limited.

In addition, it was found that older individuals of both sexes tend to converge in their orientation toward rights preferences. Interestingly, other researchers have also reported age-related changes in prosocial moral reasoning, that takes place during late childhood and early adolescence (Carlo et al., 1996; Eisenberg et al., 1995). Thus, aging might be an important mechanism that lessens differences between the sexes when engaged in moral issues. This finding is somewhat consistent with the approach of Aldrich and Kage (2003) that highlights an interaction between gender and age when predicting moral evaluations. These authors suggest that future research on the topic should be less gender-centric, since the evidence for age differences in moral reasoning is

stronger than the evidence for gender differences. Thus we can conclude that, according to the analysis presented here, sex is not a reliable variable when predicting moral orientation.

To date, the existence and salience of justice and care gendered moralities are still the subject of investigation. For instance, when moralities of justice and care are considered in relation to gender role patterns, as well as personality traits, it has been found that the latter dimension is more important than the former (Glover, 2001). By contrast, Skoe *et al.* (2002) found that women and feminine personalities showed more empathic concern for other people when invited to reason about different types of moral dilemmas.

Nevertheless, the question arises as to what extent the care-justice dichotomy is useful and whether it provides us with valuable knowledge about differences between men and women. A review of the literature shows a mountain of weak and inconsistent results regarding the existence of two moral voices. Investigations employing Kohlberg's scale have also revealed ambiguous results (Donenberg and Hoffman, 1988). This may be due, in part to the fact that morality, as we mentioned before, cannot only be accounted in terms of deliberative conscious reasoning. This affects Carol Gilligan's model as well. In this sense, current approaches of morality have emphasized the intuitive and innate component of moral judgment. Moreover, Bucciarelli *et al.* (2008), propose that emotions and conscious deliberations are independent systems that operate in parallel. The emotional response is prevalent in some cases, whereas the moral evaluation prevails in others, and in some other cases both reactions can occur at the same time. This makes it difficult to find out what is specifically involved in moral processing.

Recently, the care-justice debate has been couched in terms of empathy. In this vein, a body of research suggests that there are sex-related differences in prosocial behaviour with regard to moral decision-making. However, whether those sex differences in feeling concern and empathy for others reflect a caring moral orientation is not yet clear. To provide insight into this issue, we have concentrated on empathy as a plausible variable involved in moral preferences. We moved from the concept of the 'relational self' proposed by Gilligan, which has its roots in psychoanalysis, to a neuropsychological account of empathy that has reported strong sex differences favoring females.

6. GILLIGAN A EXAMEN

Consistent with predictions, female participants outperformed males in the empathy quotient test. This finding is in line with results from the original studies of Baron-Cohen and his collaborators (Baron-Cohen and Wheelwright, 2004; Lawrence et al., 2004), with those of Muncer and Ling (2006) with studies reporting cross-cultural validation of the EQT (Berthoz et al., 2008; Wakabayashi et al., 2007), as well as with the results obtained by shorter versions of this instrument (Wakabayashi et al., 2006). However, it was found that having a high empathy quotient does not necessarily lead to the display of a stronger care-based orientation. Therefore, further investigation is needed in order to determine which variables might mediate the path between empathy drive, moral orientation and empathetic behavior.

Finally, a methodological issue must be considered. We refer to the salience of sex differences in experimental contexts. Much of the experimental research into sex or gender¹³ differences focuses on *who* questions, e.g. “who is the most altruistic sex?”. It also emphasises the “are there sex/gender differences?” discussions. Yet, looking merely at the effects of sex or gender is of little use when they are not considered in interaction with other situational variables, that cause those differences to be more or less significant.

In a recent paper, Jane Sell (2009) has raised a question concerning the salience of sex differences within experimental contexts. She pointed out that at times gender is salient and at times is not, a fact that experimental literature often misinterprets as contradictory findings when looking for sex differences. As Deaux and Major (1987) highlighted, the difficulty of measuring and replicating sex differences relies on their elusiveness: “a case of now you see them, now you don’t”. Thus, of vital importance in experimental research is to analyse which intervening variables make sex differences salient in some contexts and absent or even reversed in others.

This is particularly relevant when sex differences are related to complex phenomena such as empathy or morality as caring. In this sense, the present study provides empirical evidence about female superiority in empathy skills. Yet, it has failed to prove

¹³There is not an agreement on which differences are socially based in opposition to those that are biologically based. As a consequence, ‘gender’ and ‘sex’ are both used to refer to differences between males and females according to different criteria. According to Gentile (1993) those traits and conditions related to being male or female which causal relation to either biology or culture is missing, should be referred as sex-correlated. Thus, in this paper we have employed the word sex instead of gender when investigating moral preferences which proximate and ultimate causes have not been established yet.

the existence of a relationship between sex differences in empathy and care preferences since age is what ultimately seems to explain moral preferences.

6. GILLIGAN A EXAMEN

7

When does context matter? An experimental study of gender differences in bargaining

7.1 Introducción al artículo

En el trabajo anterior hemos introducido a Carol Gilligan, que fue la primera autora en hablar sobre la dimensión contextual de la toma de decisiones de las mujeres. Aunque hemos visto como su trabajo adolece de algunas deficiencias, lo cierto es que muchas investigaciones se han encontrado con un fenómeno similar al descrito por Gilligan, ya que las mujeres parecen ser más susceptibles a factores contextuales, y tienden a construir su yo de manera relacional, enfatizando las relaciones interpersonales con otros individuos (Brewer and Gardner, 1996; Gabriel and Gardner, 1999; Gross and Khron, 2005; Kashima et al., 2000, 1995; Markus and Kitayama, 1991).

Esta explicación contextual también ha surgido a la hora de analizar qué factores intervienen o explican diferencias de género en las preferencias sociales de hombres y mujeres (Croson and Gneezy, 2009). Por preferencias sociales podemos entender qué lugar ocupa el bienestar de los otros en el nuestro propio. Traducido a un lenguaje económico nos referimos a cómo el pago o las ganancias recibidas por otros entran a formar parte dentro de nuestra función de utilidad, de manera que esto influye a la hora de establecer un determinado reparto material (Bicchieri, 2006). Por ello, hablamos de *self-regarding preferences* y de *other-regarding preferences*, es decir, de preferencias

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

egoístas o no egoístas. Este concepto se ha formalizado en modelos económicos, dónde la toma de decisiones se estudia en relación a diversos componentes del comportamiento humano, tales como el altruismo, la cooperación, la confianza, o la reciprocidad, entre otros. Estudios de laboratorio y campo emplean para ello distintos juegos y variaciones de los mismos como el *Ultimatum Game* o el *Dilema del Prisionero*, por citar dos de los más conocidos.

Investigaciones en esta línea han puesto de relieve que los individuos no solo se preocupan por sus propios beneficios, tal y como postulara el modelo de *homo economicus* de la teoría económica clásica, sino que se preocupan por aspectos pro-sociales tales como la justicia o la reciprocidad. La violación del axioma del egoísmo (comportamiento racional orientado el beneficio propio) se ha encontrado en prácticamente en todas las sociedades humanas donde se han realizado experimentos de este tipo (Henrich et al., 2004). En resumen, cientos de investigaciones han mostrado como los individuos se preocupan porque sus decisiones sean justas y recíprocas a expensas del beneficio propio. Para ello, están dispuestos tanto a premiar a quienes se comportan de una manera pro-social, como a penalizar a quienes no lo hacen, aunque para ello tengan que sacrificar parte de sus pagos. La evidencia experimental es tan grande que el escepticismo inicial con el que se encontró la economía experimental en sus inicios ha quedado prácticamente borrado (Ibid.).

Sin embargo, con esta nueva perspectiva han surgido varios interrogantes relacionados con el debate *nature/nurture* que hemos abordado en esta tesis. Es decir, dado que los seres humanos muestran preferencias sociales, ¿son éstas resultado de una naturaleza humana universal o son producto de factores sociales y culturales? Por otra parte, ¿difieren hombres y mujeres al respecto? Responder a esta última pregunta se torna complicado pues, además de apostar por la culturalidad o universalidad de los comportamientos observados, hemos de decidir si son los rasgos intrínsecos de hombres y mujeres los que explican diferencias en el comportamiento o bien son los rasgos adquiridos por la pertenencia a un grupo (uno u otro sexo) los que determinan las pautas seguidas.

De este modo, el concepto de preferencia puede verse de dos maneras muy distintas. A menudo por preferencia se entiende una elección entre varias alternativas, que cumple ciertos criterios relacionados con la elección y posibilidad de ordenación de las mismas.

Sin embargo, estas preferencias pueden ser también mecanismos psicológicos que emergen de una manera no deliberativa. Esta última aproximación cognitiva del término preferencia no está reñida con la primera definición, pues en la actualidad sabemos que decisiones intuitivas o semiconscientes a veces son justificadas racionalmente a posteriori (Greene y Haidt, 2002), y que en ocasiones racionalidad e intuición interaccionan entre sí (Bucciarelli et al., 2008).

Cuando se analizan diferencias de género en contextos experimentales la literatura apunta a diferencias robustas en relación a preferencias de riesgo y competitividad, de manera que los hombres parecen más proclives a involucrarse en situaciones que implican riesgo individual, y lo hacen dentro y fuera del laboratorio (Harris et al., 2006; Pawlowski et al., 2008; Waldron et al., 2005). También muestran una mayor orientación hacia situaciones que exigen competitividad, y muestran una pauta más competitiva en distintas situaciones experimentales (Gneezy et al., 2003; Niederle and Vesterlund, 2007; Vandergrift and Brown, 2005). Esta última hipótesis ha sido validada en investigaciones con niños (Gneezy and Rustichini, 2004), aunque también se ha encontrado un cierto grado de variabilidad cultural (Gneezy et al., 2009).

Sin embargo, cuando se trata de preferencias sociales, la respuesta es más complicada puesto que los resultados parecen contradictorios o inconsistentes entre sí. Hasta el punto de que la única hipótesis consistente con esta disparidad de resultados es que las mujeres parecen ser más sensibles a los distintos escenarios experimentales, y tienden a modificar su comportamiento en función de variables contextuales. Tal y como Gneezy y Croson (2009) sugieren —haciendo una particular lectura de Gilligan— “las mujeres son más sensibles a las señales sociales que determinan qué comportamiento es el más adecuado. Pequeñas diferencias en el diseño y la implementación experimental pueden afectar estas señales haciendo que las mujeres aparezcan más orientadas hacia los otros en algunos contextos y más orientadas hacia sí mismas en otros” (Croson and Gneezy, 2009, pg 8).

Sin embargo, la tesis de Gilligan de que las mujeres en dilemas morales cotidianos examinan una mayor variedad de cuestiones, que atañen a los individuos implicados en tal situación, no ha sido demostrada. En cualquier caso, su aplicación a las investigaciones en economía experimental es problemática, pues no sabemos exactamente en qué consiste esta sensibilidad al contexto experimental, no se han identificado qué factores

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

son los responsables de alterar estas señales, y qué señales en concreto son analizadas por las mujeres y no por los hombres.

Por otra parte, esta hipótesis surge de una posición teórica que enfatiza las diferencias de género socialmente construidas. El mismo fenómeno también ha sido estudiado desde un prisma evolutivo que interpreta este pensamiento contextual como resultado de la superioridad femenina en habilidades prosociales. De este modo, la caja negra de la contextualidad puede ser abierta y estudiada en términos de distintas capacidades como la empatía, que engloba a su vez otro subconjunto de habilidades como el reconocimiento e interpretación de expresiones faciales, la atribución de estados mentales en el otro, y la capacidad de predecir en base a esta atribución, etc. La antropóloga evolutiva Hellen Fisher (2000) acuñó la expresión de “web thinking” para explicar la aproximación global de las mujeres en contraposición al lineal “step thinking” que caracteriza a los hombres. Así, mientras que las mujeres son capaces de ver un cuadro más general, en el que analizan más detalles, los hombres ponen su atención en un aspecto central de la situación. La anatomía cerebral y el rol de las hormonas explicarían por qué estos dos modos de pensamiento suelen encontrarse en mayor medida en uno u otro sexo.

De modo que, una vez más, naturaleza y cultura hablan de un mismo fenómeno aunque difieren en el origen y en los posibles mecanismos implicados en el mismo. En la investigación que realizamos en el laboratorio de economía experimental del Max Planck sometimos a prueba la hipótesis de Gneezy y Croson (2009), con el objetivo de avanzar en algún resultado que nos ofreciera pistas acerca de en qué radica la sensibilidad femenina a contextos experimentales. El artículo que presentamos a continuación (en co-autoría con Luis M. Miller), y que está siendo evaluado, es fruto de este experimento y de varios documentos de trabajo anteriores.

En este trabajo examinamos el comportamiento y las creencias de hombres y mujeres en dos contextos experimentales distintos: el *Ultimatum Game*, y el *Yes or No Game*. En ambos juegos los participantes tienen que enfrentarse por parejas a un reparto de dinero. Del acuerdo entre los dos jugadores depende que el reparto se lleve a cabo y obtengan un pago económico. Además, los dos jugadores desempeñan roles distintos. El denominado *proposer* tiene la ventaja de proponer un determinado reparto del dinero, beneficiándose de ser el primero en decidir. Por otro lado, el *responder* tiene el poder de aceptar o no la oferta y de que los jugadores se lleven o no dinero al bolsillo. Ambos

son conscientes del papel que desempeñan en la negociación cada rol. Y ninguno de los dos sabe a ciencia cierta qué tipo de decisión va a tomar su compañero.

Por tanto, ambos jugadores deben predecir el comportamiento de su compañero (deben tomar una decisión tratando de prever que ésta sea aceptada por el otro), asumiendo el riesgo de no hacerlo correctamente. Por otra parte, disposiciones sociales tales como la generosidad o la aversión a ofertas desiguales también juegan un papel destacado: ambos jugadores deben establecer sus preferencias en cuanto al tipo de reparto a ofrecer (igualitario o no) y la aceptación o no del mismo.

Por último, aunque en los dos juegos existe incertidumbre acerca de qué es lo que hará realmente el otro, ambos difieren en el nivel de riesgo social que conllevan. El UG es una situación más estratégica, mientras que el YNG constituye un escenario más idóneo para analizar generosidad en contextos de negociación. En definitiva, estudiar el comportamiento de hombres y mujeres en estos dos contextos distintos, que varían en un solo factor, nos permite analizar cómo hombres y mujeres se ven influidos por distintos niveles de riesgo social. Es decir, si las preferencias de las mujeres efectivamente varían en función del contexto, ¿es posible que factores relacionados con la estructura de la propia interacción, como el nivel de riesgo, expliquen esta variabilidad?

Además, también analizamos qué rol juegan las expectativas de género de los participantes. Para ello informamos a unos participantes sí (grupo de tratamiento) y a otros no (grupo de control) del género de la persona con la que están interactuando. Ello nos permite evaluar si hombres y mujeres predicen o ajustan su comportamiento en función de si saben o no que están jugando con un hombre, una mujer o no disponen de esta información de género.

Los denominados *gender pairing effects* (GPE) no están claros dentro de la literatura experimental. Mientras algunos autores encuentran un mayor nivel de competitividad entre parejas del mismo género, otros autores encuentran efectos de solidaridad entre parejas del mismo género. Si en algunas investigaciones los hombres parecen mostrarse de manera más caballerosa con las mujeres, otros estudios encuentran que ambos sexos parecen querer sacar partido de una supuesta mayor generosidad de las mujeres.

La lógica detrás de estos GPE también se desconoce. Algunos autores encuadran estos efectos de interacción dentro de la psicología evolutiva (Sutter et al., 2009), pues de acuerdo a la misma se espera que hombres y mujeres reaccionen de distinta manera ante individuos del mismo o de distinto sexo, debido a las estrategias implicadas en

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

la competición inter e intrasexual resultantes de la selección sexual. De este modo, se espera una mayor competitividad entre hombres y una mayor solidaridad entre mujeres, así como un comportamiento más generoso de los hombres hacia las mujeres.

Sin embargo, la llamada *Social Role Theory* (Eagly, 1987) constituye el otro gran prisma desde el que se analizan estos efectos de género. A grandes rasgos esta teoría postula que hombres y mujeres se comportan de distinta manera en situaciones sociales, ya que adoptan distintos roles debido a los estereotipos de género que la sociedad ha generado. Ello explica, por ejemplo, que las mujeres tengan menos poder, se inclinen por trabajos con menos estatus, se encuentren con trabas en su ascenso social y laboral o se recluyan en la esfera doméstica.

Estos estereotipos de género se levantan sobre las creencias que hombres y mujeres albergan sobre otros individuos en función de su sexo. Por ejemplo, dado el estereotipo de género de que las mujeres son más generosas, los individuos esperan que las mujeres sean más generosas. Es decir, las mujeres pueden ser percibidas de esta manera aunque en la práctica haya o no haya correspondencia entre estereotipo y comportamiento real. Asimismo, las mujeres pueden adaptar su comportamiento a esta expectativa mediante procesos de conformidad a estereotipos de género. Por tanto, bajo este enfoque cualquier efecto de los roles de género en comportamiento es explicado en términos de expectativas y conformidad con los mismos, de modo que los roles de género originan cualquier característica o comportamiento en el que ambos sexos difieran.

Además, se ha señalado que los roles de género no solo dan lugar a estereotipos o creencias de género sino que pueden dar lugar a que estos estereotipos o creencias se conviertan en realidad (Rudman and Glick, 2008) al actuar como profecías que se cumplen a sí mismas (Snyder and Oyamoto, 2001; Snyder et al., 1977). Además pueden tener un efecto negativo o disuasorio cuando el estereotipo es asociado a una desventaja. Por ejemplo, dado el estereotipo de que las mujeres negocian peor, las mujeres pueden sentirse intimidadas en un contexto de negociación. No en balde, explicaciones de este tipo se han empleado a la hora de justificar por qué las mujeres obtienen peores resultados en algunas tareas matemáticas (Steele, 1997).

En definitiva, los estereotipos de género pueden ejercer un efecto sobre los individuos cuando estos son tratados de distinta manera en base a las creencias que se albergan sobre ellos. Este aspecto, no es explorado en profundidad en el siguiente artículo ya que lo abordamos con más detenimiento en el siguiente trabajo que cierra la tesis.

7.2 Introduction

Bargaining abilities are crucial when there is a conflict between employees' demands and employers' offers, when people demand a better salary, or every time that two or more parties have to reach an agreement. However, the interpersonal dimension of bargaining contexts makes investigating bargaining in a controlled environment difficult. Caring about others, avoiding glaringly unfair offers, predicting others' bargaining behavior and taking calculated risks, are all complex personal aspects of a negotiation that can only be studied experimentally in a step-by-step manner.

Bargaining outcomes depend heavily on parties' willingness to cooperate during the negotiation process. According to gender stereotypes, women are often expected to be more cooperative, caring and generous (Deaux and Lewis, 1984; Eagly, 1987). Experimental literature on gender differences in cooperation shows, however, no agreement on which gender is more predisposed to cooperate with others (Gneezy et al., 2003; Kuwabara, 2005; Sell, 1997; Simpson, 2003), to punish selfish behavior, or to seek fairness (Andreoni and Vesterlund, 2001; Bolton and Katok, 1995).

A few studies have indeed found gender differences in bargaining situations (Ayres and Siegelman, 1995; Eckel et al., 2008; Eckel and Grossman, 2001; Holm, 2000; Solnick, 2001), although the size and direction of these differences are not clear. According to the interesting meta-analysis of Walters et al. (1998), the explanation for apparently contradictory results can be found in the bargaining context.

Despite some experimental evidence, it is difficult to conclude that women and men bargain differently. Gender is not a reliable predictor of all types of negotiations (Bowles et al., 2005), and some of the gender effects reported in the literature have been found to be weak, and weaker when more powerful variables are present (Walters et al., 1998). This is also in line with the recent suggestion by Jane Sell (2009) that experimental literature on gender has overlooked the impact of other intervening variables, as well as the interaction between those variables and gender. In the particular case of gender and bargaining skills, it has been suggested that the degree of structural ambiguity and the presence of gender triggers within the negotiating context moderate the effects of gender on negotiation (Bowles et al., 2005). For instance, whereas high structural ambiguity is related to gender differences that favor males, women seem to perform better when negotiating for others instead for themselves (Ibid).

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

Deciding which, if either, gender is a better negotiator therefore depends very much on the bargaining situation itself. It also depends on how both genders perform under risky and strategic conditions. Women are found to be more risk averse than men in both laboratory studies (Borghans et al., 2009; Bymes et al., 1999; Croson and Gneezy, 2009; Pawlowski et al., 2008) and real life-situations such as crossing in a dangerous place, engaging in risk sports, or using exposure protection when in the sun (Harris et al., 2006; Pawlowski et al., 2008). Men are also more likely to suffer vehicle accidents, to suffer from a violent death, and to display riskier behaviors that could lead to physical damage (Harris et al., 2006; Waldron et al., 2005). However, all these examples reported above are cases of risk that concern individual costs and benefits.

Situations involving social risks have not received much attention in experimental literature. A notable exception is the recent work of Brennan et al. (2008) on the interaction between own and others' risks under strategic uncertainty conditions. They find that individuals give greater consideration to risks that affect only themselves than social risks affecting the preferences of others. This is even true for those who are found to be particularly considerate of others. However, they did not explore gender differences in attitudes toward individual and social risks.

In this paper we argue that the study of gender differences in risk attitudes, that are of particular importance to bargaining, have not considered the above distinction between individual and social risks, even though social risks may elicit a different reasoning strategy than for individual risks. For instance, the fact that women display more risk-averse behavior toward individual risks, e.g. in financial investment contexts where gender differences clearly favor men (Charness and Gneezy, 2007), does not preclude women from being less risk-averse in situations involving social risk. Indeed, the finding that women are better advocates for others rather than for themselves is in line with this idea. Yet, this particular hypothesis has not been investigated.

In order to shed light on this issue we designed a simple experiment. We let male and female participants interact in two bargaining situations, where participants have to share an amount of money. We then manipulated two treatment variables. First, by giving some individuals, but not others, an extra piece of information about the gender of the participant they are interacting with, we measure gender-pairing effects. Second, since the two games involved different strategic (social) risks, we studied whether gender

7.3 Experimental manipulation and predictions

differences are related to the different sensitivities of men and women to strategic environments.

We find striking gender differences: women outperformed men in strategic situations. But more importantly, we demonstrated that the strategic component of the situation is a more powerful predictor of the bargaining outcome than the participants' gender. This is in line with the idea recently suggested by Jane Sell (2009) that experimental literature on gender has overlooked the impact of other intervening variables, as well as the interaction between those variables and gender.

The rest of the paper proceeds as follows: Section 2 describes the experimental manipulation and formulates some predictions; Section 3 describes the experimental settings and procedures; Section 4 reports the main results of the experiment; Section 5 discusses the results and concludes.

7.3 Experimental manipulation and predictions

A number of experimental studies have previously explored the impact of gender on bargaining, both in the context of strategic games such as the Ultimatum Game, or in non-strategic situations such as the Dictator Game^{1,2} Very few papers however have compared how gender interplays with different experimental contexts. A notable exception is Cox and Deck (2006), who found a higher sensitivity of women to different experimental contexts when they compared behavior in dictator and trust games.

In this section we describe our manipulations of the experimental context to investigate the interaction between gender-pairing effects and strategic behavior. First, we describe the different strategic components of the two games studied. Second, we explain our second experimental manipulation, that concerns the information provided to participants in different conditions.

In the two situations (games) studied, a participant proposes a way of sharing a fixed amount of money between themselves and a responder. Whether the proposed distribution is actually earned by participants depends on the decision made by the

¹The Dictator Game is a two-player game where the first player, called proposer, makes a take-it-or-leave-it offer to a second player, called the recipient. In contrast to the games studied in this paper, the proposer's allocation is unaffected by the second player's acceptance or rejection.

²Extensive reviews of this literature are offered in Croson and Gneezy (2009) and Eckel et al. (2008)

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

other participant. If the responder accepts the offer, both participants get the corresponding amount specified in the offer, otherwise they get nothing. In both games, proposing participants decide how to split 100 Experimental Currency Units (hereafter ECU), by choosing among nine different distributions ([10-90]³, [20-80], [30-70], [40-60], [50-50], [60-40], [70-30], [80-20], [90-10]).

Responding participants' strategy differs in the two situations, and therefore the strategic component of the two situations is also different. Thus, the main difference between the UG and the YNG is the role the responders play. In the UG, every responder has to accept or reject every single potential offer. Thus, if the responder has rejected the actual offer made by the proposer, both receive zero payoff. Unlike the UG, the responder in YNG does not know the offer when deciding between acceptance and rejection. We use the YNG to rule out the effect of strategic risk in the proposers' behavior. Therefore, the proposers face no risk in this situation.

According to several previous studies (see Camerer 2003 for an extensive overview), proposers' decisions in the UG are driven by both social motives and risk attitudes. Thus, the commonly found even allocations in the UG can be rationalized in terms of both the social orientation of the proposers and their fear of rejection. In the YNG though, equal-splits can be only attributable to the former motive. According to the previous literature comparing these two games (Gehrig et al., 2007), we should expect all responders to accept the offer in the YNG, and proposers to make higher offers in the UG. We expect these two effects to be independent of participant's gender, such that:

Hypothesis 1. All responders accept the proposer's offer in the YNG.

Hypothesis 2. All proposers make higher offers in the UG than in the YNG.

Both theory and previous literature predict differences between the two bargaining contexts. This is the precondition to study our main predictions on gender. In this vein, only two studies have examined gender effects in the UG, finding no difference

³The first number was the amount the proposer allocated to herself, the second was the money offered to the responder.

7.3 Experimental manipulation and predictions

in the amount that men and women offer (Eckel and Grossman, 2001; Solnick, 2001). Therefore, we predict no differences between male and female proposers' behavior in the UG. There are no previous studies analyzing gender in the YNG, so we cannot derive predictions for that game.

Hypothesis 3. There are no differences between male and female proposers in the UG.

Our second experimental manipulation varies the information available to participants on their partners' gender. Only in the treatment condition the gender is revealed through a broader description of the co-player. Note that this procedure proposed by Holm (2000) is less intrusive than other methods of gender identification that employ visual stimulus or face-to-face interaction.

In our case, gender information was combined with information about participants' geographical origin. In the control condition only the latter information was always provided, whereas in the treatment condition gender information was also displayed. In the treatment condition of the UG and YNG, we examine gender-pairing effects, since players know whether they are interacting with female or male partners, whereas in the control condition of both games participants interact in a blind gender-pairing context.

Gender-pairing effects are not clear in the previous literature. Eckel and Grossman (2001) find female solidarity towards their own gender, but Sutter et al. (2009) find more competition between same gender partners. Solnick (2001) and Holm (2000) report some sort of discrimination towards female participants. Buchan et al. (2008) find that, while men are more likely to view the interaction in the experiment game strategically, women tend to see the interpersonal aspect of the partnership. These mixed results make it difficult to derive predictions about gender-pairing effects on responders.

Theoretical approaches on gender differences in social behavior highlight, however, the role of gender roles in determining the appropriate behavior for men and women in a given context. Not only do gender roles have a normative effect on individual through gender conformity processes, but they also give rise to gender beliefs that generate expectations about others' behavior (Eagly, 1987). For instance, given the belief that

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

women are more generous, individuals expect women to behave in that way, and women might behave in accordance to this social rule. In this experiment we investigate gender-pairing effects by comparing the beliefs and behavior of participants in both information conditions (with and without gender information) and across games.

Hypothesis 4. Women are expected to be more generous in both the YNG and the UG.

Finally, according to the experimental literature on gender differences, the size and direction of gender differences in the lab depends a great deal on the experimental context (Croson and Gneezy, 2009).

Hypothesis 5. The size and direction of gender differences vary between the YNG and the UG.

7.4 Settings and Procedures

A laboratory study at a large University in Germany was conducted to test hypotheses 1-5. Participants were 376 undergraduates (184 men, 192 women), recruited via the on-line recruitment system ORSEE (Greiner, 2004). Participants received 2.50 Euros for taking part in a ‘Decision Making Study’ lasting approximately 45 minutes. They were also told that their total earnings would depend on their decisions and other participants’ decisions during the experiment. The average earnings per participant were 8.5 Euros and ranged from a minimum of 2.50 Euros to a maximum of 13.50 Euros.

In the beginning of the experiment participants were randomly matched in pairs.⁴ Each pair consisted of a player X (or proposer) that proposed how to distribute 100 ECUS between themselves and player Y (or responder), who decided whether they

⁴To implement the matching procedure, we placed two boxes containing two series of numbers in the main entrance of the experimental lab. Participants were asked to pick a number from their corresponding gender box, and to sit in the booth corresponding to their number. Thus, anonymity and random allocation of participants to computer terminals and roles in the game were guaranteed.

accepted the offer. Following this basic structure, we manipulated two treatment variables to induce different experimental bargaining contexts.

First, we manipulated the strategic component of the situation; half of the participants played the *Ultimatum Game* (UG) (Guth et al., 1982) and the other half played the *Yes-or-No Game* (YNG) (Gehrig et al., 2007). For each pair of players, the computer matched the proposer’s offer and the responder’s decision on that particular offer to determine the actual result. Assuming that responders may reject some offers (especially the very low ones), proposers in the UG faced a risky decision. In contrast to the UG, responders’ strategy space in the YNG was extremely limited. They had to decide whether they accepted the offer before knowing what was being offered, i.e., they just said ‘yes’ or ‘no’ without knowing the proposers’ offer. The YNG is not a strategic situation, and proposers faced no risk in this game.

Our second manipulation concerns the information participants had about the other member of the pair. In only half of the sessions, participants knew the gender of the person they were interacting with. Hence, by comparing the treatment group where gender information was provided, with the control group, where gender information was absent, we can isolate the specific impact of gender information⁵.

The manipulation of our two treatment variables leads to a 2×2 factorial design, which was conducted in twelve sessions, eight sessions with gender information and four sessions without gender information.⁶ Different groups of students participated in different treatments (between-subjects design), and the number of men and women was always kept equal. Note that participants were unaware that different conditions of the experiment were being conducted. The experimental design is summarized in Table 1.

Participants played one of the games only once, and they were asked to predict the behavior of their partner afterwards. We used the belief elicitation procedure proposed

⁵In order to rule out a potential demand effect, we asked participants to fill out a post-experimental questionnaire. Only 14% of the participants thought that gender was the main topic of the experiment, less than the proportion of subjects that alluded to other motives, like selfishness, fairness, or cooperation. Furthermore, the proportion of participants that guessed the topic of the experiment was almost the same in the treatment and the control condition (14.5% vs. 12.5%).

⁶When we analyze the effect of gender information on participants (treatment condition), we distinguish between those whose partner is a woman (gender information = female) and those whose partner is a man (gender information = male). This is why we needed the double number of treatment sessions. In the empirical analysis we will consider three information groups: *gender unknown*, *female* and *male*.

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

Treatment	No. of sessions	Obs.	Game	Gender information	Average earnings
UGT	4	128	UG	Yes	8.29
UGC	2	64	UG	No	8.27
YNT	4	120	YNG	Yes	8.82
YNC	2	64	YNG	No	8.62

Table 7.1: Experimental design

by Schotter and Sopher (2006) for the UG. In both games, responders were asked for the probability of receiving every potential offer, and rewarded using a scoring rule that guaranteed that the closer their predictions to the partner’s actual behavior, the higher their payoffs. To elicit truthful beliefs from the proposers, we used a similar procedure. We asked the proposer the probability of her offer to be accepted.⁷ We made sure that the amount of money that could potentially be earned in the belief-elicitation phase was not excessively large in order not to induce changes in participants’ behavior. While participants could earn a maximum of 100 ECUs in the game phase, they could only earn 20 ECUs in the prediction task.

7.5 Results

7.5.1 Behavior in the YNG: Are women more generous?

Several studies have found gender differences in generosity (Andreoni and Vesterlund, 2001; Dickinson and Tiefenthaler, 2002; Dufwenberg and Muren, 2006a,b; Eckel and Grossman, 1998; Selten and Ockenfels, 1998), while others studies have not (Bolton and Katok, 1995; Clark and Sefton, 2001). However, most of these results are based on variations of the Dictator Game (DG), and the DG is not a game, but a one-person decision problem (Bolton, 1998). In contrast to the DG, in the YNG both players have a voice in the bargaining process. This is why we believe the YNG is a better setting to measure generosity in a (unfair) bargaining context; the responder can potentially

⁷This is the case for the UG. In the case of the YNG, the procedure was technically the same although the probability asked was not the one attached to the actual offer but to the probability of accepting any offer, since the responder did not know the actual proposal.

reject the offer if they wish. Previous papers (Chlaß et al., 2009; Gehrig et al., 2007) have shown that this is not the case, and all responders accept the offer in the YNG.

In line with previous studies and our hypothesis 1, all responders accepted the offer in the YNG. Thus, we will concentrate on proposers' behavior. Figure 1 plots offers by gender and information condition in the YNG. Women offered an average of 27% of the amount to be distributed, whereas men offered an average of 23%. Using ANOVA analyzes, we find that the participant's gender is not significant; $F(1, 86) = 0.91$, $p = 0.34$. The gender of the co-player and the interaction between the own gender and co-player's gender are not significant either ($F(1, 86) = 1.25$, $p = 0.26$, for co-player = female; $F(1, 86) = 0.05$, $p = 0.81$, for co-player = male; $F(1, 86) = 0.01$, $p = 0.94$, for female X co-player = female; $F(1, 86) = 0.50$, $p = 0.48$, for female X co-player = male). Hence, in a game designed to isolate generosity in bargaining, we did not find gender differences.

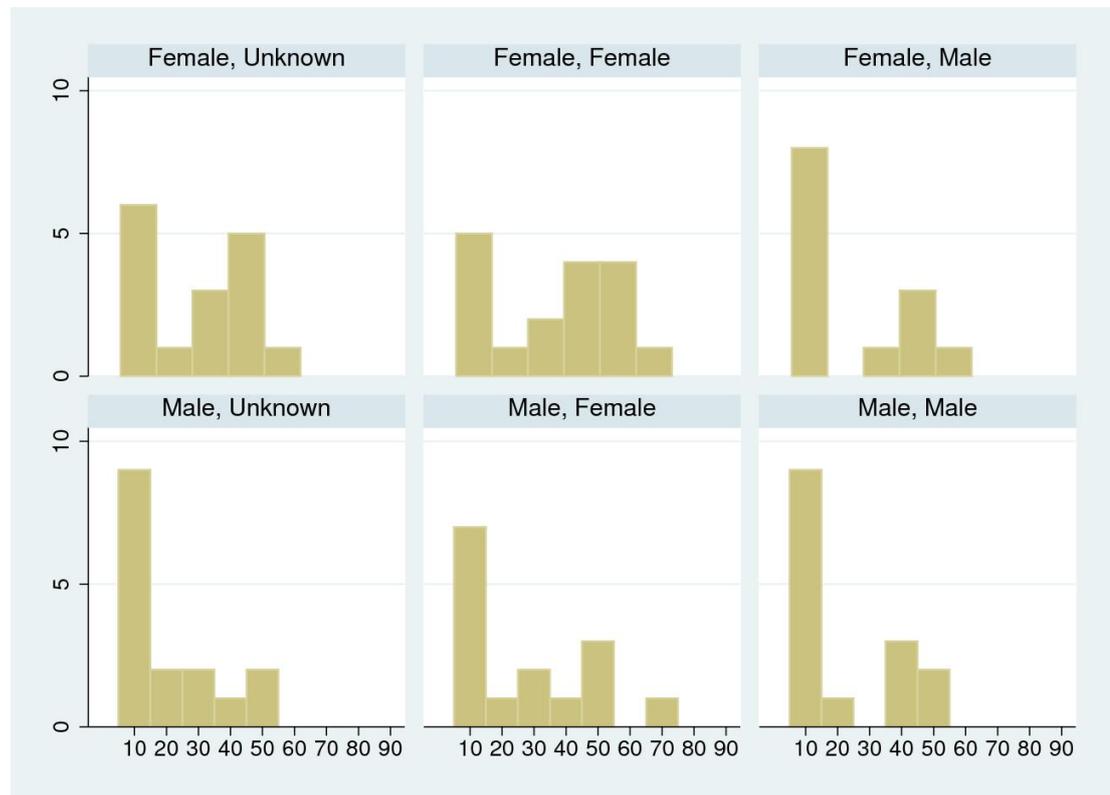


Figure 7.1: Offer by gender and information condition in the YNG -

We now turn to beliefs in the YNG. Aguiar et al. (2009) report that on average

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

women are expected to be more generous; although this result is driven by the fact that most women expect other women to be more generous than men, whereas men do not seem to entertain different beliefs about either gender's generosity. Figure 2 plots responders' expectations by gender and information condition in the YNG

We find that male responders overestimated to a much larger degree than female responders, the proposers' actual behavior in the YNG. The average offer in the YNG was 25%, and while the women's average prediction is 29%, men's average prediction is 40%. This effect is only marginally significant ($F(1, 86) = 3.52, p = 0.063$), but it is in line with males behaving in a more self-confident manner and women making more accurate predictions.

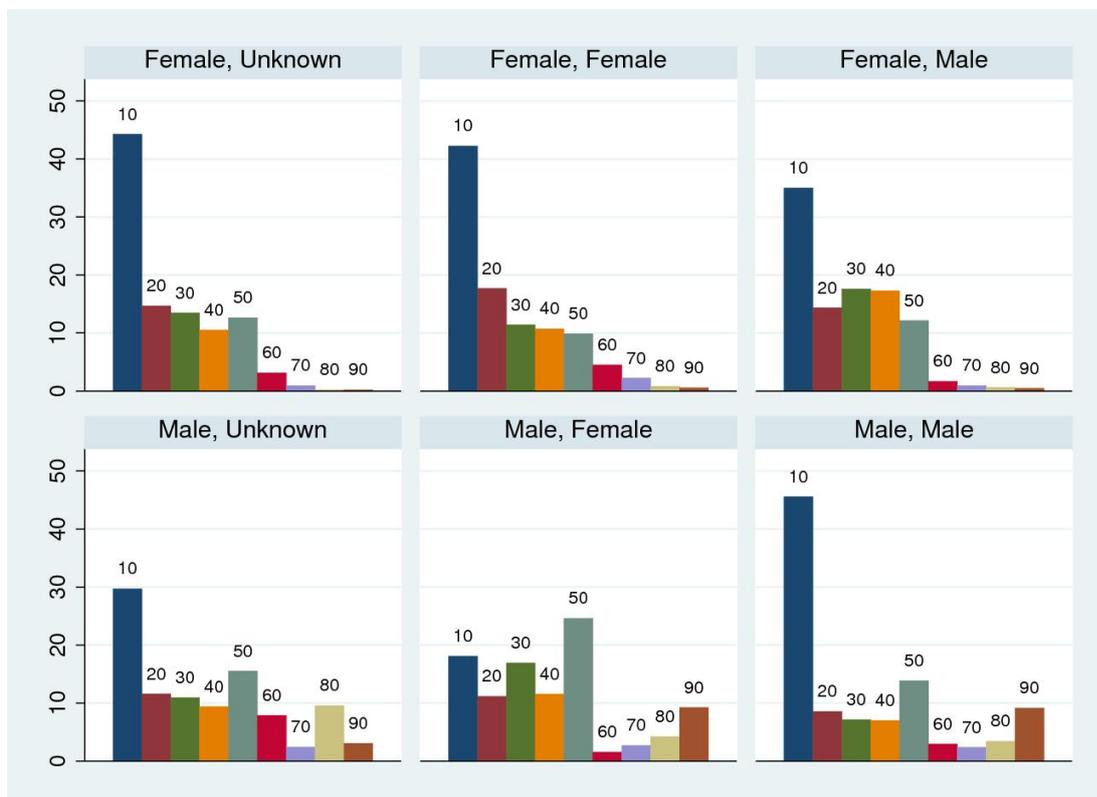


Figure 7.2: Responders' beliefs by gender and information condition in the YNG -

7.5.2 Behavior in the UG: Do genders bargain differently?

Previous experimental studies have found gender differences in bargaining behavior. Eckel and Grossman (2001) and Solnick (2001) show that male and female proposers do not differ in the amount of money they offer, but male responders are offered higher amounts. These are the only results on which these two studies agree. Other results they report are contradictory. For instance, Eckel and Grossman find that women accept lower offers, while Solnick find that women demand more. These differences have been interpreted as stemming from differences in the experimental design and implementation (Croson and Gneezy, 2009).

How did men and women behave in our experiment? In the UG (figure 3), women offered on average 39% of the total and men offered 46%. This difference is statistically significant ($F(1, 90) = 8.86, p < 0.01$). The gender of the co-player is marginally significant, males receive less than females ($F(1, 90) = 3.09, p = 0.08$), especially when the proposer is a woman ($F(1, 90) = 4.04, p = 0.04$). Hence, contrary to our hypothesis 3, we do find gender differences in the UG.

We find that women offered less in the UG. Does this mean that they get more rejections? This is not the case, since 8% of female offers were rejected, while 19% of male offers were rejected. This means that women earned almost 8% more in this phase of the experiment. In the only strategic role of the experiment, women's earnings were considerably higher.

Focusing now on responders' behavior in the UG, we find that the effect of gender in responders' behavior in the UG is marginally significant ($F(1, 90) = 3.60, p = 0.06$). Women demand more than men on average, but they demand significantly less to other women ($F(1, 90) = 4.09, p = 0.04$). This result is line with those of Eckel and Grossman (2001) since women seem to exhibit a greater degree of solidarity when bargaining with other women.

We do not find differences in predictions between men and women in the UG. The only good predictor for an offer to be accepted is the offer itself ($F(7, 80) = 2.90, p < 0.01$)

**7. WHEN DOES CONTEXT MATTER?
AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN
BARGAINING**

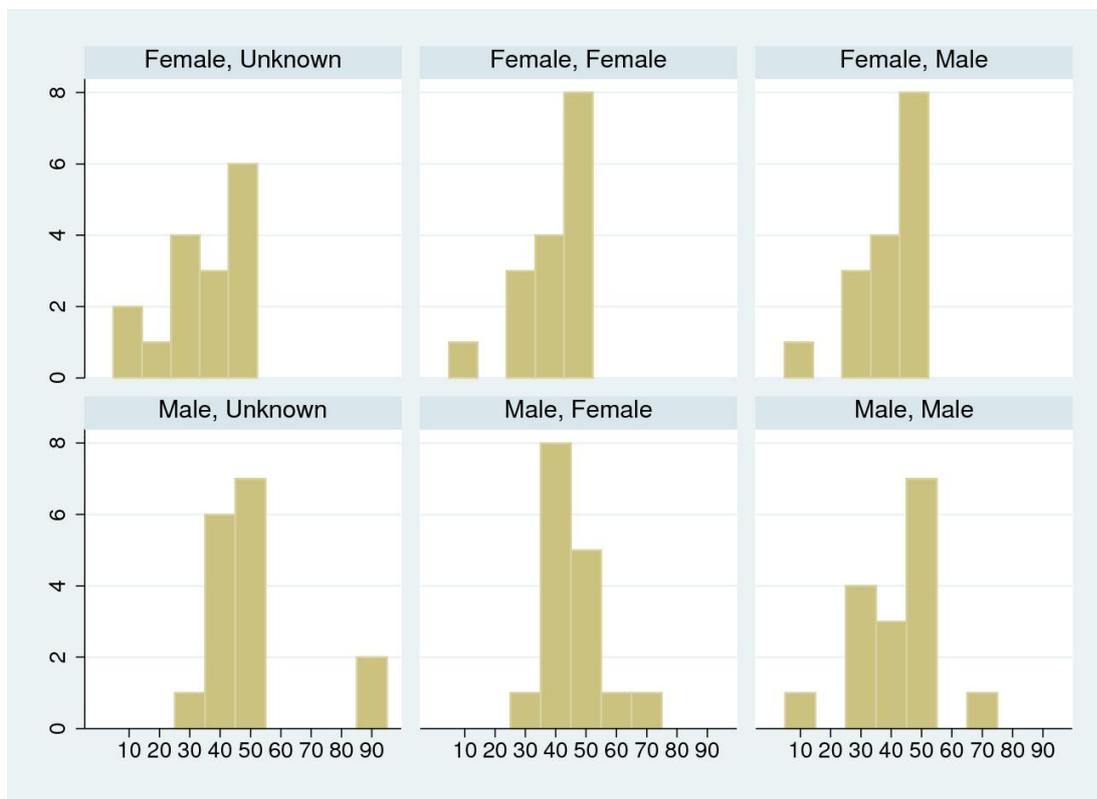


Figure 7.3: Offer by gender and information condition in the UG -

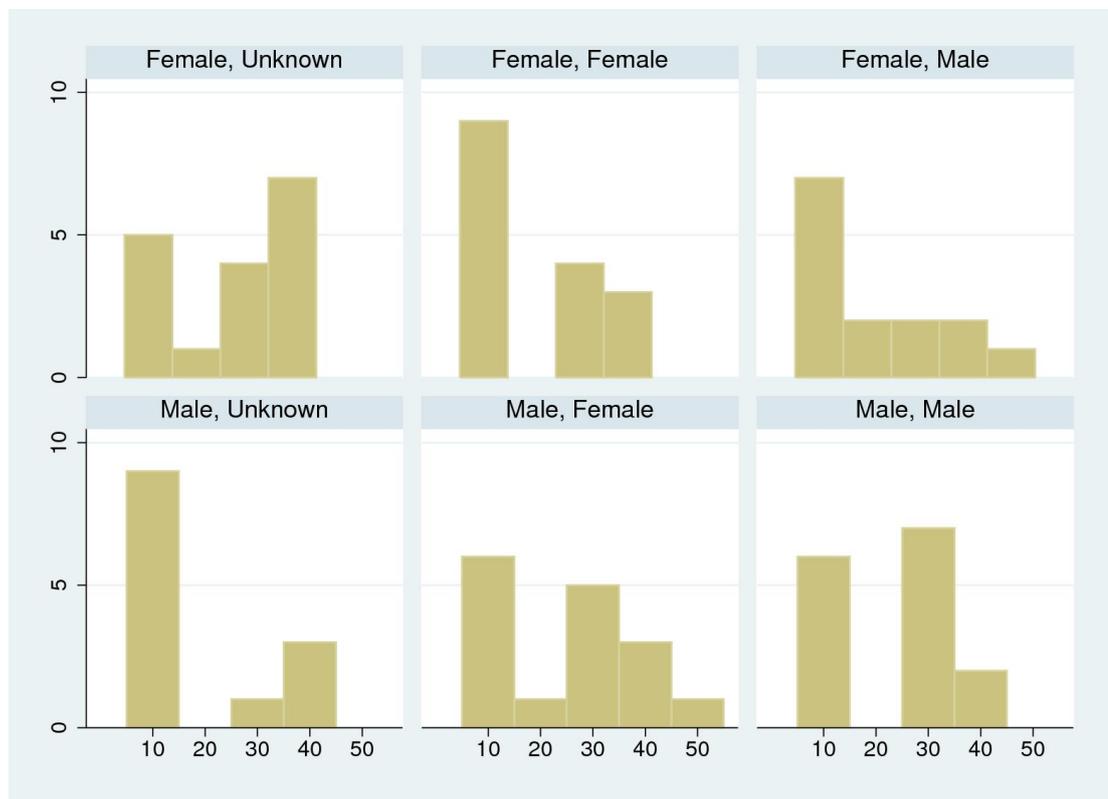


Figure 7.4: MAO by gender and information condition in the UG -

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

7.5.3 How important are gender differences?

We find no gender differences in generosity and find that women are better bargainers in a strategy context: they offer less and are rejected less often. How important are these effects? To answer this question, we conducted regression analyses pooling the data from proposers' behavior in both games. We focused on the impact of our treatment manipulations, as well as the gender of the participants, on the size of the proposers' offer.

Our dependent variable is then the proposer's offer, which ranges from 10 to 90. The set of independent variables consists of the participant's gender, the other member of the pair's gender, the game being played, and several interactions of these variables. *Female* takes the value 1 when the participant is a woman, and 0 when is a man. *Game* takes the value 1 when the UG is being played, 0 otherwise. *Teamfemale* takes the value 1 one when the teammate is a woman, 0 otherwise, and *Teammale* takes the value 1 one when the teammate is a man, 0 otherwise. The base outcome for comparison is the case when the teammate's gender is unknown. Next, we introduce the interaction effects between being a woman and interacting with a woman (*Female x Teamfemale*) or a man (*Female x Teammale*). Finally, the interaction effects between the game played and being a woman (*Game x Female*), interacting with a woman (*Game x Teamfemale*), interacting with a man (*Game x Teammale*), being a woman and interacting with a woman (*Game x Female x Teamfemale*), and being a woman and interacting with a man (*Game x Female x Teammale*).

As shown in table 2, offers increased with the game type (as our hypothesis 2 predicted). On average, offers were almost 30% higher in the UG than in the YNG. Interestingly, controlling for the game being played neither gender nor gender-pairing *per se* are significant. We reject hypothesis 4 since we do not find a gender-pairing effect, i.e. neither the gender of the teammate nor its interaction with other variables are statistically significant. Only female behavior in the UG is significant: women offered significantly less than men in the UG, as we have showed above. In line with our hypothesis 5, we find that the size and direction of gender differences vary between the YNG and the UG. More specifically, we find gender differences in strategically relevant situations, but no differences in non-strategic contexts.

	Coef.	Std. Err.
<i>Game</i>	24.621	4.337***
<i>Female</i>	0.871	4.337
<i>Teamfemale</i>	4.205	4.637
<i>Teammale</i>	-3.410	4.665
<i>Female x Teamfemale</i>	4.385	5.299
<i>Female x Teammale</i>	3.855	5.389
<i>Game x Female</i>	-9.868	4.377**
<i>Game x Teamfemale</i>	-6.085	5.298
<i>Game x Teammale</i>	-0.079	5.393
<i>Constant</i>	23.001	3.423
	F(9, 178) = 8.42	Prob > F = 0.0000
	observations = 188	R ² = 0.2986
	*** $p < 0.01$ ** $p < 0.05$ * $p < 0.10$	

Table 7.2: Linear regression estimates of effects of gender and treatment variables

Our regression results are consistent with those reported by various studies in which experimentally manipulated variables turned out to be better predictors of outcomes than participants' gender (Sell and Kuipers, 2009). Whether or not gender is salient depends on the context, and the set of structures and actors that compose it (Ibid). It is also true that evidence from social psychology (Gilligan, 1982) and experimental economics (Croson and Gneezy, 2009; Eckel and Grossman, 2008) suggests that the variety of social factors that influence women's decision-making is richer and more complex than is for men. This is also true in our experiment; only when the context is strategic, we find that women bargain significantly better than men.

However, the fact that gender differences might be 'context-specific' does not contradict the fact that such differences might not be salient when interacting with more powerful variables, such as the strategic component of the situation.

7.6 Conclusion

Previous experimental papers have contended that gender differences in bargaining and pro-social behavior are context-dependent, in that they arise under certain cir-

7. WHEN DOES CONTEXT MATTER? AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN BARGAINING

cumstances and are absent or reversed in others (Bowles et al., 2005; Kray et al., 2002; Solnick and Schweitzer, 1999; Stuhlmacher and Walters, 1999). Our results confirm this conclusion. Comparing the behavior of participants in two experimental games, we find that gender differences are only salient in strategic uncertainty conditions. In particular, the differences detected by our experimental manipulation are consistent with the idea recently suggested by Rachel Croson and Uri Gneezy (2009) that women are more responsive to changes across and within experimental contexts. We too find that variables clearly changing the context of the experiment seem to affect female participants but not males. Strikingly, women demand more, offer less, and face fewer rejections. As a consequence, they end up earning more money than male participants.

This, at first glance, surprising finding stems from the combination of three interesting results. The first two replicate results already discussed in Eckel and Grossman (2001); same-gender solidarity among female participants and low rejection rates of female offers. The third result is very consistent with the latter: women offer significantly less in the UG.

Since offers made by women were less generous than those of men, does it mean that female participants were more selfish than men? Our experimental design allows us to disentangle whether the observed differences between male and female participants are due to generosity. To rule out the effect of risk, we made participants interact in a situation, the YNG, where risk should not play any role, and bargaining outcomes depend very much on the generosity displayed by bargainers. We do not find gender differences in this part of the experiment: offers proposed by male and female participants in the YNG were similar.

Interestingly, an analysis of participants' beliefs in the YNG suggests that women displayed better prediction skills than males. Only women perceived that the proposer faced no risk in the YNG, making far more accurate predictions about the size of the offers made by their partners. This is consistent with the fact that women bargained better than men in the UG. Therefore, differences between male and female participants in these two different social risk scenarios seem to be more cognitive-related than preference-based. Put it differently, when the final payoff depended very much on the behavior of the co-player, women outperformed men due to their advantage in correctly anticipating the actual behavior of the other player.

In the light of these results, it can be concluded that women's prediction skills might explain some of the results that we have found. However, gender is not the only factor that matters. Our analysis also shows that when the bargaining outcome is predicted the strategic component of the situation is a more powerful variable than the gender of participants. Moreover, when controlling for the game being played neither gender nor gender-pairing per se are significant. Hence, context do matter more than does gender, and the gender of a negotiator is not a very stable and reliable predictor of bargaining behavior involving social risk.

**7. WHEN DOES CONTEXT MATTER?
AN EXPERIMENTAL STUDY OF GENDER DIFFERENCES IN
BARGAINING**

8

El Rol de las creencias en contextos estratégicos

8.1 Introducción al artículo

Este artículo tiene como finalidad explorar la idea de que las creencias de género pueden desempeñar un papel clave a la hora de predecir el comportamiento de los individuos en contextos de interacción estratégica. Para analizar qué papel concreto desempeña esta información de género en nuestros dos juegos de negociación analizamos las creencias de los participantes mediante el método desarrollado por Schotter y Shopher (2006). A partir del análisis de las creencias que albergan los hombres y mujeres participantes en la investigación determinamos si las expectativas de género influyen en la interacción estratégica, y si la percepción del riesgo social que implica cada juego se ve reflejada de diferente manera en las creencias de los jugadores en función de su sexo.

Para realizar esta tarea proponemos una manera de estudiar la interacción entre creencias y comportamiento. Se trata de analizar la probabilidad subjetiva que los individuos que proponen un reparto asignan a que su oferta sea aceptada (PSA) y de los niveles de aceptación objetivos (NOA), es decir, los repartos que se han llevado efectivamente a cabo. Además distinguimos entre aquellos jugadores que han dado la mitad de la asignación inicial y aquellos que ofrecen menos de la mitad. Mientras que la primera medida nos da una idea de la percepción subjetiva de riesgo, la segunda medida nos permite contrastar esta percepción con el comportamiento real que han seguido los jugadores.

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

8.2 Motivación

El estudio de las creencias dentro de la economía experimental no ha recibido la misma atención que otros conceptos clásicos, como el de preferencia. Sin embargo, las creencias suponen un elemento central para comprender la motivación de los sujetos. En el caso de las diferencias de género en contextos experimentales, donde la literatura al respecto es amplia y las conclusiones arrojadas por las distintas investigaciones son dispares¹(Croson and Gneezy, 2009), el análisis de las creencias se torna determinante. Nos permite dilucidar si hombres y mujeres tienen distintas expectativas acerca del comportamiento de otros sujetos y de qué manera perciben un contexto experimental. Es decir, podemos explorar qué sexo es más proclive a las variaciones experimentales (Cox and Deck, 2006), o cómo perciben el riesgo de sus propuestas o demandas. Por tanto, nos permite profundizar en el papel que desempeña el ambiente de un determinado juego o el carácter estratégico del mismo, y cómo ambos sexos perciben el riesgo que se deriva de la incertidumbre de este contexto.

Una gran cantidad de investigaciones se han centrado precisamente en el estudio de las diferencias entre hombres y mujeres en su aversión al riesgo, siendo uno de los pocos fenómenos sobre el que los distintos resultados apuntan a la misma dirección: la mayor aversión al riesgo del sexo femenino (Bymes et al., 1999; Croson and Gneezy, 2009; Eckel and Grossman, 1998). Por desgracia no contamos con el mismo nivel de conocimientos sobre la función que desempeñan las creencias a la hora de evaluar el riesgo de un contexto estratégico. Tampoco contamos con evidencia suficiente como para entender de qué manera las expectativas o creencias, de naturaleza subjetiva, se corresponden efectivamente con la realidad objetiva. Es decir, de qué manera podrían percibir los sujetos un mayor o menor nivel de riesgo del que posee realmente una determinada interacción. Sin embargo, un estudio detallado de las creencias de los sujetos participantes en una investigación nos permite analizar comparativamente dos niveles: comportamiento y expectativas, viendo cómo interaccionan ambas dimensiones entre sí. Y por otra parte, podemos ver de qué manera el sexo de los sujetos es un mecanismo explicativo en dicha interacción. Es decir, si hombres y mujeres difieren

¹Distintos estudios experimentales encuentran diferencias significativas de género que apuntan a diferentes direcciones sin que, por ello, sea posible extraer un conocimiento firme de la magnitud y naturaleza de las mismas.

tanto en el nivel de creencias como en el de conducta, y qué factores pueden intervenir o interaccionar con la variable de género.

Este trabajo persigue además contribuir a una vía abierta recientemente sobre el estudio de las diferencias de género en preferencias sociales, que considera tales diferencias como resultado, en parte, de la diferente sensibilidad de cada sexo al contexto experimental (Buchan et al., 2008; Cox and Deck, 2006; Croson and Gneezy, 2009). En este caso, una exploración de las creencias de hombres y mujeres puede arrojar luz sobre la evaluación subjetiva que pudiera estar detrás de esta reacción diferencial. Esta línea de investigación es coherente con descubrimientos procedentes principalmente del ámbito de la neuropsicología y de la psicología cognitiva, que apuntan a diferencias cognitivas entre ambos sexos que intervienen en tareas muy específicas.

Teniendo en cuenta que la elaboración de creencias es una tarea cognitiva, vamos a estudiar la magnitud y naturaleza de las diferencias entre hombres y mujeres en dos contextos de distinto componente estratégico: el Juego del Ultimátum (Guth et al., 1982) y el Juego del Yes-or-No (Gehrig et al., 2007). Mediremos cómo influye en los participantes la información acerca del género del compañero con el que interactúa, y si el papel que juega esta información varía en función del sexo de los sujetos. Para ello usaremos un diseño factorial (2 x 2) formado por dos juegos y dos contextos estratégicos: Juego del Ultimátum con o sin información de género, y Juego del Yes-or-No con o sin tratamiento, y en los que interaccionan hombres y mujeres. Por último, cada participante ha de realizar una predicción sobre el comportamiento de su compañero o compañera siguiendo el método de obtención de creencias desarrollado por (Schotter and Sopher, 2006). Los resultados apuntan a que la información de género solo es relevante en ciertos contextos estratégicos y que los sujetos reflejan la percepción de este mayor nivel de riesgo en sus creencias.

La estructura de este trabajo es la siguiente. En el segundo apartado se describe el diseño experimental prestando especial atención al método usado para comunicar el género de los participantes sin introducir un efecto demanda en los mismos, y al procedimiento formal de obtención de creencias. En el tercer apartado presentamos los resultados relacionados con las creencias de los participantes, y su relación con la dimensión de comportamiento. En el cuarto apartado se resumen los principales resultados y se concluye el trabajo.

8.3 Procedimiento y diseño experimental

8.3.1 Características generales del experimento

Para tratar de responder a las preguntas de investigación planteadas anteriormente se llevó a cabo un experimento de laboratorio en el que participaron 376 estudiantes universitarios procedentes de diferentes estudios de licenciatura de la Universidad de Jena (Alemania). Estos fueron reclutados mediante ORSEE 2.0 (Greeno and Maccoby, 1986) y tomaron parte en un total de 12 sesiones experimentales en las que cada grupo estaba formado por el mismo número de hombres y mujeres². Para la programación y conducción del experimento se utilizó el Software z-Tree (Fischbacher, 2007) en el laboratorio del Max Planck Institute of Economics.

Todos los sujetos que participaron en la investigación recibieron instrucciones por escrito que, además, fueron leídas en voz alta por un ayudante. Con ello se aseguró que todos los sujetos entendieran correctamente el contenido de las mismas. La comunicación entre sujetos no estaba permitida, resultando imposible identificar con qué otro estudiante se interactuaba. El experimento se puso en marcha una vez que las instrucciones fueron leídas y las dudas de los sujetos resueltas en privado.

Para garantizar la distribución aleatoria de sujetos en los diferentes terminales del laboratorio, en la entrada del mismo se situaron dos cajas que contenían dos series de números: pares para los hombres e impares para las mujeres. Cada participante seleccionaba al azar un número de la caja correspondiente y se sentaba en el terminal que señalaba. Además de garantizar el anonimato de los participantes, así como su distribución aleatoria, este procedimiento permitió obtener la distribución deseada de parejas por género. Esta respondía a un diseño que combinaba género y roles: hombres interactuando con hombres (HH), mujeres interactuando con mujeres (MM), hombres interactuando con mujeres (HM) y mujeres interactuando con hombres (MH). Al final de cada sesión experimental todos los sujetos recibieron el dinero en metálico que les correspondía de acuerdo a las ganancias obtenidas en cada juego, más un pago fijo por haber participado en el experimento de 2,5 euros.

Dos semanas antes del experimento, se realizó un estudio piloto en el que tomaron parte 32 sujetos y que tenía como objetivo detectar cualquier tipo de anomalía o defi-

²Las instrucciones utilizadas en el experimento (originalmente en alemán) puede ser solicitadas a los autores.

ciencia en el diseño experimental. Aunque la sesión fue llevada a cabo satisfactoriamente ésta sirvió para introducir cambios menores en el experimento realizado con posterioridad. Una de las diferencias entre ambas sesiones es que en el piloto los sujetos eran conscientes de que cada caja estaba destinada a uno de los dos géneros (contenían una marca distinta). Para evitar un efecto ‘demanda’ (que los sujetos se comportaran de manera acorde al tema de la investigación), en el experimento real se optó por retirar las etiquetas que marcaban cada urna. Análisis estadísticos posteriores demostraron que este cambio tuvo un efecto en la percepción de los participantes que pudimos constatar mediante el uso de un cuestionario post-experimental. Si en la sesión piloto 12 de cada 32 participantes, es decir, un 37,5% de la muestra, adivinó que el tema del experimento era el género, en la sesiones correspondientes al experimento real tan solo 40 de los 376 (un 14%) acertaron con la motivación del mismo. De ahí que los datos de la sesión experimental hayan sido excluidos del análisis final.

8.3.2 Características sociodemográficas

Encualquier experimento diseñado para estudiar el efecto del género en la interacción social y económica (*gender pairing effect*), uno de los aspectos más importantes es cómo comunicar el género de los participantes, sin que este hecho introduzca el efecto demanda que señalamos anteriormente. Por ello, en esta investigación se adoptó uno de los procedimientos descritos por (Holm, 2000), consistente en proporcionar la información de género contenida dentro de una descripción más amplia de los participantes. De este modo, la primera tarea del experimento consistía en contestar tres cuestiones que aparecían en la pantalla del ordenador:

- ¿Qué semestre estás cursando?
- ¿Eres de Jena?
- ¿Eres hombre o mujer?

La naturaleza de la primera pregunta era irrelevante y no tenía más finalidad que la de dificultar a los participantes adivinar la motivación del experimento. Por tanto esta última información no fue nunca suministrada a las distintas parejas. Por el contrario, la información sobre el origen del otro jugador fue proporcionada tanto en el grupo de

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

control como en el grupo de tratamiento. Y por último, la información sobre el género, cuyo efecto deseábamos medir, solo fue suministrada en el grupo de tratamiento.

8.3.3 La información de género

En las instrucciones se indicó a los participantes que debían de comprobar cuál era su rol en una tabla que se situaba en la esquina superior derecha de la pantalla del ordenador. La tabla estaba formada por dos columnas, denominadas “tú” y “tu compañero” y por dos filas: en una se indicaba el rol propio y el del compañero, y en la otra se proporcionaba una “información extra” sobre el origen y el género de ambos participantes (solo el origen en el grupo de control y el origen más el género en el de tratamiento). Por tanto, las cuatro posibles combinaciones que se obtenían en el grupo de tratamiento eran: “hombre de Jena”, “hombre de fuera de Jena”, “mujer de Jena”, y “mujer de fuera de Jena”. Mientras que en el grupo de control tan solo podía leerse “de Jena” o “de fuera de Jena”.

Tal y como dijimos anteriormente, un aspecto que resultaba prioritario era conseguir que los sujetos no adivinaran cuál era el objetivo del experimento. Para constatar la consecución de este objetivo analizamos con detenimiento el cuestionario post-experimental. El resultado fue que tan solo un 14% de los participantes acertaron la motivación identificando el género como la principal motivación del experimento, frente a una mayoría de sujetos que se decantaron por temas como el egoísmo, la justicia o la cooperación. Además, la proporción de participantes que eran conscientes del tema del experimento (el género) era la misma tanto en el grupo de control como en el de tratamiento (14,5% y 12,5% respectivamente). Este dato es especialmente interesante a la hora de evitar el efecto confuso de los estereotipos de género sobre el tema del experimento, pues si, por ejemplo, una mayoría de sujetos hubiesen sido conscientes de la motivación experimental, esta investigación bien hubiera podido transformarse en una encuesta sobre el punto de vista sociopolítico de los sujetos, en lugar de una prueba sobre los cambios de comportamientos inducidos por la información de género.

8.3.4 Estructura de los juegos

En este experimento se empleó un diseño factorial (2 x 2) formado por dos juegos y dos contextos estratégicos. En cada una de las cuatro condiciones resultantes tomaron parte sujetos distintos (*between-subjects design*). El primero de ellos era la versión estándar

8.3 Procedimiento y diseño experimental

del Juego del Ultimátum (Guth et al., 1982) con información de género (UGT) en la que participaron un total de 128 sujetos. El segundo era una sesión de control del Ultimátum sin información de género (UGC), con un total de 64 sujetos. Y el tercer y cuarto escenario consistieron en el Juego del *Yes-or-No* (Gehrig et al., 2007), con y sin información de género (YNT y YNC) en los que participaron un total de 120 y 64 estudiantes respectivamente. La Tabla 1 describe las principales características del experimento.

Tabla 1: Diseño experimental

	UGT	UGC	YNT	YNC
Nº de sesiones	4	2	4	2
Nº de participantes	128	64	120	64
Fecha	Junio/Julio 2007 y Enero 2008			
Juego	UG	UG	YNG	YNG
Tratamiento	Si	No	Si	No
Ganancia media (€)	8.29	8.27	8.82	8.62

En ambos juegos el jugador 1 decide cómo han de repartirse 100 ECUs (10 ECUs = 1 euro) entre él o ella y el jugador 2. El jugador 1 puede elegir entre nueve distribuciones diferentes ([10-90], [20-80], [30-70], [40-60], [50-50], [60-40], [70-30], [80-20], [90-10]). La realización de este reparto, sin embargo, está condicionada a la decisión tomada por el jugador 2, de modo que si este último acepta el reparto, éste se lleva a cabo tal y como ha estipulado el jugador 1, y en el caso contrario, ambos jugadores se quedan sin ganancias. La decisión de los jugadores 2 sigue el método estratégico diseñado por Selten (1998) que consiste en tener que aceptar o rechazar cada una de las posibles ofertas potenciales, de manera que es posible obtener la oferta mínima que un determinado sujeto estaría dispuesto a aceptar (minimum acceptable offer o MAO). A diferencia del UG, en el YNG los jugadores 2 tienen que decidir si aceptan o rechazan la oferta antes de conocer ésta.

8.3.5 Obtención de creencias

Después de jugar una sola ronda de uno de los dos juegos, a cada participante se le pidió que predijera el comportamiento de su compañero o compañera. El procedimiento para obtener las creencias que se siguió en ambos juegos es el desarrollado por Schotter y Sopher (2006), que consiste en preguntar, en el caso de los jugadores 2, por la probabilidad que asignan a recibir cada uno de los repartos potenciales. Y para los jugadores

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

1, la probabilidad de que su oferta sea aceptada por los jugadores 2³. A continuación se describen brevemente los procedimientos de obtención de creencias para los jugadores 1 y 2.

Sea $r = (r_1, r_2, r_3, r_4, r_5, r_6, r_7, r_8, r_9)$ el vector de creencias señaladas por cada jugador 2. Estas son las expectativas que tiene el jugador 2 de recibir cada una de las ofertas potenciales (90, 80, 70, 60, 50, 40, 30, 20, 10). Dado que sólo una de estas cantidades será realmente propuesta, el pago del jugador 2 cuando la cantidad es seleccionada será:

$$\Pi_m = 20.000 - \left\{ (100 - r_m)^2 + \sum_{k \neq m} (r_k)^2 \right\}$$

Esta función debe entenderse del siguiente modo. Un jugador 2 comienza con 20.000 puntos y revela un vector de creencias $r = (r_1, r_2, r_3, r_4, r_5, r_6, r_7, r_8, r_9)$. Si su compañero o compañera (jugador 1) decide enviar la cantidad m , el jugador 2 ganaría el máximo de puntos si hubiera asignado toda la probabilidad a m . El hecho de que solo le asigne la probabilidad r_m significa que ha cometido un error. Para penalizar este error, substraemos la cantidad $(100 - r_m)^2$ de los 20.000 de los puntos iniciales. Además, el sujeto también es penalizado por la cantidad asignada a las otras ocho ofertas potenciales. Para ello, también substraemos $(r_k)^2$ de sus 20.000 puntos. El peor de los casos, es decir cuando uno asigna toda la probabilidad a una oferta y el jugador 1 selecciona otra, supone una pago de 0 en esta fase del experimento. En definitiva, decir la verdad es una estrategia óptima⁴.

³Este es exactamente el método seguido en el UG. En el caso del YNG el procedimiento es técnicamente el mismo pero la probabilidad que se pregunta a los sujetos no se refiere a la aceptación de una oferta en concreto, sino a a que los jugadores 2 digan sí.

⁴En este estudio utilizamos exactamente la misma regla de puntuación (*scoring rule*) usada por Schotter y Sopher (2006). Para calcular los pagos de nuestros participantes en ECUs, dividimos la cantidad resultante de la regla por 1.000. En las instrucciones del experimento la regla se explicaba de forma intuitiva y se ofrecía la posibilidad de ver la fórmula a quien la solicitara. Sólo 8 de los 376 participantes pidió ver la función. De este modo, le garantizamos a los participantes que cuanto mejor fuera su predicción mayor sería su pago sin necesidad de que entendieran en componente matemático de la fórmula.

8.3.6 Procedimiento de obtención de creencias de jugadores 1

El jugador 1 sólo introduce una probabilidad (Π_a^k) , donde k representa el índice de una de las nueve ofertas potenciales. Esta es la probabilidad de que la oferta propuesta sea aceptada. Además, definimos (Π_r^k) como la probabilidad complementaria, que la oferta sea rechazada. Como en el caso de los jugadores 2, el pago es calculado mediante una regla de pagos cuadrática. Así, el pago de los jugadores 1 en esta fase del experimento viene determinado por la siguiente fórmula:

$$\Pi_k = 20.000 - \left\{ \left(100 - \Pi_a^k\right)^2 + \left(\Pi_r^k\right)^2 \right\}$$

En otras palabras, si la oferta es aceptada pero el jugador 1 predice que esta sólo sería aceptada con probabilidad Π_a^k , la función de pagos lo penaliza substrayendo $(100 - \Pi_a^k)^2$ de sus 20.000 de sus puntos iniciales. También subtrae $(\Pi_r^k)^2$ dado que esta es la probabilidad de que la oferta sea rechazada, lo cual no es el caso. Un pago similar puede ser definido si la oferta fuera rechazada.

De este modo, cada jugador 2 asigna una posibilidad de aceptación representada por el siguiente vector: $r = (r_1, r_2, r_3, r_4, r_5, r_6, r_7, r_8, r_9)$, con $\sum_{k=1}^9 r_k = 100$. Y cada jugador 1 asigna una probabilidad simple de aceptación del siguiente tipo: (π_a^k) . Los sujetos fueron retribuidos usando la regla de puntuación descrita en el apéndice B que garantiza que cuanto más cercanas sea su probabilidad mayor es el pago recibido por la realización de esta tarea. Cabe mencionar que ambos tipos de jugadores fueron retribuidos usando las reglas de puntuación descritas anteriormente, las cuales garantizan que cuanto más cercanas son sus predicciones a la acción tomada por el otro jugador mayor es el pago recibido. El mecanismo empleado en este experimento constituye una buena herramienta para obtener las creencias verdaderas de los participantes en la investigación. Además, se aseguró que la cantidad de dinero que podía ser potencialmente recibida no fuese demasiado grande como para introducir cambios en las pautas de comportamiento de los participantes. Así, mientras que los participantes podían ganar un máximo de 100 ECUs en la fase de toma de decisiones, solo podían recibir 20 ECUs por la tarea predictiva.

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

8.4 Resultados

8.4.1 El juego del Ultimátum

En este apartado analizamos el papel que desempeñan las creencias individuales en contextos estratégicos. En concreto, nos centramos en el modo en el que el sexo de los individuos interviene en el desarrollo de estas creencias. Para ello debemos distinguir entre:

1. Diferencias relacionadas con el sexo propio: cómo hombres y mujeres pueden albergar percepciones subjetivas distintas frente a una misma situación o contexto.
2. Diferencias que emergen al conocer el sexo del compañero (*gender pairing effect*): cómo esta información de género puede influir en la formación de creencias sobre el riesgo que implica la decisión económica a la que se enfrentan.

Si la información de género influye a la hora de predecir el comportamiento de un sujeto, este hecho podría deberse a la influencia de estereotipos tales como que las mujeres son más generosas o los hombres implacables, etc., que pueden afectar a los sujetos que manejen tales configuraciones mentales. Antes de centrarnos en el estudio de las creencias, presentaremos algunos datos de comportamiento de los individuos que tomaron parte en el experimento.

Los resultados de comportamiento obtenidos están en línea con otros experimentos que analizan el UG. La oferta media, agrupando todas las sesiones del UG ($N = 96$), fue de 42,7 ECUs, la moda 50 ECUs y la mediana 40 ECUs. Básicamente podemos distinguir dos grupos distintos de jugadores 1: aquellos que ofrecen exactamente el 50% de la asignación inicial, y aquellos que intentan aprovecharse de ser los primeros en decidir (*first-mover advantage*) y ofrecer menos de la mitad⁵. En el caso de los jugadores 2, la tasa de rechazo, una vez cruzadas las ofertas de los jugadores 1 con el umbral de aceptación de los jugadores 2, es de un 8,3%.

8.4.2 Creencias de género en los proposer

Para analizar el comportamiento de los jugadores 1 compararemos dos grupos de individuos: aquellos que ofrecen la mitad de la asignación inicial ($n = 41$) y aquellos que

⁵Ver Brañas y Miller (2008) para una justificación mas amplia de esta división entre tipos de jugadores.

ofrecen menos de la mitad ($n = 50$). Además, se ha descartado del análisis aquellos que ofrecieron más de la mitad ($n = 5$). En concreto examinaremos la probabilidad subjetiva que los individuos asignan a que su oferta sea aceptada en ambos grupos (PSA). Esta es una medida de las expectativas que tienen los sujetos sobre el éxito del reparto propuesto, y que por otra parte, nos proporciona información sobre la percepción (subjetiva) del riesgo de rechazo de la oferta⁶. Debemos reiterar que se trata de una cuestión subjetiva que puede corresponderse o no con la realidad, y que es, al fin y al cabo, el escenario que los sujetos dibujan en sus mentes.

En la figura 1 podemos ver cuál es la probabilidad subjetiva de aceptación (PSA) de aquellos individuos que ofrecieron la mitad en contraposición a los que ofrecieron menos de la mitad.

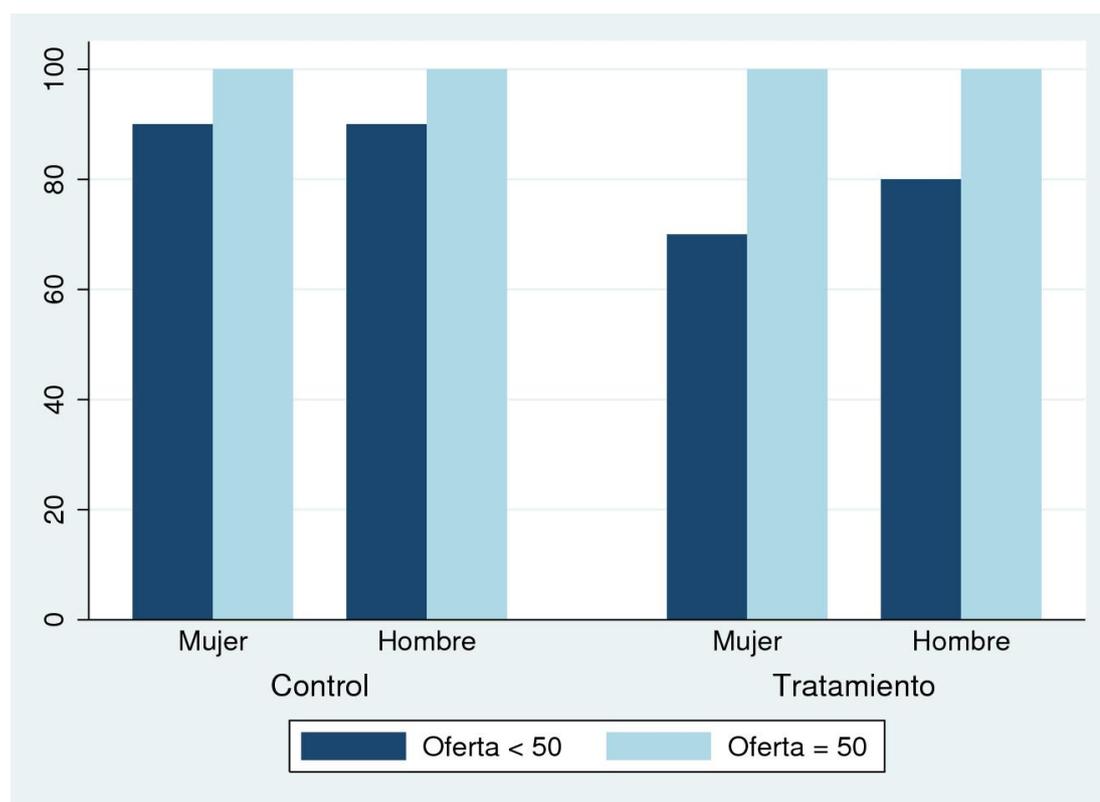


Figure 8.1: Mediana de la PSA por género y tratamiento -

Como se puede observar, tanto hombres como mujeres que proponen una oferta

⁶Es decir, resulta lógico pensar que, a medida que los sujetos atribuyen o perciben más riesgo de rechazo para una determinada oferta, la probabilidad que asignan a que ésta sea aceptada es menor.

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

igualitaria, y con independencia del tratamiento –de tener o no la información de género– están completamente seguros de que su oferta será aceptada (PSA = 100%). Sin embargo, cuando los jugadores 1 deciden sacar ventaja de su rol y proponer una oferta inferior, la PSA decrece. Y en este último caso sí que encontramos diferencias por género y por grupos de control y tratamiento que conviene analizar.

La PSA de ofertas desigualitarias es menor en el grupo de tratamiento que en el grupo de control: tanto hombres como mujeres cuando conocen el género del jugador con el que interaccionan asignan una PSA menor que cuando no lo conocen. Y se trata de una diferencia que es estadísticamente significativa (test de Mann-Whitney; $z = 1,977$; $p = 0,048$). Sin embargo, las mujeres del grupo de tratamiento atribuyen una probabilidad ligeramente menor a que la oferta sea aceptada que la que asignan los hombres de su mismo grupo aunque en este caso la diferencia no es significativa.

Hasta el momento hemos analizado tan solo las expectativas o creencias de naturaleza subjetiva que albergan los sujetos, pero ¿coinciden estas con la realidad? La forma más sencilla de responder esta pregunta es comparar tales creencias con lo acontecido en el juego. Para ello introducimos una nueva medida que refleja el nivel objetivo de aceptación (NOA) de una determinada oferta. Se trata de analizar el comportamiento que han seguido los jugadores 2 a la hora de aceptar propuestas iguales a la mitad o propuestas inferiores a esta. Es decir, de contabilizar cuántos sujetos han aceptado propuestas igualitarias y cuántos propuestas inferiores⁷.

Por tanto se trata de contraponer la respuesta que anticipan los jugadores que no tienen información sobre lo que han hecho sus compañeros, con lo que efectivamente han decidido estos últimos. En la siguiente figura podemos ver de manera gráfica esta comparación entre el nivel subjetivo de las creencias de los jugadores 1, y la objetividad que nos proporciona el análisis del comportamiento seguido por los jugadores 2.

Cuando analizamos las ofertas iguales a 50 ECUs, nos encontramos con que las expectativas subjetivas sobre aceptación y la realidad objetiva coinciden entre sí. Es decir, los jugadores 1 anticipan de manera acertada que su oferta no será rechazada por los jugadores 2.

⁷De este modo mientras una oferta de 50 ECUs es aceptada por todos los sujetos, una oferta de 10 ECUs es aceptada solo por 45 de los 96 individuos, es decir, por un 47% de los mismos, y por tanto este es el nivel de aceptación o NOA de esta determinada oferta.

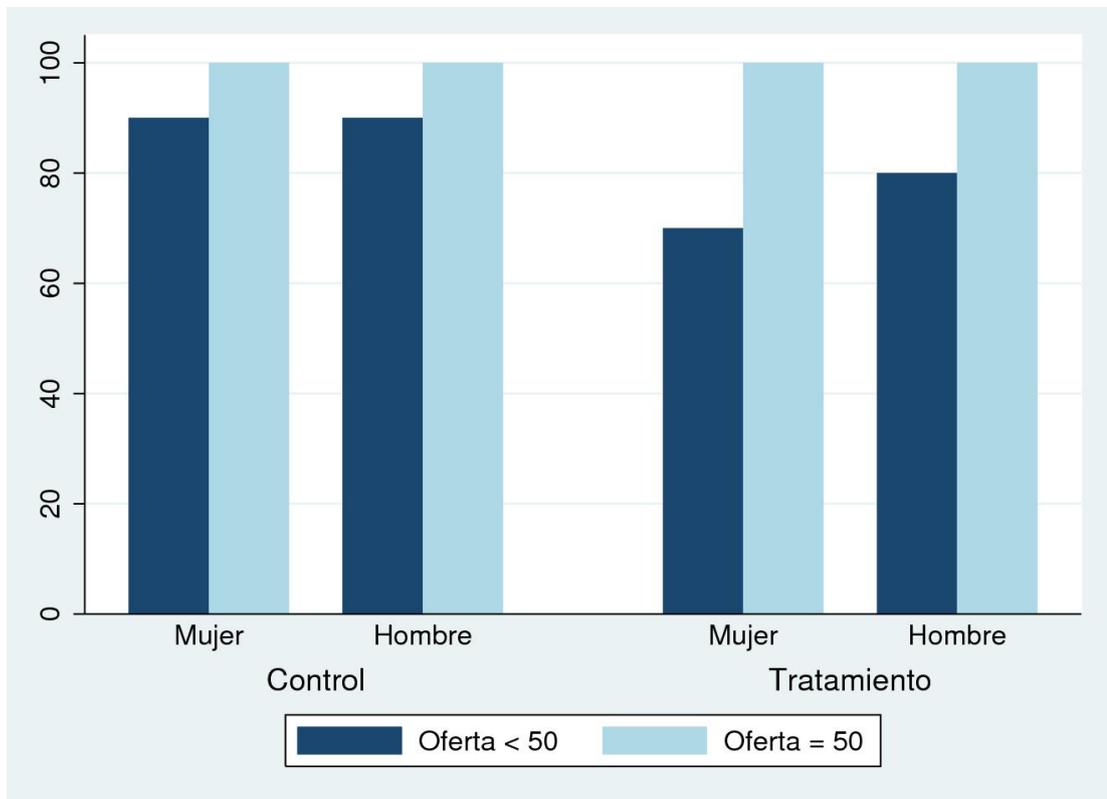


Figure 8.2: Mediana de la PSA y NOA por tratamiento y tipo de propuesta -

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

Las diferencias emergen de nuevo en el caso de las ofertas menores a la mitad. Aquí, apreciaciones subjetivas y comportamiento objetivo no coinciden, puesto que los jugadores 1 erran al predecir que sus compañeros 2 van a rechazar su oferta en un grado mayor al que realmente lo hacen. Dicho de otro modo, la NOA de ofertas menores a 50 desciende ligeramente con respecto al caso de la oferta igualitaria, mientras que la PSA asignada a ofertas desigualitarias desciende en gran medida con respecto a la PSA de las ofertas igualitarias. Además, esta diferencia es más acusada en el grupo de tratamiento, al que se le ha proporcionado la información de género, que en el grupo de control. Es decir, si el nivel de aceptación de ofertas desigualitarias es prácticamente igual en ambos grupos, lo mismo no puede afirmarse de las expectativas de ambos: los individuos del grupo de tratamiento atribuyen una probabilidad más alta de rechazo a su oferta que los individuos del grupo de control, siendo esta diferencia estadísticamente significativa (test de Mann-Whitney; $z = 2,277$; $p = 0,022$).

Por tanto, el escenario al que se van a enfrentar los sujetos (sobre la aceptación de sus ofertas) es idéntico en ambos casos, sin embargo los individuos imaginan escenarios diferentes dependiendo de si conocen o no el género de su compañero. Esto nos desvela que la información de género que se administra en el grupo de tratamiento influye en el nivel de creencias de los jugadores 1 aunque no en el de comportamiento de los jugadores 2. Más adelante profundizaremos sobre este aspecto, pero antes de ello debemos analizar si esta confrontación entre percepción (subjetiva) y realidad (objetiva) opera de igual manera en hombres y mujeres.

Al observar la figura 3 vemos como emergen diferencias al respecto, sin embargo, tales diferencias no surgen en el nivel subjetivo, sino que hombres y mujeres se enfrentan a niveles objetivos de aceptación distintos (test de Mann-Whitney; $z = -2,151$; $p = 0,031$). La diferencia entre ambos sexos no reside esta vez en las probabilidades que asignan los jugadores 1 a sus ofertas (cuyo comportamiento analizamos en este apartado), puesto que son similares, sino que residen en el comportamiento que siguen los jugadores 2, que aceptan con mayor medida las ofertas que han realizado los hombres –dado que estas han sido mayores–. Este hecho se produce con independencia de que los jugadores 2 conozcan o no el género de su compañero. Es decir, a la hora de conformar cuál es la realidad objetiva con la que se enfrenta cada sexo, hemos agrupado a los jugadores 2 que han interactuado solo con hombres y mujeres respectivamente, y con independencia de si pertenecían al grupo de control y tratamiento (de si conocían

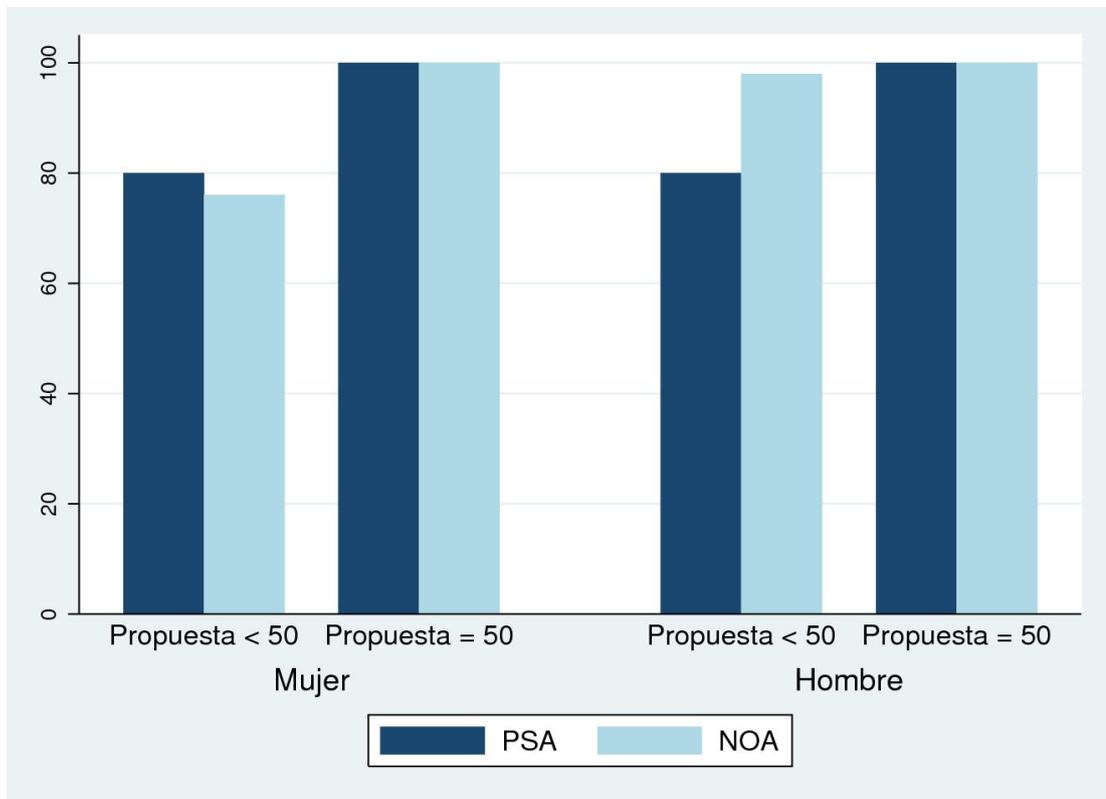


Figure 8.3: Mediana de la PSA Y NOA por género y tipo de propuesta -

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

el género de su compañero), y tras ello hemos analizado cuál fue la respuesta de los mismos a las ofertas propuestas por cada sexo (se calcula de nuevo los niveles de aceptación de las ofertas iguales e inferiores a 50 ECUs pero discriminando esta vez por sexo del jugador 1).

Esta agrupación de jugadores 2 por sexo del jugador 1 es totalmente aleatoria al haber sido realizada con posterioridad al experimento, luego hombres y mujeres de ambos grupos se distribuyen por igual en ambos grupos. De manera que, esta medida del nivel objetivo de aceptación con el que se va a enfrentar los jugadores 1 de cada sexo, no se ve influenciada por ningún factor que, a priori, pueda determinar el comportamiento de los jugadores 2 en ambos grupos de interacción.

8.4.3 Creencias de los jugadores 2 en el UG

En primer lugar, hemos analizado si los jugadores 2 anticipan correctamente las propuestas realizadas por los jugadores 1 (NOR). Y el resultado obtenido es que los jugadores 2 sí realizan un cálculo acertado del tipo de oferta que van a recibir (PSR). Y este resultado es independiente del tratamiento y del sexo del participante (ver figura 4).

En el caso de los jugadores 2 en el UG, la única diferencia significativa en el plano de las creencias que encontramos es entre aquellos que están dispuestos a aceptar cualquier oferta ($n = 45$) y aquellos que demandan al menos el 20% del reparto ($n = 51$)⁸. Aquellos cuya MAO es menor que 10 creen que van a recibir una oferta mayor que aquellos cuya MAO es igual a 10, y esta diferencia es estadísticamente significativa (test de Mann-Whitney; $z = 2,064$; $p = 0,0390$). Asumiendo que creencia y decisiones son independientes, podemos afirmar que los jugadores 2 en el UG toman decisiones racionales de acuerdo con sus creencias, y que estas decisiones no están afectadas por la información extra que se les proporciona, en este caso el sexo de la persona con la que están interactuando.

8.4.4 Síntesis de resultados para el UG

- Los jugadores 1 que proponen ofertas igualitarias (50 ECUs) anticipan correctamente la respuesta de los jugadores 2, con independencia de la información de

⁸De nuevo, una justificación del porqué de esta división puede ser encontrada en Brañas y Miller (2008).

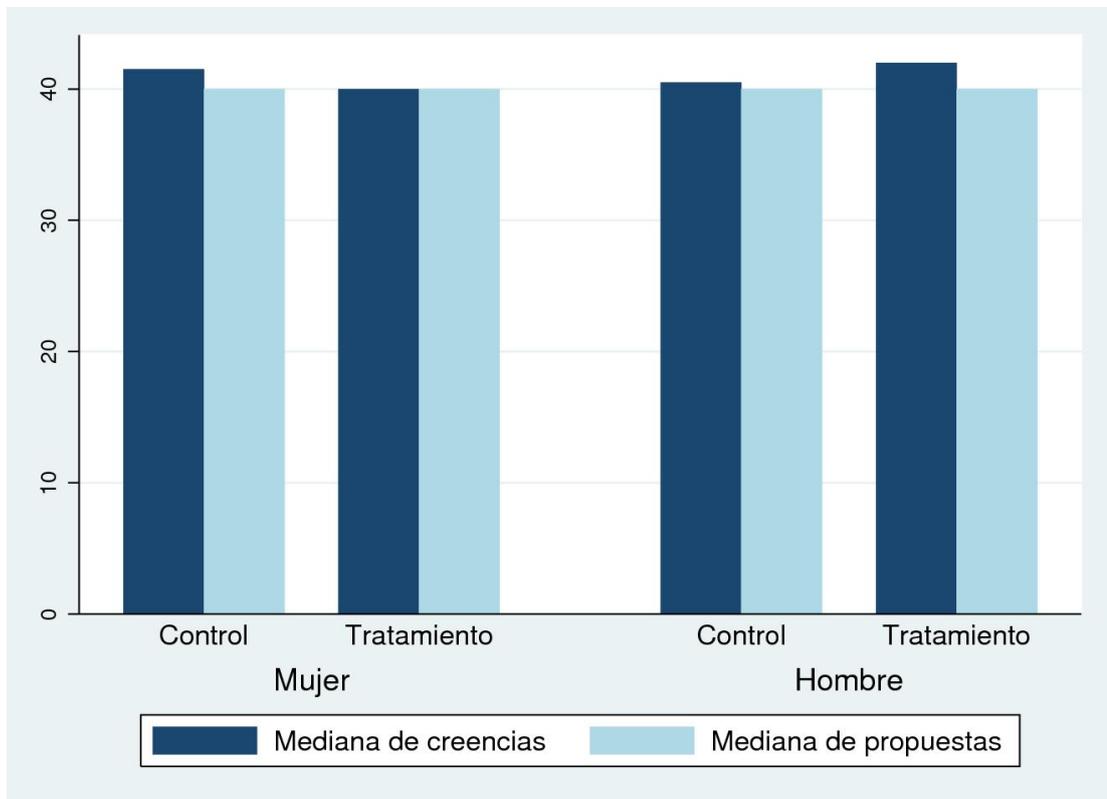


Figure 8.4: Mediana de la PSR Y NOR por género y tratamiento -

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

género o de su sexo.

- Los jugadores 1 del grupo de tratamiento que proponen ofertas desigualitarias (menores a 50 ECUs), y con independencia de su sexo, se ven afectados por la información de género pues asignan una probabilidad de aceptación menor.
- Los jugadores 1, con independencia de su sexo, se enfrentan a niveles de aceptación distintos aunque la probabilidad subjetiva que asignan es idéntica.
- Los jugadores 2, con independencia del sexo y el tratamiento, asignan probabilidades subjetivas similares de recibir cada reparto potencial.
- Los jugadores 2 que aceptan cualquier oferta creen que van a recibir una cantidad significativamente inferior a aquellos que demandan más de la oferta mínima.

8.4.5 El juego del Yes-or-No

El juego del *Yes-or-No* es una versión extrema del juego del Ultimatum en la que los jugadores 2 tienen un poder de veto no condicionado (Gehrig et al., 2007), es decir, solo pueden aceptar o rechazar una oferta sin conocer la naturaleza de la misma, o sin considerar la cuantía de cada uno de los repartos posibles que puedan ofrecer los jugadores 1. Por ello, este juego es de una gran utilidad a la hora de evaluar el rol del componente estratégico del UG que desaparece en esta nueva estructura, mediante una comparación de lo que sucede en ambos escenarios. De igual modo, es posible realizar una comparación entre el YNG y el Juego del Dictador (DG). El YNG es una extensión más natural del UG que el DG ya que los jugadores 2 desempeñan un papel en el juego, aunque este sea muy limitado (aceptar o no con antelación la propuesta). Los estudios que han utilizado con anterioridad el YNG han encontrado dos regularidades que merece la pena comentar. Primero, si comparamos los tres juegos entre sí, las ofertas realizadas en el YNG son menores que las del UG y mayores que las del DG. Segundo, los jugadores 2 en el YNG siempre aceptan la oferta (Gehrig y otros, 2007; Chlasek y otros, 2008).

En este experimento encontramos el mismo resultado que los anteriores investigadores: todos los jugadores 2 aceptan el reparto y las ofertas que se realizan son significativamente inferiores a las del UG. A la hora de adentrarnos en el estudio comparativo de las creencias de los sujetos participantes en ambos juegos vemos como

emergen algunas diferencias. Como argumentaremos más adelante, éstas son debidas principalmente a la eliminación del factor estratégico en el YNG que acabamos de mencionar.

8.4.6 Creencias de los jugadores 1 en el YNG

La oferta media propuesta en el YNG es considerablemente menor que en el UG: 25,4 ECUs, con una mediana de 20 ECUs y una moda de 10 ECUs ($n = 96$). A la hora de analizar la PSA de los jugadores 1 y cómo esta medida difiere en un contexto no estratégico, lo primero que encontramos es que los jugadores 1 son conscientes de la falta de veto de los jugadores 2 y por tanto, además de realizar repartos inferiores (en el nivel de comportamiento), atribuyen una probabilidad muy alta a que su oferta sea aceptada. La mediana de la probabilidad de aceptación de la oferta es de 0,98 en el YNG. Es decir, anticipan acertadamente el comportamiento de los jugadores 2.

A continuación, analizaremos qué factores podrían tener una influencia en las creencias de los participantes. Para ello, de nuevo compararemos aquellos sujetos que ofrecen 10 ECUs ($n = 45$) con aquellos que ofrecen más de esta cantidad ($n = 51$). En este juego ofrecer más de 10 ECUs solo puede ser explicado por algún tipo de función de utilidad que incorpore preferencias sociales, ya que el componente estratégico o de riesgo no desempeña ningún papel.

La mediana de la distribución de probabilidades subjetivas de aceptación de aquellos que ofrecen más de 10 ECUs es de 0,9, y la de aquellos que ofrecen 10 ECUs es 1. Además, no existen diferencias significativas entre ambos grupos. Esto muestra como la creencia acerca de la probabilidad de aceptación de la oferta es independiente de la oferta misma en el YNG.

A la hora de explorar el papel desempeñado por el género de los participantes o por la información de género suministrada en el grupo de tratamiento en la asignación de PSA nos encontramos con que no existen diferencias atendiendo a estas dos variables (ver figura 5).

8.4.7 Creencias de los jugadores 2 en el YNG

A la hora de preguntarle a los jugadores 2 del YNG sobre la probabilidad subjetiva que asignan a recibir una determinada oferta (PSR) vemos que estos, con independencia del

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

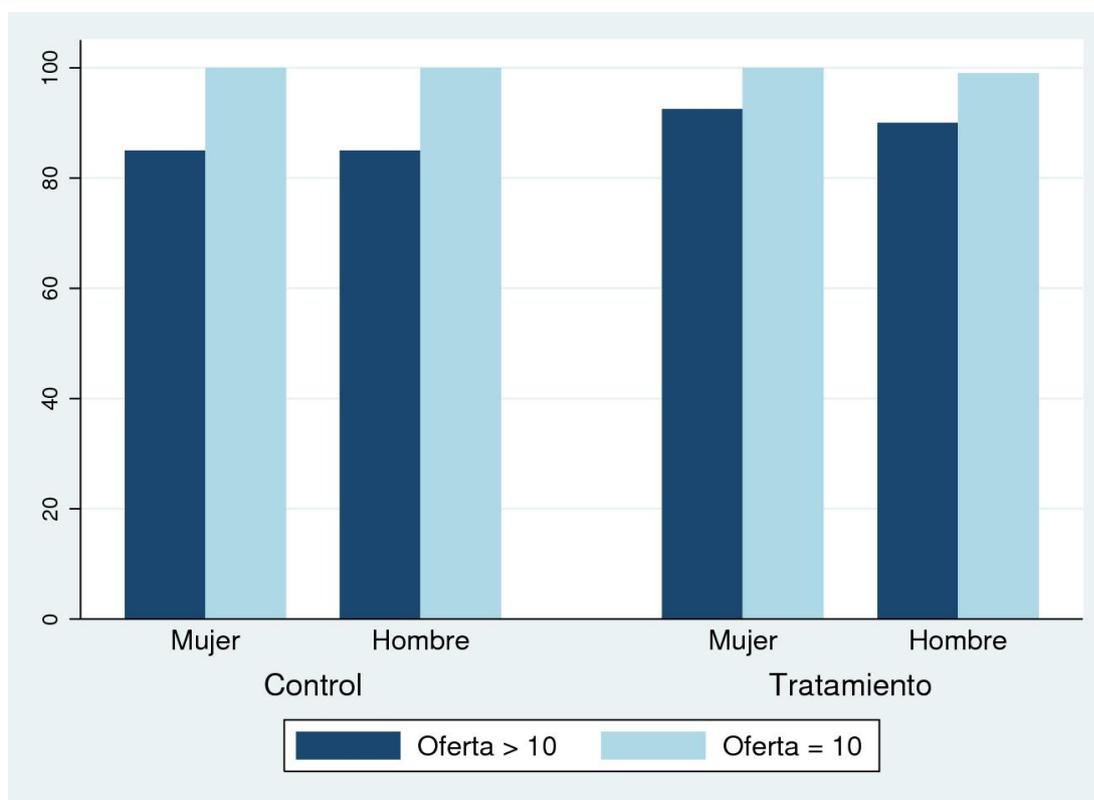


Figure 8.5: Mediana de la PSA y NOR por género y tratamiento -

tratamiento, atribuyen una probabilidad de recibir esa oferta superior al nivel objetivo de realización de dicho reparto (NOR).

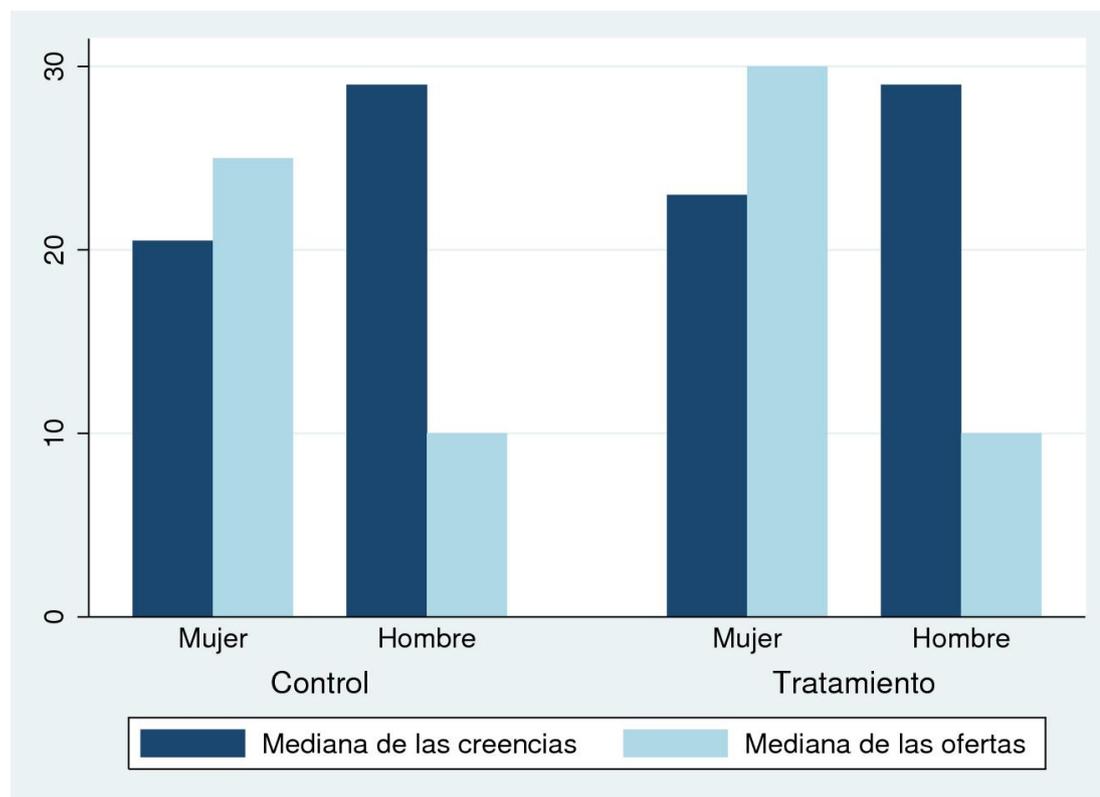


Figure 8.6: Mediana de la PSR y NOR por género y tratamiento -

Sin embargo, cuando diferenciamos por género vemos que este resulta ser un mecanismo determinante, pues los hombres asignan una probabilidad significativamente superior a la realización objetiva de ese reparto, mientras que las mujeres asignan una PSR menor (test de Mann-Whitney; $z = -2,143$; $p = 0,0321$). Y este último resultado se produce con independencia del tratamiento (ver figura 6).

8.4.8 Síntesis de los principales resultados del YNG

- Los jugadores 1 realizan repartos inferiores a los del UG y asignan una probabilidad muy alta a que su oferta sea aceptada: anticipan adecuadamente el comportamiento de los jugadores 2.
- No existen diferencias significativas en las probabilidades subjetivas de aceptación

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

de un determinado reparto que asignan los jugadores 1 atendiendo al sexo de los participantes y a la información de género.

- Los jugadores 2 del YNG, con independencia del tratamiento, atribuyen una probabilidad más alta de recibir una determinada oferta que no se corresponde con el nivel objetivo de realización de dicho reparto.
- Los jugadores 2 del YNG asignan una probabilidad muy superior a la realización objetiva de ese reparto, mientras que las mujeres asignan una PSR menor, con independencia del tratamiento.

8.5 Conclusiones

Las creencias de los sujetos son sensibles a la percepción del riesgo y se manifiestan de una forma coherente con la misma. Es decir, si los sujetos perciben riesgo dentro de un contexto económico ello se ve reflejado en las expectativas que los sujetos tienen sobre la interacción económica. Además, pequeñas variaciones como manejar información acerca del sexo del compañero, alteran las creencias de los individuos participantes. En el caso de este experimento, el efecto del tratamiento (información de género) sobre las expectativas subjetivas solo emerge en el juego del Ultimátum, cuando se asume el rol de proponer un determinado reparto, no igualitario, y se corre el riesgo de que este sea rechazado. Por tanto, podemos decir que en contextos estratégicos como el UG, anticipar el comportamiento de los compañeros (y por tanto toda información que arroje pistas sobre el mismo) se convierte en un elemento determinante a la hora de analizar una determinada situación.

Por otra parte, hombres y mujeres evalúan el riesgo de la interacción a la que se enfrentan de distinta manera. Los jugadores 1 de este experimento en el contexto del UG tienen menos posibilidades de sufrir un rechazo que las jugadoras 1, puesto que los repartos que han propuesto han sido mayores. Sin embargo, su mayor sensibilidad al riesgo hace que atribuyan las mismas probabilidades de éxito que sus compañeras.

Cuando el riesgo no es un factor inherente a la interacción, como en el caso del jugador 2 en el UG o en el juego del *Yes-or-No*, las diferencias entre hombres y mujeres relacionadas con esta diferente sensibilidad al riesgo desaparecen, como cabe esperar. Sin embargo, cada sexo tiende a esperar de su compañero comportamientos distintos, los

jugadores 2 del YNG esperan recibir una determinada cantidad con una probabilidad mucho más alta de lo acontecido en la realidad, mientras que las jugadoras 2 creen no recibir tal cuantía con una probabilidad inferior a la realidad. Quizás este hecho tenga que ver con el modo en que los individuos atribuyen comportamientos teniendo en cuenta sus propias preferencias sociales. Esta pregunta, sin embargo, escapa al objetivo central de este trabajo, que es el estudio de las creencias en contextos estratégicos en función del riesgo percibido.

8. EL ROL DE LAS CREENCIAS EN CONTEXTOS ESTRATÉGICOS

9

Nota final sobre los trabajos experimentales

Los dos primeros experimentos, pese a versar sobre distintos temas, llegan a una conclusión similar: que a menudo la discusión experimental sobre diferencias de género o sexo se centra en la pregunta equivocada, o mejor dicho, se centra en una sola variable: el género/sexo¹ de los individuos. Sin embargo, a lo largo de la parte experimental de esta tesis hemos defendido que el sexo o el género de los individuos no es siempre la variable que mejor predice nuestro fenómeno de estudio. Al mismo tiempo, hemos puesto de manifiesto que el hecho de que no sea una variable con un poder predictivo absoluto no equivale a anular las diferencias entre hombres y mujeres que puedan efectivamente existir. Por ello, en los dos primeros artículos que hemos presentado nos hemos hecho eco del debate recientemente abierto por Jane Sell acerca de la notabilidad o *saliencia* de las diferencias de sexo en contextos experimentales. Según esta autora, el sexo es a veces un factor que sobresale y a veces no. Por otra parte, esta variabilidad obedece a la presencia de otras variables en el diseño experimental y al efecto de interacción con estas variables que sucede cada estudio concreto.

¹La elección de emplear “género” en los dos artículos sobre diferencias de género en procesos de negociación y “sexo” en el artículo sobre Carol Gilligan obedece a dos criterios. Al ser el concepto de preferencia social de gran complejidad, pues abarca muchos comportamientos pro-sociales, hemos creído conveniente usar el concepto de género, ya que que englobaría la dimensión social de las diferencias de sexo. Sin embargo, en el artículo sobre preferencias morales y empatía estudiamos el rol que el sexo (ser chico o chica) juega a la hora de preferir un tipo u otro de respuesta moral. Además, la empatía es una variable de origen no social. Por otra parte, también hemos tenido en cuenta la orientación de las revistas a los que estos artículos fueron destinados.

9. NOTA FINAL SOBRE LOS TRABAJOS EXPERIMENTALES

Esta sencilla explicación da sentido a la existencia de una gran cantidad de resultados experimentales acerca de las semejanzas o diferencias entre hombres y mujeres en relación a diversos fenómenos, que de otro modo, parecían contradictorios e inconsistentes entre sí. Este hecho desanimaba a muchos investigadores a meterse o analizar esta escurridiza variable. Pero este no es el único factor que disuade a muchos científicos. La dicotomía sexo/género (examinada en el capítulo cuatro) y la corrección política que envuelve a estos estudios (que hemos mencionado al comienzo en nuestro capítulo sobre la disidencia) también juegan un rol destacado. En general, la perspectiva de género (o la construcción social del sexo) es la que suele dominar en gran parte de la investigación que se realiza en las ciencias sociales. De modo que las diferencias entre hombres y mujeres suelen explicarse a través de teorías ambientalistas: la influencia de la socialización y los roles de género. Sin embargo, en esta tesis nos hemos alejado de esta línea predominante por varias razones que hemos expuesto en el cuarto capítulo, y que ponen en duda el carácter meramente social de las diferencias llamadas de género. Por consiguiente, en las investigaciones empíricas que hemos presentado en esta tesis hemos incorporado teorías y conceptos procedentes de otros campos, como la neuropsicología y las ciencias cognitivas y del comportamiento.

Nuestra decisión obedece a que tales ideas o conceptos tradicionalmente ajenos a la sociología deben ser tenidos en cuenta, ya que explican parte de los fenómenos que la sociología y otras disciplinas sociales abordan en sus investigaciones, y nos proporcionan pistas sobre mecanismos que operan a nivel micro. En concreto, en el primero de los trabajos hemos revisado la relación entre ética del cuidado femenina y empatía propuesta por Carol Gilligan, que ha tenido un amplio calado en muchas disciplinas tales como la filosofía moral o el propio feminismo. Sin embargo, la empatía no es una habilidad adquirida a través del aprendizaje o los roles de género, y las diferencias de sexo en empatía tienen, como hemos visto, un substrato biológico. Tal y como esperábamos en nuestro experimento observamos que las participantes del sexo femenino tienen un coeficiente mayor de empatía que sus compañeros masculinos. Sin embargo, no hemos verificado la relación entre empatía y argumentos morales basados en una perspectiva del cuidado propuesta por Carol Gilligan. También encontramos que la edad es una variable que explica en mejor medida qué argumentos morales prefieren hombres y mujeres ante un dilema hipotético.

Por otra parte, en los dos últimos trabajos hemos examinado la dimensión contextual del proceso de decisión de las mujeres, y el papel que los roles de género puede desempeñar en situaciones de interacción estratégica. Nuestros resultados apuntan a que las diferencias encontradas son principalmente de tipo cognitivo y no están mediadas por creencias de género. Al abrir la caja negra de la explicación contextual hemos comprobado que las distintas capacidades predictivas de ambos sexos en situaciones que implican riesgo social es lo que explica, en última instancia, las preferencias de nuestros participantes. La información de género incide en la percepción del riesgo social que implica tomar una determinada decisión, con independencia del sexo de los individuos y, curiosamente, no interviene en procesos de conformación de expectativas de género. Por tanto, en el caso de nuestro experimento la teoría de los roles sociales no ha resultado ser un marco teórico capaz de dar cuenta del fenómeno estudiado en el laboratorio, puesto que la explicación última es de tipo cognitivo.

9. NOTA FINAL SOBRE LOS TRABAJOS EXPERIMENTALES

10

Reflexión personal

En esta tesis he tratado distintos temas a la hora de emprender una revisión crítica del modelo estándar del feminismo del género. Con este fin he reunido una serie de trabajos, tanto empíricos como teóricos, que he ido elaborando a lo largo de mi período predoctoral. Ello ha hecho que la estructura de la tesis sea un poco más compleja de lo habitual. Mientras que en los primeros capítulos analizo una serie de cuestiones teóricas, en los siguientes presento tres investigaciones experimentales donde he intentado aplicar mis conocimientos teóricos. En todos ellos el hilo conductor es la revisión crítica que he señalado anteriormente. De cualquier modo, voy a intentar explicar en esta reflexión final la lógica seguida a la hora de plasmar mi crítica al modelo feminista del género en este documento.

Tal y como he dicho en la introducción a este documento, el primero de los trabajos que presento tiene como finalidad examinar un fenómeno relativamente reciente, y que no había sido tratado académicamente: el malestar de muchas feministas con el propio feminismo, que ha originado una dicotomía entre el denominado feminismo del género y el feminismo equitativo. Este fenómeno introducido en el capítulo dos ha traspasado la frontera académica, pues también afecta a las mujeres (y hombres) de a pie, que rechazan la etiqueta de feminismo, aunque no los ideales de igualdad entre hombres y mujeres que el feminismo defiende. También ha traspasado fronteras geográficas, puesto que se trata de un fenómeno surgido en EEUU que comienza a expandirse hacia otros lugares como Canadá, Francia o España, aunque en menor medida.

Presentar un trabajo de este tipo, crítico y políticamente incorrecto, requiere de realizar un esfuerzo adicional para situar este tema dentro del contexto y la historia del

10. REFLEXIÓN PERSONAL

feminismo, que he intentado llevar a cabo en el capítulo tres. Una vez matizado cómo el feminismo del género surgió en la segunda ola feminista, terminó de gestarse en la tercera ola, y cómo se ha desmarcado de la primera ola de todas ellas, paso a analizar otro aspecto no menos interesante. Se trata de la visión del concepto de género que domina el pensamiento feminista contemporáneo.

El concepto de género surge en los sesenta para aludir a la construcción social de los sexos. Es decir, hombres y mujeres no nacen sino que se hacen y, además, viven en un sistema de género/sexo, donde la construcción de estos dos géneros se relaciona con la dominación masculina. Resulta curioso que el primero en acuñar términos como la identidad de género y los roles de género fuese John Money, artífice de la idea de que el género es algo plástico, y de que los individuos son psicosexualmente neutros al nacer. Digo que resulta curioso, pues tal y como hemos visto anteriormente, este afamado psicólogo se enfrentó en su carrera médica a un caso único que puso en evidencia sus tesis: nos referimos al caso de John/Joan revisado en el capítulo cuatro. Además, los conceptos e ideas sobre el género y la identidad de género surgieron en el ámbito del estudio de pacientes con hiperplasia suprarrenal congénita y otros casos de intersexualidad, donde precisamente treinta años de investigación en este campo apuntan hacia la dirección contraria establecida por Money y sus colaboradores: el origen biológico de la identidad de sexo y de muchas pautas de comportamiento social.

Por tanto, en esta tesis no solo se critica el feminismo del género por su exceso de ideologización, sino que esta crítica se expande a la noción misma de género (como algo socialmente construido). Por ello, he recopilado la evidencia empírica que avala la tesis aquí expuesta: que el origen de las diferencias de sexo y del sistema social al que han dado lugar no es en exclusiva social, sino también biológico.

Quizás hace tres o cuatro décadas cuando Money defendía que cualquier individuo puede ser educado bajo cualquier sexo, no existía el conocimiento del que disponemos hoy en día y, por tanto, esta idea podía ser tan cierta como la idea contraria. Quizás si algunas de las autoras clásicas del feminismo vivieran hoy habrían llegado a conclusiones muy diferentes. O quizás no, puesto que la resistencia a abandonar las ideas propias o aquellas que gozan de nuestra aprobación es considerable. Por ejemplo, el caso de John/Joan data nada menos que de los setenta. Sin embargo, pocas feministas dudan del origen social del género, y de algunas de las tesis fundamentales del feminismo, a pesar de que la literatura que contradice estas tesis es amplia. Este no es el caso del

feminismo darwinista, que se ha desviado del feminismo del género, para acercarse a una posición más interdisciplinar y científica. Según esta corriente, el feminismo haría bien en replantearse sus tesis iniciales y adoptar una posición más rigurosa que le llevaría a encontrar en la psicología evolutiva una meta-teoría sobre las relaciones entre ambos sexos.

Esta tesis se suma a esta corriente y en ella he sugerido que el modelo de dimorfismo sexual propuesto por Simon Baron-Cohen, y su teoría de empatía-sistematización (E-S), sería de gran utilidad al feminismo, ya que explica el origen y el por qué de algunas de las diferencias cognitivas entre hombres y mujeres, así como su relación con la testosterona fetal o prenatal (TF). Este equipo trabaja principalmente en identificar factores relacionados con la incapacidad de atribuir y leer estados mentales en otros individuos o *mindblindness*, que ocurre en enfermedades como el síndrome de asperger o el autismo. Sin embargo, los resultados encontrados en algunos de sus experimentos son reveladores para disciplinas como la sociología, puesto que han identificado un mecanismo, la FT, que interviene en la diferencias de sexo en empatía y pautas sociales, que son observables desde el nacimiento y evidentes en niños de menos de dos años.

Por tanto, mi crítica del género me condujo a revisar, en primer lugar, el origen de este concepto, para volver al concepto de sexo, y a la literatura médica y neurocientífica que cuestiona la naturaleza social de la identidad de género. Por consiguiente, comparto la afirmación realizada por otros autores de que las teorías que defienden un origen social de las diferencias de sexo no constituyen una alternativa teórica a la que ofrece actualmente la psicología evolutiva. Para demostrar tal afirmación me he echo eco de la literatura más reciente sobre este tema, en especial, en relación a la acción de las hormonas prenatales en comportamientos típicos de sexo y en sociabilidad.

Con ello he querido poner de manifiesto que uno de los pilares básicos del feminismo -el origen social de las diferencias de sexo- es incorrecto y ha quedado desfasado a la luz de investigaciones recientes. Del mismo modo, planteo una duda acerca de otro de los pilares básicos del feminismo: la idea de que vivimos en un sistema de sexo/género (sociedad patriarcal) originado también socialmente. La propuesta alternativa a la que ofrece el feminismo del género analiza el patriarcado como una consecuencia del conflicto sexual de origen evolutivo. Y esta idea es sostenida por un número creciente de sociólogos y otros científicos sociales, que apuestan por dejar a una lado las viejas rencillas entre *nature* y *nurture* o fantasmas como la acusación de determinismo biológico.

10. REFLEXIÓN PERSONAL

Defender que la biología es origen de muchos fenómenos que adquieren una dimensión más compleja en el plano de lo social no es lo mismo que afirmar que ésta es destino. Además, la confusión entre lo descriptivo y lo normativo, y no el ejercicio descriptivo en sí mismo, es lo que conduce a la falacia naturalista que tanto rechazo genera en muchos científicos sociales. Falacias y miedos infundados son los que conducen a ignorar por completo la dimensión biológica de los fenómenos sociales, y a resguardar las disciplinas académicas en compartimentos delimitados, en lugar de perseguir un saber unificado. En el caso de las diferencias de sexo esto resulta especialmente visible, y las consecuencias de este error pueden ser especialmente graves cuando conducen a experimentos como el de John/Joan.

Las propuestas materialistas de interacción entre lo biológico y lo social, entre las que se incluye el feminismo darwinista, cierran la parte más teórica de esta tesis para dejar paso a tres trabajos experimentales. En ellos me he detenido en un aspecto de tipo metodológico, que dificulta o empaña las investigaciones que se orientan al estudio de las diferencias de sexo. Estos tres trabajos han sido el resultado final de un proceso que comenzó en el 2006 y cuyos intrínquilos no se reflejan en estas publicaciones. Como cada artículo cuenta con una sección de conclusiones y, además, en el capítulo anterior he realizado una reflexión conjunta sobre los mismos, voy a entretenerme en los entresijos de estas investigaciones para explicar el nexo de esta parte experimental con la parte teórica. Para ello, quisiera mencionar uno de los ensayos de un gran pensador de la ciencia: el premio Nobel de medicina Sir Peter Brian Medawar.

En, *¿Son los artículos científicos una clase de fraude?* Medawar responde abiertamente que sí. Y no se refiere a que contenido sea fraudulento, sino que a la manera en la que uno expone su trabajo no refleja fidedignamente el proceso que ha acompañado o dado lugar al trabajo presentado en un paper científico. No voy a profundizar en este gracioso ensayo cuya lectura recomiendo encarecidamente. Sin embargo, es cierto que cuando comencé mi andadura experimental en Jena, de la mano de Luis M. Miller, lo hice con una motivación concreta: aplicar mi visión feminista a un proyecto experimental que “iba de género”, en concreto, de creencias de género en procesos de negociación. Gran parte de lo escrito en innumerables versiones no aparece en el documento final que aquí presento, y muchos de mis conocimientos teóricos simplemente no encajaban en un artículo experimental de este tipo. En especial, mi crítica a la idea de contextualidad y del yo relacional de las mujeres elaborada por Gilligan, no tenía cabida.

Del gusanillo de criticar las raíces psicoanalíticas del trabajo de Carol Gilligan, así como su peculiar fusión entre feminismo del género y ciencia surgió el artículo sobre preferencias morales que, además, completa el esfuerzo planteado en esta tesis de aplicar mi crítica teórica a la investigación empírica. Aparte de dar rienda suelta a este deseo, también he intentado aplicar la perspectiva que he defendido a lo largo de esta tesis: la de incorporar en investigación social los descubrimientos, las teorías y los instrumentos desarrollados en el seno de otras disciplinas, como la neuropsicología. De ahí también que eligiera el método experimental cuyo uso, a pesar de su enorme potencial, es minoritario en sociología.

En definitiva, en esta tesis he querido subrayar que existe otro modo de entender la relación entre biología y sociología que ofrece un hueco a la primera disciplina en el seno de la segunda, y que dicho enfoque es de singular importancia para el feminismo. En este sentido, comparto la reflexión de Helena Cronin cuando afirma que “lo pernicioso es el sexismo y no las diferencias de sexo, y es la injusticia y no la ciencia a lo que uno debería oponerse. ¿Cómo puede forjarse un mundo más justo si carecemos de un entendimiento correcto de lo que ambos sexos difieren?” (Cronin, 2005).

Todos los trabajos que he recopilado en esta tesis encajan con la afirmación realizada por esta feminista darwinista. Comprender el origen y la naturaleza de las diferencias de sexo, con independencia de la disciplina de la que uno proceda, no requiere de sustituir una disciplina por otra como alguno de mis colegas ha bromeado en relación a una posible fusión entre neurociencia y sociología. Basta con unir ambos saberes. Voy a permitirme una última cita. Se trata de *Consilience: The Unity of Knowledge* de Edward O. Wilson, defensor romántico de la idea de que las humanidades y las ciencias están destinados a una unión armoniosa. Es también una llamada provocativa a los postmodernistas, a los que el feminismo es afín y, a los que él, al igual que mis colegas analíticos, tanto critica:

Una vez superado el golpe de descubrir que el universo no fue hecho pensando en nosotros, todo el significado que el cerebro puede conocer a fondo, todas las emociones que pueda soportar y toda la aventura compartida que pudiéramos desear gozar, pueden encontrarse descifrando el sentido del orden hereditario que ha llevado a nuestra especie a través del tiempo geológico y la ha troquelado con los residuos de la historia profunda. La razón avanzará hasta nuevos niveles, y las emociones se representarán de maneras casi infinitas. Se separará lo verdadero de lo falso y nos comprenderemos muy bien, tanto más rápidamente porque somos de

10. REFLEXIÓN PERSONAL

la misma especie y poseemos cerebros que son similares desde el punto de vista biológico. Y a los otros que se preocupan por la disolución e irrelevancia crecientes de la intelectualidad, que es realmente alarmante, les señalo que ha habido siempre dos clases de pensadores originales: aquellos que al ver desorden intentan crear orden, y aquellos que al encontrar orden intentan protestar creando desorden. La tensión entre los dos es lo que hace al conocimiento que avanza. Nos eleva a través de una trayectoria zigzagueante de progreso. Y en la contienda darwiniana de ideas, el orden siempre gana, porque (simplemente) ésta es la manera en que funciona el mundo real. No obstante he aquí un saludo a los postmodernistas: En tanto que celebrantes del romanticismo coribántico de hoy en día enriquecen la cultura. Nos dicen al resto del mundo: quizás, solo quizás estáis equivocados (pg 66, Wilson, 1998).

Comprometida con la tesis searlina de que existe una realidad externa, que es posible conocer, mi tesis ha surgido de este anhelo por encontrar un poquito del orden del que habla Wilson en el caos de las diferencias de sexo, las disputas feministas y el viejo debate naturaleza-cultura. Es por ello que todos los distintos trabajos en los que me he embarcado en la trayectoria doctoral tienen un nexo común: revisar el modelo tradicional o estándar que impera en el feminismo del género. Cada trabajo por sí solo no constituye una crítica contundente pero tomados en su conjunto pretenden poner de manifiesto que el modelo en el que se basa el feminismo del género es erróneo. Esta crítica en diversos frentes, y que puede rastrearse en todas las partes que componen este documento, se resume en los siguientes puntos:

- El género no es un producto meramente social, sino que tiene un substrato biológico, que adquiere formas más complejas en un nivel macro social. Es decir, los individuos no son psicosexualmente neutros al nacer, y su identidad de género no es algo arbitrario ni enteramente plástico.
- Por tanto, algunas de las diferencias entre hombres y mujeres que le interesan al feminismo del género no tienen un origen o naturaleza social sino biológica.
- Asimismo, el sistema patriarcal de sexo/género se levanta sobre alguna de estas diferencias no construidas socialmente.
- Por consiguiente, para un entendimiento correcto de cómo funciona y se mantiene este sistema patriarcal, con vistas a erradicar estructuras que supongan un obstáculo a la igualdad de los sexos, es necesario adentrarse en un nivel de causación último,

que tenga en cuenta el rol que la naturaleza humana juega en el desarrollo de estas estructuras sociales.

- La existencia de estas diferencias entre hombres y mujeres no compromete la igualdad de los sexos si esta se define en términos de equidad (las mentes de hombres y mujeres son equivalentes aunque no intercambiables).
- Por otra parte, la existencia de diferencias no garantiza el poder predictivo de la variable sexo en investigaciones empíricas que analizan fenómenos complejos.
- Del mismo modo, el hecho que estas diferencias no tenga poder explicativo o no emerjan en un contexto experimental no implica que estas sean inexistentes o irrelevantes en otros contextos.
- Por tanto, la investigación realizada en los estudios de género o con enfoque de género deben tener la sensibilidad de la variable sexo a otras variables experimentales.
- Además, este tipo de investigaciones deberían tener en cuenta la literatura de otros campos de conocimiento ajenos a la sociología, ya que el sexo o el género de los individuos tiene dos dimensiones, una social y otra biológica, que han de ser tenidas en consideración. Por ello, en el feminismo la conciliación de distintos saberes es de suma importancia.
- La psicología evolutiva es un paradigma que tiene en cuenta esta doble dimensión del sexo/género y por tanto, es el marco teórico que mejor puede proporcionar las causas últimas que pasan desapercibidas en el feminismo del género. Además, puede servir para reformular y complementar algunas de las causas próximas o más inmediatas de las diferencias entre hombres y mujeres.

Espero que el esfuerzo realizado en esta investigación resulte convincente para los miembros del tribunal que examinen en esta tesis y para todos aquellos que lean en parte o en su totalidad esta colección de trabajos. Una vez depositado este pequeñísimo granito de arena, el horizonte que se abre es extenso. Tan enorme como el reto de seguir avanzando en la comprensión de la mente humana, y del papel que ésta juega en la arena de las diferencias y similitudes en la que se mueven hombres y mujeres. De tener

10. REFLEXIÓN PERSONAL

la posibilidad de continuar con mi labor investigadora en condiciones favorables, mi línea de trabajo continuará en el intento de encontrar algo de orden en el desorden de las diferencias de sexo, y en el cruce aventurado de disciplinas científicas.

Summary and Conclusion

The broad objective of this thesis is to examine the standard gender feminism model both theoretically and empirically. In order to provide an alternative account of sex differences in social behaviour recent research carried out in neuropsychology is introduced. Results coming from this experimental studies preclude us from explaining sex differences in terms of cultural process and socialisation processes. In particular, some of the sex differences explained by feminism as a consequence of gender roles appears pretty soon, and are even observable in neonates, as well as in some non-human primates, which lack gender stereotypes.

Finally, we have applied our theoretical critique to gender feminism to the way that experimental research on gender differences is usually carried out. Our results do not support some of the classical hypotheses hold by gender feminist scholars. We also propose that a less gender-focused approach is necessary, as sex differences are more or less salient depending on the interaction between sex and other powerful experimental variables. Thus, the main conclusions are the following:

- Gender is not a mere social construction, as it results from biological predisposition that get complex in the micro level. That is, individuals are not psychosexually neutral at the moment of birth, nor is their gender identity arbitrary and of a plastic nature, as it has been traditionally assumed by environmental theories.
- Therefore, some of the differences between men and woman that are of interest for gender feminism do not have asocial origin, but rather a biological one.

11. SUMMARY AND CONCLUSION

- In a similar vein, the patriarchal sex/gender system that is believed to cause those differences is not built merely on sex differences that are socially constructed.
- As a consequence, if we are to fight against this system the ultimate causes of sex differences should be found out. This will improve our understanding of how this system has emerged and works.
- The existence of sex differences does not guarantee the predictive power of the sex variable in empirical investigations which deal with complex social phenomena.
- Similarly, the fact that those sex differences may not have explicative power must not directly lead to the conclusion that sex differences do not exist or are irrelevant in other contexts.
- Hence, research carried out within gender studies or from the gender point of view must take into account the sensitivity of sex to other experimental variables.
- Moreover, these investigations should incorporate the literature coming from fields and disciplines other than sociology, since the gender of individuals is two dimensional. For this reason, the social and the biological realms of gender should be integrated in a consilience account. Evolutionary psychology provides such perspective, and it is, therefore, the theoretical approach that can illuminate the ultimate cause of male domination ignored by feminist theory.

Declaration

Hereby I declare that his thesis entitled “Una aproximación analítica al feminismo del género” is the result of my own research and effort. All sources, references and literature used or excerpted during elaboration of this thesis are properly cited and listed in complete reference to the due source. Any thoughts or quotations which were inferred from these sources are clearly marked as such.

Ana León Mejía

11. SUMMARY AND CONCLUSION

Referencias bibliográficas

- Adam, D. (2003). His 'n' hers: On men, women and the 'extreme male brain' in Simon Baron-Cohen's the essential difference. *The Guardian*. 47
- Aguiar, F., P. Brañas-Garza, R. Cobo-Reyes, N. Jimenez, and L. M. Miller (2009). Are women expected to be more generous? *Experimental Economics* 12(1), 93–98. 149
- Aldrich, D. P. and R. Kage (2003). Mars and venus at twilight: A critical investigation of moralism, age effects, and sex differences. *Political Psychology* 24(1), 23–40. 130
- Alexander, G. M. and M. M. Hines (2002). Sex differences in response to children's toys in nonhuman primates (*cercopithecus aethiops sabaeus*). *Evolution and Human Behavior* 23(6), 467–479. 73
- Allen, L. S., M. F. Richey, Y. M. Chai, and R. A. Gorski (1991). Sex differences in the corpus callosum of the living human being. *Journal of Neuroscience* 11, 933–942. 68
- Allenand, L. S. and R. A. Gorski (1992). Sexual orientation and the size of the anterior commissure in the human brain. *Neurobiology* 89, 7199–7202. 68
- Andreoni, J. and L. Vesterlund (2001). Which is the fair sex? gender differences in altruism. *The Quarterly Journal of Economics* 116(1), 293–312. 141, 148
- Archer, J. (1996). Sex differences in social behavior: Are the social role and evolutionary explanations compatible? *American Psychologist* 51(9), 909–917.
- Armon, C. and T. L. Dawson (1997). Developmental trayectories in moral reasoning across the life span. *Journal of Moral Education* 26(4), 433–453. 112

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aronson, P. (2003). Feminists or post feminists? young women's attitudes toward feminism and gender relations. *Gender and Society* 17(6), 903–921. 8, 35, 41, 42, 43, 44
- Auyeung, B., S. Wheelwright, C. Allison, M. Atkinson, N. Samarawickrema, and S. Baron-Cohen (2009). The children's empathy quotient and systemizing quotient: Sex differences in typical development and in autism spectrum conditions. *Journal of Autism and Developmental Disorders* 39 (11), 1509–1521. 108, 113
- Ayres, I. and P. Siegelman (1995). Race and gender discrimination in bargaining for a new car. *The American Economic Review* 85 (3), 304–321. 141
- Badinter, E. (2004). *Por mal camino*. Alianza Editorial. 33, 35, 44, 45
- Balk, M., V. Ojanen, T. Pekkola, J. Autti, M. Sams, and I. P. Jääskeläinen (2010). Synchrony of audio-visual speech stimuli modulates left superior temporal sulcus. *Neuroreport* 23(21), 822–826. 67
- Barkow, J., L. Cosmides, and J. Tooby (1992). *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*. Oxford University Press. 2, 81
- Baron-Cohen, S. (1995). *Mindblindness: An essay on autism and theory of mind*. Massachusetts Institute of Technology. 74, 75, 81
- Baron-Cohen, S. (2003). *The Essential difference: Male and female brains and the truth about autism*. Basic Books. 47
- Baron-Cohen, S. (2005). The essential difference: The male and the female brain. Paper appeared in Phi Kappa Phi Forum. 93
- Baron-Cohen, S., R. C. Knickmeyer, and M. K. Belmonte (2005). Sex differences in the brain: Implications for explaining autism. *Science* 310 (5749), 819–823. 108, 113
- Baron-Cohen, S., S. Lutchmaya, and R. Knickmeyer (2004). *Prenatal testosterone in mind: Amniotic Fluids Studies*. MIT Press. 64, 71, 72, 74, 75, 119
- Baron-Cohen, S. and S. Wheelwright (2004). The empathy quotient: An investigation of adults with asperger syndrome or high functioning autism, and normal sex differences. *34(2)*, 163–175. 114, 123, 132

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Becker, J. B., K. J. Berkley, N. Geary, E. Hampson, J. P. Herman, and E. Young (Eds.) (2008). *Sex differences in the Brain: from genes to behavior*. Oxford University Press. 64
- Bell, S. and D. Saucer (2004). Relationship among environmental pointing accuracy, mental rotation, sex, and hormones. *Environment and Behavior* 36(2), 251–265. 65
- Bellafante, G. (1998). Feminism: It's all about me. *Time* 151(25). 44
- Bem, S. L. (1981). Gender schema theory: A cognitive account of sex typing. *Psychological Review* 88(4), 354–364. 79
- Benenson, J. F. (1993). Greater preference among females than males for dyadic interaction in early childhood. *Child Development* 64(544-555). 75
- Berenbaum, S. A. (1999). Effects of early androgens on sex-typed activities and interests in adolescents with congenital adrenal hyperplasia. *Hormones and Behavior* 35(1), 102–110. 61
- Berenbaum, S. A., S. C. Duck, and K. Bryk (2000). Behavioral effects of prenatal versus postnatal androgen excess in children with 21-hydroxylase-deficient congenital adrenal hyperplasia. *The Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 85(2), 727–733. 62
- Berenbaum, S. A. and M. Hines (1992). Early androgens are related to childhood sex-typed toy preferences. *Psychological Science* 3(3), 203–206. 61, 120
- Berenbaum, S. A. and S. M. Resnic (1997). Early androgen effects on aggression in children and adults with congenital adrenal hyperplasia. *Psychoneuroendocrinology* 22(7), 505–515. 61
- Berenbaum, S. A. and E. Snyder (1995). Early hormonal influences on childhood sex-typed activity and playmate preferences: Implications for the development of sexual orientation. *Developmental Psychology* 31, 31–42. 61
- Berthoz, S., M. Wessa, G. Kedia, B. Wicker, and J. Grzes (2008). Cross-cultural validation of the empathy quotient in a french-speaking sample. *The Canadian Journal of Psychiatry* 53(6), 37–45. 132

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bethea, A. R., K. R. Rexrode, A. C. Ruffo, and D. Syreeta (1999). Violence in lesbian relationships: a narrative analysis. In *Washington*. 15
- Bicchieri, C. (2006). *The grammar of society: The nature and dynamics of social norms*. Cambridge University Press. 135
- Bishop, D. V. M. (1990). *Handedness and developmental disorder*. Mac Keith Press. 71
- Bishop, K. M. and D. Wahlsten (1997). Sex differences in the human corpus callosum: Myth or reality? *Neuroscience and Biobehavioral Reviews* 21(5), 581–601. 68
- Bloom, H. (1995). *The western canon: The books and school of the ages*. Riverhead Trade. 46
- Bolton, G. (1998). Bargaining and dilemma games: From laboratory data towards theoretical synthesis. *Experimental Economics* 1(3), 257–281. 148
- Bolton, G. and I. Katok (1995). An experimental test for gender differences in beneficent behavior. *Economic Letter* 48, 287–292. 141, 148
- Borghans, l., B. Golsteyn, J. Heckman, and H. Meijers (2009). Gender differences in risk aversion and ambiguity aversion. *Journal of the European Economic Association* 7(2-3), 649–658. 142
- Boudon, R. (2004). La sociología que realmente importa. *Papers* 72, 215–226. 92
- Bowles, H. R., L. C. Babcock, and K. McGinn (2005). Constraints and triggers: Situational mechanics of gender in negotiation. *Journal of Personality and Social Psychology* 89(6), 951–965. 141, 156
- Boxer, S. (1997). Ideas and trends; one casualty of the women’s movement: Feminism. *The New York Times*. 44
- Brabeck, M. (1983). Moral judgment theory and research on differences between males and females. *Development Review* 3, 274–291. 117
- Brañas-Garza, P. and L. M. Miller (2008). Instinctive response in the ultimatum game. Department of Economic Theory and Economic History of the University of Granada. 168, 174

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brennan, G., W. Guth, L. G. Gonzalez, and M. V. Levati (2008). Attitudes toward private and collective risks in individual and strategic choice situations. *Journal of Economic Behavior and Organization*. 67(1), 253–262. 142
- Brewer, M. B. and W. Gardner (1996). Who is this we? levels of collective identity and self-representations. *Journal of Personality and Social Psychology* 71, 83–93. 135
- Broughton, J. M. (1983). Women's rationality and men's virtues: A critique of gender dualism in Gilligan's theory of moral development. *Social Research* 50(3), 597–642. 116
- Bucciarelli, M., S. Khemlani, and P. Johnson-Laird (2008). The psychology of moral reasoning. *Judgment and Decision Making* 3(2), 121–139. 131, 137
- Buchan, N. R., R. T. A. Croson, and S. Solnick (2008). Trust and gender: An examination of behavior and beliefs in the investment game. *Journal of Economic Behavior and Organization* 68((3-4)), 466–476. 113, 145, 161
- Buller, D. J. (2005). *Adapting minds: Evolutionary psychology and the persistent quest for human nature*. The MIT Press. 86
- Bunge, M. (1963). A general black box theory. *Philosophy of Science* 30(4), 346–358. 100
- Burger, J. M. and M. Cosby (1999). Do women prefer dominant men? the case of the missing control condition. *Journal of Research in Personality* 33, 358–368. 86
- Burn, S. M., R. Aboud, and C. Moyles (2000). The relationship between gender social identity and support for feminism. *Sex Roles* 42(11-12), 1081–1089. 41
- Buss, D. M. (1984). Marital assortment for personality dispositions: Assessment with three different data sources. *Behavior Genetics* 14, 111–123. 84
- Buss, D. M. (1989). Sex differences in human mate preferences: Evolutionary hypotheses tested in 37 cultures. *Behavioral and Brain Sciences* 12, 1–49. 84
- Buss, D. M. (1998). Sexual strategies theory: Historical origins and current status. *The Journal of Sex Research* 35(1), 19–31. 84

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Buss, D. M. and D. P. Schmitt (1993). Sexual strategies theory: An evolutionary perspective on human mating. *Psychological Review* 100, 204–232. 83
- Bymes, J. P., D. C. Miller, and W. D. Schafer (1999). Gender differences in risk taking: A meta-analysis. *Psychological Bulletin* 125(3), 367–383. 142, 160
- Cahill, L. (2006). Why sex matters for neuroscience. *Nature Reviews Neuroscience* 7(6), 477–484. 67, 68, 69
- Carlo, G., S. H. Koller, N. Eisenberg, M. S. Da Silva, and C. B. Frohlich (1996). A cross-national study on the relations among prosocial moral reasoning, gender role orientations, and prosocial behaviors. *Developmental Psychology* 32(2), 231–240. 130
- Chakrabarti, B. and S. Baron-Cohen (2006). Empathizing: neurocognitive developmental mechanisms and individual differences. *Progress in Brain Research* 156, 403–417. 119
- Charness, G. and U. Gneezy (2007). Strong evidence for gender differences in investment. Number 24 in Economics Working Paper Series. University of California at Santa Barbara. 142
- Chesler, P. (2006). The failure of feminism. *The Chronicle of Higher Education Review* 52 (25), pB12. 10, 44
- Chlaß, N., W. Guth, and T. Miettinen (2009, 69). Beyond procedural equity and reciprocity. 149
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the sociology of gender*. University of California Press. 106, 113, 118, 119
- Chung, W. C. J., G. J. de Vries, and D. Swaab (2002). Sex differentiation of the bed nucleus of the stria terminalis in humans may extend into adulthood. *Journal of Neuroscience* 22(3), 1027–1033. 67
- Chwe, M. (2001). *Rational rituals: culture, coordination and common knowledge*. Princeton University Press. 14

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cimen, M., F. H. Erdil, K. Kalkan, H. Tetiker, and A. Karacan (2007). Absence of interthalamic adhesion in a female cadaver: a case report. *Neuroanatomy* 8, 39–40. 68
- Clark, K. and M. Sefton (2001). The sequential prisoners dilemma: evidence on reciprocity. *Economic Journal* 111, 51–68. 148
- Clark, V., S. Nelson Garner, M. Higonnet, and K. Katrak (Eds.) (1996). *Antifeminism in the academy*. Routledge. 19
- Clements, A. M., S. L. Rimrodt, J. Abel, J. Blankner, S. H. Mostofsky, J. J. Pekar, M. Denckla, and L. E. Cutting (2006). Sex differences in cerebral laterality of language and visuospatial processing. *Brain and language* 98(2), 150–158. 66
- Colapinto, J. (2001). *As nature made him: The boy who was raised as a girl*. Harper Perennia. 57, 59
- Coleman, V. E. (1994). Lesbian battering: The relationship between personality and the perpetration of violence. *Violence and victims* 9(2), 139–152(14). 15
- Collins, P. H. (2000). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness and the politics of empowerment*. Routledge. 117
- Conellan, J., S. Baron-Cohen, S. Wheelwright, A. Batki, and J. Ahluwala (2000). Sex differences in human neonatal social perception. *Infant Behavior and Development* 23(1), 113–118. 75, 120
- Constantino, J. and R. Todd (2000). Genetic structure of reciprocal social behavior. *American Journal of Psychiatry* 157, 2043–2045. 76
- Constantino, J. N., T. Przybeck, D. Friesen, and R. Todd (2000). Reciprocal social behaviour in children with and without pervasive developmental disorders. *Developmental and Behavioural Pediatrics* 1, 2–11. 76
- Cox, J. C. and C. A. Deck (2006). When are women more generous than men? *Economic Inquiry* 44, 587–598. 143, 160, 161

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Crosno, R. and U. Gneezy (2009). Gender differences in preferences. *Journal of Economic Literature* 47(2), 448–474. 99, 113, 135, 137, 138, 142, 143, 146, 151, 155, 156, 160, 161
- Cross, S. E. and L. Madson (1997). Models of the self: Self-construals and gender. *Psychological Bulletin* 122, 5–37. 113
- Cross, S. E., M. L. Morris, and J. S. Gore (2002). Thinking about oneself and others: The relational interdependent self-construal and social cognition. *Journal of Personality and Social Psychology* 82, 399–418. 113
- Darwin, C. (1859). *The descent of man, and selection in relation to sex*. John Murray. 82
- de Beauvoir, S. (2005). *El Segundo sexo*. Madrid: Catedra. 25, 40, 46
- Deaux, K. and L. L. Lewis (1984). Structure of gender stereotypes: Interrelationships among components and gender label. *Journal of Personality and Social Psychology* 46(5), 991–1004. 141
- Deaux, K. and B. Major (1987). Putting gender into context: an interactive model of gender-related behavior. *Psychological Review* 94(3), 369–389. 132
- Diamond, M. (1997). Sex reassignment at birth: A long term review and clinical implications. *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine* 151, 298–304. 59
- Dickinson, D. L. and J. Tiefenthaler (2002). What is fair? experimental evidence. *Southern Economic Journal* 69, 414–428. 148
- Dittmann, R. W., M. H. Kappes, M. E. Kappes, D. Börger, H. Stegner, R. H. Willig, and H. Wallis (1990). Congenital adrenal hyperplasia i: Gender-related behavior and attitudes in female patients and sisters. *Psychoneuroendocrinology* 15(5-6), 401–420. 61
- Donenberg, G. and L. W. Hoffman (1988). Gender differences in moral development. *Sex Roles* 11-12, 701–717. 131

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Dorner, G. (1988). Neuroendocrine response to estrogen and brain differentiation in heterosexuals, homosexuals, and transsexuals. *Archives of Sexual Behavior* 17(1), 57–75. 67
- Drake, J. (1997). Review essay: Third wave feminisms. *Feminist Studies* 23(1), 97–108. 41
- Duffy, M. (1992). The bete noire of feminism: Camille paglia. *Time*. 20
- Dufwenberg, M. and A. Muren (2006a). Gender composition in teams. *Journal of Economic Behavior and Organization* 61, 50–54. 148
- Dufwenberg, M. and A. Muren (2006b). Generosity, anonymity, gender. *Journal of Economic Behavior and Organization* 61, 42–49. 148
- Dupré, J. (2003). *Darwin's legacy: What evolution means today*. Oxford University Press. 96
- Eagly, A. H. (1987). *Sex differences in social behavior: A social-role interpretation*. Lawrence Erlbaum. 140, 141, 145
- Eagly, A. H. and W. Wood (2005). Universal sex differences across patriarchal culture evolved psychological dispositions. *Behavioral and Brain Sciences* 28, 281–283. 51, 78
- Ebert, T. L. (1995). *Ludic feminism and after postmodernism, desire, and labor in late capitalism*. University of Michigan Press. 20
- Eckel, C., A. C. de Oliveira, and P. J. Grossman (2008). Gender and negotiation in the small: Are women (perceived to be) more cooperative than men? *Negotiation Journal* 24(4), 429–445. 141
- Eckel, C. and P. J. Grossman (1998). Are women less selfish than men? evidence from dictator experiments. *Economic Journal* 108, 726–735. 148, 160
- Eckel, C. C. and P. J. Grossman (2001). Chivalry and solidarity in ultimatum games. *Economic Inquiry* 39, 171–188. 141, 145, 151, 156

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Eckel, C. C. and P. J. Grossman (2008). *Handbook of Experimental Economics Results*, Chapter Differences in the economic decisions of men and women: Experimental evidence. North Holland. 143, 155
- Ehrhardt, A. A., R. Epstein, and J. Money (1968). Fetal androgens and female gender identity in the early-treated adrenogenital syndrome. *Bulletin Johns Hopkins Hospital* 122(3), 160–167. 61
- Eisenberg, N., G. Carlo, B. Murphy, and P. Van Court (1995). Pro-social development in late adolescence: A longitudinal study. *Child Development* 66, 1179–1197. 130
- Eisenberg, N. and L. Randy (1983). Sex differences in empathy and related capacities. *Psychological Bulletin* 94(1), 100–131. 108, 113, 119
- Ellis, B. J. (1992). *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, Chapter The evolution of sexual attraction: Evaluative mechanisms in women. Oxford University Press. 84, 86
- Ellis, L., S. Hershberger, E. Field, S. Wersinger, S. Pellis, D. Geary, C. Palmer, K. Hoyenga, A. Hetsroni, and K. Karadi (2008). *Sex Differences: Summarizing More Than a Century of Scientific Research*. Psychology Press (Taylor & Francis Group), New York. 64, 119
- Elster, J. (1982). Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos: Alegato en favor del individualismo metodológico. *Zona Abierta* 33. 9
- Emery, N. J. (2000). The eyes have it: the neuroethology, function and evolution of social gaze. *Neuroscience and Biobehavioral Review* 24, 581–604. 74
- England, P. (1989). A feminist critique of rational-choice theories: Implications for sociology. *American Sociologist* 20(1), 14–28. 113
- England, P. (1990). Feminist critiques of the separative model of self. *Rationality and Society* 2(2), 156–171. 113
- Erikson, E. H. (1968). *Identity, youth and crisis*. New York: Norton. 112
- Faludi, S. (1991). *Backlash: the undeclared war against american women*. Crown. 10, 12

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Farrel, W. (1986). *Why men are the way they are: the male-female dynamic*. Mcgraw-Hill. 7, 10
- Farrell, W. (2001). *The myth of male power*. Berkley Trade. 7, 10
- Farrell, W., J. P. Sterba, and S. Svoboda (2008). *Does feminism discriminate against men? A debate*. Oxford University Press. 7
- Ferree, M. M. and B. B. Hess (1995). *Controversy and coalition: the new feminism movement across four decades of change*. Routledge. 42
- Figueredo, A. J., J. A. Sefcek, G. Vasquez, B. H. Brumbach, J. E. King, and W. J. Jacobs (2005). *The handbook of evolutionary psychology*, Chapter Evolutionary Personality Psychology. Wiley. 84
- Findlen, B. (Ed.) (1995). *Listen Up: voices from the next feminist generation*. Seal Press. 41
- Firestone, S. (1970). *The dialectic of sex: The case for feminist revolution*. William Morrow and Company. 40
- Fischbacher, U. (2007). z-tree: Zurich toolbox for ready-made economic experiments. *Experimental Economics* 10(2). 162
- Fisher, B. S. and F. T. Cullen (2000). *Criminal justice 2000: measurement and analysis of crime and justice*, Volume 4-Measurement and analysis of crime and justice, Chapter Measuring the sexual victimization of women: evolution, current controversies, future research. Department of Justice, National Institute of Justice. 22
- Fisher, H. (2000). *The first sex: the natural talents of women and how they are changing the world*. Ballantine Books. 138
- Flanagan, O. and K. Jackson (1987). Justice, care, and gender: The Kohlberg-Gilligan debate revisited. *Ethics* 97(3), 622–637. 130
- Ford, M. R. and C. R. Lowery (1986). Gender differences in moral reasoning: A comparison of the use of justice and care orientations. *Journal of Personality and Social Psychology* 50, 777–83. 112

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1930). *Civilization and its discontents*. W. W. Norton Company, Reissue edition. 112
- Friedman, W., A. B. Robinson, and F. B. T. (1987). Sex differences in moral judgments? a test of Gilligan's theory. *Psychology of Women Quarterly* 11, 37–46. 112
- Frith, U. and F. Vargha-Khadem (2001). Are there sex differences in the brain basis of literacy related skills? evidence from reading and spelling impairments after early unilateral brain damage. *Neuropsychologia* 39(13), 1485–1488. 66
- Gabriel, S. and W. L. Gardner (1999). Are there “his” and “hers” types of interdependence? the implications of gender differences in collective versus relational interdependence for affect, behavior, and cognition. *Journal of Personality and Social Psychology* 77, 642–655. 113, 135
- Garver-Apgar, C. E., S. W. Gangestad, R. Thornhill, R. D. Miller, and J. J. Olp (2006). Major histocompatibility complex alleles, sexual responsiveness, and unfaithfulness in romantic couples. *Psychological Science* 17(19), 830–835. 83
- Gaulin, S. J. and F. W. FitzGerald (1986). Sex differences in spatial abilities: an evolutionary hypothesis and test. *The American Naturalist* 127(1), 74–88. 65
- Gaulin, S. J. and H. Hoffman (1988). *Human reproductive behavior: A Darwinian perspective*, Chapter Evolution and the development of sex differences in spatial ability, pp. 129–152. Cambridge University Press. 65
- Gaulin, S. J. C. (1995). *The cognitive neurosciences*, Chapter Does evolutionary theory predict sex differences in the brain?, pp. 1211–1225. Mass, MIT Press. 65
- Gehrig, T., W. Guth, V. Levati, R. Levinsky, A. Ockenfels, T. Uske, and T. Weiland (2007). Buying a pig in a poke: An experimental study of unconditional veto power. *Journal of Economic Psychology* 28(6), 692–703. 144, 147, 149, 161, 165, 176
- Gelb, J. (2006). Backlash in the US and Japan. In *IPSA-RC19*. 20
- Gentile, D. A. (1993). Just what are sex and gender, anyway?: A call for a new terminological standard. *Psychological Science* 4(2), 120–122. 77, 132

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gerianne, M. A. and M. Hines (2002). Sex differences in response to children's toys in nonhuman primates (*cercopithecus aethiops sabaeus*). *Evolution and Human Behavior* 23, 467–479. 120
- Gilbert, N. (1991). The phantom epidemic of sexual assault. *Public Interest* 10, 54–65. 7, 23, 24
- Gilbert, N. (1992). Realities and mythologies of rape. *Society* 4(29), 4–10. 7, 23
- Gilbert, N. (1995). Was it rape? an examination of sexual assault statistics. Technical report, The American Enterprise Institute for Public Policy Research. 23, 24
- Gilligan, C. (1977). In a difference voice: Women's conception of self and morality. *Harvard Educational Review* 47(4), 481–517. 104, 116
- Gilligan, C. (1980). *Women's lives: New theory, research and policy*, Chapter Restoring the missing text of women's development to life cycle theories, pp. 17–33. University of Michigan Center for Continuing Education for Women, Ann Arbor. 116
- Gilligan, C. (1982). *In a Different Voice: Psychological theory and women's development*. Harvard University Press. 112, 113, 115, 155
- Gilligan, c. and J. Attanucci (1988). Two moral orientations: Gender differences and similarities. *Merril-Palmer Quaterly* 34(3), 223–237. 112, 117
- Glover, R. J. (2001). Discriminators of moral orientation: Gender role or personality? *Journal of Adult Development* 8(1), 1–7. 131
- Gneezy, U., K. Leonard, and J. List (2009). Gender differences in competition: Evidence from a matrilineal and a patriarchal society. *Econometrica* 77(5), 1637–1664. 137
- Gneezy, U., M. Niederle, and A. Rustichini (2003). Performance in competitive environments: Gender differences. *Quarterly Journal of Economics*, 1049–1074. 137, 141
- Gneezy, U. and A. Rustichini (2004). Gender and competition at a young age. *American Economic Review Papers and Proceedings* 94, 377–381. 137

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Goldberg, S. (1973). *The inevitability of patriarchy*. William Morrow and Company. 51, 78
- Goldberg, S. (1993). *Why men rule: A theory of male dominance*. Open Court Publishing. 51
- Goldstein, J. M., L. J. Seidman, N. J. Horton, N. Makris, D. Kennedy, S. Verne, J. Caviness, Faraone, and M. T. Tsuang (2001). Normal sexual dimorphism of the adult human brain assessed by in vivo magnetic resonance imaging. *Cerebral Cortex* 11(6), 490–497. 67, 68, 69
- Goldstein, J. M., L. J. Seidman, L. M. O'Brien, N. Horton, D. Kennedy, N. Makris, J. Caviness, V. S., S. Faraone, and M. T. Tsuang (2002). Impact of normal sexual dimorphism on sex differences in structural brain abnormalities in schizophrenia assessed by magnetic resonance imaging. *Archives of General Psychiatry* 59(2), 154–164. 68
- Good, G. (2001). *Humanism betrayed: theory, ideology and culture in the contemporary university*. McGill-Queen's University Press. 46, 69
- Gouchie, C. and D. Kimura (1991). The relationship between testosterone levels and cognitive ability patterns. *Psychoneuroendocrinology* 16, 323–334. 65
- Gowaty, P. A. (1997). *Feminism and evolutionary biology*. Chapman.
- Greeno, C. G. and E. E. Maccoby (1986). How different is the “different voice”? *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 11, 310–316. 116, 162
- Greer, G. (1970). *The female eunuch*. Paladin. 40
- Greiner, B. (2004). *Forschung und wissenschaftliches Rechnen.*, Chapter An Online Recruitment System for Economic Experiments, pp. 79–93. Datenverarbeitung. 146
- Gross, E. (1999). Darwin and feminism: preliminary investigations for a possible alliance. *Australian Feminist Studies* 14(29), 31–45. 93
- Gross, M. and W. Khron (2005). Society as experiment: sociological foundations for a self-experimental society. *History of the human sciences* 18(2), 63–86. 135

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gur, R. C., B. I. Turetsky, M. Matsui, M. Yan, W. Bilker, P. Hughett, and R. E. Gur (1999). Sex differences in brain gray and white matter in healthy young adults: correlations with cognitive performance. *Journal of Neuroscience* 19, 4065–4072. 69
- Gurin, P. (1985). Women's gender consciousness. *Public Opinion Quarterly* 49(2), 143–163. 35, 42, 43
- Guth, W., R. Schmittberger, and B. Schwarze (1982). An experimental analysis of ultimatum bargaining. *Journal of Economic Behavior and Organization* 3(4), 367–388. 147, 161, 165
- Haan, N. (1978). Two moralities in action contexts: Relationships to thought, ego regulation, and development. *Journal of Personality and Social Psychology* 36, 286–305. 112
- Hall, C. M., J. A. Jones, H. F. L. Meyer-Bahlburg, C. Dolezal, M. Coleman, P. Foster, D. A. Price, and P. E. Clayton (2004). Behavioral and physical masculinization are related to genotype in girls with congenital adrenal hyperplasia. *The Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 89(1), 419–424. 61, 62, 63
- Hamann, S. (2005). Sex differences in the responses of the human amygdala. *The neuroscientist* 11(4), 288–293. 67
- Hampson, E. (1990). Variations in sex-related cognitive abilities across the menstrual cycle. *Brain and Cognition* 14, 26–43. 70
- Hampson, E. and J. A. D. Rovet (1998). Spatial reasoning in children with congenital adrenal hyperplasia due to 21-hydroxylase deficiency. *Developmental Neuropsychology*, 299–320. 62
- Hampson, E., S. van Anders, and L. Mullin (2006). A female advantage in the recognition of emotional facial expressions: test of an evolutionary hypothesis. *Evolution and Human Behavior, Volume 27, Issue 6, Pages 401-416* 27(6), 401–416. 119
- Hannagan, R. J. (2008). Gendered political behavior: A darwinian feminist approach. *Sex Roles* 59, 465–475. 92

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Harding, S. (1986). *The science question in feminism*. Ithaca: Cornell University Press. 18
- Harding, S. (1987). *Women and moral theory*, Chapter The curious coincidence of feminine and african moralities, pp. 296–315. Rowman and Littlefield Publishers. 117
- Harpending, H. (1992). Age differences between mates in southern african pastoralists. *Behavioral and Brain Sciences* 15, 102–103. 86
- Harris, C., M. Jenkis, and D. Glaser (2006). Gender differences in risk assessment: Why do women take fewer risks than men? *Judgment and Decision Making* 1(1), 48–63. 137, 142
- Hartmann, H. (1976). Capitalism, patriarchy and job segregation by sex. *Signs* 1(3), 137–169. 50
- Hassett, J. M., E. R. Siebert, and K. Wallen (2008). Sex differences in rhesus monkey toy preferences parallel those of children. *Hormones and Behavior* 54(3), 359–364. 73, 120
- Held, V. (2006). *The ethics of care: Personal, political, and global*. Published to Oxford Scholarship Online. 112
- Henderson-King, D. H. and A. J. Stewar (1994). Women or feminists? assessing women's. group consciousness. *Sex Roles* 31(9-10), 505–516. 42
- Henrich, J., R. Boyd, S. Bowles, C. Camerer, E. Fehr, and H. Gintis (Eds.) (2004). *Foundations of human sociality: Economic experiments and ethnographic evidence from fifteen small-scale societies*. OUP Oxford. 136
- Henslin, J. M. (2004). *Essentials of sociology: a down-to-earth approach*. Allyn and Bacon. 96
- Hermans, E. J., P. Putman, and J. van Honk (2006). Testosterone administration reduces empathetic behavior: A facial mimicry study. *Psychoneuroendocrinology* 31(7), 859–866. 119

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Heywood, L. and J. Drake (1997). *Third wave agenda: Being feminist, doing Feminism*. University of Minnesota Press. 41, 43
- Hines, M. (2005). *Brain Gender*. Oxford University Press. 64
- Hines, M., S. F. Ahmed, and I. A. Hughes (2003). Psychological outcomes and gender-related development in complete androgen insensitivity syndrome. *Archives of Sexual Behavior* 32(2), 93–101. 63
- Hoff-Sommers, C. (1994). *Who stole feminism? How women have betrayed women*. Touchstone. 8, 9, 11, 12, 14, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 24, 45, 46, 47, 48
- Hoff-Sommers, C. (2002). *The war against boys: How misguided feminism is harming our young men?* Simon and Schuster. 13, 105, 116
- Hoffman, M. L. (1977). Sex differences in empathy and related behaviors. *Psychological Bulletin* 84(4), 712–722. 108, 113, 119
- Hoffman, M. L. (2000). *Empathy and moral development: Implications for caring and justice*. 113
- Holm, H. J. (2000). Gender-based focal points. *Games and Economic Behavior* 32 (2), 292–314. 141, 145, 163
- Hosltstein, C. L. (1976). Irreversible, stepwise sequence in the development of moral judgment: A longitudinal study of males and females. *Child Development* 47(1), 51–61. 112, 115
- Hrdy, S. B. (1981). *The woman that never evolved*. Harvard University Press. 91
- Hrdy, S. B. (1999). *Mother nature: Maternal instincts and how they shape the human species*. Ballantines Books. 91
- Husak, D. y. G. T. (1992). Date rape, social convention and reasonable mistakes. *Law and Philosophy* 11(1-2), 95–126. 26
- Hyde, J. S. (2005). The gender similarities hypothesis. *American Psychologist* 60(6), 581–592. 112, 117

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ishunina, T. A. and D. F. Swaab (1999). Vasopressin and oxytocin neurons of the human supraoptic and paraventricular nucleus: size changes in relation to age and sex. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 84(12), 4637–4644. 69
- Jackson, G. G. (1982). Black psychology: An avenue to the study of afro-americans. *Journal of Black Studies* 12(3), 241–60. 117
- Jaffee, S. and J. S. Hyde (2000). Gender differences in moral orientation: A meta-analysis. *Psychological Bulletin* 126(5), 703–26. 112, 117
- Johnston, K. (1985). *Mapping the Moral Domain*, Chapter Adolescents' solutions to dilemmas in fables: Two moral orientations-two problem solving strategies, pp. 50–71. Harvard University Press. 112
- Jozet-Alves, C., J. Modéran, and L. Dicke (2008). Sex differences in spatial cognition in an invertebrate: the cuttlefish. *Proceedings. Biological sciences* 275(1646), 2049–2054. 65
- Kaminer, W. (1990). *A fearful freedom: women's flight from equality*. Addison Wesley Publishing. 6, 10
- Kashima, E. S., Y. Kashima, and E. A. Hardie (2000). Self-typicality and group identification: Evidence for their separateness. *Group Processes and Intergroup Relations* 3, 97–110. 113, 135
- Kashima, Y., S. Yamaguchi, U. Kim, S. Choi, M. Gelfand, and M. Yuki (1995). Culture, gender, and self: A perspective from individualism collectivism research. *Journal of Personality and Social Psychology* 69, 925–937. 113, 135
- Kate Millett, K. (1970). *Sexual Politics*. Doubleday. 40, 50
- Keniston, K. (1968). *Young radicals*. Harcourt, Brace and World. 112
- Kenrick, D. T. and R. C. Keefe (1992). Ages preferences in mates reflect sex differences in human reproductive strategies. *Behavioral and Brain Sciences* 15, 75–133. 84, 85, 86

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Kenrick, D. T., R. C. Keefe, C. Gabrielidis, and J. S. Cornelius (1996). Adolescents' age preferences for dating partners: support for an evolutionary model of life-history strategies. *Child Development* 67(4), 1499–1511. 86
- Kenrick, D. T., J. M. Sundie, L. D. Nicastle, and G. O. Stone (2001). Can one ever be too wealthy or too chaste? searching for nonlinearities in mate judgment. *Journal of Personality and Social Psychology* 80, 462–471. 86, 87
- Kimura, D. (1983). Sex differences in cerebral organization for speech and praxic functions. *Canadian Journal of Psychology* 37(1), 19–35. 66
- Kimura, D. (1999). *Sex and Cognition*. The MIT Press. 64, 65
- Kimura, D. (2000). Human sex differences in cognition: fact, not predicament. *Sexualities, Evolution and Gender* 6, 45–53. 65, 70
- Knickmeyer, R., S. Baron-Cohen, P. Raggatt, and G. Taylor, K. and Hackett (2006). Fetal testosterone and empathy. *Hormones and Behavior* 49, 282–29. 76, 119
- Knox, P. L., N. S. Fagley, and P. M. Miller (2004). Care and justice moral orientation among african american college students. *Journal of Adult Development* 11(1), 41–45. 117
- Kohlberg, L. (1976). *Moral development and behaviour: theory, research, and social issues*. Holt, Rinehart and Winston. 112
- Kohlberg, L. and R. Kramer (1969). Continuities and discontinuities in childhood and adult moral development. *Human Development* 12, 93–120. 115
- Koss, M., C. Gidycz, and N. Wisniewski (1987). The scope of rape: incidence and prevalence of sexual aggression and victimization in a national sample of higher education students. *Journal of Counselling and Clinical Psychology* 55, 162–170. 22
- Koss, M. and S. Hamby (2003). Shades of gray: a qualitative study of terms used in the measurement of sexual victimization. *Psychology of Women Quarterly* 27(3), 243–255. 27
- Koss, M. P. and C. A. Gidycz (1985). The sexual experiences survey: reliability and validity. *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 53(3), 422–423. 22

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Koss, M. P. and C. Oros (1982). Sexual experiences survey: A research instrument investigating sexual aggression and victimization. *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 50(455-457). 22
- Krahe, B., R. Scheinberger-Olwig, and S. Kolpin (2000). Ambiguous communication of sexual intentions as a risk marker of sexual aggression. *Sex Roles* 42, 313–337. 26, 28
- Kray, L. J., A. Galinsky, and L. Thompson (2002). Reversing the gender gap in negotiations: An exploration of stereotype regeneration. *Organizational Behavior and Human Decision Processes* 87(2), 386–409. 156
- Kurtz, S. (2001). Silencing sommers. clinton holdovers have their way with hhs. *The National Review*. 20
- Kuwabara, K. (2005). Nothing to fear but feat itself: fear of fear, fear of greed and gender effects in two-person asymmetric social dilemmas. *Social Forces* 84, 1257–1272. 141
- Laframboise, D. (1996). *Princess at the window: a new gender morality*. Penguin Books. 7, 10
- Lambert, T. A., A. S. Kahn, and K. J. Apple (2003). Pluralistic ignorance and hooking up. *Journal of Sex Research* 40(2), 129–133. 27
- Langdale, S. (1986). *Handbook of moral development*, Chapter A Revision of structural-developmental theory. Religious Education Press. 112
- Lawrence, E. J., P. Shaw, D. Baker, S. Baron-Cohen, and A. S. David (2004). Measuring empathy: reliability and validity of the empathy quotient. *Psychological Medicine* 34, 911–919. 132
- LeGates, M. (1996). *Making waves: A history of feminism in western society*. Copp Clark. 39
- LeGates, M. (2001). *In their time: A history of feminism in western society*. Routledge. 39

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Leherman, K. (1993). Women's studies has empowered women to speak up in class. the problem is what they're often talking about. *MotherJones*. 6
- Leherman, K. (1997). Revisionist feminism. 6, 10
- Lehmann, C. (2002). Domestic violence overlooked in same-sex couples. *Psychiatric News* 12(37), 22. 15
- Lehrman, K. (1997). *The lipstick proviso: women, sex and power in the real world*. Doubleday. 6
- León, A. (2006). Un acercamiento a las posiciones críticas con el feminismo establecido desde la documentación y el análisis de la producción científica. Master's thesis, IESA Working paper series 1516. 5, 41, 44
- Lerner, G. (1986). *The creation of patriarchy*. Oxford University Press. 50
- Lerner, R. A., K. Nagai, and S. Rothman (1995). *Molding the good citizen. The politics of high school history texts*. Westport: Praeger. 16
- Levine, S. C., J. Huttenlocher, A. Taylor, and A. Langrock (1999). Early sex differences in spatial skill. *Developmental Psychology* 35(4), 940–949. 65
- Li, N. P. and D. T. Kenrick (2006). Sex similarities and differences in preferences for short-term mates: What, whether, and why. *Journal of Personality and Social Psychology* 90, 468–489. 86
- Liebenthal, E., R. Desai, M. M. Ellingson, B. Ramachandran, A. Desai, and J. F. Binder (2010). Specialization along the left superior temporal sulcus for auditory categorization. *Cerebral Cortex*. 67
- Linn, M. C. and A. C. Petersen (1985). Emergence and characterization of sex differences in spatial abilities: A meta-analysis. *Child Development* 56, 1479–1498. 65
- Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer*. Anagrama. 33, 45
- Low, B. (1992). Sex, coalitions and politics in preindustrial societies. *Politics and the Life Sciences* 11(1), 63–80. 88

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Low, B. S. (1999). *Why sex matters: A darwinian look at human behavior*. Princeton University Press. 88
- Luria, Z. (1986). A methodological critique. *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 11(2), 316–321. 116, 117
- Lutchmaya, S., S. Baron-Cohen, and P. Raggatt (2002). Foetal testosterone and eye contact in 12 month old human infants. *Infant Behavior and Development* 25, 327–335. 75
- Luxen, M. F. (2007). Sex differences, evolutionary psychology and biosocial theory: Biosocial theory is no alternative. *Theory and Psychology* 17(3), 383–394. 51, 57, 71, 85
- Lyons, N. P. (1983). Two perspectives: On self, relationships and morality. *Harvard Educational Review* 53(2), 125–145. 112
- M., D. J., E. L. Chang, R. A. Strong, and R. Milun (1998). Spatial ability, navigation strategy, and geographic knowledge among men and women -a study of direction giving and sex differences. *Evolution and Human Behavior* 19(2), 89–98. 65
- Mackinnon, C. (1999). Sexuality, pornography and method: pleasure under patriarchy. *Ethics* 99(2), 314–346. 46
- Macrae, C. N., B. M. Hood, A. B. Milne, A. C. Rowe, and M. F. Mason (2002). Are you looking at me? eye gaze and person perception. *Psychology Science* 13(5), 460–464. 74
- Maddux, W. W. and M. B. Brewer (2005). Gender differences in the relational and collective bases for trust. *Group Processes and Intergroup Relations* 8(2), 159–171. 113
- Markus, H. R. and S. Kitayama (1991). Culture and the self: Implications for cognition, emotion, and motivation. *Psychological Review* 98, 224–253. 135
- Mayr, E. (1961). Cause and effect in biology. *Science* 134, 1501–1506. 55
- McElroy, W. (1995). *XXX: A woman's right to pornography*. Saint Martins Press. 7

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- McElroy, W. (1998). *The reasonable woman: A guide to intellectual survival*. Prometheus Book. 7
- McElroy, W. (2001). *Sexual correctness: The gender-feminist attack on women*. McFarland and Company. 7
- McElroy, W. (2002). *Liberty for women: Freedom and feminism in the twenty-first century*. Ivan R. Dee, Publisher. 7
- McGillicuddy-De Lisi, A. V., B. Sullivan, and M. Hughes (2003). The effects of interpersonal relationship and character gender on adolescents' resolutions of moral dilemmas. *Journal of Applied Developmental Psychology* 23(6), 655–659. 125
- Medawar, P. B. (1996). *The strange case of the spotted mice*. Oxford University Press. 106
- Miller, A. H., P. Gurin, G. Gurin, and O. Melanchuk (1981). Group consciousness and political participation. *American Journal of Political Science* 25(3), 494–511. 42
- Mitchell, J. (1971). *Woman state*. Penguin Books. 40
- Money, J., J. G. Hampson, and J. L. Hampson (1955). Hermaphroditism: recommendations concerning assignment of sex, change of sex and psychologic management. *Bulletin Johns Hopkins Hospital* 97(4), 284–300. 53
- Moore, D. S. and S. P. Johnson (2008). Mental rotation in human infants. a sex difference. *Psychological Science* 19(11), 1063–1066. 65
- Muehlenhard, C. L. and Z. D. Peterson (2005). Wanting and not wanting sex: the missing discourse of ambivalence. *Feminism and Psychology* 15, 15–20. 25, 26, 27
- Muehlenhard, L. C. and L. C. Hollabaugh (1988). Do women sometimes say no when they mean yes? the prevalence and correlates of women's token resistance to sex. *Journal of Personality and Social Psychology* 54(872-879). 25, 26
- Muncera, S. J. and J. Ling (2006). Psychometric analysis of the empathy quotient (eq) scale. *Personality and Individual Differences* 40(6), 1111–1119. 132

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Narvaez, D. and T. Bock (2002). Moral schemas and tacit judgement or how the defining issues test is supported by cognitive science. *Journal of Moral Education* 31(3), 291–314. 122
- Nass, R. and S. Bake (191). Androgen effects on cognition: Congenital adrenal hyperplasia. *Psychoneuroendocrinology* 16(1-3), 189–201. 62
- Nass, R., S. Baker, P. Speiser, R. Virdis, A. Balsamo, E. Cacciari, A. Loche, M. Dunic, and M. New (1987). Hormones and handedness. left-hand bias in female congenital adrenal hyperplasia patients. *Neurology* 37(711). 71
- Nathanson, P. and K. R. Young (2001). *Spreading misandry: The teaching of contempt for men in popular culture*. McGill-Queen's University Press. 47
- NCAVP (1998). Annual report on lesbian, gay, bisexual, transgender domestic violence. 15
- Niederle, M. and L. Vesterlund (2007). Do women shy away from competition?: Do men compete too much? *The Quarterly Journal of Economics* 122(3), 1067–1101. 137
- Nimkarn, S. and M. I. New (2002). 21-hydroxylase-deficient congenital adrenal hyperplasia. *GeneReviews*. 61
- Nordenstrom, A., G. Servin, A. Bohlin, A. Larsson, and A. Wedell (2002). Sex-typed toy play behavior correlates with the degree of prenatal androgen exposure assessed by cyp21 genotype in girls with congenital adrenal hyperplasia. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 87, 5119–5124. 62, 63
- Nunner-Winkler, G. (1994). *Caring voices: And women's moral frames*, Chapter Two moralities? A critical discussion of an ethic of care and responsibility versus an ethic of rights and justice, pp. 260–273. Garland Publishing, New York. 104, 112
- Nussbaum, M. (2000). *Women and human development: The capabilities approach*. Cambridge University Press. 112
- O'Sullivan, L. F. and E. R. Allgeier (1994). Disassembling a stereotype: Gender differences in the use of token resistance. *Journal of Applied Social Psychology* 24, 1035–1055. 26

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Overman, W. H. (2004). Sex differences in early childhood, adolescence, and adulthood on cognitive tasks that rely on orbital prefrontal cortex. *Brain and Cognition* 55(1), 134–147. 67
- Page, S. (2006). Feminism and the third wave: politicising the sociology of religion? In *Thinking Gender-the NEXT Generation*, Volume 17. University of Leeds. 20
- Paglia, C. (1990). *Sexual Personae: Art and decadence from Nefertiti to Emily Dickinson*. Yale University Press. 9, 28, 30
- Paglia, C. (1992). *Sex, art, and American culture*. Vintage Books. 8, 31
- Paglia, C. (2001). *Vamps and tramps*. Valdemar. 17, 19, 20, 21, 27, 28, 30, 31, 32
- Paik, A., E. O. Laumann, and M. Van Haitsma (2000). Sexual jealousy, violence, and embeddedness in intimate relations: a social structural and cultural explanation. Orlando, FL. 15
- Patai, D. (1998). *Heterophobia. Sexual harassment and the future of feminism*. Natl Book Network. 5, 10
- Patai, D. (2000). Speak freely, professor. *Chronicle of Higher Education* 46(pB7, 2p, 2c.). 6, 8, 19
- Patai, D. (2003). The great tattling scares on campuses. *Chronicle of Higher Education* 49, pB11, 2p. 8, 19
- Patai, D. (2008). *What price utopia?: Essays on ideological policing, feminism, and academic affairs*. Rowman and Littlefield Publisher. 6
- Patai, D. and N. Koertge (2003). *Professing feminism: Education and indoctrination in women's studies*. Lexington Books. 6
- Pateman, C. (1988). *The sexual contract*. Polity Press. 40
- Pawlowski, B., R. Atwal, and R. Dunbar (2008). Sex differences in everyday risk taking behavior in humans. *Evolutionary Psychology* 6(1), 29–42. 137, 142

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Peters, M., L. Jancke, J. F. Staiger, G. Schlaug, Y. Huang, and H. Steinmetz (1998). Unsolved problems in comparing brain sizes in homo sapiens. *Brain and Cognition* 37, 254–285. 69
- Phoenix, C. H. (2009). Organizing action of prenatally administered testosterone propionate on the tissues mediating mating behavior in the female guinea pig. *Hormones and Behavior* 55(5). 61
- Piaget, J. (1932). *The moral judgment of the child*. New York: Collier. Collier. 112
- Pineda, E. (2006). Un feminismo que también existe. *El País*. 34
- Pinker, S. (2002). *The Blanck slate: The modern denial of human nature*. 45, 48, 53, 57, 93, 107
- Podrouzek, W. and D. Furrow (1988). Preschoolers' use of eye contact while speaking: The influence of sex, age, and conversational partner. *Journal of Psycholinguistic Research* 17, 89–98. 75
- Pratt, M., G. Golding, and W. J. Hunter (1984). Does morality have a gender? sex, and sex role and moral judgment relationships across the adult life span. *Merril-Palmer Quaterly* 30, 321–40. 112
- Pratt, M. and J. M. Royer (1982). When rights and responsibilities don't mix. sex and sex roles patterns in moral judgment orientation. *Canadian Journal of Behavioral Science* 14, 190–204. 112
- Pryzgod, J. and J. C. Chrisler (2000). Definitions of gender and sex: The subtleties of meaning. *Sex Roles* 43(7-8), 553–569. 77
- Puts, D. A., M. A. McDaniel, C. L. Jordan, and S. M. Breedlove (2008). Spatial ability and prenatal androgens: Meta-analyses of cah and digit ratio (2d:4d) studies. *Archives of Sexual Behavior* 37(1), 100–111. 62
- Rabinowicz, T., J. M. Petetot, P. S. Gartside, D. Sheyn, and T. Sheyn (2002). Structure of the cerebral cortex in men and women. *Journal of Neuropathology and Experimental Neurology* 61, 46–57. 69

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Rapp, R. (1991). *20 years of Socialist Review*, Chapter Is the legacy of second-wave feminism postfeminism?, pp. 253–279. Verso. 41
- Ravitch, D., E. Chester, and J. y Finn (1987). *What do our 17-year-olds know? A report on the first national assessment of history and literature*. Harper and Row. 16
- Regan, P. C., L. Levin, S. Sprecher, F. S. Christopher, and R. Cate (2000). Partner preferences: What characteristics do men and women desire in their short-term sexual and long-term romantic partners? *Journal of Psychology and Human Sexuality* 12, 1–20. 86
- Reiner, W. G. (1996). Case study: Sex reassignment in a teenage girl. *American Academic of Child and Adolescent Psychiatry* 35(6), 799–803. 59
- Reiner, W. G. and M. Gearhart (2004). Discordant sexual identity in some genetic males with cloacal exstrophy assigned to female sex at birth. *The New England Journal of Medicine* 350(4), 333–341. 60
- Resnick, S. M., S. A. Berenbaum, I. I. Gottesman, and T. J. Bouchard (1986). Early hormonal influences on cognitive functioning in congenital adrenal hyperplasia. *Developmental Psychology* 22(2), 191–198. 62
- Rest, J. (1979). *Development in judging moral issues*. University of Minnesota Press. 112
- Rest, J. R., D. Narvaez, S. J. Thoma, and M. J. Bebeau (2000). A neo-kohlbergian approach to morality research. *Journal of Moral Education* 29, 381–396. 105, 122
- Ridley, M. (1994). *The Red queen: Sex and the evolution of human nature*. Penguin Press Science. 53, 56, 109
- Ridley, M. (2004). *Nature via nurture: Genes, experience and what makes us human*. Harper Perennia. 95
- Roberts, S. C., L. M. Gosling, V. Carter, , and M. Petrie (2008). Mhc-correlated odour preferences in humans and the use of oral contraceptives. *Proceedings of the Royal Society* 275(1652), 2715–2722. 83
- Roiphe, K. (1994a). Date rape's other victim. *New York Times Magazine*. 22, 23

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Roiphe, K. (1994b). *The morning after. Sex, fear and feminism*. Back Bay Books. 7, 10, 21, 23, 24, 25, 27
- Rothbart, M., D. Hanley, and M. Albert (1986). Gender differences in moral reasoning. *Sex Roles* 15, 645–53. 112
- Rudman and Glick (2008). *The social psychology of gender: How power and intimacy shape gender relations*. The Guilford Press. 140
- Sadalla, E. K., D. T. Kenrick, and B. Vershure (1987). Dominance and heterosexual attraction. *Journal of Personality and Social Psychology* 52, 730–738. 86
- Sanderson, S. K. (2001). *The evolution of human sociality a darwinian conflict perspective*. Rowman and Littlefield Publishers. 51, 70, 78, 91
- Schneir, M. (1992). *Feminism: The essential historical writings*. Vintage Books. 39
- Schoenberg, N. and S. Roe (1993). The making of an epidemic. *The Blade*. 24
- Schotter, A. and B. Sopher (2006). Trust and trustworthiness in intergenerational games: An experimental study of inter-generational advice. *Experimental Economics* 9 (2), 123–145. 148, 159, 161, 165, 166
- Schulte-Rüther, R., M., H. J. Markowitsch, N. J. Shah, G. R. Fink, and M. Piefke (2008). Gender differences in brain networks supporting empathy. *NeuroImage* 1 (1), 393–403. 108, 113
- Scourfield, J., N. Martin, G. Lewis, and P. McGuffin (1999). Heritability of social-cognitive skills in children and adolescents. *British Journal of Psychiatry* 175(559–564). 76
- Seeman, M. V. (1996). The role of estrogen in schizophrenia. *Journal of Psychiatry and Neuroscience* 21(2), 123–127. 68
- Sell, J. (1997). Gender, strategies, and contributions to public goods. *Social Psychology Quarterly* 60, 252–265. 141
- Sell, J. and K. J. Kuipers (2009). A structural social psychological view of gender differences in cooperation. *Sex Roles* 61, 317–324. 3, 132, 141, 143, 155

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Selten, R. and A. Ockenfels (1998). An experimental solidarity game. *Journal of Economic Behavior Organization* 34(4), 517–539. 148, 165
- Servin, A., G. Bohlin, A. Nordenström, and A. Larsson (2003). Prenatal androgens and gender-typed behavior: A study of girls with mild and severe forms of congenital adrenal hyperplasia. *Developmental Psychology* 39(3), 440–450. 61, 62
- Sherry, D. F., M. R. L. Forbes, M. Khurgel, and G. O. Ivy (1993). Females have a larger hippocampus than males in the brood-parasitic brown-headed cowbird. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 90(16), 7839–7843. 65
- Shute, V. J., J. W. Pelegrino, L. Hubert, and R. W. Reynolds (1983). The relationship between androgen levels and human spatial abilities. *Bulletin of the Psychonomic Society* 21(6), 465–468. 65
- Sigel, R. (1996). *Ambition and accommodation: how women view gender relation*. University of Chicago Press. 42
- Silverman, I., J. Choi, and M. Peters (2007). The hunter-gatherer theory of sex differences in spatial abilities: data from 40 countries. *Archives of Sexual Behavior* 36(2), 261–268. 65
- Silverman, I. and M. Eals (1992). *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, Chapter Sex differences in spatial abilities: Evolutionary theory and data. Oxford University Press. 65
- Silverman, I. and K. Phillip (1983). Effects of estrogen changes during the menstrual cycle on spatial performanc. *Ethology and Sociobiology* 14(4), 257–269. 70
- Simon, R. (1995). *Neither victim nor enemy: Women's freedom network looks at gender in America*. Women's Freedom Network, University Press of America. 6, 10
- Simpson, B. (2003). Sex, fear, and greed: A social dilemma analysis of gender and cooperation. *Social Forces* 82(1), 35–52. 141
- Singer, T., B. Seymour, J. P. O'Doherty, K. E. Stephan, R. J. Dolan, and C. D. Frith (2006). Empathic neural responses are modulated by the perceived fairness of others. *Nature* 439, 466–469. 119

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Skoe, E. E. A., A. Cumberland, K. Eisenberg, N. Hansen, 3, and J. Perry (2002). The influences of sex and gender-role identity on moral cognition and prosocial personality traits. *Sex Roles* 46(9-10), 295–309. 131
- Skuse, D., R. James, D. Bishop, B. Coppins, P. Dalton, G. Aamondt-Leeper, M. Bacarese-Hamilton, C. Creswell, R. McGurk, and P. Jacobs (1997). Evidence from turner's syndrome of an imprinted x-linked locus affecting cognitive function. *Nature* 387, 705–708. 76
- Slote, M. (2007). *The ethics of care and empathy*. Routledge. 111, 112
- Smetana, J. G. (1981). Reasoning in the personal and moral domains: Adolescent and young adult women's decision-making regarding abortion. *Journal of Applied Developmental Psychology* 2, 211–226. 112
- Smetana, J. G., M. Killen, and E. Turiel (1991). Children's reasoning about interpersonal and moral conflicts. *Child Development* 62, 629–644. 112
- Smuts, B. (1995). The evolutionary origins of patriarchy. *Human Nature* 6(1), 1–32. 83, 89, 91, 93
- Smuts, B. and R. W. Smuts (1993). Male aggression and sexual coercion of females in nonhuman primates and other mammals: evidence and theoretical implications. *Advances in the Study of Behavior* 22, 1–63. 83, 91
- Snarey, J., J. Reimer, and L. Kohlberg (1985). The development of social-moral reasoning among kibbutz adolescents. *Developmental Psychology* 21, 3–17. 112, 117
- Snyder, M. and C. M. Oyamoto (2001). *Encyclopedia of women and gender*, Chapter Self-fulfilling prophecies, pp. 945–953. Academic Press. 140
- Snyder, M., E. Tanke, and E. Berscheid (1977). Social perception and interpersonal behavior: On the self-fulfilling nature of social stereotypes. *Journal of Personality and Social Psychology* 35, 656–666. 140
- Solnick, S. J. (2001). Gender differences in the ultimatum game. *Economic Inquiry* 39(2), 189–200. 141, 145, 151

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Solnick, S. J. and M. E. Schweitzer (1999). The influence of physical attractiveness and gender on ultimatum game decisions. *Organizational Behavior and Human Decision Processes* 79(3), 199–215. 156
- Sprecher, S., E. Hatfield, A. Cortese, E. Potapova, and A. Levitskaya (1994). Token resistance to sexual intercourse and consent to unwanted sexual intercourse: College students' dating experiences in three countries. *Journal of Sex Research* 31(2), 125–132. 26
- Stacey, J. (1990). *Women, class and the feminist imagination: A socialist-feminist reader*, Chapter Sexism by a subtler name? Postindustrial conditions and postfeminist consciousness in Silicon. Temple University Press. 41, 43
- Stack, C. (1990). *Uncertain terms: negotiating gender in American culture*, Chapter Different Voices, Different Visions: Gender, Culture and Moral Reasoning, pp. 19–27. Boston: Beacon Press. 112, 117
- Steele, C. M. (1997). A threat in the air: How stereotypes shape the intellectual identities and performance of women and african americans. *American Psychologist* 52(6), 613–629. 140
- Steinem, G. (1995). *Revolución desde dentro. Un libro sobre la autoestima*. Anagrama. 14
- Stinchcombe, A. L. (1970). *La construcción de las teorías sociales*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 9
- Stuhlmacher, A. and A. E. Walters (1999). Gender differences in negotiation outcome: A meta-analysis. *Personnel Psychology* 52(3), 653–677. 156
- Sutter, M., R. Bosman, M. Kocher, and F. Winden (2009). Gender pairing and bargaining beware the same sex! *Experimental Economics* 12, 318–331. 139, 145
- Swaab, D. and M. Hoffman (1988). Sexual differentiation of the human hypothalamus: ontogeny of the sexually dimorphic nucleus of the preoptic area. *Developmental Brain Research* 44, 314–318. 67

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Sykes-Tottenham, L., D. Saucier, L. Elias, and C. Gutwin (2003). Female advantage for spatial location memory in both static and dynamic environments. *Brain and Cognition* 53(2), 381–383. 65
- Symons, D. (1979). *The evolution of human sexuality*. Oxford University Press. 67, 84
- Thoma, S. (1986). Estimating gender differences in the comprehension and preference of moral issues. *Development review* 6, 165–80. 117
- Thornhill, R., Gangestad, S. W., R. Miller, G. Scheyd, J. K. McCollough, and M. Franklin (2002). Major histocompatibility complex genes, symmetry, and body scent attractiveness in men and women. *Behavioral Ecology* 14(5), 668–678. 83
- Torggrimson, B. and C. Minson (2005). Sex and gender: What is the difference? *Journal of Applied Physiology* 99, 85–787. 77
- Townsend, J. M. and G. D. Levy (1990). Effects of potential partners' physical attractiveness and socioeconomic status on sexuality and partner selection. *Archives of Sexual Behavior* 19, 149–164. 86
- Trivers, R. L. (1972). *Sexual selection and the descent of man 1871-1971*, Chapter Parental investment and sexual selection, pp. 136–179. Aldine. 82
- Tronto, J. C. (1993). *Moral boundaries: A political argument for an ethic of care*. Routledge. 112, 117
- Udry, J. R. (1994). The nature of gender. *Demography* 31(4), 561–573. 78
- Udry, J. R. (2000). Biological limits of gender construction. *American Sociological Review* 65, 443–457. 78, 79
- Udry, J. R., N. M. Morris, and J. Kovenoc (1995). Androgen effects on women's gendered behaviour. *Journal of Biosocial Science* 27, 359–368. 51, 78
- Uriarte, E. (2008). *Contra el feminismo*. Espasa Calpe. 33, 46
- van den Berghe, P. L. (1973). *Age and sex in human societies: A biosocial perspective*. Wadsworth. 51, 78

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- van Leeuwen, F. W., A. Caffea, and G. J. de Vriese (1985). Vasopressin cells in the bed nucleus of the stria terminalis of the rat: sex differences and the influence of androgens. *Brain Research 1-2*, 391–394. 67
- Vandergrift, D. and P. M. Brown (2005). Gender differences in the use of high variance strategies in tournament competition. *Journal of Socio-economics 35*, 1–23. 137
- Vandermassen, G. (2004). Sexual selection: A tale of male bias and feminism denial. *European Journal of Women's Studies 11*(1), 9–26. 97
- Vandermassen, G. (2005). *Who is afraid of Charles Darwin? Debating feminism and evolutionary theory*. Rowman and Littlefield Publishers. 45, 52, 66, 92, 94
- Vandermassen, G. (2008). Can darwinian feminism save female autonomy and leadership in egalitarian society? *Sex Roles 59*, 482–491. 88, 92, 96
- Voyer, D., S. Voyer, and M. P. Bryden (1985). Magnitude of sex differences in spatial abilities: A meta-analysis and consideration of critical variables. *Psychological Bulletin 117*(250-270). 65, 66
- Wakabayashi, A., T. Baron-Cohen, S. Uchiyama, Y. Yoshida, M. Kuroda, and S. Wheelwright (2007). Empathizing and systemizing in adults with and without autism spectrum conditions: Cross-cultural stability. *Journal of Autism and Developmental Disorders 10*(1823-1832). 132
- Wakabayashi, A. Baron-Cohen, S., S. Wheelwright, N. Goldenfeld, J. Delaney, D. Fine, R. Smith, and L. Weil (2006). Development of short forms of the empathy quotient (eq-short) and the systemizing quotient (sq-short) development of short forms of the empathy quotient (eq-short) and the systemizing quotient (sq-short). *Personality and Individual Differences 41*, 929–940. 132
- Walby, S. (1989). Theorising patriarchy. *Sociology 23*(2), 213–234. 50
- Waldron, I., C. McCloskey, and I. Earle (2005). Trends in gender differences in accident mortality: Relationships to changing gender roles and other societal trends. *Demographic Research 13*, 415–454. 137, 142

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Walker, L. J. (1984). Sex differences in the development of moral reasoning: A critical review. *Child Development* 55, 677–691. 112, 117
- Walker, L. J. (1989). A longitudinal study of moral reasoning. *Child Development* 60, 157–166. 112, 117
- Walker, L. J., B. de Vries, and S. D. Treverthan (1987). Moral stages and moral orientations in real-life and hypothetical dilemmas. *Child Development* 58, 842–858. 112, 117
- Walker, S. (2005). Gender differences in the relationship between young children's peer-related social competence and individual differences in theory of mind. *The Journal of Genetic Psychology* 166(3), 297–312. 119
- Wallen, K. and J. M. Hassett (2009). Sexual differentiation of behavior in monkeys: Role of prenatal hormones. *Journal of Neuroendocrinology* 21(4), 421–426. 61, 73
- Walters, A. E., A. F. Stuhlmacher, and L. L. Meyer (1998). Gender and negotiator competitiveness: A meta-analysis. *Organizational Behavior and Human Decision Processes* 76(1), 1–29. 141
- Walters, M. (1997). *Who is afraid of feminism? Seeing through the backlash*, Chapter American gothic: feminism, melodrama and the backlash, pp. 56–77. The New Press. 42
- Walters, M. (2005). *Feminism: A very short introduction*. Oxford University Press. 37, 39, 42
- Ward, J. V. (1988). *Mapping the Moral Domain*, Chapter Urban Adolescents' conceptions of violence, pp. 175–201. Harvard University Press. 112
- Warshaw, R. (1988). *I never called it rape: The Ms. report on recognizing, fighting and surviving date and acquaintance rape*. 22
- Waterman, A. S. (1982). Identity development from adolescence to adulthood: An extension of theory and a review of research. *Developmental Psychology* 18, 341–358. 112

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Wedekind, C. and S. Furi (1997). Body odour preferences in men and women: do they aim for specific mhc combinations or simply heterozygosity? *Proceedings: Biological Sciences* 264(1387), 1471–1479. 83
- Wedekind, C., T. Seebeck, F. Bettens, and A. J. Paepke (1995). Mhc-dependent mate preferences in humans. *Proceedings: Biological Sciences* 260(1359), 245–249. 83
- Williams, C. L. and K. E. Pleil (2008). Toy story: Why do monkey and human males prefer trucks? comment on "sex differences in rhesus monkey toy preferences parallel those of children" by hassett, siebert and wallen. *Hormones and Behavior* 54(3), 355–358. 73
- Wilson, C., J. Chung, G. J. de Vries, and D. F. Swaab (2002). Sexual differentiation of the bed nucleus of the stria terminalis in humans may extend into adulthood. *The Journal of Neuroscience* 22(3), 1027–1033. 68
- Wilson, E. O. (1998). *Consilience: The unity of knowledge*. New York: Vintage Books. 95
- Witelson, S. F., I. I. Glezer, and D. L. Kigar (1995). Women have greater density of neurons in posterior temporal cortex. *The Journal of Neuroscience* 15, 3418–3428. 69
- Wolf, N. (1991). *El mito de la belleza*. Emece. 14
- Wood, W. and A. H. Eagly (2002). A cross-cultural analysis of the behavior of women and men: Implications for the origin of sex differences. *Psychological Bulletin* 128(5), 699–727. 51, 55
- Young, C. (1998a). Domestic violations. 6
- Young, C. (1998b). Women on the verge. 6
- Young, C. (1999). *Ceasefire: why women and men must Join forces to achieve true equality*. New York: The Free Press. 6, 10